

araucaria

de Chile

N.º 3 - 1978

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO

- Sergio Politoff: *Justicia y fascismo* 3

EXAMENES

- Osvaldo Fernández: *El discurso de la represión* 11

LA HISTORIA VIVIDA

- Sergio Villegas: *Funeral vigilado* 35

TEMAS

- Hernán Loyola: *Pablo Neruda, el espacio fundador* 61
Conversación con Eduardo Galeano 85

CAPITULOS DE LA CULTURA CHILENA: *La Universidad* 99

- Hernán Ramírez: *La Universidad: democracia y fascismo* 101
Debate sobre la Universidad: contribuciones de Jacques Chonchol, Edgardo Enríquez Fródden, Enrique Kirberg, Carlos Martínez C., Eduardo Ruiz y Sergio Spoerer 119
La Universidad vista desde el interior: testimonios de una dueña de casa, un académico, un rector fascista y un estudiante 167

TEXTOS

- Poemas:* de Ariel Dorfman, Germán Marín y Armando Uribe 175
Guillermo Añas: *La contra corriente* 185
Carlos Salazar Ramírez: *La muñeca de agua* 195
Iván Ljubetic: *O'Higgins a 200 años de su nacimiento* 203

CRONICA

- La huelga de hambre desde adentro 205



JUSTICIA Y FASCISMO

SERGIO POLITOFF

1. La burguesía ascendente y esclarecida, premonopolista, miraba a los jueces con desconfianza. El lema de los iluministas era sustituir «el gobierno de los hombres por el gobierno del Derecho» y, por lo mismo, a la arbitrariedad de los tribunales medievales debía suceder la subordinación del juez a la ley. «Para la ideología jurídica era la omnipotencia del juez el rasgo característico de un Estado despótico»¹.

La fe puesta en la ley, formulada de manera simple y clara, de manera que las abstruserías y enredosas prácticas de los jueces, que tutelaban las viejas posiciones del feudalismo o servían a la autocracia, quedaran suprimidas, expresaba la confianza en un instrumento seguro, respetado y obedecido, que fijaría con precisión las normas de conducta de la sociedad burguesa. El juez no era sino la boca que hablara las palabras de la ley, que no podía ser, así, deformada o subvertida por la interpretación. De ahí que sugería Montesquieu que el poder judicial no debe dársele a un cuerpo o senado permanente, «sino ser ejercido por personas salidas de la masa popular, periódica y alternativamente designadas de la manera que la ley disponga...», con lo que el poder de juzgar deja de ser

¹ Vid. W. A. Tumanow, «Bürgerliche Rechts-Ideologie», Staatsverlag del DDR, 1975, p. 81.

«función exclusiva de una clase o profesión»². «No se tienen jueces constantemente a la vista —añade—, podrá temerse a la magistratura, no a los magistrados», es decir, podrá temerse a la ley, pero no al juez.

En el desarrollo del derecho —como Tumanov subraya— la idea de la primacía de la ley corresponde a la formación histórica de los principios democráticos. «No es en absoluto indiferente —dice— la forma jurídica a través de la cual el Estado burgués inviste su actividad de programación. La forma de la ley, que se adopta por órganos de representación, es la que mejor corresponde a los intereses de las amplias masas populares en su lucha por un control democrático del aparato estatal»³. Por la inversa, la burguesía monopolista requiere de una manipulación flexible del derecho y aun la ruptura de todo el sistema legal, si los mecanismos jurídicos se convierten en un obstáculo para el logro de sus fines. Esta «elasticidad» se hace más notoria y descarada cuando la clase dominante siente amenazada su hegemonía o cuando, mediante la legalidad, los trabajadores consiguen determinadas posiciones. En estos casos, el Estado clasista abre camino a la capacidad de maniobra del aparato judicial.

Escribíamos, a comienzos de 1973: «De lo que se trata es de asegurar que los funcionarios judiciales interpreten las leyes del modo que mejor convenga a los intereses de clase amenazados por el proceso revolucionario y para ello nada mejor que el *junkerismo* de un aparato judicial enteramente burocratizado, en cuya cúspide los sagrados bonzos del capitalismo imponen, con férreas medidas disciplinarias, la única interpretación permisible: aquella que sirva de obstáculo al proceso de transformaciones que vive nuestro país, para lo cual, si es necesario, *la arbitrariedad puede hacer saltar los goznes de la propia ley burguesa*. A ello agréguese el incienso y el estúpido halago con que la burguesía gratifica a los magistrados que más se distinguen en el amparo de los latifundistas contra los campesinos, de los monopolios contra el área social de la economía, de los ricos contra los pobres, de los sediciosos contra el Gobierno Popular»⁴.

La ley puede hasta mostrarse equitativa, siempre que se cuente con jueces comprensivos. De tal manera no hay para qué estropear la fachada. La prevaricación corre de cuenta del sistema judicial y será más insolente mientras menos democrática sea su estructura. La crítica de Engels a los adversarios de los tribunales de jurados, aunque expuesta durante su actividad en la «Gaceta del Rin», en

² Montesquieu, «El espíritu de las leyes», Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1976, p. 192 (Libro XI, cap. VI; cfr. asimismo Libro VI).

³ Tumanov, op. cit. p. 74. Véase asimismo, Joachim Dötsch, «Aktuelle Tendenzen bei der Deformierung der bürgerliche Gesetzlichkeit», en «Staat und Recht», 25 Jahrgang 1976, 10, p. 1.038.

⁴ Sergio Politoof-Juan Bustos, «La nueva defensa social», en Rev. «Apuntes», Santiago de Chile, marzo-abril, 1973, año 2, n.º 5, p. 45.

1842, no ha perdido nada de su actualidad: la reacción, en efecto, «lucha contra ese tipo de tribunal no sólo por el temor a verse privada de los puestos judiciales, sino, sobre todo, por miedo a la democratización de las instituciones jurídico-estatales»⁵.

2. A través de la interpretación torcida de la ley, los jueces se convierten en un sucedáneo del legislador, lo que rige en especial, respecto de los tribunales superiores. En Chile correspondió ese papel a la Corte Suprema, en el enfrentamiento subversivo contra el Gobierno constitucional.

La saga errante de una justicia, que no está al servicio de los explotados, pero tampoco de los explotadores, ubicada por encima de las clases, la simple boca por la que habla la ley, había conseguido algún crédito, a pesar de la aciaga experiencia europea.

En la propia historiografía jurídica burguesa se recuerda ahora, a regañadientes, el papel activo de la judicatura alemana en la demolición de la legalidad y la preparación del acceso al poder por el fascismo. «Durante toda la duración de la República de Weimar —admite Eduard Kern— la justicia alemana se vio sometida a severos ataques, al punto que a menudo se hablaba de crisis de confianza en la justicia alemana. A los reproches de distanciamiento de la realidad y formalismo... se añadieron los de enemistad a la República y justicia de clase...»⁶.

Los estudiosos del surgimiento del fascismo en Alemania incluyen a la justicia y, en particular a sus tribunales superiores, entre los supuestos políticos previos de su ascenso⁷. Las cifras demuestran en qué consistía esta «enemistad a la República» y amistad hacia los monopolios y el fascismo, por parte de las capas dirigentes de la judicatura. Un ejemplo expresivo lo constituye la suerte de los 705 procesados, tras el fracaso del «putsch» de Kapp, que perseguía, con el apoyo del gran capital y los grupos monárquicos, exigir una dictadura militar. La derrota de la tentativa, en cuyo curso fueron ejecutados trabajadores que se opusieron al golpe y declararon la huelga general, culminó con una sola condena (a una pena benévola, por lo demás). El propio Kapp regresó, escasos meses después, en plena impunidad, luego de haber huido del país. Un estudio de E. J. Gumbel⁸, que compara la actitud de los tribunales frente a los crímenes políticos indica, sólo en el lapso 1919-1921, el siguiente ritmo:

⁵ Cfr. El. L. Rosin, «La formación de los conceptos estatal-jurídicos de Engels», en Revista Cubana de Derecho, año I, n.º 1, 1972, p. 10.

⁶ Eduard Kern, «Geschichte des Gerichtsverfassungsrechts», Verlag C. H. Beck, München, 1954, p. 186.

⁷ Vid. Einhard Kühnl, «Der Deutsche Faschismus in Quellen und Dokumenten», Pahl-Rugenstein, Köln, 1975, p. 73 y ss.

⁸ E. J. Gumbel, «Vom Fememord zur Reichskanzlei», Verlag Lambert Schneider, Heidelberg, 1962, cit. p. Kühnl, op. cit. pp. 75-75.

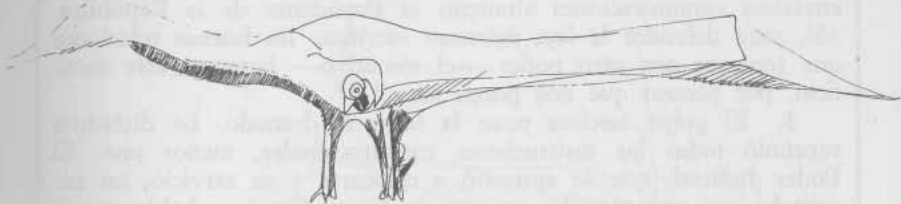
Homicidios políticos

	<i>cometidos por</i>	
	<i>Derechistas</i>	<i>Izquierdistas</i>
Homicidios impunes	326	4
Parcialmente impunes	27	1
Hubo condena	1	17
Total homicidios	354	22
Cifra de sentenciados	24	38
Autores confesos absueltos	23	—
Autores confesos ascendidos	3	—
Duración de prisión por asesinato ...	4 meses	15 años
Cifra de autores ejecutados (condena a muerte)	—	10
Pena de multa por asesinato	2 marcos	—

El comportamiento de los tribunales alemanes ante los desmanes de los hampones SA y SS favoreció el terror fascista y la erosión de la legalidad burguesa, iniciada con la «enemistad hacia la República».

También en Chile correspondió, al sistema judicial, una función importante en la preparación de las condiciones para el golpe fascista. Escribíamos en el referido artículo: «El desacato, las injurias a las autoridades y al Jefe del Estado, la instigación a la indisciplina de las Fuerzas Armadas y al alzamiento armado contra el Gobierno constitucional o la difusión de noticias falsas siguen estando prohibidas por la ley, pero la hermenéutica de los magistrados se encarga de que "no se le toque al delincuente un pelo"». Y en otra parte: «Es evidente que los jueces que liberaron de toda responsabilidad a los asesinos del campesino mapuche del fundo Chesque, en Loncoche, no "aplicaron" un precepto legal que levante la prohibición de matar en favor de los terratenientes que irruman, a sangre y fuego, a recuperar un predio ocupado. Para hacer primar el interés de clase sobre la tutela jurídica de la vida humana bastó con "interpretar" de un modo conveniente las normas sobre legítima defensa de la propiedad. Del mismo modo que fue un esfuerzo de hermenéutica legal el que permitió la impunidad para los responsables de la muerte del general Schneider y no, por cierto, la aplicación de una ley que dejó sin amparo la vida de los que se interpongan en el camino de la contrarrevolución sediciosa»⁹.

⁹ Politoff-Bustos, op. cit. p. 46.



Para favorecer la conspiración disponían los jueces de dos instrumentos poderosos que usaban como armas contrarrevolucionarias de primer orden. Desde luego, la posibilidad de interpretar las leyes de una manera torcida, pero a la vez, las considerables atribuciones de imperio sobre la fuerza pública de que estaban investidos. Todo ello bajo la férrea dictadura de la Corte Suprema ¹⁰.

Recuérdese que el único reo por el paro sedicioso de octubre de 1972 fue el Ministro Secretario General de Gobierno, por haber dispuesto cadenas radiales, conforme a la legislación vigente, destinadas a impedir los llamamientos a la subversión; ningún delincuente económico fue procesado y sí lo fue el Director de DIRINCO, un servicio estatal encargado de la regulación de los precios, en amparo de los consumidores; los arsenales hallados en poder de los matones de «Patria y Libertad» y otras organizaciones terroristas no eran obstáculo para que se dispusiera su libertad condicional, en tanto que se procesaba al Intendente que ordenaba la detención; y así hasta el infinito. No había empresa intervenida o requisada que no fuera objeto de las más extravagantes medidas precautorias para impedir su funcionamiento. Los infractores de la Ley de Seguridad del Estado gozaban de la más alegre impunidad. El general Viaux, condenado una vez a la pena de un año de reclusión (que le fue suspendida) por apoderarse de un cuartel militar y formular un ultimátum al gobierno del Presidente Frei, organizó el alevoso atentado que costó la vida al general Schneider y recibió, esta vez, la pena de dos años de presidio.

Las disposiciones legales previstas para la defensa del régimen institucional se disolvían en la retórica pastosa de las resoluciones judiciales. Los magistrados, enmascarados en la pompa y el ceremonial, atizaban la «desobediencia civil», la «resistencia civil» y el golpe de estado. La prevaricación se complementaba con el histrionismo: ancianos y astutos magistrados acudían a los programas de televisión, untados de maquillaje, para vencer al auditorio que ellos

¹⁰ Cfr. Revista «Apuntes», cit., Editorial pp. 2 y 3.

no hacían otra cosa que aplicar la ley y la equidad, a la vez que enviaban comunicaciones altaneras al Presidente de la República. «Si, para defender la ley, debemos sacrificar las buenas relaciones que tenemos con otro poder —el ejecutivo— haremos este sacrificio, por penoso que nos pueda ser»¹¹.

3. El golpe fascista puso la farsa al desnudo. La dictadura suprimió todas las instituciones constitucionales, menos una. El Poder Judicial, que se apresuró a colocarse a su servicio, no necesitaba ser reemplazado, ya que la Corte Suprema había anticipado, con su comportamiento antes del golpe, la merecida recompensa.

«Se ha derrumbado y hecho añicos la credibilidad de millones de chilenos en la majestad del Poder Judicial. Cuando los jueces se han convertido en amanuenses de crímenes nefandos, cuando han rechazado sistemáticamente todos los recursos de amparo presentados en favor de los desaparecidos, con excepción de uno, el de Carlos Contreras Maluje, y cuando en este caso único no hacen nada para exigir el respeto de su dictamen, se pone en evidencia la podredumbre de una estructura que obligatoriamente debe ser modificada, que el pueblo no puede aceptar que subsista inspirada por el espíritu clasista reaccionario que ha quedado al desnudo»¹².

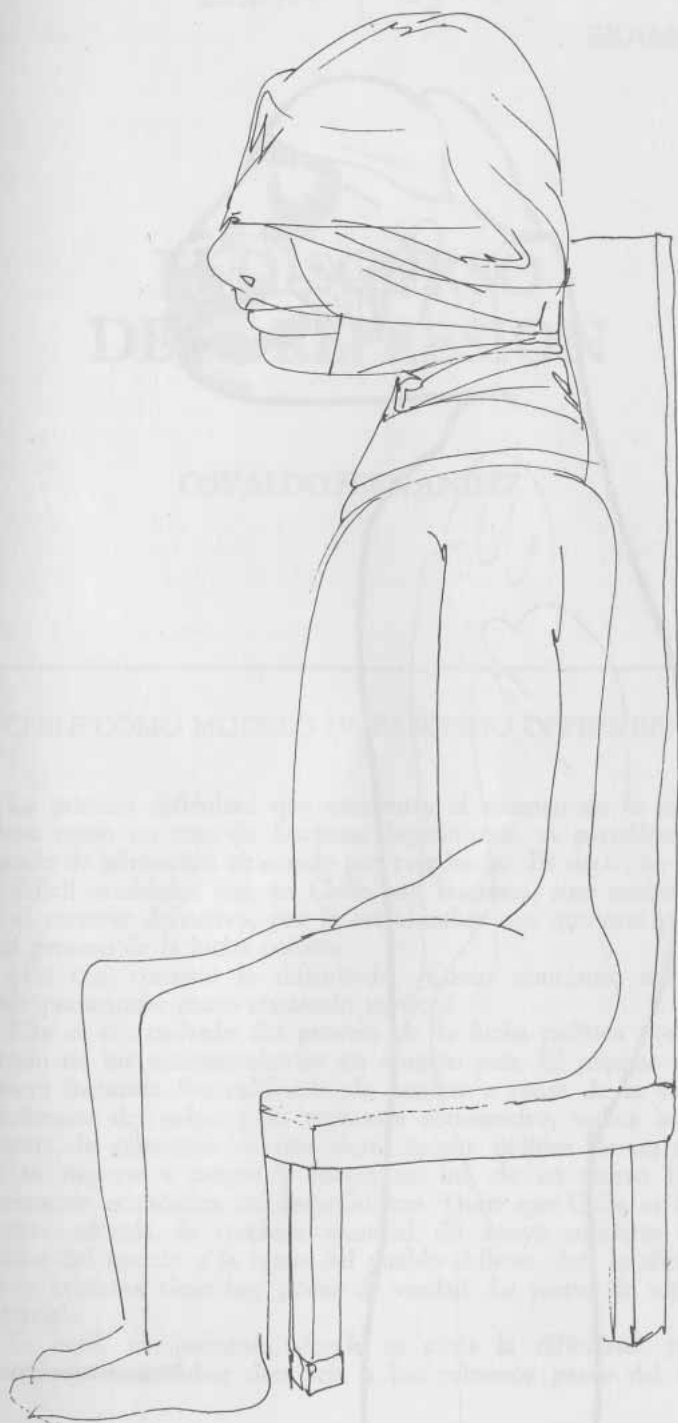
No ha habido ámbito de la represión que haya carecido de la coartada puesta por la Corte Suprema. Frente a la DINA, dio instrucciones a los jueces que, en los asuntos que le sean sometidos, por la vía del amparo o mediante una querella criminal, no se le hagan consultas directas, sino que las consultas se hagan al Ministerio del Interior, en cuyo despacho se acaba la indagación judicial. Ante los Consejos de Guerra, cuyos fallos han sido modelo de ferocidad y estulticia, la Corte Suprema se declaró prescindente, sin jurisdicción para revisar sus ilegalidades. Los recursos de amparo han sido rechazados hasta en el caso de favorecer a menores de edad, penalmente inimputables. Ante las evidencias abrumadoras de las detenciones secretas seguidas de desaparecimiento, condenadas por las Naciones Unidas, los tribunales de justicia se limitan a la fórmula estereotipada de rechazar los recursos de amparo y a denegar las investigaciones.

La Corte Suprema de Chile, que negó la extradición de Walter Rauff, autor confeso del asesinato, mediante el gas, de 97.000 personas, bajo el fascismo alemán¹³, ha culminado su poco honrosa trayectoria al favorecer y encubrir crímenes de la humanidad contra su propio pueblo.

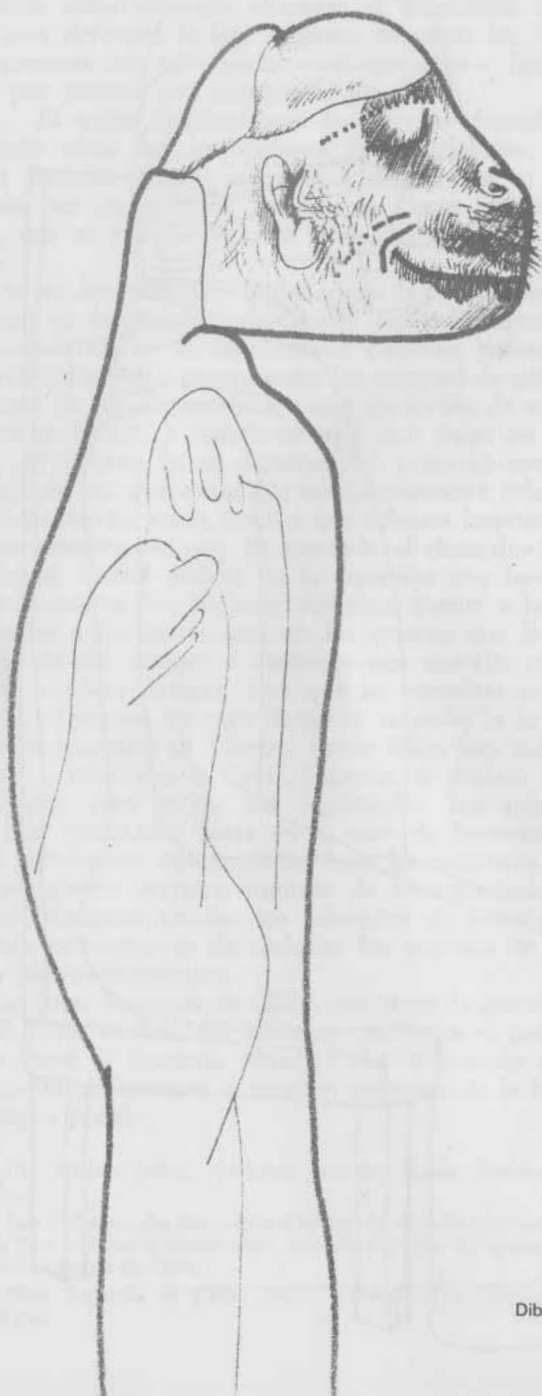
¹¹ Cfr. Claude Julien, «Servilité», en «Le Monde Diplomatique», Mai, 1975, n.º 254.

¹² Luis Corvalán, «La Revolución Chilena. La dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia», Informe al pleno, de agosto de 1977, del CC. del Partido Comunista de Chile.

¹³ Corte Suprema de Chile, 1965. Ver Revista de Ciencias Penales, t. XXIII, pp. 40 y ss.



angel y mano



EL DISCURSO DE LA REPRESION

OSVALDO FERNANDEZ

CHILE COMO MODELO DE FASCISMO DEPENDIENTE

La primera dificultad que encuentra el examen de la situación chilena como un caso de fascismo dependiente, es paradójicamente el grado de afirmación alcanzado por este hecho. Es decir, no porque sea difícil establecer que en Chile hay fascismo, sino precisamente por el carácter definitivo, por la certidumbre con que está supuesto en el proceso de la lucha política.

¿En qué consiste la dificultad? ¿Cómo semejante afirmación puede presentarse como obstáculo teórico?

Ella es el resultado del proceso de la lucha política y del desarrollo de los acontecimientos en nuestro país. El proceso que en primera instancia fue calificado de fascista a causa de la violencia reaccionaria del golpe y su represión consecutiva, indica hoy, claramente, la existencia de una cierta norma política de un modelo que se impone a sangre y fuego, en fin, de un nuevo tipo de penetración económica del imperialismo. Decir que Chile es fascista expresa, además, la condena mundial. El apoyo solidario de los pueblos del mundo a la causa del pueblo chileno. Así, la afirmación «Chile fascista» tiene hoy poder de verdad. La fuerza de un hecho irrefutable.

Es aquí, precisamente, donde se sitúa la dificultad, pues la zona de incertidumbre necesaria a los primeros pasos del trabajo

teórico, se topa con el carácter definitivo que tiene el fenómeno estudiado. Problematizarlo parece, entonces, sembrar la duda. Cuestionarse sobre su forma específica y particular implicaría inclinarse del lado de su negación, lo que tiene hoy la gravedad de negar una realidad establecida.

Entonces, el trabajo teórico se autocensura y siente como su deber principal y exclusivo dedicar su esfuerzo a la tarea de acopiar pruebas y testimonios de que en Chile hay fascismo. En el mejor de los casos se dedica a construir la demostración. A aportar la *prueba*; y como se requiere para ello de una base de apoyo, se recurre al mecanismo más a la mano como su instrumento principal. Es así como surge el recurso principal que consiste en apoyarse en un *prototipo*, el cual, por lo demás, la historia se ha encargado de tenerlo a nuestra disposición. El concepto alude inmediatamente a su prototipo. Fascismo es la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. El esfuerzo teórico se remite entonces al procedimiento de buscar las reiteraciones. Poner el fenómeno chileno bajo el microscopio para ver en dónde y cómo se hacen visibles los síntomas de la enfermedad. El estado avanzado del cáncer hace la tarea fácil. Salvo algunos elementos ausentes, no los más decisivos, por cierto, todo el resto está allí.

Esta metodología nos aferra aún más al terreno de la afirmación. Su labor se reduce a la mera constatación. Allí agota su empeño. El trabajo teórico no hace otra cosa que establecer aquello que todo el mundo sabe, de que en Chile hay fascismo. En efecto: ¿Quién se atrevería a negarlo? Tan solo los propios de la Junta lo intentan, preocupados más bien por el contenido de abyección política que hoy en día expresa el concepto.

¿Es, sin embargo, tan obvia esta afirmación cuando nos referimos a lo que ocurre hoy con Argentina, Uruguay, Bolivia o Brasil? ¿Recobra el mismo grado de certidumbre cuando se dice, Argentina fascista o Uruguay fascista? La expresión «Chile fascista», en su universal aceptación, tiene el riesgo de mostrar el régimen militar chileno como un caso aislado, oscureciendo lo que ocurre a su alrededor. Así concebido puede presentársele como un exceso. Como el desarrollo anormal de lo que en un principio no fue pensado en tales desbordes. Como una nueva muestra de locura histórica, que deja en la sombra los intereses que allí están en juego.

¿Cómo lograr que el examen del problema salga de su consideración como un *caso*, para pensarlo de una vez por todas, como *modelo*? Es hora de ver cómo y por qué vías la situación actual chilena va proyectándose al resto de latinoamérica, recordando que en esto se sigue el camino que comenzó con la caída de Goulart, en 1964.

Al proponer Chile como *modelo*, la dificultad se plantea ahora en torno a una nueva problemática, aquella de *fascismo dependiente*. Otro tipo de obstáculos surgen a propósito de esta nueva forma de fascismo. Las dificultades propias del carácter específico y original

de este fenómeno y desde el punto de vista teórico, porque se opone a la interpretación corriente de fascismo manejada por ciertos sectores de burguesía liberal. Nos referimos a la que restringe el fenómeno a la mera realidad europea, dentro de un contexto histórico bien determinado.

En la disputa sobre la interpretación del fascismo se juega, como en todo concepto político, una encarnizada lucha de tendencias. Lo que expresa en fin de cuentas la lucha de clases en su nivel teórico. Pero con el fascismo esta disputa adquiere un carácter particularmente agudo porque allí está a la orden del día la pugna por la alternativa de poder. Tal cosa ocurrió con el fascismo tradicional, de la misma manera parece ponerse el problema en estos momentos.

La interpretación liberal¹ concibe al fascismo como enfermedad moral de Europa. Incluye entre sus representantes a figuras tales como B. Croce y J. Ortega y Gasset. El fascismo es propuesto por esta tendencia como un producto de la crisis moral contemporánea. Algo que nadie, ni ninguna clase social quería. Una especie de ebriedad colectiva. Un mal que súbitamente invade Europa, como aquellas terribles pestes de la Edad Media.

La intención es clara. A través de semejantes concepciones, sectores de la burguesía internacional intentaban dejar indemne su opción política. Adquirir el derecho de postularse como la alternativa. Aunque no siempre haya colusión directa, esta interpretación expresa la posición del ideólogo que no puede escapar a una visión capitalista del problema. Las distintas fases de un mismo fenómeno se separan y se enfrentan como independientes, ajenas una de otra y hasta antagónicas. La forma de *democracia* con que la burguesía ha impuesto tradicionalmente su poder repudia el fascismo. La concepción del poder bajo una forma encubierta no está preparada para el lenguaje fascista, donde las reglas del juego del nuevo dominio se enuncian despiadadamente. Como suponen que el fascismo no les atañe en absoluto tratan de limitarlo a este carácter de locura y restringirlo dentro de un período histórico ya terminado. Esta posición se corresponde con los intereses que se enfrentaron una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. El viejo sistema se recupera e intenta imponerse de nuevo.

Esta interpretación ideológica oculta y enmascara la realidad fascista como un mal connatural del imperialismo. Oculta la ligazón indisoluble entre ambos conceptos. Oculta al fascismo como la forma más propiamente imperialista de dominio político. La más

¹ Nos apoyamos aquí en la clasificación de Renzo de Felice, «Comprendre le fascisme» SEGHERS, París, 1975, p. 41. Esta interpretación corresponde al primer tipo de las que examina De Felice. Sin embargo, un segundo tipo de interpretaciones, el cual considera al fascismo como la lógica inevitable del desarrollo histórico particular de ciertos países, retiene también la restricción histórico-geográfica señalada. Tanto uno como otro se refieren de modo exclusivo a Italia y Alemania. Ambos permanecen, además en la esfera de la interpretación liberal del fascismo.

despiadada que conoce la historia humana, pero la que corresponde mejor a la lógica de la superexplotación.

La noción de fascismo dependiente pone en crisis tal interpretación. Ella supone precisamente la relación fascismo-imperialismo. Por eso alude a esta nueva forma de manifestarse, un fascismo de periferia que corresponde también a nuevas formas de dominio imperialista.

El concepto de fascismo dependiente implica mostrar el mecanismo interno del régimen chileno, tanto en su especificidad como en la posibilidad de ponerlo como parangón a otras formaciones económicas sociales semejantes a la nuestra. En este sentido, cada hecho particular asume un carácter mucho más decisivo que el de su mera manifestación. Aquí sólo insistiremos en uno de sus aspectos; aquel que concierne a la ideología. Para ello y a modo de introducción esbozaremos algunos problemas pertinentes a esta cuestión.

1. El hecho de que el sector más decisivo del gran capital sea, en este caso, el capital extranjero y que su carácter más «agresivo y reaccionario»² esté determinado por la colusión con los monopolios nacionales. Esto supone de inmediato nuevos derroteros en la dimensión del *chovinismo*. Su operatoria no se manifiesta aquí de la misma manera que en la Alemania de Hitler. Su mecanismo cambia en la medida en que son diferentes las condiciones en que está supuesto.

Todo habla de la imposibilidad nacionalista. Su forma tradicional exaltando la *raza* y la *sangre* se hace aquí incompatible. Los propios ideólogos de la Junta resisten la contradicción. Más aun cuando su discurso nacionalista se alimenta de teorías tales como la «seguridad nacional» o las «fronteras ideológicas».

—¿Cuál es, entonces, el estatuto ideológico de este discurso nacionalista?

2. En segundo lugar, aquello que concierne a la forma misma que la ideología asume en este caso. Su carácter eminentemente agresivo. El predominio de sus rasgos de *presión* e *imposición* por sobre aquéllos de *ocultamiento*.

Tal predominio se explica por el rol mínimo al que se intenta reducir tanto al proletariado como a la pequeña burguesía dentro de un régimen de fascismo dependiente. En especial, por el hecho de que estos sectores medios son

² De la interpretación de George Dimitrov, en la cual se especifica tanto el tipo de régimen que representa el fascismo: «dictadura terrorista abierta», como el particular sector de clase que la impone «los elementos más reaccionarios, más chovinistas, los más imperialistas del capital financiero».

En lo sucesivo, en este trabajo, la expresión «abierta», empleada en afirmaciones tales como «poder abierto» u «dominio abierto», intenta un desarrollo del último concepto que define de manera más decisiva el tipo de la dictadura.

concebidos como una clase social neutralizable. Desdeñado todo apoyo que no sea el incondicional, se elimina también cualquier opción suya a la gestión de poder. La represión le está destinada con la misma saña que a la organización de clase del proletariado.

¿Cómo se estructura, en esta nueva realidad, el discurso que hemos llamado discurso de la represión?

3. Finalmente, retendremos algunas cuestiones referentes a la organización interna de la ideología en una formación social semejante de la chilena.

En primer lugar, sobre la estructura interna y específica de cada uno de los elementos que concurren a formar el discurso político-ideológico del poder. Su rol ideológico. El sentido que tiene toda esta organización dentro de un discurso único.

Si algunos de estos elementos apelan a una tradición, ¿cómo se hace ella presente? Esto obliga a preguntarse en primera instancia sobre los vínculos que esta nueva realidad mantiene con la ideología dominante tradicional. ¿Hasta qué punto continúa siendo su tributaria? ¿Qué determinaciones de clase mantienen esta herencia?

LA IDEOLOGIA COMO EL DISCURSO DEL PODER

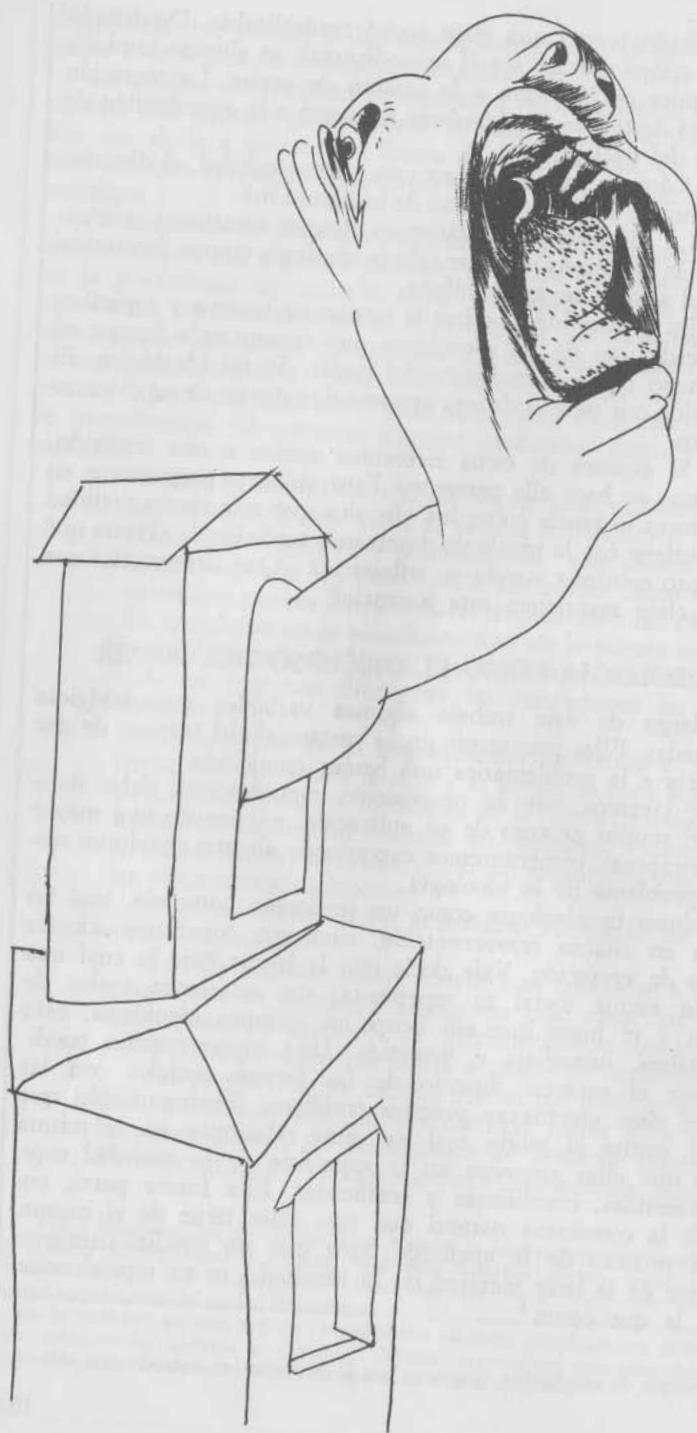
A lo largo de este trabajo algunas variables metodológicas serán reiteradas. Ellas provienen, en lo sustancial del intento de dar una respuesta a la problemática que hemos enunciado.

Aunque creemos que la proposición metodológica debe mostrarse en el propio proceso de su aplicación, en pro de una mayor claridad conceptual, comenzaremos exponiendo algunas opiniones respecto del problema de la ideología.

Concebimos la ideología como un fenómeno complejo, que no sólo opera en cuanto *representación*, sino que constituye además un proceso de *apelación*. Vale decir que la forma bajo la cual una clase o un sector social se representa, sus relaciones reales de producción y el lugar que allí ocupa es siempre ideológica, esto es, espontánea, inmediata e invertida. Una representación condicionada por el carácter ilusorio de las formas sociales con las cuales esta clase efectúa su práctica cotidiana. Representación que encubre y oculta el modo real de estas relaciones en la misma media en que ellas aparecen en la superficie de la sociedad capitalista, invertidas, encubiertas y cosificadas. Ella forma parte, entonces, de la conciencia natural que esta clase tiene de sí misma.

En el proceso de la apelación, más que un condicionamiento proveniente de la base material de la ideología, es su reproducción subjetiva la que opera³.

³ El concepto de «apelación», propuesto por L. Althusser, es retenido aquí sólo en



Es así como mediante la apelación se alude al sujeto que la ideología naturalmente invoca, a aquél que se identifica inmediatamente con los contenidos propuestos por esta interpelación. Es por eso que este proceso reitera elementos ya presentes y aparece como familiar a la conciencia del sujeto. Si la ideología está en el sujeto, o más bien, éste está en ella, como la identidad entre representación y sujeto correspondiente, el proceso de la alusión no hace otra cosa que elaborar una insistencia y construir el procedimiento que hará más eficaz esta reiteración. Es por esto que se puede decir, que a través de la apelación no sólo se reproducen los contenidos (elementos) ideológicos, sino que se está reproduciendo a la vez al sujeto referente. El discurso chovinista no sólo invoca los elementos más naturales y cotidianos de amplios sectores de las capas medias, en especial la pequeña burguesía tradicional, sino que incrementa a los partidarios de tales idearios.

La concepción de la ideología como pura representación o «falsa conciencia», como se suele decir, nos obliga a imaginarla en la forma compacta de una concepción del mundo. Redonda y perfecta. Una imaginiería ordenada que habita en la conciencia de los hombres.

El proceso de la apelación alude, en cambio, a la dimensión política de la ideología. A su existencia dentro de un proceso de lucha de clases. No a los problemas de un «hombre en cuanto tal», sino de una clase históricamente determinada. Dentro de esta determinación histórica, la ideología posee una eficacia específica, cumple funciones y es semejante en este sentido a otros instrumentos del dominio político. Como tal es manejada. Ella se constituye, en este caso, en un discurso. Esto que vale para la ideología política en general, es particularmente válido en el caso de la ideología fascista.

Un *discurso* destinado a ser impuesto. Un discurso que emana del poder dominante e impone dicho poder como lo natural y evidente. Por lo tanto, un instrumento de opresión manejado por el bloque de poder. Tal cual la tortura, el fusil o la organización policíaca.

Este discurso organiza y *dispone* una serie de elementos ideológicos ya existentes. Por lo general, la única originalidad del discurso consiste en la ordenación *nueva* que da a los distintos elementos. Su eficacia reside en reproducir elementos anclados de antemano en la conciencia de un cierto sector o clase, haciéndoles recobrar su antigua fuerza.

Más que a individuos, el discurso pone en relación sectores y clases sociales. Relación de alianza o de lucha. El discurso tiende a ganar amigos o a imponer el dominio sobre los otros.

su significación más política. Aquella que habla de la ideología como imposición o intervención. La realimentación constante por parte de los ideólogos al servicio del poder dominante.

Es un lenguaje colectivo en donde tanto el emisor, aquél que organiza el discurso, como el receptor o destinatario representan sectores de clase actuando en una determinada coyuntura política y representando tendencias bien precisas. De esta manera, el discurso opera más bien por el propósito que lo constituye que por los contenidos que maneja considerados individualmente. La 'apelación resulta de la peculiar *disposición* en que se encuentran estos contenidos. Vale más en este caso el modo de decir que lo que propiamente se dice.

Es por esto que no considero el mejor método rastrear elementos constatando su presencia, para luego buscar su origen remoto o cercano. Esta búsqueda de filiaciones no dice nada de la eficacia interna, porque no habla del rol nuevo que tal o cual elemento pasa a desempeñar en la disposición actual del discurso.

Es en la propia operatoria de la ideología en donde hay que insistir. En especial en la existencia y acción de este discurso tal como lo emplea la junta militar chilena. Sobre todo si no olvidamos que la ideología no se reduce a la mera palabra. Ella es idea y gesto a la vez. Comporta una práctica correspondiente. El sujeto es precisamente llamado para que actúe de una determinada manera. Para que haga de esta práctica algo de suyo natural.

Por eso, más que «ideología de la junta», proponemos hablar de «intervención ideológica». Es la forma de esta intervención lo específicamente fascista; la violencia con que irrumpe. No los elementos o contenidos manejados por el discurso de la junta. Se puede decir aquí, que los elementos propios del fascismo tradicional se hacen presentes, porque la forma de la intervención ya lo es y no porque sean ellos los que aportan la prueba del carácter fascista de este manejo ideológico. El cual, por otra parte, maneja otros tantos elementos pertenecientes a la ideología tradicional dominante.

La intervención es el corolario exacto de la represión que se implanta inmediatamente producido el golpe de septiembre de 1973. Ella recoge en su discurso gran parte de los contenidos que el proceso anterior había puesto en vigencia. Es en este sentido, el resultado lógico de aquel proceso de fascistización que asumió la oposición al gobierno de la Unidad Popular. Pero acoge dichos contenidos en una nueva disposición, y esa forma nueva del discurso es la que nos proponemos describir mostrando, al mismo tiempo, las diferentes dimensiones que alcanza esta intervención ideológica dentro del proceso general de la represión política que impone la Junta.

La intervención ideológica, que es paralela al proceso represivo, intenta producir una violenta e inmediata rectificación de todo el espectro ideológico existente en la época de la Unidad Popular. No sólo de las manifestaciones ideológicas que pertenecen propiamente al nuevo gobierno de Salvador Allende, sino también de los mismos contenidos de la oposición.

Así considerada, la ideología aparece claramente como un ma-

nejo en manos de la dictadura militar. La Junta no produce la ideología que administra. Esta se constituye más bien en un *centro* que proporciona la versión oficial, vale decir, dominante e impositiva del discurso del poder. Los elementos que organiza al interior este discurso provienen, ya sea de la ideología tradicional dominante, ya sea de otros centros productores que aportan su versión y la ponen a disposición de la Junta. Tal es el caso, por indicar sólo dos, de la revista «¿Qué Pasa?», o del diario «El Mercurio».

El vínculo que la dictadura mantiene con la ideología dominante tradicional obedece, en parte, a la estructura y formación propias del aparato armado chileno, tributario como el que más de esta ideología. Se expresa también en que los intereses del nuevo poder no se contradicen con el modo de producción dominante. Sólo hay un cambio en la forma de dominio, pero éste no ha dejado de ser el dominio tradicional de Chile. Únicamente la Unidad Popular comenzaba a quebrar la vieja estructura del poder. Por desusado que sea el nuevo lenguaje, nunca se llegará al extremo de romper los límites impuestos por esta ideología. Por el contrario, continuamente invocan su respeto a la expresión del estado roussoniano. Según una versión de los hechos⁴, el ejército habría sido el único canal posible de expresión para la soberanía popular. El único camino por el cual se podría reafirmar la voluntad soberana. Un síntoma de este hecho son los lazos que se siguen manteniendo respecto del poder judicial, inmediatamente después de producido el golpe.

Las transferencias ideológicas que van de la ideología dominante al discurso de la dictadura operan como un proceso natural.

Otro tipo de elementos se explican, en cambio, por la relación que este centro de poder mantiene con los grupos de presión que la circundan y apoyan. Estos, en mayor o menor medida, no están directamente presentes en la gestión de poder, pero sus opiniones son recogidas y manejadas en cuanto se adscriben al propósito central de la dictadura. Pero no todo es incorporado, ni todo lo que se incorpora tiene el mismo rango de importancia que tuvo allí donde fue producido.

La organización gradual del discurso ideológico-político pasa a ser entonces obra de la dictadura. Una de sus principales realizaciones junto al refinado y moderno aparato represivo llamado DINA⁵. Este discurso es el resultado de las necesidades inmediatas del pro-

⁴ «El Mercurio», 7 de septiembre de 1974: «Desde que un gobierno marxista utilizó la ley para defraudar las propias formas legales... los poderes públicos que aparecían como representativos de la voluntad popular se desvanecieron. Dicha voluntad perdió sus canales normales de expresión y, aparte del poder judicial, que se mantuvo intacto, las únicas instituciones orgánicas con capacidad de conducir responsablemente el Estado fueron las FFAA. El movimiento del 11 de septiembre de 1973, significó una manifestación de esa voluntad que llegó a confundirse con el imperativo de existencia de la nación».

⁵ Hoy CNI.

ceso represivo. Las urgencias de la política concreta van determinando así la aparición o desaparición de ciertos elementos; el predominio de otros, así como el estatuto de cada uno de ellos.

LA LOGICA DE LA NEGACION

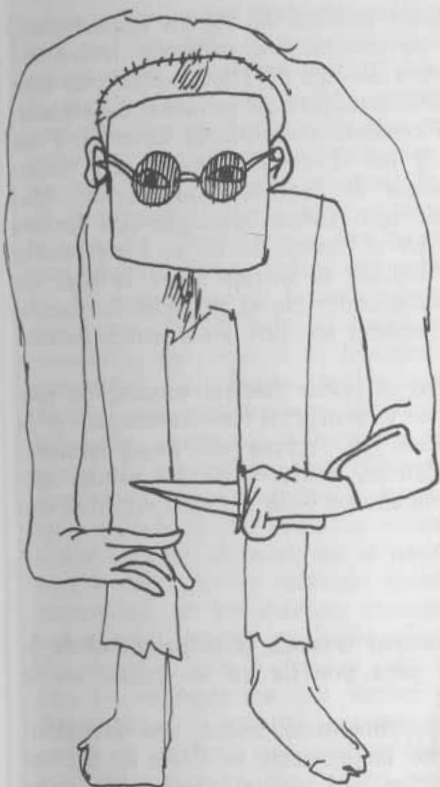
Vamos a examinar, a continuación, el núcleo central de este discurso. Su estructura eje, dentro de la cual se mueven todas sus variantes, y respecto de la cual se incorporan y adquieren significación sus diferentes elementos. La intencionalidad rectora es, en este caso, hablar netamente del poder. El discurso debe transmitir este lenguaje. Advertir sobre la nueva norma que se impone. Establecer con nitidez quiénes están y quiénes no están considerados. De ahí que la impronta general sea la de negación. La negación de todos aquellos que se oponen a la nueva forma de dominio político. De ellos mismos y de las posiciones de clase que representan; de su organización y de su institucionalidad. Este discurso adopta, en la medida que se constituye, tres formas distintas. Cada una alude a necesidades políticas concretas que la dictadura enfrenta o ha debido enfrentar. Pero la lógica negativa hace de todo ello un discurso único.

a) *La negación como antimarxismo*

La primera de estas formas es el *antimarxismo*. Este introduce el carácter negativo dentro del cual se moverá en lo sucesivo la intervención ideológica. La negatividad proviene de la tentativa de ocupar un terreno donde existe un determinado espectro ideológico, que la intervención se propone suprimir de inmediato. Su forma se concibe entonces dentro de una acción a la vez rápida y violenta. Muy atrás han quedado los eufemismos del diálogo y la nueva imposición debe ser abierta, expedita y directa. La nueva forma del poder fascista así lo propone. El predominio de la opción político-ideológica de la dictadura implica al mismo tiempo liquidación de toda otra alternativa. De toda otra forma de poder, implícito o explícito.

De partida, la negación del marxismo-leninismo significa rechazo del gobierno popular de Salvador Allende, la supresión de toda su breve institucionalidad, de todo esbozo del nuevo poder que comenzó a surgir durante esos tres años. Destrucción de la organización de clase del proletariado, de los partidos populares. El marxismo-leninismo expresa, en esta primera fase, el extenso espacio político social sobre el cual va a ejercerse la represión. El espacio institucional que será congelado. El discurso, es por lo tanto, discurso de la represión. Establece los límites dentro de los cuales actuará la política represiva.

Esta negación se enuncia, en sus considerandos más importantes,



en la «Declaración de Principios» de marzo del 74. En este texto la Junta hace programático y evidente su propósito de negar al marxismo. La negación adquiere aquí un carácter doctrinal:

«...Chile no es neutral frente al marxismo. Se lo impide su concepción del hombre y la sociedad fundamentalmente opuesta a la del marxismo. Por lo tanto, el actual gobierno no teme ni vacila en declararse antimarxista. Con ello no adopta una postura «negativa», porque es el marxismo que en verdad niega los valores más fundamentales de toda auténtica civilización.»

¿Cómo entender el rango que alcanza el anticomunismo, que por su sola presencia hace opacos todos los intentos nacionalistas, que sólo recobran fuerza cuando operan dentro de las fronteras trazadas por esta negación fundamental?

Una primera respuesta puede darse a partir de los propios contenidos del golpe del 73; este objetivo central no puede, sin

embargo, hacernos descuidar otros motivos no menos importantes; así, por ejemplo, la necesidad de mantener la cohesión dentro del nuevo bloque de poder. La nueva alianza de clase, unida tras este objetivo, tiene en la ideología anticomunista su principal coherencia. El antimarxismo sirve aquí de *cemento* como decía Gramsci. Pues al propio tiempo que solidifica los diversos intereses del nuevo bloque en el poder, sirve además de presión e imposición. Movimiento que consiste en poner bajo forma ideológica los límites que el poder va estableciendo en el desarrollo de su intervención política. El modelo de estado fascista se instala sobre la base de la exclusión: exclusión del proletariado y de la pequeña burguesía. La ideología tiene por objetivo imponer en ellos la conciencia de esta exclusión.

En la misma medida en que el poder fascista impone su modelo de Estado, las dificultades y conflictos se acrecientan y la contradicción principal se agudiza. El recurso del anticomunismo adquiere dimensiones que exceden en mucho a las del primer momento. La extensión de sus implicaciones políticas es correlativa con el aislamiento de la Junta.

b) *El receso político*

En esta segunda fase, el discurso traslada la culpabilidad de la esfera del marxismo-leninismo, para ponerla en su causa: en la causa de su presencia en Chile.

La operatoria anterior ha experimentado, ahora, una variación: el marxismo ya no se explica por la presencia en Chile de agentes extranjeros. El es, en cambio, en esta nueva versión, la parte final o culminación inevitable de un mal endémico: la pugna partidista. Es en ella en la que hay que intervenir para erradicar el mal de una manera definitiva. Esta versión, que inicia una nueva fase política de la dictadura, se hace ostensible a mediados de 1974 y podríamos establecer su culminación (en su parte legislativa, al menos) con el decreto de supresión de todo partido político, hecho que ocurre a comienzos de 1977. Se expresa en la nueva versión una actitud fija, caracterizadora del nuevo poder fascista respecto de las capas medias, al responsabilizar a estos sectores de la presencia del marxismo en Chile, e intenta igualmente excluirlos de cualquier opción, descartarlas como alternativa de poder.

Este proceso de exclusión comienza con la oposición civil-militar. La distinción entre civiles y militares proporciona uno de los más importantes mecanismos de enmascaramiento de la intervención militar, la cual es preparada bajo la consigna «nada con los políticos», lo que en la mentalidad del soldado significa, nada con los civiles y que en el orden político alude al poder civil. Es decir, a esa base de apoyo compuesta de sectores bien precisos de la pequeña burguesía, que creó las condiciones políticas del

golpe militar, a esa oposición política que también aspiraba al poder una vez liquidado el gobierno de la Unidad Popular. No se trata, entonces, de un sector político cualquiera el que es rechazado por la nueva alianza de poder; tampoco esta actitud se restringe al conjunto de sectores medios que estuvieron hasta el final junto al gobierno de Salvador Allende. Lo decisivo y estructuralmente caracterizador del nuevo sistema de poder fascista es la exclusión de la pequeña burguesía en su conjunto. Lo que se expresa ya en la consigna inicial: «nada con los políticos». El golpe se dará sin la participación directa del apoyo político civil.

El mecanismo de la oposición civil-militar desarrolla la imagen que pone, de un lado, al pueblo chileno como enfermo de politicismo y, del otro, a la institución militar, que parece gozar de inmunidad. Esta figura ideológica se sustenta en la concepción tradicional que representa a las FFAA como separadas del resto de la nación, como no deliberantes, ausentes del proceso político nacional. Ella comienza por distinguir entre quienes pasan a apoderarse del aparato estatal y quienes son dejados al margen. Pero muy pronto la distinción se refiere a dos tipos de ciudadanos o a dos maneras de estar en la nación. De un lado los civiles enfermos y del otro los militares transformados, gracias a esta natural inmunidad, en los médicos encargados de «purificar» al país. Durante este tiempo se habla abundantemente de «intervención», de «intervención a fondo», de «intervención purificadora», etc. Son los militares los que vigilan y resguardan la institucionalidad. Representan al estado «protector». Son ellos también los encargados de restituir una «integridad nacional» a la cual este pueblo civil debe acceder. Esta figura expresa, a nivel de la ideología, el hecho político de que el modelo de estado del fascismo dependiente no contempla la presencia de estos sectores medios en la gestión del poder. La colaboración civil-militar determinará siempre funciones distintas para unos y otros. Sea despolitizando todas aquellas instancias que no son del estado; sea considerándola sólo en los marcos de una «regionalización», el poder de decisión política estará siempre de la parte del gobierno militar.

Este objetivo político se impone a través del «receso». La noción de «receso político» se emplea por primera vez en septiembre de 1973⁶, para distinguir entre los partidos políticos marxistas que eran puestos fuera de la ley y los partidos no marxistas que debían entrar en un período de receso. La fórmula era claramente de compromiso. Se distinguía entre una política considerada como nefasta y otra que se deja momentáneamente de lado.

En un comienzo el receso es postulado como una medida necesaria, como parte de un programa de congelamiento institucional dentro del cual se incluye a los partidos políticos. Esto les permitirá una mayor *eficacia* en la «pacificación» del país, suprimiendo desde

⁶ «El Mercurio», 22, septiembre, 1973.

un comienzo toda posibilidad legal de cualquier acto político que no sea aquél que la propia Junta impone por la fuerza de las armas.

Durante los primeros meses y aún después, los mismos políticos afectados consienten en este hecho e incluso lo avalan. Aún conservan ilusiones. El receso es aceptado por aquellos que veían en él un paso necesario para una oportunidad política posterior. La propia junta se encarga de aligerar los espíritus sobre la medida:

«No somos fascistas ni vamos a implantar un gobierno de esa naturaleza. Tampoco pretendemos quedarnos en el gobierno indefinidamente. Sólo el tiempo necesario para dejar el país estructurado sobre bases nuevas y sólidas, y entonces el pueblo de Chile elegirá el gobernante que mejor desee»⁷.

Pero este receso partidista abandona pronto su significación original, para pasar a ser una condenación frontal del propio sistema de los partidos políticos como el mal nacional. Desde ese momento el sentido propio de receso ha prácticamente desaparecido; la política basada en partidos es descrita como un mal antiguo de la nación chilena, cuyos orígenes remontan al otro siglo:

«Chile fue en el pasado una gran nación... Y su decadencia coincidió con el advenimiento de gobiernos partidistas o demagogos, que en una lucha pequeña y estéril por beneficios particulares dividió criminalmente al país...»

(Pinochet, Discurso, 11 septiembre 1974)

Por esta mismo época, el plazo pensado para el receso es relegado a un futuro lejano, lo que enseña al mismo tiempo la dimensión política que va tomando el gobierno militar, el cual fue concebido en un comienzo como salida de emergencia. Así lo dice Pinochet en este mismo discurso:

«El receso político deberá prolongarse, pues, por varios años más, y sólo podrá responsablemente levantarse, cuando una nueva generación de chilenos se desarrolle en sanos hábitos patrióticos.»

(Pinochet, Discurso, 11 septiembre 1974)

A partir de esta fecha el receso deja de ser una medida más, para convertirse en doctrina política, la que guiará la intervención del aparato institucional chileno, en especial la intervención de la Universidad, el ejemplo más evidente de que el «congelamiento institucional» no se proponía tan sólo interrumpir el proceso ideo-

⁷ Gral. Leigh, Declaración de prensa. «El Mercurio», 23, septiembre, 1973.

lógico político de la Unidad Popular, sino al mismo tiempo era un ajuste de cuentas; una imposición hegemónica en el interior de la propia alianza de poder.

De este modo el receso supone la eliminación del debate pluripartidista en todas sus dimensiones.

La declaración de Pinochet, en su discurso del 11 de septiembre de 1976, echa por tierra del modo más definitivo, toda esperanza de un receso transitorio.

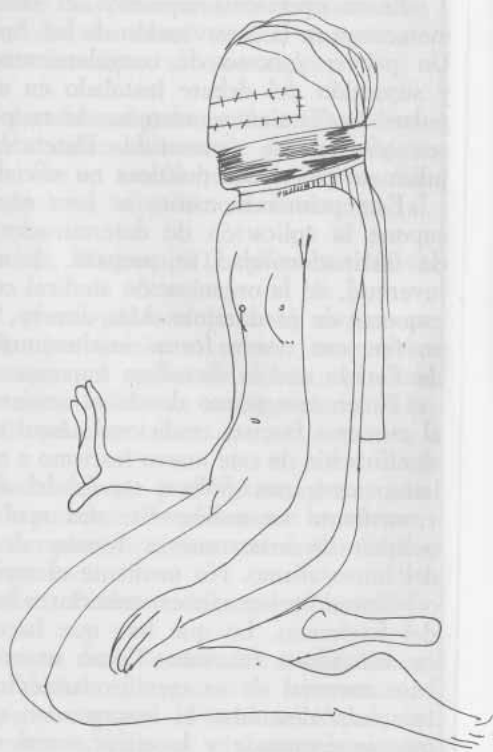
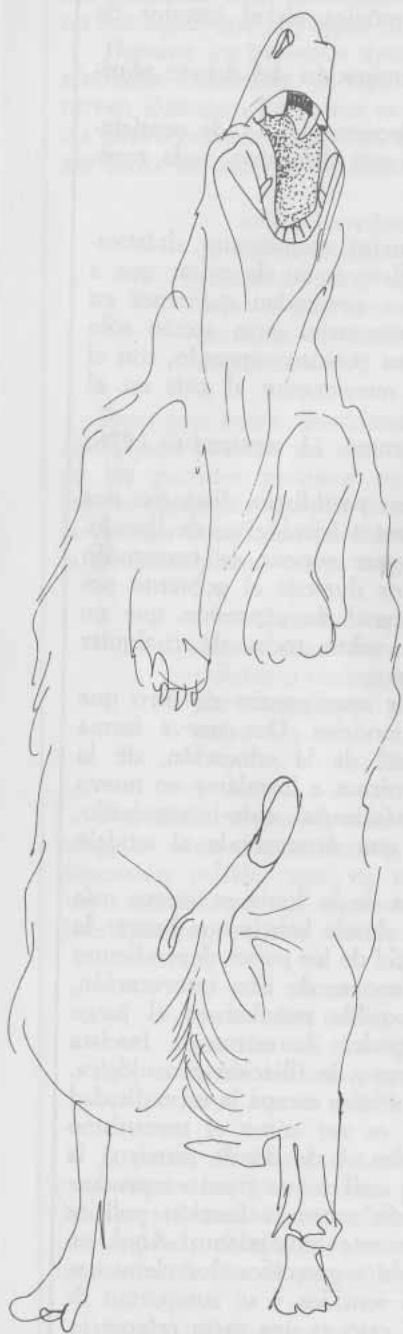
«... el Gobierno ha resuelto reglamentar drásticamente el actual receso partidista, a fin de evitar que a través de su quebrantamiento, pretendan mantener en actividad conglomerados y personajes cuya acción sólo apunta a retornar a un sistema político superado, con el único destino de precipitar nuevamente al país en el caos...»

(Pinochet, Discurso, 11 septiembre 1976)

En su operatoria específica, el «receso partidista» distingue dos momentos en la intervención de los Aparatos Ideológicos de Estado. Un primer proceso de congelamiento, que supone la suspensión y supresión del debate instalado en ellos durante el gobierno popular. Acallamiento, además, de todo canal de expresión que no sea oficialmente consentido. Detención sobre todo, de cualquier juego de posiciones políticas no oficiales.

Este primer momento se hace seguir muy pronto de otro que supone la aplicación de determinados modelos. Una nueva forma de institucionalidad se prepara. A nivel de la educación, de la juventud, de la organización sindical comienza a instalarse un nuevo esquema de predominio. Más directo, más brutal, más jerarquizado, en fin, una nueva forma institucional que corresponde al modelo de Estado que la dictadura impone.

Es en este punto donde el gobierno de la Junta se acerca más al esquema fascista tradicional. Aquí es donde habría que buscar la significación de este nuevo fascismo a nivel de los países dependientes latinoamericanos. Sólo a través del desmonte de esta intervención, y mediante su radiografía, nos será posible percibir en el juego político de estas nuevas formas de poder, la estrategia fascista del imperialismo. No mediante el recurso a la filiación geneológica, o buscando reiteraciones, métodos a los cuales escapa la especificidad del fenómeno. Lo que hay que hacer es ver cómo el mecanismo es utilizado y funciona. Cómo se origina, y de dónde proviene la base material de su condicionamiento; cuál es su fuerza reproductora; sin descuidar la exacta adecuación entre la función política que se emprende y la eficacia real de este movimiento. Aquí, en medio de la acción de una lógica propia y específica, los elementos de tradición distinta adquieren nuevos sentidos y se comportan de manera diferente. La reiteración en tal caso es una mera referencia.



c) *El enemigo interno*

La tercera forma del discurso reencuentra la negación del marxismo, concebido, esta vez, en una dimensión mundial. El marxismo es considerado ahora, como la «agresión permanente», como el enemigo externo e interno a la vez, cuyas significaciones adquieren aspectos casi absolutos. Nos encontramos de nuevo con un «fantasma», cuya presencia abarca en esta ocasión, al mundo entero.

Sus configuraciones no son, sin embargo, difusas; por el contrario, ellas tienen rasgos netos y precisos. Se las inserta en el interior de una crisis donde concurren como sus tres alternativas posibles: la del marxismo, ahora «marxismo soviético»; luego, aquellas fuerzas sociales indiferentes y responsables, por esta misma indiferencia, del peligro marxista, que son «las debilitadas democracias occidentales»; finalmente el actual gobierno de Chile, considerado, sea como víctima sea como paradigma de esta situación. En efecto, actúan dentro de las configuraciones de esta crisis dos modalidades de interpretación, que al final de cuentas se atienen a la misma argumentación, pero que tomadas en sí misma tienen funciones distintas. Una hace de Chile la pequeña nación agredida por todos: «sola contra el mundo». Víctima universal (y aquí aparece la otra función) pero agredida precisamente por haber sido la única capaz de enfrentar directamente al marxismo leninismo.

Mientras que el primer énfasis responde a la inquietud de la Junta frente a la condena internacional, el otro señala en cambio, una posición de ofensiva política. La conciencia de concebirse como la alternativa, no ya como un estado de excepción, sino como el modelo más apto de gobierno antimarxista. Lo que al interior de Chile ha sido presentado como la única alternativa posible, es ahora proyectado a la faz del mundo como el modelo a seguir. Como una especie de punto de partida de nuevas formas de dominio:

«Sin jactancia llamamos al mundo libre a meditar en la experiencia de este apartado país, porque de ella se pueden extraer lecciones cuyo valor excede nuestras propias fronteras.»⁸

Todo el significado de la posición excepcional que a criterio del discurso adquiere la dictadura dentro de esta coyuntura de crisis, está determinada por el enemigo que se enfrenta:

⁸ Discurso de A. Pinochet, 11, septiembre, 1974. Esta imagen ideológica se repite, de forma más amplia y osada, el 11 de septiembre de 1975: «En este 11 de septiembre, Chile enciende ante el mundo la llama de la libertad. Lo hace con la fe del que es vanguardia de luz y esperanza en un mundo que deambula sin rumbo en medio de las tinieblas».

«El marxismo... una doctrina intrínsecamente perversa... Es además una agresión permanente, hoy al servicio del imperialismo soviético.»⁹

Esta agresión es considerada, como lo hemos dicho, externa e interna a la vez, y la condición del enemigo tanto más poderosa porque también está adentro y posee la capacidad de disimularse en la propia institucionalidad nacional:

«... esta moderna forma de agresión permanente da lugar a una guerra no convencional, en que la invasión territorial es reemplazada por el intento de controlar estados desde dentro.»

(Pinochet, Discurso, 11 septiembre 1976)

A la fuerza de esta «agresión», ¿quién puede oponerse?; ¿las democracias occidentales? No, porque ellas también comportan los síntomas de la enfermedad: están corroídas y penetradas por el marxismo. Frente a él, sus métodos son ineficaces, y la prueba más visible de esta ineficacia es la debilidad intrínseca de las concepciones y prácticas tradicionales de libertad y democracia. Es necesario cuestionarlas. Mostrar su inoperancia, señalando sus límites y proponiendo estos mismos límites restrictivos como la nueva alternativa. La ilusión democrática es la que se pone aquí en bancarrota; el dominio oculto. La posición fascista del poder plenamente desplegado y abiertamente presente se hace eco en el discurso:

«Quienes creemos que el concepto de democracia encierra en su esencia un sentido de dignidad y de libertad del hombre que es necesario preservar y desarrollar, tenemos el deber de enfrentar con decisión este problema y avanzar resueltamente hacia *la creación de una nueva democracia...*»

(Pinochet, Discurso, 11 septiembre 1975)

El cambio propuesto para el concepto de democracia, supone también la nueva forma que va a imponerse en los aparatos ideológicos de Estado, base del modelo de Estado que la dictadura militar pone en obra. Este proceso no sólo concierne a la democracia, sino también a la libertad. «La realidad actual ha puesto al desnudo la insuficiencia del concepto de libertad...» «La proyección de la libertad al ámbito social hace más patente que ésta exige restricciones en su ejercicio...»¹⁰; y para comprender de qué restricciones se trata, el discurso introduce la tesis de la seguridad nacional amenazada:

⁹ A. Pinochet, Discurso, 11 de septiembre, 1976.

¹⁰ A. Pinochet, Discurso, 11 de septiembre, 1975.

«La seguridad nacional... emerge como un concepto destinado no sólo a proteger la integridad territorial del Estado, sino muy especialmente a defender los valores esenciales que conforman el alma o tradición nacional, ya que sin ellos la identidad nacional misma se destruiría.»
(Pinochet, Discurso, 11 septiembre 1976)

«La organización política, económica y social deben hoy, además, constituirse en garantía eficaz contra otro peligro, que es el intento del comunismo internacional, convertido en instrumento del imperialismo soviético, por apoderarse de los estados desde dentro.»
(Pinochet, Discurso, 11 septiembre 1976)

De nuevo aquí, se hace presente la operatoria típica de la intervención ideológica fascista tradicional. Ella comienza construyendo un enemigo omnipotente, frente al cual se necesitan métodos igualmente eficaces. Para el caso que nos ocupa, esto supone de inmediato la bancarrota de los recursos tradicionales del poder burgués. A un procedimiento similar recurren, por ejemplo, las reflexiones de Hitler sobre los métodos de la social-democracia y la forma más apta de combatirlos.

En nuestro caso, la agresión interno-externa es tan poderosa y omnipresente, que justifica por sí sola la mantención indefinida del estado de sitio, el rigor de la represión, su extensión e impunidad.

Todo lo que este procedimiento coloca en la parte correspondiente al enemigo interno, a su poder y astucia, hay que buscarlo en la propia imagería del discurso.

Junto a esta operatoria se desarrolla, además, la proyección de lo nacional en lo internacional. El esquema ideológico interno se traslada a nivel mundial insistiendo en la negación de lo *foráneo*. Es el mismo procedimiento por el cual Mussolini elabora la tesis de Italia como la nación proletaria de Europa, víctima del capital internacional. La «agresión» internacional sirve de argumento para la represión interna. La ideología elabora como pieza justificativa del estado de guerra interna, esta agresión mundial.

Hemos descrito el núcleo central del discurso, en el cual la intencionalidad de tipo político es evidente. Tanto en la versión del antimarxismo, como bajo la forma del receso partidista, o de la doctrina de la seguridad nacional, no se oculta la correspondencia del discurso con la intervención política. Hay allí una imagen destinada a la imposición. Es en este sentido que hablamos del discurso como de un instrumento de *presión*, y que la intervención ideológica se estatuye como el corolario perfecto de la represión política. El discurso expresa la intención de imponer una forma determinada de poder político. La intromisión en la historia de Chile de un modelo de Estado que debe implantarse de forma expedita. Una intervención que no hace compromisos y en donde el espacio

estrecho de la nueva alianza de poder deja fuera a la gran mayoría del pueblo chileno.

Desde el punto de vista de su estructuración interna, estas tres formas del discurso podrían constituirse también en tres referencias distintas al marxismo. Tres negaciones organizadas por la necesidad política inmediata. La primera, la negación propiamente tal de la doctrina; luego, la negación de la causa y, por último, la tesis del marxismo como la «agresión permanente». Señalamos todo esto tan solo para reiterar cómo la negatividad cohesiona este núcleo central. Estas versiones distintas no son sino tres formas de una misma negación, de ahí la índole predominante del antimarxismo en el discurso.

LA FRUSTRACION DEL NACIONALISMO

Pero el discurso no acaba aquí.

Otros esfuerzos ideológicos lo atraviesan, en especial lo que podemos llamar la tentativa nacionalista. El intento de constituir una positividad que sea doctrina propia y punto de partida del discurso. La que por su sola presencia justificaría el proceso de negaciones.

En este caso nos encontramos con un propósito diferente. La intencionalidad específica del núcleo central concebida como instrumento de *presión*, reemplazada por una clara intencionalidad de enmascaramiento. El discurso nacionalista se propone ocultar una realidad. Tal es su impronta ideológica esencial.

Se reivindica en el nacionalismo una doble importancia: su aspecto positivo, y su condición de fundamento del discurso. Se declara que:

«El nacionalismo chileno, más que una ideología, es un estilo de conducta, la expresión genuina del ser de la patria y del alma de su pueblo.»

(Declaración de Principios)

El carácter doctrinario del enunciado descansa, sin embargo, en una premisa ineludible. El nacionalismo sólo podrá constituirse en *fundamento* en tanto sea positivo. Es decir, contenga en sí mismo verdad, aluda a una realidad existente fuera de él, aunque ésta sea realidad ideológica. No basta saber a quién se dirige el discurso, ni tampoco es suficiente poseer un contenido a imponer; es preciso, para que éste cumpla su objetivo, que se encuentre de alguna manera presente en quienes son sus destinatarios. He aquí la debilidad esencial del nacionalismo postulado por la Junta.

Es su positividad lo que se pone a prueba. Si no puede establecerla, el discurso nacionalista revelará de inmediato su carácter subalterno respecto del antimarxismo. Lo que implica además su

ineficacia ideológica. Porque la eficacia del discurso depende del cumplimiento del objetivo que lo constituye.

La meta del nacionalismo consiste en crear una imagen popular, una sustancia ideológica que exprese a nivel de masas la «unidad nacional». ¿Unidad nacional de quiénes, tras qué objetivos? ¿Suponer la «nación como un todo» oculta las contradicciones reales que hacen políticamente imposible la consigna? ¿En qué consistirá esa sustancia en la *raza*?, ¿en la *sangre*?

La ineficacia comienza precisamente aquí. Cuando la dictadura militar programa al nacionalismo como la gran ilusión destinada a hacerse conciencia natural e inmediata de la pequeña burguesía, el objetivo está lejos de haberse alcanzado. El discurso fracasa en este intento. Tal es su frustración.

La operatoria del nacionalismo se reduce a distinguir dos momentos, estableciendo como propio tan sólo lo que cae dentro de la «esencia nacional», mientras que lo contrario se presenta como lo *foráneo*. Hay aquí una vacilación decisiva. Ninguno queda verdaderamente precisado mientras se está apoyando en el otro para su determinación específica. En este continuo remitirse sólo logran describir la opacidad general y predominante de la tentativa nacionalista. Sólo hay una afirmación real y concreta de esta «esencia nacional», cuando ella es determinada respecto del «marxismo-leninismo». Cuando el antimarxismo pone los contenidos de lo *foráneo*. Sólo entonces el discurso recobra su fuerza negativa. Pero a partir de este instante cesa de ser ocultamiento; ya no puede embellecer una realidad sórdida; sólo puede imponerse y con ello cae dentro de la intencionalidad básica del discurso.

La «esencia nacional» es también algo que se impone. A la cual los chilenos deben acceder. Se la concibe entonces, como «integración nacional», a la cual se concurre; no se *está* en ella, sino que *se debe ir*. La expresión comprende a todos los chilenos, pero a condición de «que quieran sumarse a ella por encima de banderías o tendencias divisionistas» las cuales quebrantan esta unidad nacional. Se apela, por lo tanto, a chilenos «puros», no contaminados con el virus partidista, del cual deben limpiarse para obtener su integración en esta «unidad nacional». No es una apelación a una postura optativa o voluntaria. Se la impone y esta imposición es una de las tareas principales de la dictadura militar. Ella se ha propuesto la «unidad nacional» un proceso previo de rectificaciones, lo que somete a Chile a un largo período de represión.

El otro momento del nacionalismo se refiere a todo lo ajeno a esta unidad. El marxismo leninismo es en primera instancia concebido en este carácter. Se le ubica como lo opuesto a una «idiosincrasia hispano-cristiana».

Otro intento aplica el concepto de «foráneo» a las ideologías que representan los partidos políticos. Con esto se puede aludir sea a las ideologías demo-liberal, sea a la demócrata-cristiana. ¿No es esto acaso lo que se contiene en la crítica a las «debilitadas

democracias occidentales»? En tal caso lo foráneo va mucho más allá que a mostrar al enemigo marxista. La alternativa expresada por esta crítica a toda la democracia occidental, se postula como absolutamente nueva. Como la versión más adecuada, moderna y eficaz de viejas nociones ya desgastadas. Supone por lo mismo rectificaciones en la propia esencia de la democracia. Un nuevo tipo de democracia que exprese claramente las reglas del juego del poder; que no oculte ni enmascare la existencia de un dominio como ocurre con el concepto tradicional de democracia, sino que por el contrario, lo haga evidente, abierto y visible para todos. Que exprese claramente la consigna cara a todos los fascismos: que nadie se equivoque respecto de quiénes son los que mandan y quiénes los que obedecen.

En esta última proposición se afinca el discurso de la Junta: ella establece el carácter de la nueva estrategia fascista para América Latina. El dominio imperialista debe recurrir a la forma de poder más propio, a la forma de poder fascista. No basta ya con ocultar el dominio, es preciso hacerlo visible o imponerlo.

La intervención ideológica acomodada junto a la intervención política expresa, en su nivel, el empeño por imponer un dominio abierto. Dominio que se establece mediante una concentración del poder en manos del aparato represivo del estado y que destina los aparatos ideológicos o lo que llamamos en otra parte la institucionalidad, a la sola labor reproductora de una ideología que desciende verticalmente. La lucha ideológica que existía en ellos durante los gobiernos anteriores, y en especial en la época de la Unidad Popular, es suprimida violentamente. Eliminada y proscrita. Tan solo la opinión del poder tiene derecho legal y únicamente se mantienen opiniones distintas en la medida que ellas están sustentadas por fuerzas institucionales que la dictadura no puede fácilmente suprimir o proscribir: tal es el caso de la Iglesia.

La verticalidad de la imposición ideológica expresa también un hecho que se relaciona directamente con la fisonomía del poder. La presencia casi indefinida de los militares. ¿Por qué el ejército permanece todavía en el poder? El es, tanto por su estructura como por su formación, la expresión más adecuada a la nueva alianza de gobierno. Por su estructura permite la implantación de un estado autoritario y jerárquico, que contiene en sí mismo la única expresión política admitida. La formación técnica del ejército, en especial aquella que comienza con los años sesenta, lo condiciona para este ejercicio. Posibilita la rápida construcción del discurso ideológico. Preparado técnico, y sobre todo ideológicamente, el ejército viene ahora a asumir el rol hacia el cual se le precipitaba, tanto a través de la penetración directa del imperialismo en su formación, como por el condicionamiento político-ideológico a que lo sometió la oposición al gobierno de Salvador Allende, durante sus tres años de gobierno. Su estructura vertical más esta preparación, facilitan la frialdad del dominio que la Junta militar fascista ha impuesto en Chile desde septiembre de 1973.

Hay muchos otros aspectos, propios del funcionamiento de la ideología en el discurso de la Junta, que hemos dejado de lado. Nos hemos propuesto como único objetivo mostrar la característica más relevante de este funcionamiento: el predominio de la esencia impositiva de la ideología. Lo que hace de ella, como lo hemos dicho, un instrumento destinado a *presionar*, a intervenir directamente en sectores sociales históricamente determinados.

Hemos omitido así elementos ideológicos del gran capital, en particular la presencia reiterada de la noción de eficiencia; elementos pertinentes a la llamada «historia patria»; en versión que la Junta hace de sí misma en el plano interno, en la cual, por ejemplo, se destaca la recuperación para sus fines de la figura de Portales; en fin, elementos que conciernen sea al integrismo, sea al fascismo tradicional.

Circunscrito así, tanto por el campo reducido que abarca, como por el énfasis en una de las vías posibles del análisis, este trabajo, deja opacos una serie de otros elementos e invita a la confrontación metodológica con otras líneas o direcciones de examen.

Es evidente, por otra parte, que el estudio del fascismo dependiente, tal como se hace presente en Chile, está en sus inicios. Que pertenece a una realidad por explorar, en la cual es necesario establecer su regularidad interna, sus líneas tendenciales, en fin, los modelos de estado y de desarrollo económico que ella supone e impone. Las nuevas condiciones de la lucha de clases en América Latina. Creemos que este estudio debe abrirse paso a través de la confrontación de criterios y opiniones distintas: diversos y diferentes puntos de vista que contribuirán a hacer cada vez más visible la realidad siniestra y oculta de este fenómeno.



FUNERAL VIGILADO

SERGIO VILLEGAS

LUIS ALBERTO: No sabía dónde estaban velando a Neruda. Lo único que se me ocurrió fue ir a la casa de Homero Arce, su secretario. Quedaba en San Miguel, Paradero 8, por el Llano Subercaseaux, cerca de unas poblaciones que habían sido muy allanadas, muy castigadas por los militares. No estaba Homero. Hablé con su mujer, que sollozaba. Apenas abrió la puerta y me vio, se puso a llorar. Me contó que Homero había estado con Pablo hasta el final. Lo último que le había escuchado era una frase que Pablo decía en medio del delirio: «Los están matando, los están asesinando.» La esposa de Arce me dijo: «Qué terrible que se haya muerto cuando más falta nos hacía.»

BELLO: El teléfono me despertó muy temprano.

—«Habla Juan Gómez. Murió Pablo. Pasaré a buscarte en veinte minutos.»

Era Gómez Millas, el ex rector de la Universidad de Chile.

Llegamos a la clínica alrededor de las ocho de la mañana. Ya habían bajado el cuerpo de Pablo hasta un rincón cerca de la capilla. Aún no llegaba la urna. El cuerpo yacía sobre una mesa, envuelto en un sudario blanco. Tenía descubierta sólo la cara. Nunca vi en un

* Capítulo del libro inédito *La copia del Edén*. Chile, septiembre de 1973.

muerto una sonrisa como ésa, una expresión que reflejara semejante paz. Debió traerla desde muy adentro, antes de expirar, como una respuesta suprema a la brutalidad que reinaba a su alrededor.

Se encontraban junto a Pablo su esposa Matilde (que lloraba), su hermana Laurita, el poeta Homero Arce (que era su amigo más cercano), la escritora Teresa Hamel, la abogada Graciela Alvarez. Empezó a llegar un enjambre de fotógrafos que recorrían como cuervos los restos del poeta para tomarlo en todos sus detalles.

—«Por favor, no más fotos» —dijo de pronto Matilde.

Los fotógrafos hicieron como si no hubieran oído. Pasó un momento y no pude más:

—«La señora Neruda ha dicho no más fotos. Respétenla o salen de aquí.»

Entre los fotógrafos había gente de la policía fascista.

Fueron llegando otros amigos, los escritores Juvencio Valle, Francisco Coloane, una veintena más.

Llegó la urna. Al quitársele las sábanas, se vio a Pablo vestido con un ambo de sport. Cuando se le trasladó a la urna, Coloane le abotonó un extremo de la camisa, que le salía de la estrecha cintura que le quedó de la antigua corpulencia.

AIDA: Pablo estaba en una camilla, abajo, en un pasillo. Tenía aún la mandíbula amarrada. Ayudé a ponerlo en el ataúd. Lo cerraron, lo soldaron y lo pasaron a la capilla.

BELLO: Salimos rumbo a la residencia de Neruda, que estaba cerca de allí, temprano todavía. Era un cortejo pequeño. Llegamos a la casa de Márquez de la Plata y no pudimos entrar. La escalera de acceso a la casa, que se encuentra en la ladera del Cerro San Cristóbal, estaba anegada de agua y barro y sembrada de escombros. La urna no cabía. La gente de la Junta había estado allí haciendo su «trabajo». Entonces decidimos dar vuelta y entrar por el acceso posterior, recorriendo para esto toda una manzana. A la entrada había un grupo de unos cuarenta jóvenes esperando. Avanzaron, se situaron junto al féretro y gritaron con los puños en alto, roncamente:

—Compañero Pablo Neruda...

—¡Presente!

—Compañero Pablo Neruda...

—¡Presente!

—Ahora...

—¡Y siempre!

—Ahora...

—¡Y siempre!

Era el primer grito que se escuchaba en medio del silencio impuesto por el terror.

Tampoco podíamos entrar por ahí. Habían desviado el canal que pasa arriba, bordeando el cerro, y habían producido abajo una fuerte corriente de agua que dejaba aislada esa parte de la casa. Había

llovido, además, de modo que el lugar en que nos encontrábamos era un lodazal. En ese suelo dejamos un momento la urna. ¿Qué hacer?

Alguien propuso que lleváramos a Pablo a la Sociedad de Escritores.

Matilde respondió:

—Pablo quiso ser trasladado a su casa. No lo llevaremos a ninguna otra parte.

Estábamos dentro de una barraca semidescubierta, en donde había tablones, puertas a medio construir, postes, una carpintería.

Entonces, ¡a construir un puente para pasar! Tomé el primer tablón y todos hicieron lo propio. Después de unos diez minutos de trabajo, el puente quedó listo y pasamos nuestra preciosa carga. Subimos la empinada cuesta. Las diversas unidades de esa increíble casa de imaginación hecha construir por Neruda habían sido destruidas. Los senderos que iban haciendo vericuetos entre un lugar y otro del escarpado parquecito estaban casi borrados, cubiertos de vidrios rotos que sonaban y hacían rechinar las suelas de los zapatos al paso del improvisado cortejo. Aquí y allá, montones de cenizas con restos de las preciosidades coleccionadas por Pablo durante toda su vida: cuadros, objetos raros, libros a medio quemar, antiguas joyas de armadura liviana, abanicos extraños o plumas de aves raras de Oriente.

Los tres diferentes cuerpos de la casa mostraban las cuencas de las ventanas sin vidrios en ese helado día de primavera. Del comedor, que tenía originalmente el aspecto de un interior primitivo y fantástico, sólo quedaban los restos. El suelo estaba hecho una masa de lodo y cosas quemadas. De los muros colgaba algún cuadro, de una punta, cruzado a tajos. O pedazos de lámparas de extraño origen, todas esas cosas que Pablo había perseguido empeñosamente en cualquier parte del mundo hasta conseguirlas y llevarlas a casa.

Llegamos al living. Algunos compañeros quisieron limpiar los vidrios rotos de la habitación, colocar otros nuevos en las ventanas.

—No, Pablo hubiera pedido que dejaran todo igual como lo dejaron los asaltantes.

Y allí pusimos la urna. Después del ramo de claveles rojos que había colocado encima Matilde, apareció la primera corona. Fue situada a los pies del catafalco. Llevaba una enorme cinta de moaré con los colores azul y amarillo y la siguiente inscripción:

«Al gran poeta Pablo Neruda, Premio Nobel»

Gustavo Adolfo, rey de Suecia

AIDA: No estaba en buenas condiciones físicas para enfrentar dificultades. La huelga médica, que fue parte del golpe, lo privó de un tratamiento de cobalto que le estaban haciendo en Valparaíso. Iba allá regularmente. Era un tratamiento decisivo, porque lo que tenía era un cáncer bajo control.

—Yo tengo dos opciones —me decía—: «Ponerme cara de luna o morirme.»

Decía «cara de luna», con su humor de siempre, refiriéndose a esa gordura artificial que produce la cortisona.

Al final íbamos a verlo casi todas las noches con mi marido, a Isla Negra. Pasaba ya más en cama que en pie. Nos hacía bromas. Decía que estaba mejor informado que nosotros. Pablo, en su encierro forzoso, veía televisión, escuchaba radio, leía diarios que le llegaban de todas partes. Veía lo que se venía encima. Fue en esos días cuando escribió, en un mensaje a la juventud del mundo, que Chile era «un Vietnam silencioso». Nos volvíamos a Santiago a medianoche.

LOYOLA: El martes 18 de septiembre, día de la independencia política de Chile, una semana después del golpe militar, el organismo de Neruda ya no resistió la crisis que le provocaron esos días. Tenía suficiente. Todo estuvo trágicamente claro para él a partir de las noticias sobre el bombardeo de la Moneda y la heroica muerte de su amigo Salvador Allende.

La dimensión cabal de lo sucedido le llegó a Neruda cuando se detuvieron tres o cuatro buses con gente armada frente al portón de su casa en Isla Negra, que poco después se convertiría en un hormiguero de hombres buscando metralletas y bazookas debajo de las anclas, en el interior del viejo locomóvil, entre sus maravillosas ediciones de Rimbaud o bajo la cama, mientras él o Matilde debían soportar un interrogatorio no muy bien educado.

Aunque consciente de su deterioro físico, Neruda había decidido vivir varios años más, por lo menos hasta una semana después del 12 de julio de 1974. Quería que su cumpleaños número setenta fuera de algún modo una contribución al triunfo de ese Chile en el que creía y en el que veía cifradas tantas esperanzas de los pueblos de América. Tratándose de él, era una decisión que había que tomar en serio. Pero los acontecimientos de la siniestra primavera que nos trajo 1973 derrumbaron, sin duda, sus reservas vitales.

AIDA: Algunos días después del 11, llegó un bus con soldados a la casa de Isla Negra. Llevaban cascos. Iban al mando de un oficial también con casco. Esto me lo contó Matilde. Llegaron registrando, dando las voces de costumbre:

—¡Que nadie se mueva!

—¡Todos afuera!

Todos salieron. Pablo estaba arriba, en su cama, y ahí se quedó.

Desde esa cama, junto a dos ventanales que hacían esquina en su pieza, se veía todo el jardín. Seguramente fue al atardecer, porque pronto los soldados encendieron linternas para continuar el trabajo, la revisión cuidadosa, detalle por detalle, plantas, matraques, árboles, la biblioteca, el jardín de piedra afuera.

Pablo estaba mirando todo eso por la ventana y para él, según Matilde, fue especialmente terrible. Era la agresión física a su casa,

la impresión física de los soldados entrando por todas partes, la visión de la brutalidad absoluta.

El oficial preguntó por Pablo. Le dijeron dónde estaba y él subió cautelosamente, con el arma en la mano. Ocurrió algo curioso entonces. El oficial entró por adentro, por el lado del comedor, subiendo una escalerilla estrecha, típica de esas casas de Pablo que él mismo ideaba y construía. Abrió la puerta y se encontró a boca de jarro con Pablo en la cama. Era, al parecer, un hombre joven. Cuando vio al poeta tan de improviso, tan cerca de él, se desconcertó. Se sacó el casco, en el ademán de descubrirse, dijo:

—Señor Neruda, perdone —y se fue.

Bajó por la misma escalerilla, dio unas órdenes y se retiró con su gente. No rompieron nada. No se llevaron nada. Era demasiado para el oficial. Pero Pablo quedó aplastado con aquella visita.

Al día siguiente, Matilde se lo llevó a Santiago en una ambulancia que pidió a la Clínica Santa María. Fue un viaje interminable. Los detuvieron repetidas veces, los interrogaban, los demoraban. Pablo iba ya mal.

Algo más: la casa de Isla Negra no fue saqueada. Pero sí fue saqueada y destruida por infantes de marina una casa llena de colecciones y rarezas artísticas que tenía Pablo en Valparaíso. La «Chascona», de Santiago, la residencia en que Pablo vivía, escribía y guardaba sus colecciones, sufrió igual suerte.

LOYOLA: Llegar con Neruda a Santiago no fue cosa fácil. En una entrevista concedida en Buenos Aires, Matilde Urrutia hizo el siguiente relato:

—Su médico de Valparaíso fue apresado el día 13, así que no pudo llegar. Entonces me comunicaba con Vargas Salazar, en Santiago, y él me recetaba los antibióticos que yo ya tenía. Pero la fiebre no le bajaba. El día 18 lograron pasar algunos amigos nuestros y le contaron todo lo que estaba ocurriendo en Santiago. Eso fue peor. Por la noche estuvo muy mal. Al otro día llamé una ambulancia para llevarlo a Santiago. Costó mucho para que llegara hasta la isla. Nos fuimos en la ambulancia y al pasar por el lugar donde se paga el peaje, en el camino a la capital, nos encontramos con que revisaban a la gente.

Cuando llegamos yo dije:

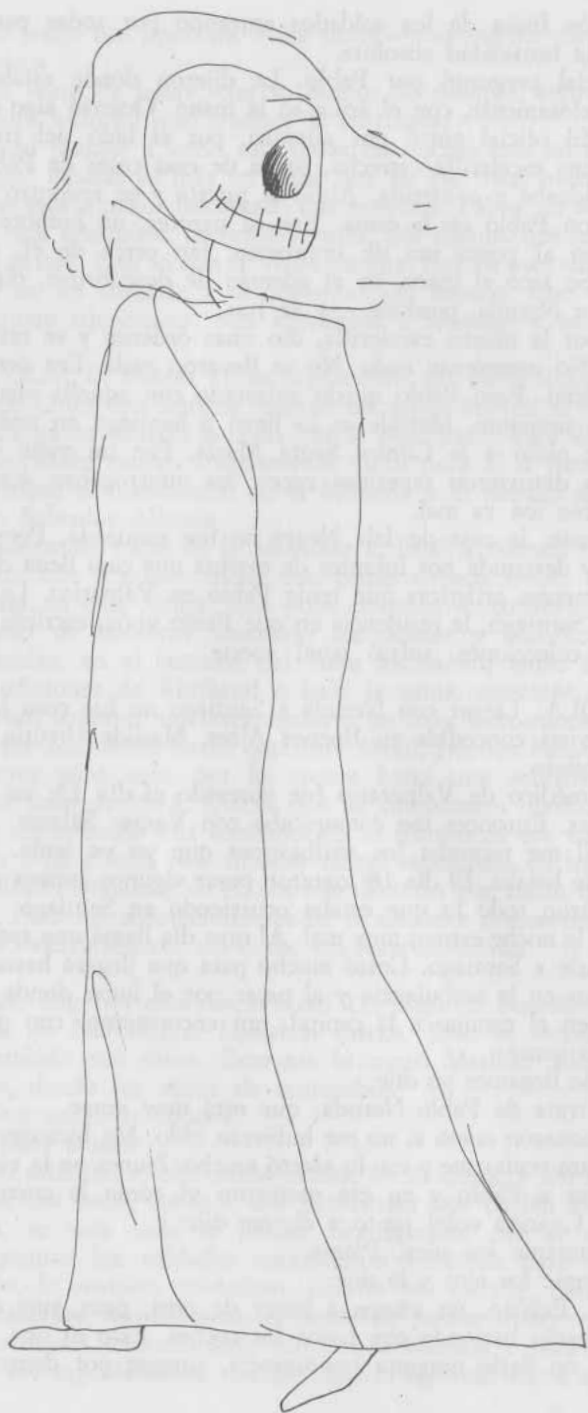
—Se trata de Pablo Neruda, que está muy grave.

Reaccionaron como si no me hubieran oído. Me hicieron salir de su lado para revisarme y eso lo afectó mucho. Nunca en la vida había visto llorar a Pablo y en ese momento vi cómo le corrieron las lágrimas. Cuando volví junto a él, me dijo:

—Límpiame los ojos, Patoja.

Le limpié los ojos y le dije:

—Ay, Pablito, no vamos a hacer de esto, pues, una cosa trágica. Lo están haciendo con todos los coches. Esto es una tontería. Traté de no darle ninguna importancia, aunque por dentro estaba



llorando más que él. Llegamos a la clínica y él estaba bastante mal, pero yo no me daba cuenta. Pensaba que era algo así como otras veces, alguna infección intestinal u otra cosa como ya había tenido antes. Pensaba que era la fiebre que tenía, pero Pablo estaba quebrado por dentro. El, que tenía una fuerza sobrehumana, en ese momento se quebró.

En vista de las dificultades para la atención médica y de la destrucción de su casa en Santiago, Neruda aceptó una invitación oficial del gobierno de México para trasladarse a ese país. Matilde partió a Isla Negra a buscar un par de valijas con lo indispensable para el viaje. Sin embargo, el día 21 dictó a Homero algunas páginas para completar sus memorias y también algunos poemas, poemas de indignación y de esperanza que aún no se conocen.

BELLO: Estábamos encerrados en casa por el toque de queda. Manteníamos la radio permanentemente encendida por si daban alguna noticia sobre el estado de Pablo. Tarde ya, cerca de la medianoche, el locutor anunció:

«El poeta Pablo Neruda se encuentra en estado agónico y se estima que no pasará la noche. Hay prohibición absoluta de visitarlo en la Clínica Santa María, donde se encuentra.»

Pensé si de algún modo pudiera llegar hasta la clínica, verlo por última vez. No quedaba demasiado distante. Unas ráfagas de ametralladora muy cercanas vinieron de la Escuela Militar, a cien metros en línea recta. «Salgo y me matan» —pensé—. No salí. Empecé a revivir hechos extraordinarios de los años de amistad con Pablo. Lo oí por toda la casa. Fueron horas de rabia sorda de no poder hacer nada.

LUIS ALBERTO: En esos días uno llegaba a la redacción de un diario y se encontraba con decenas y decenas de cables que describían la consternación producida en el mundo por la muerte de Pablo. De eso, una mínima parte se filtraba a las páginas impresas. Una información de París hablaba de la «profunda y sincera pena» con que había recibido la noticia Georges Pompidou, el Presidente de Francia. París había sido la última misión diplomática de Neruda. Otro cable se refería al embajador Pierre de Menthon, a su apresurado viaje de regreso a Chile para entregar a Pablo, en su lecho de agonía, una distinción máxima del gobierno francés. Había incontables declaraciones condolidas: de Vargas Llosa, que estaba en España; de Evtuchenko y otros soviéticos; de Torres Bodet, Silone, García Márquez, de Morais. Recuerdo una frase hermosa y triste del novelista brasileño Jorge Amado, gran amigo de Pablo: «El mundo queda empobrecido sin él» o algo así. Y unas palabras emocionadas de René Maheu, director general de la UNESCO, que habló de su admiración por el poeta en una sesión solemne en que hicieron uso de la palabra todas las delegaciones de ese organismo de la ONU. Maheu dijo que había llamado por teléfono a

la Clínica en los últimos momentos, cuando ya no quedaban esperanzas de recuperación. Le habían respondido que Neruda no se movía ya de su lecho, pero trabajaba encarnizadamente, como si temiera no poder terminar su obra. Los cables daban cuenta de las repercusiones en la prensa. Había titulares de duelo en todo el mundo, como el de «La Razón», de Buenos Aires, que encabezó una gran información sobre Neruda con estas palabras: «La lengua española llora a su más grande poeta contemporáneo.» Todos los comentarios asociaban la muerte de Pablo con la suerte trágica de Chile. Todos, también, destacaban en Neruda una característica fundamental: su inmensa humanidad, la generosidad magnífica que trascendía de todo lo que creaba.

De todo esto sólo algunas líneas aparecían en los diarios chilenos, colocadas aquí y allá para «salvar la cara». Lo que encontraba amplio espacio, en cambio, con titulares, recuadros y comentarios era la versión oficial sobre el asalto a la casa del poeta. La Junta, con un cinismo espectacular, atribuía el hecho a la acción de «delincuentes comunes», en esos días en que el bajo mundo se escondía por precaución en sus más profundos subterráneos y en que los peores criminales (salvo los que manipulaba «Patria y Libertad») eran ángeles asustados frente a esa invasión enorme que llegaba allanando, copando todo, disparando y matando.

AIDA: Había estado ocupada y escondiendo a mi marido. Pero el sábado (día 22) fui a la Clínica. No estaba Matilde. Se había ido a Isla Negra a arreglar maletas. El embajador de México había pedido un avión para que se lo llevaran a su país y ese avión podía llegar en cualquier momento.

Estaban ahí Homero Arce, Laurita Reyes y Delia Vergara, una amiga. Laurita me hizo entrar inmediatamente. Había dos piezas. En una estaba Pablo en cama y en la otra Homero escribiendo a máquina.

—¿Cómo estás, Pablito? —le pregunté.

Estaba completamente lúcido.

—Con un dolor horrible —me contestó—. Me duele desde la punta de los pelos hasta la punta de los pies. No sé cómo estar.

Se lamentó de que no estuviera Matilde, que sabía cómo aliviarle el dolor colocándole los pies de cierta manera.

Vi que tenía disnea y que su estado era grave. Pero se notaba dueño de sí, a pesar de todo, y corregía unas últimas cosas. Homero le había pasado unas hojas grandes, un texto que algo decía de centauros y generales.

Hizo toda la corrección. No desmayaba. Estaba además leyendo una novela. Se la habían desarmado completamente y se la entregaban por partes para que no le pesara. Creo que era algo en francés.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? —le pregunté.

Se quejó del dolor, un dolor que era generalizado y que le resultaba insoportable. Luego dijo:

—El lunes me voy a México y allá me voy a mejorar.

La idea de la muerte no estaba en él. Se iba, se marchaba. No quería morir, quería atención médica, quería salvarse, mejorarse en México.

Teníamos unos planes y me habló de ellos.

—No me olvido —dijo—. Todo lo voy a hacer. Voy a constatar de México.

Era una idea enorme que tenía Pablo. Una fundación, la Fundación Punta de Tralca. Sus derechos de autor, después de morir Matilde, iban a estar destinados a eso. Se trataba del proyecto de una gran casa en que los poetas de Chile y del mundo tendrían la oportunidad de vivir por períodos para dedicarse a descansar, escribir, descansar y leer. Había discutido ya con los arquitectos. El iba a donar, para esa casa, todos los libros de poesía que había reunido en su vida, cosas inencontrables, primeras ediciones, ediciones raras, mucho en francés y mucho de Rimbaud («el que no ha leído a Rimbaud —decía— no sabe lo que es poesía»).

Había ido lejos en este asunto. Había hecho un testamento que estaba ya redactado. Faltaba sólo afinarlo y darle forma legal.

—Daré instrucciones desde México, por medio de Wenceslao Roces —me dijo.

Su preocupación preferente era otra, sin embargo: lo que estaba ocurriendo afuera en esos momentos. Le angustiaba la persecución. Se mostraba muy inquieto por algunas personas que sabía en dificultades. Me hablaba, por ejemplo, de la «Payita», la secretaria de Allende.

—Sé que anda arrancando de casa en casa. Ve cómo ayudarla. Me preguntaba por mi marido.

—Está en una casa segura, Pablo.

—Que se cuide —me decía—, que se cuide, que éstos matan.

Hablaba con lentitud, con cansancio respiratorio, aunque no dejaba de escribir y corregir.

—Bueno, Pablito, ya te veremos. No te canses. Nos veremos.

No sabía, en verdad, si nos veríamos de nuevo. Nada podía afirmarse en ese momento. Le tomé la mano izquierda y se la besó. No me soltó. Se llevó mi mano a la cara y luego la besó. Fue la última vez que lo vi con vida. Era mediodía.

LUIS ALBERTO: El ataúd fue sacado trabajosamente. La gente se hundía en el barro o resbalaba. No sé. Había algo contenido al fondo, con exclusas, un canal creo, que dejaron libre para que el caudal lo inundara todo.

Por fin, la urna salió y la pusieron en un vehículo corriente de funeraria. Me fui inmediatamente detrás con un grupo de treinta obreros de «Quimantú». Esa mañana les habían comunicado que quedaban despedidos. Después de la notificación, decidieron aban-

donar en el acto la empresa e irse a los funerales de Neruda. Estaba entre ellos el presidente del sindicato. Me uní al grupo. Los conocía. Me contaron que los enviados de la Junta estaban quemando millones de libros en «Quimantú». O convirtiéndolos en papel picado, reduciendo a nada todo ese material que estaba destinado a inundar librerías, kioscos y fábricas en un esfuerzo editorial sin precedentes. De las llamas o de la máquina trituradora no se salvaba, desde luego, el reciente panfleto poético de Pablo, el «Nixonicidio», que estaba con la tinta fresca aún. Nos organizamos en escuadra, una escuadra algo confusa. Instintivamente, por el temor de ser detenidos, porque marchar ahí era un riesgo enorme en ese momento, nos tomamos unos con otros y así caminamos. Partía el cortejo en dirección al Cementerio General.

LOYOLA: La noche del sábado 22, Pablo conversó con Matilde y le declaró que cuando se repusiera compondría algunos libros más: «Han sido pocos» —le dijo—. «Fue bueno quedarme sola con él esa noche», me contó después Matilde. «Laurita se había ido. No quise enfermera en la pieza. Me quedé sola con él y él quería conversarme. Fue muy tierno conmigo esa última noche de su vida. Le rogué que durmiera un poco, pues sabía que dormir lo reponía completamente. Hemos salido de otras peores juntos —me dijo—. Durmió unas dos horas pero cuando despertó ya no era el mismo. Nunca más volvió a ser el mismo. Una excitación febril se apoderó de él y ya no me reconoció más. Deliraba. Su conciencia y su corazón estaban con los amigos perseguidos y torturados. Y en medio de su discurso incoherente gritaba a ratos:

—¡Los están fusilando! ¡Los están fusilando!

Y luego el sopor y otra vez el delirio, hasta que en la madrugada del domingo entró en estado de coma.

—Está muy grave —me dijo Vargas Salazar—. Es difícil que supere esta crisis.

A esa altura, Pablo ya no reconocía a nadie. Yo no quería pensar en nada y me aferraba a la esperanza de su gran vitalidad. A mediodía del domingo, encargué a Manuel Araya, un muchacho muy joven, que era el chófer de Pablo, que me trajese algún medicamento u otra cosa, pero las horas pasaron y Manuel no volvió. Después supe que lo habían detenido y conducido al Estadio Nacional, donde lo pasó muy mal, y el automóvil me costó ubicarlo y recuperarlo.»

AIDA: Tomé el teléfono y hablé con Matilde. Pablo acababa de morir. Esto fue el domingo. Le pregunté qué íbamos a hacer.

—La Sociedad de Escritores me ha ofrecido su sede —me dijo—. Pero yo quiero que Pablo sea velado en su casa.

Le propuse otra solución:

—Tú sabes —le dije—, cómo está la «Chascona». ¿Por qué no lo llevas a mi casa? Ha sido como su casa tanto tiempo.

Me di cuenta de la conciencia, de la valentía con que estaba actuando Matilde.

—¿No crees —me dijo— que mientras peor esté la casa tanto mejor va a estar Pablo?

Pablo en su casa saqueada y destruida se convertía en símbolo de la brutalidad que estaba desencadenando la Junta sobre Chile.

Logré hablar esa noche con unos estudiantes de medicina y les dije:

—Mañana se llevan a Pablo a la «Chascona». Ustedes tienen que despejar ahí.

LOYOLA: La muerte se produjo a las 22,30 horas del domingo 23 de septiembre. Matilde, Laurita (la hermana de Pablo) y la escritora Teresa Hamel vistieron el cadáver del poeta y así fue conducido a la «capilla» de la Clínica, mejor dicho a un sórdido pasillo de acceso, porque la sala llamada capilla estaba ocupada por un féretro con mucha pompa, flores, cirios y candelabros de metal. Matilde se había jurado no separarse de los restos de Pablo ante el riesgo de que se apoderaran de él para alguna mascarada de ceremonia oficial. O para alguna otra utilización peor. Pasó la noche en aquel pasillo siniestro de la Clínica Santa María, que no olvidaré porque allí la encontré muy temprano, en medio del desamparo y la soledad, cuando la suspensión del toque de queda me permitió llegar.

Cuando hicieron su aparición los periodistas extranjeros, el cadáver de Neruda había sido movido un poco hacia una antesala de la capilla, un recinto gris y desnudo que más parecía una morgue. El poeta, vestido con chaqueta deportiva y una camisa de cuello abierto, parecía reposar sobre la camilla y su gesto era plácido, casi sonriente. Pasó un par de horas antes de que pudiese llegar la urna y durante todo ese tiempo recuerdo a Matilde de pie junto a la camilla, mirando largamente el rostro de Pablo, sin decir nada, muy serena en su dolor. De cuando en cuando algunas palabras de respuesta a algún periodista. Por fin llegó la urna, que era de color metal, gris acero. Matilde dijo:

—Yo no entiendo de funerarias. Teresa se encargó de traer la urna. Sólo le exigí que no fuese negra. Pablo odiaba el color negro de los funerales.

AIDA: El lunes a primera hora estuvieron los muchachos en la «Chascona», Guillermo de la Parra, mi hijo Alvaro y otros. Cuando llegábamos, trabajaban arremangados, chapoteando, con el agua más arriba de la rodilla. El agua caía a la calle como una catarata por la escala de acceso. Arriba, el comedor estaba inundado, con un agua que tenía una altura de medio metro, más o menos.

Más allá estaban los jóvenes sacando las cosas con que habían taponeado el canal para desbordarlo. Las habían sacado de la casa. Podía verse ahí de todo, cuadros, sillas, un organillo (que era una

de esas razones que Pablo recogía en cualquier parte), marcos, cajones, lámparas. Revuelto con todo eso había también un gran abanico de madera, extraño, festivo, que Pablo mantenía en un sitio especial lleno de tarjetas postales, espejitos y otros objetos. Con eso y otras cosas hicieron el taco, el agua desbordó las márgenes y produjo la inundación de la casa.

Imposible entrar el féretro por la puerta. Se tuvo que caminar por unos sitios eriazos, hacer un rodeo, atravesar por un taller mecánico, un garaje o algo así, y bajar bamboleándose, con el ataúd en alto, por atrás, por los caminitos y las escaleritas del jardín de Pablo. Fue así como entramos a lo que había sido el living. Las cortinas habían sido arrancadas, el teléfono también, de un tirón. Se entraba pisando vidrios, vidrios, vidrios. Eran los restos de lo que había sido esa casa maravillosa.

Estuvimos allí todo el lunes. Empezó a llegar gente, misiones diplomáticas, coronas de embajadores, flores. Hacía frío. Entraba el aire por todas partes. Llegaron amigos íntimos, algunos escritores y artistas. Vi al cantante Patricio Manns y le pregunté qué hacía allí, si no sabía lo que le había pasado a Víctor Jara.

BELLO: La casa empezó a llenarse de gente. Entraron a avisar a Matilde que unos representantes de la Junta militar deseaban expresarle las condolencias oficiales y que esperaban abajo. Exponiéndose a nuevos vejámenes, Matilde les mandó decir que se

fuera, que no los recibiría. Nada se había hecho aún para las legalizaciones del fallecimiento. Matilde me pidió que tomara esa responsabilidad. Fui a la casa del médico que lo atendió hasta sus últimos instantes. Mientras llenaba el formulario que pasé a buscar a la Clínica, el médico comentó:

—Si antes de irse a ocupar la embajada en París nos hubiera hecho caso, don Pablo estaría vivo. Nosotros teníamos claro el diagnóstico mucho antes de que lo trataran en Europa. Y había tiempo para evitar el desarrollo del mal, para operar con éxito.

Quedé estupefacto. Traté de convencerme de que en general los médicos también especulan sobre posibilidades.

Cuando llegué al Registro Civil para inscribir la defunción y obtener el pase, las oficinas estaban ya cerradas. Logré entrar convenciendo al portero. Adentro, las funcionarias habían cerrado los libros. Expliqué la situación.

—Usted sabe que en la tarde no se atiende público, pero...

La empleada no siguió, podía estar comprometiéndose. Todo el mundo andaba aterrorizado. Los generales habían enviado a esas oficinas nuevos jefes administrativos. Dos mujeres me miraron significativamente, sin decir palabra y reabrieron los libros. Así expresaban su solidaridad.

—¿Dónde se hará la sepultura?

—Tumba de don Carlos Dittborn, calle O'Higgins Central, entre Limay y Los Tilos del Cementerio General (Adriana Dittborn, escritora, había ofrecido a Matilde la tumba de su familia, puesto que no podía cumplirse aún el deseo de Pablo de ser enterrado en Isla Negra).

Cuando volvimos a la casa, la gente se agolpaba entre los escombros. Muchos amigos que habían desaparecido desde el 11 de septiembre, corriendo el riesgo, estaban ahí.

LOYOLA: Mucha gente anónima trajo flores y lágrimas por los que no podían llegar. También vinieron algunos personajes, como los demócrata-cristianos Radomiro Tomic, Flavian Levine y Máximo Pacheco. Al mediodía llegaron dos representantes de la Junta, pero Matilde se negó a recibirlos. Había muchos periodistas extranjeros y hasta las seis o siete de la tarde la casa estuvo llena de gente, un fluir permanente de personas que querían expresar de alguna manera el dolor de Chile. Era evidente que algunas de ellas entraban sin haber superado todavía el temor de ser sorprendidas en ese lugar y se iban rápidamente.

No sé en qué momento, cosa increíble, apareció ahí el partido de Pablo. Era gente muy joven de la editorial «Quimantú».

—Compañera —dijeron—, pida, por favor, que no saquen fotos. Vamos a rendirle homenaje a Neruda con una guardia de honor.

Hicieron la guardia y los periodistas respetaron el pedido.

Los extranjeros, sobre todo los que tenían fuero, expresaban no

sólo su pesar, sino su indignación. Muy abiertamente. Recuerdo a Harald Edelstam, el embajador de Suecia, denunciando a grandes voces al fascismo. Hablaba con los periodistas.

—Saquen fotos —decía mostrando el destruido hogar del gran poeta. Fotos, fotos, ésta es la prueba más evidente del salvajismo de esta gente.

Con los periodistas, por alguna razón, uno se equivocaba. Por alguna razón, a primera vista, los consideraba a todos, de alguna manera, gente del otro lado. Aquella misma mañana, en la Clínica, se me había acercado un periodista brasileño.

—¿Me puede decir algo? —dijo.

Le respondí que yo era sólo amiga de la familia.

—Es que ella está tan choqueada —me dijo señalando a Matilde. Adivinaba que un diario brasileño producía en nosotros una actitud por lo menos de reserva.

—Señora —me dijo—, yo sé, yo he vivido la experiencia brasileña, pero puedo decirle que nada de lo que ocurrió en Brasil se puede comparar con lo que he visto aquí.

Le conté algunas cosas.

Alguien llegó diciendo que había gente que rondaba por las cercanías sin atreverse a entrar. Luego recibimos una noticia que nos aclaró la situación: A la entrada de la calle Márquez de la Plata había apostado un bus lleno de carabineros.

—Algo hay que hacer —dijo Matilde—. La gente tiene derecho a ver a Pablo.

Fuimos a la casa de Queta, la viuda del fotógrafo Antonio Quintana. De allí hablamos por teléfono. Llamé a la comisaría, al mayor. Un mayor me pareció lo más indicado. Habló Matilde.

—La gente tiene miedo —dijo—, y no se atreve a venir a la casa. Creo que no hay derecho. Esa gente no puede despedirse de Pablo.

Le rogué que hiciera retirar el bus.

El oficial le dijo:

—Señora, es sólo para darle protección a usted y al señor Neruda.

Matilde le respondió que eran los amigos y el pueblo los que llagaban a ver a Pablo por última vez y que para eso no se necesitaba protección.

Retiraron el bus.

LUIS ALBERTO: Vi al embajador de México y al de Francia saltando entre los charcos, tratando de evitar el barro para llegar hasta el living. Muchos diplomáticos tuvieron que sortear ese obstáculo para saludar a Matilde y hacer presente el pesar de sus gobiernos por ese hecho terrible: no sólo la muerte del gran poeta chileno, sino también ese marco increíble en que se velaban sus restos. Me llamó la atención una figura. Vi en alguna parte, en medio de ese cuadro, como petrificado, a Alone, el crítico literario de «El Mercurio», que tanto había abogado desde ese diario por el advenimiento

de lo que en esos instantes tenía ante sus ojos. Andaba con lentes oscuros, vestía de riguroso negro y se veía como anonadado. Lo volví a ver, igual, al día siguiente, en los funerales, en medio del tumulto, la agitación y la emoción que se produjo en el Cementerio General a la llegada del cortejo.

AIDA: Más tarde, otra conmoción en el living. Alguien comunica que ha llegado una representación de la Junta a dar el pésame a la viuda.

Matilde me dijo:

—Yo no voy a recibirlos. Te ruego que vayas tú.

Eran oficiales de Carabineros. El que hacía de jefe tendría unos cuarenta años.

Los hice pasar al comedor, que se veía desarbolado y destruido. Todo estaba por los suelos y se caminaba tropezando con los vidrios rotos.

—Venimos a darle las condolencias a la viuda —dijo el que hacía de jefe.

—La señora Matilde —les expliqué— no los va a recibir.

El oficial estaba intranquilo.

—Ustedes comprenden —dijo—, que esto no lo hemos hecho nosotros. Las fuerzas armadas y carabineros no proceden así. Esto es vandálico y sólo pueden haberlo hecho delincuentes.

Me habría gustado preguntarles, en ese momento, quiénes habían bombardeado la Moneda.

—Es curioso, porque no han robado nada —les dije—. Permítanme que les muestre.

Les hice dar una vuelta por el comedor, para que vieran la intención brutal de destruir. Quedaba en evidencia una cosa: que habían actuado muchas personas. Y que era una acción calculada con precisión para destruir una gran casa.

Me seguían. Les mostré la sala escritorio que tenía Pablo en medio del jardín. Era uno de los lugares en que se distraía y en que iba realizando su obra poética. Tenía una chimenea. Había ahí, antes del asalto, una mesa, una mecedora, el ambiente de Pablo, un reloj de pie grande, con los adornos que a él le gustaban. Les mostré lo que había quedado de eso. Habían destripado el reloj. Era un reloj muy antiguo, precioso, de marquetería inhallable. Ahí estaba ahora con la cuerda afuera, colgando, con el péndulo saltado. Los hechores habían dejado su marca en todas partes. Recuerdo un cuadro con la figura de una vieja dama, regordeta, bigotuda, una pintura antigua, un cuadro de familia típico que Pablo había encontrado en algún viaje o en algún negocio de antigüedades. Le encantaban esas cosas. Le metieron un cuchillo justamente en la parte del ojo y le hicieron un rajón hasta abajo. Era difícil que hubiese delincuentes con tiempo para hacer tal clase de vandalismos.

Les mostré, por último, la montaña de cosas sacadas del canal. No hablaron mucho, caminaban detrás, miraban y se fueron, al final,

bastante incómodos. Sobre todo, tal vez, por no haber podido cumplir su misión.

Podría haberles dicho mucho más. Que en esa casa, por ejemplo, no había una taza, un vaso para tomar agua. Ni luz, obviamente, de modo que el velorio tuvo que hacerse con velas, como un auténtico y muy triste velorio del sur.

Tampoco había camas. Los colchones habían sido vaciados. Pero, en algún rincón encontramos uno o dos. Los pusimos al pie del ataúd y ahí nos tendimos con Laura y con Matilde. Llegó un sobrino, un sobrino nieto de Pablo. Velamos el cuerpo toda la noche. El frío se hacía cada vez más grande. En algún momento, en medio de ese desamparo, se presentó una visita oportuna: los jóvenes de «Quimantú», que iban a preguntar si necesitábamos algo. Nos traían una botella de pisco que, francamente, fue bienvenida.

LOYOLA: Como a las siete de la tarde de ese lunes fui a mi casa a buscar algunas frazadas y luego regresé para quedarme toda la noche velando a Pablo. El toque de queda empezaba entonces a las ocho y volví a Márquez de la Plata sólo algunos minutos antes. Había oscurecido. No había nadie en la calleja, pero de algún rincón salió de pronto un tipo que dijo ser pediodista y buscaba la casa de Neruda. Subió conmigo la escalera de acceso pero se limitó a echar un vistazo de la sala y bajó enseguida. Era seguramente un policía.

Hubo nueve personas en el velorio de Pablo: Matilde, Laura Reyes, un matrimonio de apellido Cárcamo (parientes de Matilde), Aída Figueroa (esposa del Ministro de Justicia), Sergio Insunza, Elena Nascimento, Juanita Flores, Enriqueta de Quintana y yo. Matilde durmió un rato. Era increíble que se tuviera en pie después de tantos días y noches en vela. Pero menos de dos horas después se había levantado otra vez. Volvió a su guardia junto al cadáver del poeta, mirándolo intensamente como había hecho durante todo el día.

Me puse del otro lado de la urna, en silencio, y ella sin mirarme empezó a contarme detalles dispersos de los últimos días, de los últimos meses, de los proyectos inconclusos, más bien como si estuviera recordando a media voz.

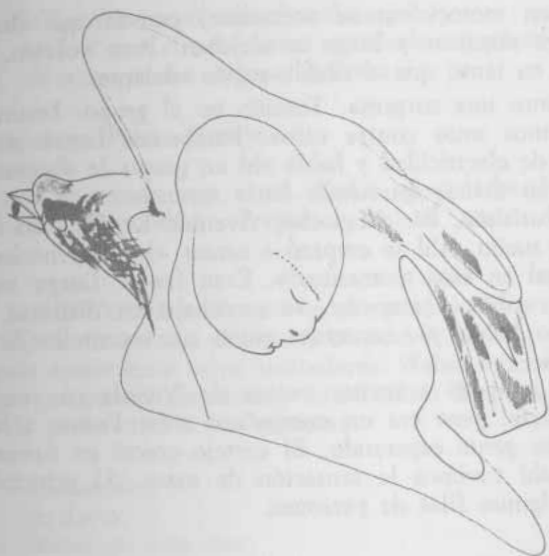
El martes, a las nueve de la mañana, otra vez la tristeza de sacar el cadáver atravesando difícilmente el agua que inundaba la entrada y la planta baja. Los periodistas extranjeros (muchos habían llegado el día anterior) no cabían en sí de asombro ante la escena. Y tanto allí como en el cementerio, más tarde, vi a varios de ellos ser incapaces de contener la emoción y las lágrimas.

Cuando logramos sacar la urna, afuera, en la calle, se había reunido ya un considerable grupo de obreros y estudiantes y escuché los primeros gritos:

—«¡Camarada Pablo Neruda!».

Y la respuesta en coro:

—«¡Presente!».



LUIS ALBERTO: En el corto trecho de la calle Márquez de la Plata vimos, a los lados, muchas caras torvas, tipos de anteojos negros, figuras policiales inconfundibles. Aunque temo equivocarme, porque había algunos que usaban los anteojos oscuros para ocultar el dolor o las lágrimas o con la esperanza de disimular así su identidad.

Seguimos por las callejuelas adyacentes y desembocamos en una plazuela que queda junto al cerro San Cristóbal. Ahí había una pequeña multitud. Era gente que esperaba el paso del cortejo para unirse a él. Seguimos. Resultaba increíble que en ese momento pudiera hacerse un desfile en Santiago, aunque ese desfile fuese el cortejo de un inmenso poeta. A ratos se me ocurría más una fantasmagoría que la realidad.

AIDA: Hubo algo muy singular en ese desfile. Todos miraban hacia adelante. Nadie le miró la cara a nadie. Yo sólo sentía que detrás de mí, a poca distancia, iba mi hijo de 22 años, como protegiéndome.

Sentíamos que el cortejo crecía. Vi, a un costado, a una mujercita que lloraba. Sacó un pañuelo, se lo amarró a la cabeza en señal de duelo y se incorporó a la fila.

Creo que la policía se confundió, porque evolucionaba en torno a nosotros en forma muy extraña, entre agresiva y desconcertada. No se imaginaron nunca que se iba a formar una columna. Ca-

rabineros en motocicleta se acercaban, parecía que iban a lanzarse contra nosotros y luego se alejaban. Pero volvían, sin saber qué hacer, en tanto que el desfile seguía adelante.

De pronto una sorpresa. Tensión en el grupo. Instintivamente nos apretamos unos contra otros. Pasábamos frente a una concentradora de electricidad y había ahí un grupo de «boinas negras», metralleta en mano, apuntando hacia nosotros.

Calle Purísima, Río Mapocho, Avenida La Paz. Lo imposible. Parecía un sueño. Ahí se empezó a cantar «La Internacional» «¡La Internacional en esos momentos!». Eran frases. Luego moría. Más allá quería volver a empezar, se escuchaba en distintas partes, y moría. Pero había ya, recuerdo, como un murmullo de «La Internacional».

Alguien empezó a recitar versos de Neruda en voz alta. No sé quien sería, pero era un compañero cojo. Frente a la morgue había mucha gente esperando. El cortejo creció en forma considerable. Ya ahí tuvimos la sensación de masa. Al principio habían sido sólo algunas filas de personas.

LUIS ALBERTO: La columna se engrosaba. Iban muchas mujeres con flores en los brazos, estudiantes, incluso algún niño de la mano de su mamá.

En muchas ventanas aparecía gente que hacía un saludo silencioso con un pañuelo o levantando una mano.

Una cosa muy curiosa y notoria era que el cortejo lo encabezaba, en realidad, una cuadra más adelante, un carro lleno de militares que iban, a la vuelta de la rueda, apuntando con sus armas en todas direcciones.

Los que se asomaban a saludar eran sobre todo dueñas de casa, algunos viejos. No era poco, porque cualquier persona que estimara en algo su vida en esos momentos no debía mostrar simpatía por nada que no fuera el golpe. Algunos no hacían ni un solo ademán. Abrían la ventana, simplemente, y ahí permanecían mirando con ojos fijos, inescrutables, el paso de la gente. Bastaba. Eso era no sólo un resto de prudencia, sino también la decisión de arriesgarlo todo, por último, para decir adiós al poeta.

BELLO: Atravesamos la Avenida Perú. Al enfilar Santos Dumont, los que habían llegado en auto empezaron a bajar para seguir a pie.

Nunca vi mayor expresión de duelo en una multitud. En esas fisonomías se unían la desolación causada por la muerte de Pablo y la vigilia tensa que imponían por el terror los militares facciosos.

—¡Viva Pablo Neruda!

—¡Viva el Partido Comunista!

Cada cierto trecho, desde el centro del desfile alguien leía en voz alta. Llevaba un libro de Neruda abierto en las manos.

*«Chacales que el chacal rechazaría
piedras que el cardo seco mordería escupiendo
víboras que las víboras odiaran.»*

—¡Compañero Pablo Neruda...!

—¡Presente!

Este grito se repetía tres veces. Nadie se ocultaba. Nadie tenía miedo. Muchos respondían ¡Presente! con el rostro mojado en llanto.

LUIS ALBERTO: Era «España en el corazón». El presidente del Sindicato «Quimantú» sacó el libro y empezó a leer con voz fuerte. Pero después aparecieron otros recitadores. Había mucha gente que se sabía esos poemas de memoria... Se recitaban distintas cosas, pero se volvía de preferencia a los mismos:

*«Generales,
traidores.*

*Mirad mi casa rota,
mirad España muerta.»*

Se decía *España* y se sentía dolorosamente *Chile* en el corazón.

Los periodistas extranjeros, que andaban por todas partes, se acercaban a preguntar y nosotros les contestábamos apenas, temiendo que se tratara de policías.

—¿Qué opina de toda esta brutalidad tremenda?

—¿No tienen miedo a ser detenidos en el cementerio?

Era un corresponsal de la televisión mexicana, según dijo.

—Es un riesgo que hay que correr.

BELLO: Delante de nosotros caminaba pálida, como una autó-mata, la bailarina inglesa Joan Turner. La sostenían dos amigas. Era la viuda del cantante y compositor Víctor Jara, cuyo cuerpo mutilado por las torturas debió rescatar ella personalmente de la morgue. Cuando enfrentábamos el edificio de la morgue en la Avenida La Paz, una de sus acompañantes gritó:

—Compañero Víctor Jara...

—¡Presente!

—Compañero Víctor Jara...

—¡Presente!

—Compañero Víctor Jara...

—¡Presente!

—Ahora.

—¡Y siempre!

A ambos lados de la entrada del Cementerio General, aunque a cierta distancia, grupos de soldados armados vigilaban en carros blindados y en jeeps.

AIDA: Cuando entramos al cementerio, íbamos ya cantando abiertamente y en realidad sollozando «La Internacional». Había mucha gente esperando. Se empezaron a vocear nombres de nuevo. El de Pablo. Se me acercó Irma de Almeyda y me dijo:

—No hemos nombrado a Allende.

Ibamos atravesando la cúpula de la entrada en ese momento. Y hacia arriba, hacia la cúpula, grité con todas las fuerzas que me quedaban:

—¡Salvador Allende!...

Y vino el coro entonces:

—¡Presente!

Había un abogado del sur por ahí cerca y escuché que decía:

—Estos comunistas no van a aprender nunca.

Vi a Alone, muy afectado, y a Fernando Castillo Velasco, el rector de la Universidad Católica, que sollozaba. Empezó a oírse la voz de Chela Alvarez muy fuerte.

LUIS ALBERTO: Era un día de sol vacilante, que salía y no salía. Un día de comienzos de primavera. Pero lo sentíamos sobre todo como día de duelo, más nítido y penoso aún que tantos días de duelo que habíamos vivido hasta ese momento. La columna llegó hasta la rotonda del cementerio y vimos a mucha gente esperando. Recuerdo a Radomiro Tomic, el ex candidato presidencial de la democracia cristiana y, como tal, contendor de Allende. Parecía cargar una montaña sobre sus espaldas. Se decía que un hijo suyo había sido detenido. La ciudad estaba llena de rumores. Y volví a ver, un poco más allá, a Alone, con sus anteojos negros, enjuto, más de piedra que nunca. Era curiosamente, un enemigo de Pablo y a la vez un admirador. Escribía y sigue escribiendo las cosas que se sabe, estremecidas hasta los huesos de anticomunismo, pero ahí estaba esa mañana. Amigos, Diego Muñoz, el escritor, Enrique Bello, animador de revistas literarias que publicó en «Pro Arte» las primeras noticias y los primeros poemas de Pablo en el destierro, por allá, por 1950, cuando el nombre del poeta estaba prohibido en Chile. Vi cerca de Matilde, al embajador de México, Martínez Corbalá, que tenía instrucciones expresas del Presidente Echeverría de prestarle toda la ayuda necesaria.

LOYOLA: Yo había quedado rezagado y cuando me reincorporé al cortejo en la Avenida La Paz, confieso que quedé helado de pavor, pues ya en un tono crecientemente alto la gente iba cantando «La Internacional», puño en alto, todos sin distinción. Gente que jamás pensó ser comunista, simplemente escritores o amigos de Pablo, sintieron tal vez que no había mejor modo de expresar lo que llevaban adentro que alzar el puño y cantar ese himno.

Los soldados rodeaban la plaza que queda frente al cementerio. Estaban a la vista. Yo creí que era cosa de segundos la descarga de metrallera cuando alguien de gran vozarrón empezó a gritar:

—¡Compañero Pablo Neruda!

Y todos contestamos:

—¡Presente!

Se repitió el grito dos o tres veces y las respuestas crecían en fuerza, pero de pronto el grito fue:

—¡Compañero Víctor Jara!

Y a todos nos quebró la voz porque era la primera vez que se nombraba a Víctor en público denunciando su asesinato.

—¡Presente!

Contestamos todos lo mejor que pudimos...

Pero entonces se produjo un silencio y enseguida, como tomando aliento, la voz gritó con todas sus fuerzas:

—¡Compañero Salvador Allende! —pronunciando el «Allende» en forma muy marcada.

Y allí la respuesta fue una especie de aullido ronco, quebrado, distorsionado por la emoción y por el terror y por las ganas de gritar de modo que se oyera en todo el mundo: «¡PRESENTE!». Yo creo que ahí se nos pasó el miedo a todos, porque ahí no había ya nada que hacer. Más valía morir con el puño en alto y cantando «La Internacional», y así, cantando a voz en cuello, todos llorando, entramos al Cementerio General. Tal vez la presencia de muchos periodistas extranjeros nos salvó.

BELLO: Cuando los restos del asesinado Presidente de la República llegaron al cementerio de Viña del Mar, sólo su esposa y sus hijas seguían el féretro. Nadie supo siquiera a dónde lo llevarían. Pero allí, en ese instante, la presencia de Allende se nos hizo viva con el grito restallante de la multitud, que por alguna razón profunda, sin que hubiera una voz previa, empezó a cantar el himno nacional.

LUIS ALBERTO: El cortejo se detuvo adentro. Había que esperar los trámites de rigor. La gente, a esa altura, se expresaba abiertamente. Algunos personajes conspicuos, que estaban lejos de las posiciones políticas de Pablo, pero que consideraban necesario rendirle homenaje, miraban la escena de soslayo, circunspectos, como no queriendo dar crédito a sus ojos. Se gritaban consignas y se cantaba.

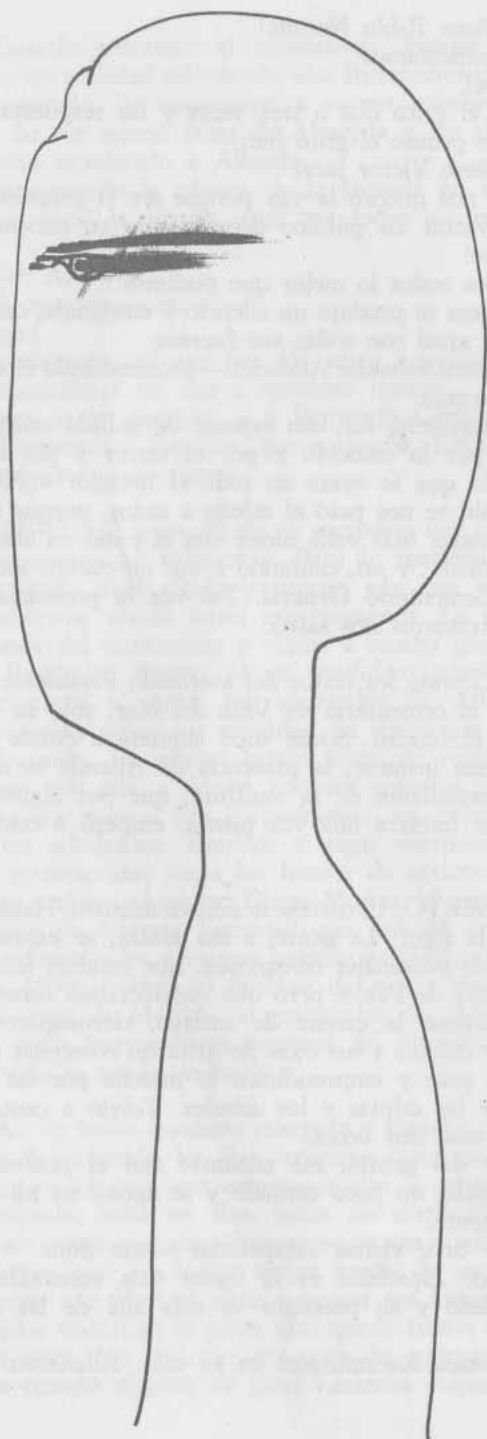
Dieron el pase y emprendimos la marcha por las avenidas interiores, entre las criptas y los árboles. Volvió a cantarse «La Internacional», una, dos veces.

En medio del gentío, me encontré con el profesor Alejandro Lipschütz. Estaba un poco cansado y se apoyó en mi brazo. Caminamos lentamente.

—Anoche tuve visitas inesperadas —me dijo.

El profesor Lipschütz es la figura más venerable del mundo científico chileno y su prestigio va más allá de las fronteras del país.

Habían estado los militares en su casa. Allanaron. Lo tuvieron



encerrado con llave toda la noche, a él, que tiene noventa años, y a su esposa Margarita, que es mayor aún. Registraron todo, dieron vuelta todo, buscando armas y buscando a Luis Corvalán. Removieron todo el jardín con chuzos y palas y se fueron al final, papeles, investigaciones, reliquias, objetos, diversas cosas inapreciables para un hombre de ciencia que las ha reunido pacientemente a lo largo de toda su vida.

—Compañero —me dijo—, esta gente no es eterna.

Hablaba con una especie de clarividencia fatigada.

—He visto mucho, el fascismo hizo lo mismo en Europa y ya ve cómo se terminó.

Tenía el rostro de un color ceniciento que no le había visto nunca. Parecía tranquilo, aunque se notaba el peso que había caído sobre sus hombros. La muerte de Pablo era un golpe considerable para él. Entre ambos había una relación que era una mezcla de admiración mutua, afecto y respeto.

LOYOLA: Ya en el interior del cementerio ocurrió algo curioso. A medida que se acercaba al sitio de la tumba, el cortejo empezó a tomar velocidad. Era un cortejo modesto, provinciano, digamos, falto de orden y protocolo, un cortejo verdaderamente popular. Y nadie, por cierto, se preocupó de que tuviese un carácter solemne. Sucedió que todos querían estar cerca de la tumba para la ceremonia misma de la sepultación y entonces los que iban fuera de la columna empezaron a apurarse. De pronto vi a Matilde y a todo el cortejo casi corriendo. Los portadores del féretro se habían comenzado a apurar también, sin duda, contagiados por la prisa de la gente que pasaba a su lado.

LUIS ALBERTO: Hubo discursos. Se escuchaban poco desde donde estábamos. Alguien leyó poemas del «Canto General», alguien asoció la figura gigantesca de Neruda con el mar y la tierra de Chile. Un joven obrero leyó un poema escrito, sin duda, la noche anterior, y todos, de un modo u otro, trataban de decir con alusiones vagas, con metáforas desesperadas, eso que hubieran querido decir con todas sus letras, con todo su corazón y a todo pulmón, pero que en esas circunstancias no podían expresar en un discurso público ni con las más humildes palabras.

Frente a aquella pequeña multitud condolidada había un gran mausoleo en cuyo techo estaban estratégicamente instalados unos diez o quince fotógrafos, toda una batería electrónica en la cual, en algún punto —eso, pensábamos estoicamente todos— debía encontrarse el ojo mágico de nuestra ficha policial.

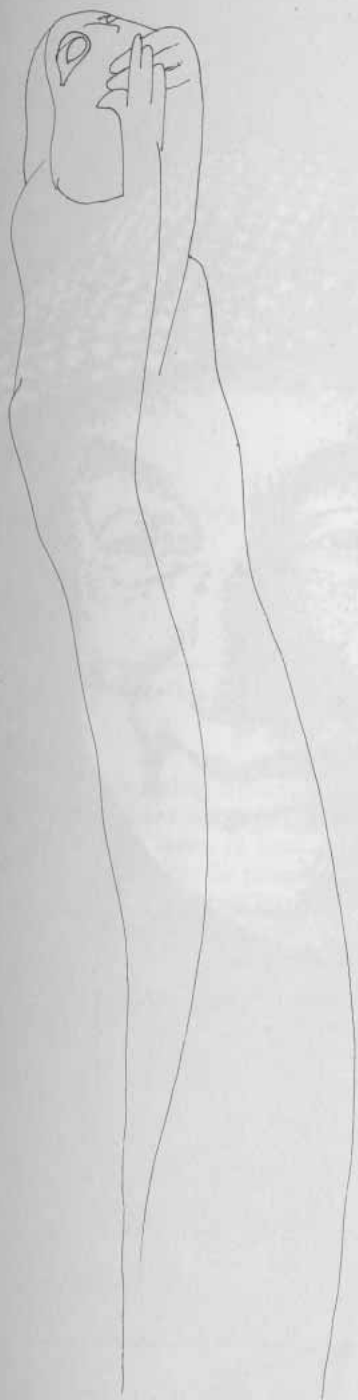
El féretro de Pablo fue colocado en el mausoleo y allí quedó cubierto de flores. La gente empezó a salir.

Circulaban rumores y prevenciones. «Están deteniendo afuera». «Andate por atrás, compañero». La voz de orden era ésta: «Hay que irse rápidamente, salir, no quedarse en la puerta.»

Los corresponsales extranjeros anunciaron que se irían adelante, como avanzada, para ver si detenían. Espontáneamente, se formaron disimulados grupos de protección, que caminaban a pocos pasos de los que corrían más peligro.

A un costado de la rotonda, afuera, había un carro con militares. Miraron la salida de los grupos, como vigilando, sin moverse.

LOYOLA: El destino de Neruda quiso que en su muerte estuviese tan cerca de la tierra y tan lejos de la pompa como cuando se sentía poeta solicitario allá en el sur, en la frontera. Pero no fue el destino ni fue el azar lo que llenó de significado la muerte de Neruda. Simplemente fue un hombre, un poeta que murió en servicio activo, combatiendo, y su muerte fue la voz de los que no podían gritar al mundo su indignación y su voluntad de seguir adelante, de no dejarse vencer. Nada hubo de casual en que al morir y al volver a la tierra estuviese rodeado de los amigos y del pueblo anónimo del cual salió, del cual se nutrió y al que en definitiva dedicó su obra y lo mejor de su existencia.





NERUDA

EL ESPACIO FUNDADOR

HERNAN LOYOLA

A la memoria de Laura REYES CANDIA

I

La fantasía poética de Pablo Neruda emerge y se nutre del mundo en que vivió hasta mediados sus dieciséis años (marzo de 1921) y al que reiteradamente regresó hasta el final de sus días. La referencia a ese mundo de la infancia y de la primera adolescencia atraviesa toda su obra poética. Estas afirmaciones pueden parecer rutinarias y bien sabidas. El propio Neruda, persistentemente, situó en los orígenes de su poesía los bosques, la lluvia, el mar, los ríos, los inviernos, el paisaje, la flora y la fauna, y también los pueblos, las calles, las casas, los aserraderos, las estaciones ferroviarias de ese determinado sur de Chile que aún hoy se llama la Frontera y que tiene como centro la ciudad de Temuco (provincia de Cautín).

Pero la verbalización poética del sur, de la infancia, ofrece en Neruda un desarrollo más complicado y menos evidente de lo que en general se cree. Y más significativo aún. Por una parte aparece ligada causalmente a la progresiva proposición poética de una imagen de América Latina. Pero tiene también su propia historia, que aquí nos interesa y que podríamos —para efectos prácticos— periodizar así: 1) 1915-1919: poemas liceanos, manuscritos en el *Cuadernos Neftalí Reyes*¹ y/o publicados en periódicos y en revistas; 2) 1920-1923: poe-

¹ La fecha 1915 corresponde a una postal que contiene un saludo rimado a doña

mas adolescentes, incluyendo los de *Crepusculario* y de *El Hondero Entusiasta*; 3) 1924-1937: de *Veinte Poemas de Amor a España en el Corazón*; 4) 1938-1956: de la escritura de «La copa de sangre» a la publicación de *Nuevas Odas Elementales*; 5) 1957-1967: del *Tercer Libro de las Odas a La Barcarola*; 6) 1968-1973: desde *Las Manos del Día* hasta *El Mar y las Campanas*.

En los textos de la primera etapa el sur de la infancia simplemente no aparece. Tanto los poemas inéditos del CNReyes como los publicados en revistas y periódicos (*Corre-Vuela, La Mañana, Selva Austral*) se vuelcan más bien hacia la intimidad emotiva o intelectual del poeta niño-adolescente y no registran —sino de modo vaguísimo, tangencial e irrelevante— el mundo nutricional de la Frontera. Esta ausencia —o presencia cero— tiene, sin embargo, un significado muy importante. Porque la impregnación del bosque y de los aserraderos fue una experiencia real, que existió pero que el muchachito-poeta no pudo, no supo o no se atrevió a traducir al verso. ¿Es el primer viaje al mar, a los quince años, lo que rompe el bloqueo? Lo cierto es que hasta esa edad la poesía y el bosque ocurren paralelamente en Neruda, no se encuentran. Pero se buscan secretamente, en la más profunda oscuridad. Esta tensión, extrema en ese tiempo porque uno de los polos es sólo virtualidad, nunca llega a resolverse definitivamente. La obra de Neruda —en cierto modo— es la historia de esta tensión que la atraviesa de un extremo al otro. Al mismo tiempo acicate inextinguible y columna vertebral de una actividad poética, esa tensión irresuelta nos parece el nivel específico en que lo más personal e intransferible de la experiencia de Neruda desencadena una representación literaria de la más amplia universalidad. El sur de la infancia alcanza, a lo largo de la obra de Neruda, una secuencia de formulaciones que logran objetivar (representar), con nueva exactitud, zonas todavía muy secretas y contradictorias de la condición humana en general y de la condición latinoamericana en particular.

Los poemas liceanos son sólo ejercicios de adiestramiento expresivo cuyo mayor interés reside en manifestar la alineación que divide al muchacho. Son imitación de temas y de formas variadas, prestigiosas entonces, sin que la experiencia viva del aprendiz de poeta logre salvar el abismo que la separa de la letra. Se diría que ya el niño Neruda intuye que no le es suficiente ponderar, exaltar, ni siquiera describir el mundo que ama (al menos, no al modo criollista vigente). Y lo

Trinidad, seguramente la primera tentativa poética de Neruda. *Cuaderno Nefthalí Reyes* (1918-1920): Cuaderno escolar manuscrito en su mayor parte por Pablo Neruda y conservado por su hermana Laura Reyes Candia. Contiene: a) Trece poemas de otros autores, dos de Sully Prudhomme, tres de Baudelaire, uno de Paul Verlaine, uno de Henri de Régnier, uno de Henri Bataille, dos de Paul Fort, uno de André Spire, uno de Jean Richepin (todos en versiones castellanas) y uno del chileno J. Hübner Bezanilla; b) 160 poemas originales compuestos en Temuco y Puerto Saavedra entre comienzos de 1918 y noviembre en 1920, de los cuales sólo cinco fueron recogidos en *Crepusculario*; de los restantes, una veintena apareció en revistas y periódicos de la época, dos o tres han sido reproducidos más tarde, los demás permanecen inéditos.

calla. Inexpresado entonces, ahogado por la impotencia del niño, el sur de la infancia sólo podemos reconstruirlo con testimonios posteriores del poeta, casi todos bastante tardíos (son escasos antes de *Canto General*). Este sustrato reconstruible —que con propiedad podemos llamar la prehistoria poética de Neruda— contiene los elementos fundadores de una poesía entre las más altas e importantes de nuestro tiempo. Intentaremos aislar algunos de ellos.



II

En un breve pasaje de *Anillos* (1926) se concentran varios de estos elementos del sustrato fundador:

«Ah, pavoroso invierno de las crecidas, cuando la madre y yo temblábamos en el vientre frenético. Lluvia caída de todas partes, oh triste prodigadora inagotable. Aullaban, lloraban los trenes perdidos en el bosque. Crujía la casa de tablas acorraladas por la noche. El viento a caballazos saltaba las ventanas, tumbaba los cercos: desesperado, violento, desertaba hacia el mar»².

La lluvia y los inviernos del sur serán siempre reconocidos por Neruda como grandes personajes de su infancia, ambivalentes de amenaza y de estímulo creador, de tristeza y de fascinación³. En cuanto a la casa de tablas (la casa familiar en Temuco), ella es vivida primeramente como refugio por un niño tímido y enfermizo, demasiado consciente de su precariedad física, y tendrán que pasar algunos años antes de que el joven poeta llegue a reconocerla —momento muy significativo— como un lugar de encuentro para la cultura y el bosque: la casa como madera elaborada, árboles prolongados en ventanas, puertas y muros a través del trabajo humano (cfr. *Tentativa del Hombre Infinito*, poema 10)⁴. Sin embargo, ya desde temprano la casa de tablas significa vagamente Temuco, ciudad pionera con casas

² «Provincia de la infancia». *Anillos*. Santiago, Nascimento, 1926.

³ Entre otros muchos lugares, ver: *Canto General* (cap. XV), *Viajes* («Viaje por las costas del mundo»), *Memorial de Isla Negra* (I), *Confieso que He Vivido*.

⁴ Cfr. nuestro ensayo «*Tentativa del Hombre Infinito: 50 años después*». *Acta Litteraria*, Budapest, XVII, 1-2 (1975), pp.111-123.

de madera que suelen arder de cuando en cuando. Neruda nunca olvidará los incendios de Temuco ni tampoco los emblemas en los establecimientos comerciales (para los indios que no saben leer): «un inmenso serrucho, una olla gigantesca, un candado ciclópeo, una cuchara antártica..., una bota colosal»⁵, y aquel caballo de cartón-piedra en la puerta de la talabartería⁶. Temuco es también el frío del liceo, los combates con bellotas, aquel sombrero verde que sus compañeros le arrebatan y que desaparece volando como un loro en medio del griterío.

Pero la casa de tablas se relaciona particularmente con doña Trinidad Candia Marverde⁷, a quien Neruda llama siempre mamá, madre o mamadre, jamás la pensará madrastra. Esa buena mujer prodiga a su hijastro Neftalí mejores cuidados que a sus propios hijos carnales. No sólo de los temporales de invierno, ella lo protege también del carácter irascible del padre barbirrojo, el ferroviario José del Carmen Reyes. Así como la imagen de doña Trinidad intensifica el signo materno de la casa de tablas, así la imagen del padre condiciona masculinamente al tren lastrero que ha de conducir a Neftalí al bosque y a la poesía. Sí, a la poesía, a pesar de que la intención de don José del Carmen es justamente la de combatir la alarmante propensión de su hijo Neftalí hacia la literatura. La combate desde que la advierte, con palabras y seguramente con rudezas: ya tiene bastante con que su hijo sea una criatura débil y enclenque, no puede aceptar que además pretenda ser poeta. Trata de educar espartanamente al muchacho y, entre otras medidas, con frecuencia lo hace madrugar para que suba con él al tren lastrero, tiritando de sueño, y lo acompañe en sus incursiones de trabajo a los bosques de Boroa o de Toltén. La ironía de los hechos hace de don José del Carmen, precisamente a través de estos esfuerzos disuasivos, el primero y el más importante promotor del destino de su hijo. Cómo puede imaginar el rudo ferroviario que justamente en su tren lastrero el niño Neftalí ha penetrado al útero mismo de su verdadera poesía.



⁵ *Confieso que He Vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1974, p. 16.

⁶ Cfr. testimonio de Julio Escámez, *Aurora*, Santiago, 3-4 (1964): 228-229.

⁷ El segundo apellido era en realidad Valverde, pero suena más verdadero el que Neruda le inventó.

La oquedad y la profundidad de la selva sugieren refugio femenino, materno, centro de vida y de misterio, matriz de silencio, pero también se asocian a la renovación por el conocimiento. El simbolismo tradicional del árbol y de la madera los hace partícipes de la ciencia y de la sabiduría⁸. El niño Neruda se interna «en la más oscura / entraña de lo verde»⁹ con una ansiosa mezcla de avidez y de miedo, hundiéndose los pies en el humus, en el espesor del follaje caído y acumulado por siglos, intuyendo la fusión caótica de la vida y de la muerte, sorprendiendo el misterio de la vida efímera, descubriendo un mundo confuso de formas, colores y perfumes, la textura de los troncos, la fecundación del silencio, el pulular de los insectos, la multiplicidad de alas y hojas y flores, la emergencia y la desaparición de la vida. Tímido y miedoso, el pequeño explorador trata de no alejarse de la protección paterna o se hace acompañar por alguno de los trabajadores que vienen en el tren lastrero a picar piedras o a reponer durmientes en la vía férrea bajo las órdenes del conductor barbirrojo.

A veces la fascinación se impone al pavor y el niño penetra solo en la tiniebla verde. El extravío en los bosques de la Frontera es para Neruda una escuela de formas y texturas, una iniciación telúrica y estética que por entonces sólo se traduce en el gesto de aprehensión y atesoramiento de ciertos objetos, de insectos y huevecillos, de hojas y pedazos de madera y piedras de arroyo. Tanta ciencia oscura y sensorial no llega todavía a sus versos, pero determina, en otra dimensión de la vida del niño, sus primeras preferencias de coleccionista que responden ingenuamente a la profunda lección del bosque: el amor hacia los objetos naturales (y por extensión, hacia los objetos culturales, los objetos de la ciudad) y su progresiva interiorización. Del extravío en la selva proviene en gran medida la sensibilidad orientada hacia lo terrestre, hacia el mundo concreto, que en último término define a la poesía de Neruda. Así lo confirmarán muchos años más tarde estos versos suyos: «de los pasos perdidos / de la confusa soledad, del miedo, / de las enredaderas, / del cataclismo verde, sin salida, / volví con el secreto», es decir, con una ciencia: por eso «allí, en la luz sombría, / se decidió mi pacto con la tierra»¹⁰. En esta ciencia y en este pacto se funda su poesía.

El miedo del niño extraviado reitera otro aspecto de la simbología milenaria de la selva: su misterio, su poderío secreto y sagrado, el temor reverencial que inspira. Majestuoso como el océano, el bosque incluye la madera, es decir, la materia por excelencia, la materia primera y sustancial. Los árboles selváticos ponen en comunicación los

⁸ Cfr. Jean CHEVALIER & Alain GHEERBRANT, *Dictionnaire des Symboles*. París: Editions Seghers, 1973. (S.v. «arbre», «forêt».)

⁹ «La tierra austral», *Memorial de Isla Negra*, Buenos Aires: Losada, 1964 (vol. I). Ver especialmente «El bosque chileno», *Confieso que He Vivido*, p. 13-14, escrito poco antes de la muerte de Neruda.

¹⁰ «La tierra austral», *Memorial de Isla Negra*, I.

niveles del cosmos: la profundidad de las raíces, la superficie emergente, la altura de las copas. Por todo esto el bosque tiene algo de santuario, de templo, de morada misteriosa revestida de sacralidad, y Neruda, en sus vocaciones de la niñez, subrayará esa dimensión ritual, esa religiosidad telúrica: «el extravío / bajo / la bóveda, la nave, / la tiniebla del bosque»¹¹.

El silencio es una nota siempre presente. El silencio de la selva, recinto privilegiado de la sacralidad natural, es para Neruda el preludio a la palabra. Hay un silencio ceremonial y profundo antes del canto, y Neruda lo certificará poco antes de morir: «Quien no conoce el bosque chileno no conoce este planeta. / De aquellas tierras, de aquel barro, *de aquel silencio*, he salido yo a andar, a cantar por el mundo»¹².



IV

Pero antes del mar, la ciencia del bosque es sólo ciencia acumulada, un saber inmóvil que no logra traducción a poesía ni proyección real hacia el mundo. Otra ciencia, otro saber, que viene de los libros más que de la experiencia viva, domina unilateralmente sobre las tentativas creadoras del liceano Neftalí Reyes. Sus versos de principiante, enfáticos, excesivos, prematuramente desencantados, denuncian a las claras una insatisfacción y una inseguridad muy saludable. El muchacho sabe que algo no va bien. ¿Qué es? ¿Qué ocurre? ¿Es realmente la poesía su camino? Nadie a su alrededor puede tranquilizarlo.

Entonces viene el mar a confirmarlo por primera vez —rito de pubertad— en la certeza de su destino. Eso ocurre en verano. El bosque pertenece a todas las estaciones, omnipresente, y la ciudad es ante todo del invierno. En cambio, el mar será asociado inicialmente al verano, por lo menos hasta ese 1927 en que Neruda sale de Chile. Desde la geografía del interior —boques, pueblo, ciudad, liceo, universidad— los ojos y el alma del muchacho viajan todos los veranos hacia el mar de su provincia (y más tarde hacia todo el mar de Chile).

Si el espacio sagrado del bosque ha significado para el niño Neftalí ciencia, refugio o temor reverencial, el mar, en cambio, le inspira otra lección: el mar es la energía, la voluntad, es la insistencia de las olas,

¹¹ «La tierra austral», *Memorial de Isla Negra*, I. El poema «Esta iglesia no tiene», escrito en 1920 ó 1921 e incluido en *Crepusculario*, subraya también —con modalidad significativamente diferente— la sacralidad del bosque.

¹² «El bosque chileno», *Confieso que He Vivido*, p. 14.

el masculino y orgulloso poderío de su ataque contra las rocas. Por eso, el muchacho que crece desamparado en un mundo semibárbaro, sin tradiciones ni estímulos para la poesía¹³, reconoce en el mar el ejemplo que necesita, el desafío, el incentivo, el aliento que le hacen falta, el impulso hacia la escritura, el contagio de la acción, la decisión y el orgullo de arremeter contra el obstáculo, y después la renovación de la tenacidad en cada verano, en cada viaje de regreso al país. El mar deviene así el primero y el más importante maestro de Neruda¹⁴. No el mar en abstracto, sino el mar de Chile, el océano Pacífico austral, como lo subrayará Neruda en uno de sus últimos poemas¹⁵.

Neruda tiene quince años aquel verano del primer viaje al mar¹⁶. Desde Temuco hasta los muelles de Carahue en tren, esa es la primera etapa, y desde allí por el río Imperial abajo en un barquito: el poeta cerca de la proa y un trasfondo de acordeón campesino tocando alguna melodía romántica. «No hay nada más invasivo para un corazón de quince años que una navegación por un río ancho y desconocido, entre riberas montañosas, en el camino del misterioso mar, comentará Neruda desde el recuerdo¹⁷. En el poema «El primer mar» (de *Memorial de Isla Negra*, I), escrito en 1962, Neruda evocará por primera vez aquel ávido camino hacia el reconocimiento de su individualidad creadora¹⁸. Hasta entonces todo ha sido inseguridad en sus tan-

¹³ A esta soledad y desamparo alude Neruda al final de su *Discurso de Stockholm*, escrito para la recepción del Premio Nobel (1971): «Yo vengo de una oscura provincia, de un país separado de todos los otros por la tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso, tal vez, he llegado hasta aquí con mi poesía y también con mi bandera». *Discurso de Stockholm*. Alpignano (Torino), Imp. de A. Tallone, 1972. (El mismo texto en *Anales de la Universidad de Chile*, 157-160 (1971): p. 37.)

¹⁴ Años más tarde lo reconocerá el propio Neruda en estos versos: «Necesito del mar porque me enseña / no sé si aprendo música o conciencia / no sé si es ola o ser profundo / o sólo ronca voz o deslumbrante / suposición de peces y navíos. / ... / el poder quieto, allí, determinado / como un trono de piedra en lo profundo, / substituyó el recinto en que crecían / tristeza terca, amontonado olvido, / y cambió bruscamente mi existencia: / di mi adhesión al puro movimiento.» («El mar», *Memorial de Isla Negra*, III.) Ver también: «Album Terusa 1923», *Anales de la Universidad de Chile* 157-160 (1971): 47-49, e «Imperial del sur», *Anillos*.

¹⁵ El poema es «Llama el océano», incluido en: *Cuatro Poemas Escritos en Francia*, Santiago: Nascimento, 1973 y después recogido definitivamente en: *Jardín de Invierno*, Buenos Aires: Losada, 1974.

¹⁶ Probablemente fue el verano de 1920 (¿febrero?). Este primer viaje al mar separaría la primera de la segunda etapa en nuestra periodización. Cfr. *Confieso que He Vivido*, pp. 24-27.

¹⁷ *Confieso que He Vivido*, p. 26.

¹⁸ En relación con el mar de la infancia, ver entre otros los siguientes textos nerudianos:

- a) «Playa del sur» y «Mancha en tierras de color», *Crepusculario*, Santiago, Claridad, 1923.
- b) «Album Terusa 1923», *Anales de la Universidad de Chile* 157-160 (1971): 47-49.
- c) Poema 2, *El Hondero Entusiasta 1923-1924*, Santiago: Letras, 1933.
- d) Poema 18 y «La canción desesperada», *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*, Santiago: Nascimento, 1924.

teos. Desde un confuso extravío y desde la insatisfacción del que aún no sabe qué hacer con sus potencias, del que aún *no es*, el muchacho avanza (en la proa, expectante) hacia la revelación del destino personal, del quehacer propio y del orgullo de ejercerlo:

yo, en la proa, pequeño
inhumano,
perdido,
aún sin razón ni canto,
ni alegría,
atado al movimiento de las aguas
que iban entre los montes apartando
para mí solo aquellas soledades,
para mí solo aquel camino puro,
para mí solo el universo.

La reiteración anafórica («para mí solo») subraya el movimiento hacia la individualización. El poema confirma, desde la óptica del propio Neruda, el significado nutricional, pero inmóvil, del bosque (acumulación de ciencia y de potencia) en comparación con el carácter desencadenante, dinamizador y activo de la experiencia marina. Iluminado por la distancia, aquel primer viaje al mar será evocado —con nitidez y exactitud— como una progresión espiritual, como ruptura del claustro materno del bosque hacia la asunción del yo individual:

y cuando el mar de entonces
se desplomó como una torre herida,
se incorporó encrespado de su furia,
salí de las raíces,
se me agrandó la patria,
se rompió la unidad de la madera:
la cárcel de los bosques
abrió una puerta verde
por donde entró la ola con su trueno
y se extendió mi vida
con un golpe de mar, en el espacio.

e) «Imperial del sur», *Anillos*.

f) «Barcarola» y «El sur del Océano», *Residencia en la Tierra*, Madrid. Cruz y Raya, 1935.

g) «Canto general de Chile», XVI, y «El gran océano», XIII, *Canto General*, México: Talleres Gráficos «La Nación», 1950.

h) «Cataclismo», *Cantos Ceremoniales*, Buenos Aires. Losada, 1961.

i) «Préface» de Neruda (en francés) a la 2.ª ed. de la antología *Tout l'amour*, París. Seghers, 1961.

j) «El primer mar» y «Las Pacheco», *Memorial de Isla Negra*, I.

k) *Confieso que He Vivido*, pp. 24-27.

El impacto del mar coincide con la eclosión adolescente de Neruda: es el rito de pubertad que lo confirma en la poesía. En adelante, hasta su muerte, ya no tendrá más dudas sobre el quehacer que le corresponde. Todo podrá vacilar, menos su vocación de canto. El carácter ritual de la experiencia parece insinuado también (no sin cierta sonrisa irónica) por el propio Neruda cuando en sus *Memorias* recordará la primera inmersión en las muy frías aguas del océano austral¹⁹:

«Lo que me asustaba era el momento apocalíptico en que mi padre nos ordenaba el baño de mar de cada día. Lejos de las olas gigantes, el agua nos salpicaba a mi hermana Laura y a mí con sus latigazos de frío. Y creíamos, temblando, que el dedo de una ola nos arrastraría hacia las montañas del mar. Cuando ya con los dientes castañeteando y las costillas amoratadas nos disponíamos mi hermana y yo, tomados de la mano, a morir, sonaba el pito ferroviario y mi padre nos ordenaba salir del martirio.»



El padre: ahí lo tenemos otra vez, de nuevo confirmando a pesar suyo el destino poético de su hijo. Don José del Carmen, que lo trajo a Temuco (desde Parral), que lo llevó a la selva en el tren lastrero, que le enseñó a amar los puentes ferroviarios, todo eso para apartarlo de los libros y de la poesía, ahora le hace posible a su hijo el primer viaje al mar y, todavía más, le impone el baño ritual, la ablución que precede o da comienzo a las pruebas iniciáticas.

V

El sur de la infancia es progresivamente interiorizado por el niño Nefthalí Reyes, no sólo en cuanto naturaleza (bosque, árboles, lluvia, invierno, aves, escarabajos, ríos, y más tarde el mar), sino también en cuanto hecho de civilización. El poeta crece en el seno de una comunidad humana caracterizada por una gran vitalidad demográfica y económica, que desarrolla un duro proceso de transformación del medio natural a través del trabajo social. Temuco es entonces el centro de una especie de Far West (digámoslo una vez más), ciudad recién fundada y todavía con aire de campamento.

¹⁹ *Confieso que He Vivido*, p. 27.

«Temuco pertenece, a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, a una de las zonas más progresistas del país. Entre un norte económicamente desnacionalizado por la entrega del salitre al capital inglés y el extremo austral enajenado a la soberanía chilena durante el gobierno de Santa María, Temuco se yergue en medio de una región donde la energía nacional se concentra con mayor tenacidad. Se trata, en realidad, del proceso general que incorporó a la vida unitaria del país a todo el sur de Chile, desde el Bío-Bío hasta la provincia de Llanquihue. Este proceso comienza a mediados del siglo pasado con la colonización alemana de Valdivia y las provincias vecinas... El brutal despojo a que se sometió a los indígenas, con la ocupación militar primero y con diversos arbitrios legislativos más tarde; la entrega de tierras a colonos nacionales, provenientes en su mayoría de las tropas que regresaban del Perú, y a inmigrantes extranjeros, que se establecen en la región desde septiembre de 1883; la expropiación de tierras que sufrieron los primeros colonos de parte de los intereses latifundistas: tales parecen ser las fases más salientes de este importante y complejísimo acontecimiento. El imperio de la violencia confiere a este período, como muchas veces se ha repetido, una fisonomía de criollo Far West. En efecto, la violencia bélica contra los indios —violencia legalizada— da paso muy lento a la violencia ilegal del cuatreroismo...

»El contexto amplio en que se enmarcan todos estos hechos es la entrada y desarrollo del capitalismo agrícola en el sur de Chile... La guerra del Pacífico había creado las condiciones de mercado interno aptas para justificar los intentos de apropiación de las tierras sureñas y los esfuerzos consecuentes para intensificar la producción agropecuaria. La introducción de la maquinaria agrícola pone el fundamento tecnológico que faltaba, confiriendo al latifundio austral una fisonomía que contrasta con el panorama de retraso ofrecido por el resto del territorio agrario nacional...»²⁰.

En esta atmósfera de actividad social y económica, más tarde empobrecida, se desarrolla la infancia del poeta. No sólo las formas de la naturaleza, también las formas de la civilización alimentan su sensibilidad y su fantasía. No escapan a su conciencia ni el tren lastrero que lo lleva al bosque (asociado, por tanto, al trabajo ferroviario de su padre y al trabajo de los peones carrilanos), ni el vaporcito a ruedas que lo transporta en su primer viaje al mar. Puentes y locomotoras, hachas y sierras, el locomóvil y la máquina trilladora de don Horacio Pacheco, martillos y serruchos: las herramientas e instrumentos de trabajo aportan a la imaginación constructiva del niño Neruda los sonidos, el brillo, la dureza y la tenacidad del metal, sin oposición al cosmos vegetal. Al crecer en una atmósfera de fundación, rodeado de trajines y de actividad transformadora, el ojo de Neruda percibe y registra para siempre formas, elementos y ritmos del trabajo social que vienen a reforzar desde otro ángulo su iniciación estética, y en particu-

²⁰ Jaime CONCHA, *Neruda (1904-1936)*, Santiago, Universitaria, 1972, pp. 40-43.

lar, su orientación hacia la consistencia material y concreta del mundo²¹.

En imagen retrospectiva de esos años, Neruda se verá a sí mismo como «delgado niño cuya pálida forma / se impregnaba de bosques vacíos y bodegas». Bosques y bodegas: naturaleza y construcción humana. En la madera el niño ve el árbol, la dulce materia misteriosa, pero también ve las tablas, es decir, las casas, las bodegas, los toneles, los durmientes del ferrocarril²². «Los aserraderos cantaban»: la destrucción del bosque tiene su contrapartida en la edificación de la nueva ciudad, de la nueva vida: «del hacha y de la lluvia fue creciendo / la ciudad maderera»²³.



VI

Este ambiente de trabajo y de actividad fundadora, al acentuar su propensión materialista, sitúa al niño Neruda más allá de toda religión²⁴. De un modo natural, ajeno al ateísmo vociferante y al anticlericalismo, la espiritualidad del poeta se orienta desde muy temprano hacia lo concreto y tangible, rechazando instintivamente la solución religiosa. Neruda tendrá clara conciencia del origen histórico-social de su actitud interior²⁵:

«Estas gentes de las casas de tabla tienen otra manera de pensar y de sentir que las del centro de Chile. En cierta forma se parecen a la gente del Norte grande, de los desamparados arenales. Pero no es lo mismo haber nacido en una casa de adobes que en una casa de madera recién salida del bosque. En estas casas no había nacido nadie antes. Los cementerios eran frescos. Por eso aquí no había poesía escrita ni religión. (...) Nunca aprendí a persignarme. (...) La gente era muy descreída

²⁰ Jaime CONCHA, *Neruda (1904-1936)*, Santiago. Universitaria, 1972, p. 40-43.

²¹ Este aspecto de la génesis de la poesía nerudiana ha sido particularmente bien examinado por J. CONCHA en su libro citado.

²² Esta temprana intuición infantil tardará años en abrirse camino hacia su concreta expresión poética. Un primer paso, como veremos, en *Tentativa del Hombre Infinito*, poema 10.

²³ «Primer viaje», *Memorial de Isla Negra*, I.

²⁴ Cfr. H. LOYOLA, *Ser y Morir en Pablo Neruda*, Santiago. Editora Santiago, 1967, p. 31 ss., y J. CONCHA, *cit.*, p. 56 ss.

²⁵ «Infancia y poesía» (1954), *Obras Completas*, Buenos Aires. Losada, 3.^a ed., 1968, vol. I, pp. 31-32.

en aquella ciudad. Mis padres, mis tíos, los innumerables cuñados y compadres de la mesa grande del comedor tampoco se santiguaban. Se contaban cuentos de cómo el huaso Ríos, el que pasó el puente del Malleco a caballo, había laceado a un San José. Había muchos martillos, serruchos y gente trabajando la madera y segando los primeros trigos. Según parece, a los pioneros no les hace mucha falta Dios.»

No les hace mucha falta Dios, pero tampoco les hace demasiada falta la poesía («aquí no había poesía escrita»), y en este punto el desajuste deja huellas profundas en Neruda. Esos tíos, cuñados y compadres —los bárbaros centauros de su primera edad, los pioneros— le son tan próximos como la selva y la lluvia, pero al mismo tiempo le son profundamente ajenos en el sentido de su vocación poética. Mucho y nada tiene que ver con ellos. Esta contradicción será muy intensa y dolorosamente vivida por Neruda²⁶. Años más tarde habría de condensarla de modo muy particular en un pasaje de «La copa de sangre», texto escrito en 1938 al regresar a Chile desde España, cuando el poeta reconoce definitivamente su «conexión interminable con una determinada vida, región y muerte». Reaparecen en esta prosa los tíos gigantescos y bárbaros. El poeta evocará en ella la ansiedad del niño que quiere anular la distancia que lo separa de esos personajes que pertenecen tan naturalmente, de un modo tan directo y evidente, al mundo amado de la Frontera:

»Entro en un patio, voy vestido de negro, tengo corbata de poeta, mis tíos están allí todos reunidos, son todos inmensos, debajo del árbol guitarras y cuchillos, cantos que rápidamente entrecorta el áspero vino. Y entonces abren la garganta de un cordero palpitante, y una copa abrasadora de sangre me llevan a la boca, entre disparos y cantos, y me siento agonizar como el cordero, y quiero también llegar a ser centauro, y pálido, indeciso, perdido en medio de la desierta infancia, levanto y bebo la copa de sangre»²⁷.

En el plano inmediato de esta evocación encontramos la timidez y la conciencia de precariedad física que el niño tiene, su aspiración a la fuerza²⁸. La imagen central del texto responde a esa voluntad porque, como se sabe, en la milenaria tradición de los pueblos la copa simbólica contiene el brebaje del vigor y de la energía. Pero en este caso la copa de sangre propone un nivel de significación poética todavía más rico y profundo. Porque la enorme angustia del muchacho Neruda en sus años de formación responde al mismo tiempo a la ne-

²⁶ Ver nota 13.

²⁷ «La copa de sangre» (1938), *Obras Completas*, Buenos Aires. Losada, 4.ª ed., 1973, vol. III, pp. 650-651.

²⁸ Cfr. la versión anecdótica del mismo episodio en «Infancia y poesía», *cit.*, pp. 32-33.

cesidad y a la impotencia de fundir, en una totalidad expresiva, el entorno histórico-natural inmediato (oscuramente intuido con inaudita sensibilidad) y una cierta imagen de la función poética (forjada directa o indirectamente en la tradición europea). Esto explica la decisión con que el niño vestido de negro (vestido de poeta a la europea, con traje y corbata) avanza a beber la copa terrible que le ofrecen los bárbaros. Beber una copa de vino con otros es, también se sabe, un gesto ritual de adhesión, de alianza y de fidelidad. En el marco del texto citado, beber esa copa de sangre significa potenciar el rito a un nivel extremado y específico, significa conferirle un sentido muy fuerte de búsqueda de consanguinidad, de unidad fundamental con los suyos, de autorreconocimiento a través de los otros. Los oficiantes del rito, como don José del Carmen, son ajenos y aun hostiles a la poesía. Hay en el gesto del niño, que tiende su mano hacia la copa de sangre, una voluntad sobrehumana de adhesión, sin dejar de ser afirmación profunda de sí mismo. En vez del camino fácil del rechazo y del aislamiento a través de una conciencia de privilegio (el poeta como un ser distinto y superior), el niño acepta el camino de la náusea y de la autoviolencia como desesperado gesto de integración.

Aquella copa de sangre es una ceremonia iniciática frustrada, o —mejor dicho— de cumplimiento aplazado. La poesía juvenil de Neruda sólo en medida insuficiente y limitada logra traducir la voluntad de integración que acucia al muchacho. Otras experiencias posteriores, las de Oriente y de España (la soledad y el exilio, la guerra civil y Quevedo, la fraternidad y el redescubrimiento de la propia lengua), serán necesarias para hacer florecer y madurar aquel lejano pacto de la infancia. Por eso el recuerdo del episodio ceremonial y la hondura de su significado sólo emergen en 1938, cuando el poeta ha regresado para beber otra vez —pero ahora a plena conciencia, sin náuseas ni autoviolencia— aquella antigua copa de sangre que los bárbaros pusieron en sus manos de niño. En 1938 mueren la madrastra y el padre barbirrojo. En 1938 cristalizan en «La copa de sangre» antiguas y confusas intuiciones. Y en 1938, Neruda comienza a escribir su «Canto General de Chile», núcleo embrionario del futuro y portentoso *Canto General*.



Dejamos aquí la prehistoria poética de Neruda para proponer ahora un rapidísimo vistazo a las demás etapas señaladas en nuestra periodización.

Hay todavía un notorio vacío, un divorcio ostensible entre estos fundamentos de la sensibilidad y de la fantasía nerudianas (que hemos intentado aislar) y la práctica poética de Neruda en su primer libro, *Crepusculario* (1923), donde las materias y experiencias vivas aparecen aún insuficientemente afirmadas, aún mediatizadas por un prisma de lecturas o adscritas a motivos de reflexión adolescente. El mundo de la infancia es todavía, en términos generales, objeto de una representación poética ancilar, adjetiva, al servicio de propósitos estimados más trascendentes. Por eso los elementos de la experiencia más viva y personal del poeta —el bosque, el mar, ciertos barrios pobres o ciertos campos verdes soleados, puentes y maestranzas ferroviarias, la trilla campesina, el paisaje de Loncoche— no logran constituir en *Crepusculario* un tejido o atmósfera definidora: vienen propuestos, más bien, como marcos o pretextos para meditaciones que el poeta adolescente supone de más alto vuelo. Algo similar ocurre con *El Hondero Entusiasta*²⁹.

La representación *sustantiva* de ese espacio mítico fundador (el sur de la infancia) sólo emerge a partir de *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada* (1924). Neruda mismo señalará repetidas veces³⁰ la proyección de ciertos árboles, ríos, costas y muelles provincianos sobre el escenario del poema 20 y de la «Canción desesperada». Pero ahora no se trata de una representación adjetiva o ancilar de tales elementos. El escenario del sentimiento —amor, desamor, nostalgia— importa tanto y a veces más que el sentimiento mismo, como lo demuestra el poema 4, y adquiere un valor sustantivo en la representación poética. El escenario importa también en sí mismo, no sólo en cuanto marco o trasfondo para la intimidad del hablante.

Después de la insatisfactoria tentativa de *Crepusculario*, en *Veinte Poemas* la experiencia del mundo parece regresar a una dimensión de

²⁹ Algunos poemas de *Crepusculario* y de *El Hondero Entusiasta* parecen confirmar, desde el comienzo de su obra publicada, la gran vocación telúrica y latinoamericanista de Neruda. En alguna medida, así es: El sur de la infancia ya no está ausente en esos libros. Se trata, sin embargo, de un fracaso en el sentido más profundo de las ambiciones del joven Neruda. Esos primeros libros son todavía ejercicios de aplicación de lecturas ajenas, de enseñanzas europeas: el americanismo de *Crepusculario* es en gran medida un reflejo de la sensibilidad modernista y de las preocupaciones del mundonovismo naturalista, vigentes en la poesía y en la narrativa de entonces. No es casual que ambos libros fueron, en cierto modo, rechazados por el autor: Neruda negó siempre, indirectamente, que *Crepusculario* fuese el verdadero comienzo de su poesía, y *El Hondero* fue publicado sólo diez años después de haber sido escrito, a título de «documento, válido para aquellos que se interesan en mi poesía».

³⁰ Por ejemplo, en «Pequeña historia», prefacio a la edición conmemorativa «1.000.000 de ejemplares» de *Veinte Poemas de Amor*, Buenos Aires. Losada, 1961 (Biblioteca Contemporánea, 7.ª ed.). Ver también: *Confieso que He Vivido*, p. 75.

ingenuidad, a una especie de nivel cero, como buscando un nuevo punto de partida para la exploración y reconocimiento del entorno. «Este es un puerto», dice el poema 18 con gesto deíctico asociable al lenguaje de los libros de primeras letras o de iniciación a un nuevo idioma. «Esta es mi casa», balbucea con mayor aproximación el poema 10 de *Tentativa del Hombre Infinito* (escrito en 1925).

«Esta es mi casa, / aún la perfuman los bosques / desde donde la acarreaban» (*Tentativa*, poema 10): aquí, Neruda introduce francamente en su poesía, sustantivándolo, el mundo de su infancia, la experiencia telúrica hasta entonces latente³¹. El poeta ya no busca pretextos ni remite a modelos o a lecturas. La casa de tablas en Temuco —recinto de refugio, pero también recinto de creación poética y de lecturas, es decir, recinto de seguridad y de cultura personales— viene reconocida como prolongación y proyección del bosque. «Allí tricé mi corazón como el espejo para andar a través de mí mismo» (*Tentativa*, poema 10): este verso reconoce, por primera vez, el carácter revelador de la experiencia del bosque. El tejido de relaciones entre la casa y el bosque se profundiza en los versos siguientes del mismo poema:

esa es la alta ventana y ahí quedan las puertas
de quién fue el hacha que rompió los troncos
tal vez el viento colgó de las vigas
su peso profundo olvidándolo entonces.

Del bosque procede no sólo un cierto saber sobre sí mismo, un principio de autocontemplación, sino también el entorno material de la interioridad del poeta, objetivado, por ejemplo, en esas puertas y ventanas que lo rodean (y protegen y acompañan) desde antiguo. Este descubrimiento se proyecta al lenguaje como deixis, como mostración elemental: esta es mi casa, esta es la ventana, he aquí las puertas. El descubridor empieza por *nombrar* el mundo. Los objetos de ese mundo aparecen de pronto reconocidos —a nivel poético— en su filiación constitutiva, en su madera (materia) fundamental, pero al mismo tiempo en su fraternidad de orígenes con respecto al propio poeta. También él reconoce en la selva sus raíces, como la casa. Y aquí otra conexión muy importante se integra a la red: la casa, la ventana, las puertas suponen elaboración, *trabajo*, un esfuerzo humano cumplido en el tiempo: «de quién fue el hacha que rompió los troncos». Los objetos manifiestan no sólo su materia de origen, sino también las huellas del trabajo transformador: son la proyección del hombre (quién) y de su herramienta (hacha) en una dimensión temporal (fue) ajena a la subjetividad del poeta³².

³¹ Dejando aparte los *Veinte Poemas*, el primer texto de Neruda que introduce franca y sustantivamente su experiencia sureña es la prosa «Provincia de la infancia», publicada en *El Mercurio* (19 octubre de 1924) con otras tres prosas bajo el título común «Panorama del sur», y después incluida en *Anillos*.

³² En este verso el joven Neruda se mueve sólo a centímetros de la barrera que franqueará años más tarde en *España en el Corazón* y en *Canto General*. Es una prueba más de la unidad que subyace a la obra nerudiana.



VIII

Los tres libros publicados por Neruda en 1926 (que son: *Tentativa del Hombre Infinito*, *El Habitante y su Esperanza*, *Anillos*) desarrollan el retorno al espacio mítico de la infancia, iniciado en *Veinte Poemas de Amor*³³. Si consideramos que este último libro tiene desde su aparición un gran éxito de lectores, sin duda atraídos por algo de novedoso que se advierte en su nivel erótico-sentimental, no deja de sorprender a primera vista que sea otro nivel menos visible del libro, el escenario provincial, el que logre en los siguientes libros de Neruda un desarrollo privilegiado. Obviamente al joven poeta no le basta el éxito de librería. Lo que él busca, sin tregua, es un terreno fecundo para su energía creadora, una adhesión que lo rescate del vacío mortal en que se siente girar. Esta conciencia de desolación ilimitada, sin horizontes, viene lúcidamente propuesta por Neruda en ciertas frases que manuscibe en un álbum de enamorado, en 1923: «Nada sabría decir de mí ni de nadie. Es la hora de siempre. Mi alma, una raya derecha e infinita, sin comienzo y sin fin»³⁴. Por eso, los libros de 1926 representan claros esfuerzos por superar esta situación de aislamiento y de derrota interior. Es significativo que los títulos mismos de los libros confirmen la búsqueda de un cierto sentido del mundo, como lo señalan las palabras *tentativa* y *esperanza*. Que esa búsqueda toma por entonces la forma de una exploración del espacio originario viene precisado en un texto de *Anillos*:

«Cómo no recordar tanta palabra pasada. Besos desvanecidos, flores flotantes, a pesar de que todo termina. El niño que encaró la tempestad y crió debajo de sus alas amargas la boca, ahora te sustenta, país húmedo y callado, como a un gran árbol después de la tormenta. Provincia de la infancia deslizada de horas secretas, que nadie reconoció. Región de soledad: acostado sobre unos andamios mojados por la lluvia reciente, te propongo a mi destino como refugio de regreso»³⁵.

³³ A partir de *Veinte Poemas* el desarrollo de la representación poética del sur de la infancia es en realidad un proceso doble y aparentemente contradictorio: de *sustantivación* y de *mitificación* al mismo tiempo. Dejamos para otra ocasión el esclarecimiento de esta importante relación dialéctica.

³⁴ «Album Terusa 1923», cit., p. 48.

³⁵ «Provincia de la infancia», *Anillos*.

Pero esta tentativa termina en fracaso y Neruda toma entonces el camino del exilio. Entre 1927 y 1932 el poeta vive una terrible experiencia de soledad y desarraigo en diversos lugares del Asia sudoriental (Rangún, Colombo, Singapur, Batavia). Durante esos años completa el primer volumen de *Residencia en la Tierra*. El drama del joven visionario de Temuco viaja con él a Oriente para exacerbarse en un nuevo contexto. Tras la primera *Residencia* hay una múltiple y angustiada experiencia de desolación, de nostalgia, de miseria económica y sexual, de incomunicación con un mundo cuyo paisaje, cuya tradición, cuya deformación histórica (otro subdesarrollo) le son extranjeros e impenetrables. Pero hay también una convicción visceral y una tenacidad invencible. En medio de tanta soledad, Neruda logra elevar su trabajo literario a un nivel de expresión que, por primera vez en su vida, lo enorgullece de veras. El sur de la infancia desaparece transitoriamente de la superficie de sus versos, pero no de sus materiales expresivos ni menos de su inquietud más recóndita. En lo profundo de su ser —como el poeta admitirá más tarde— la soledad y el aislamiento lo hacen avanzar grandes pasos hacia una más completa percepción de sus raíces.

E 1932, de nuevo en Chile, dos poemas de la segunda *Residencia* dan testimonio del reencuentro con el espacio de la infancia, en particular con el mar de la Frontera: «Barcarola» y «El sur del océano». Pero este reencuentro coincide con una etapa de máximo deterioro en el ánimo del poeta. La desolación y la angustia —visibles en los poemas mencionados— son aún mayores que en las tentativas anteriores a 1927. Porque ahora, en 1932, se han derrumbado incluso las esperanzas, no hay horizontes ni perspectivas. El sur de la infancia ya no es más que un plano de apoyo para ninguna exploración salvadora, es simplemente un extremo refugio de regreso. Lo será todavía desde la distancia, y en un grado aún más crítico, cuando en agosto de 1934 la única hija del poeta, la recién nacida Malva Marina, se debate débilmente entre la vida y la muerte, durante varios días, en Madrid. Abrumado de dolor y de impotencia ante el sufrimiento de su pequeña, Neruda vuelve su espíritu hacia las lejanas y secretas divinidades materiales de su infancia, hacia los bosques del sur chileno, hacia los ríos de su provincia lluviosa, y en el poema «Enfermedades en mi casa» inscribe esta plegaria:

«Ayudadme, hojas que mi corazón ha adorado en silencio,
ásperas travesías, inviernos del sur, cabelleras
de mujeres mojadas en mi sudor terrestre,
luna del sur del cielo deshojado,
venid a mí con un día sin dolor,
con un minuto en que pueda reconocer mis venas»³⁶.

³⁶ «Enfermedades en mi casa», *Residencia en la Tierra*, II.



IX

Pero ha de ser la experiencia vivida en España la que enseñará a Neruda el verdadero camino de regreso a su patria. En España el poeta ha de reconocer una parte profunda e ignorada de sus orígenes. Y no, casualmente, a través de Quevedo y Villamediana, a través de García Lorca y Alberti y Miguel Hernández, en la fraternidad de la poesía y del combate político contra el fascismo, en el encuentro vivo con la historia y con la raíz hispánica de su lengua, en suma, es a través de toda la compleja experiencia española que Neruda comienza verdaderamente a reconocer y a comprender —en una importante dimensión que le faltaba— la otra parte de sus orígenes, la chilena, la del sur de la infancia. Por esto, sólo después de sus años en España, sólo en 1938 puede escribir estas líneas mientras el tren avanza hacia el corazón de su provincia austral:

«Cuando remotamente regreso y en el extraordinario azar de los trenes, como los antepasados sobre las cabalgaduras, me quedo sobredormido y enredado en mis exclusivas propiedades, veo a través de lo negro de los años, cruzándolo todo como una enredadera nevada, un patriótico sentimiento, un bárbaro viento tricolor en mi investidura: pertenezco a un pedazo de pobre tierra austral hacia la Arucanía, han venido mis actos desde los más distantes relojes, como si aquella tierra boscosa y perpetuamente en lluvia tuviera un secreto mío que no conozco, que no conozco y que debo saber, y que busco, perdidamente, ciegamente, examinando largos ríos, vegetaciones inconcebibles, montones de madera, mares del sur, hundiéndome en la botánica y en la lluvia, sin llegar a esa privilegiada espuma que las olas depositan y rompen, sin llegar a ese metro de tierra especial, sin tocar mi verdadera arena. Entonces, mientras el tren nocturno toca violentamente estaciones madereras o carboníferas como si en medio del mar de la noche se sacudiera contra los arrecifes, me siento disminuído y escolar, niño en el frío de la zona sur, con el colegio en los deslindes del pueblo, y contra el corazón los grandes, húmedos boscajes del sur del mundo»³⁷.

³⁷ «La copa de sangre», *cit.*, p. 650.

Ya dijimos que en ese mismo 1938 Neruda comienza a escribir un «Canto General de Chile». Otros pasos, otros caminos habrán de extender su vida y su poesía a toda la América Latina, hacia el mundo contemporáneo, renovándolas —poesía y vida— con una comprensión histórica del acontecer humano. Pero en el nivel más personal de su desarrollo, el espacio originario continuará siendo, hasta la muerte de Neruda, un motivo poético recurrente y obsesivo. Sin embargo, nunca repetido. Porque cada reaparición del mundo de la infancia responderá, en la obra de Neruda, a motivaciones bien definidas y diferenciadas.

Así, en 1949 Neruda cierra el *Canto General* con un capítulo autobiográfico titulado «Yo Soy», que comienza con una bellísima evocación del ámbito de la niñez con su población de árboles, barrancas, zapatos mojados, carretas, escarabajos, montones de madera, ferrocarriles, lluvia, mar. En 1954 Neruda dicta una serie de cuatro conferencias en el Aula Magna de la Universidad de Chile (Santiago) bajo el título común *Mi poesía*. La primera de esas conferencias es «Infancia y poesía», que solía encabezar las ediciones Losada de *Obras Completas* y que Neruda recoge también en las primeras páginas de *Confieso que he Vivido*. Ambos textos, el de 1949 y el de 1954, pertenecen a un ciclo de la producción nerudiana en el que la función de los recuerdos autobiográficos es de totalización e integración: los diversos momentos o etapas del poeta y de su poesía —el niño de Temuco, el liceano, el adolescente de los *Veinte Poemas*, el torturado testigo de *Residencia*, el combatiente antifascista, el militante comunista, el portavoz de América Latina—, todos han venido a desembocar en la unidad final que se expresa a través de la doble fórmula en singular: *yo soy, mi poesía*, que es al mismo tiempo una ecuación.

En cambio, a partir de 1957 una serie de textos de Neruda proponen el mundo de su infancia desde una perspectiva muy diferente, por no decir opuesta. Entre 1954 y 1957 Neruda ha vivido una crisis de renovación en la que sobresalen al menos dos experiencias decisivas: una es el impacto del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (denuncias de Jruschiov contra la gestión de Stalin), la otra es la ruptura de su segundo matrimonio (con Delia del Carril) y el comienzo de una nueva vida junto a Matilde Urrutia. Esta crisis abre un nuevo ciclo en su poesía (advertible ya en el *Tercer Libro de las Odas*), caracterizado entre otros rasgos por una sistemática voluntad evocativa. En este nuevo ciclo la función de los recuerdos autobiográficos ya no apunta a la unidad, sino a la ruptura, a la asunción de la multiplicidad del ser, a la aceptación de haber vivido una serie de existencias sucesivas, al reconocimiento de la imposibilidad de ser unívoco. Dos títulos en plural resumen esta nueva conciencia: «Muchos somos», poema de *Estravagario*, y «Las vidas del poeta», denominación global de una serie de diez crónicas memorialísticas publicadas en la revista brasileña *O Cruzeiro* (1962). Varios textos evocados de la infancia y del espacio provinciano, incluidos en los libros *Estravagario* (1958), *Navegaciones y Regresos* (1959), *Canción de Gesta* (1960),

Cantos Ceremoniales (1961), *Plenos Poderes* (1962), *Memorial de Isla Negra* (1964) y *La Barcarola* (1967), se integran a esta visión otoñal de la pluralidad recorrida³⁸.



X

Hacia el final de su poesía, Neruda regresa a la soledad originaria. No como desengaño de la historia ni de la fraternidad combatiente, sino como superación dialéctica de la negatividad contemporánea³⁹. Esta redefinición de la soledad se inscribe en un ánimo de meditación y de balance. De modo que la proposición del sur de la infancia ya no es más una vocación memorialística (como en *Memorial de Isla Negra*), ni una confrontación con el recuerdo (como en «Regresó el caminante», de *Plenos Poderes*), sino una parte actual e integrante del otoño: un retorno a los orígenes pero en el nivel definitivo de la espiral. Hay todavía en *Aún* (1969) una recurrencia al pasado en cuanto tal, una insistencia en los motivos de la memoria (por eso el título: *aún*, todavía), pero al mismo tiempo esos motivos se integran a una reflexión que trasciende —paradojalmente, a partir de la soledad recobrada— el destino personal del poeta. Otra cosa: el sur de Neruda ya no es sólo la región de la Frontera, sino todo el sur de Chile —«las provincias del agua»— y, en definitiva, Chile entero.

Así, en 1970, Neruda sitúa en el extremo austral el escenario de uno de sus libros más ambiciosos: *La Espada Encendida*. «En esta fábula —explica el poeta— se relata la historia de un fugitivo de las grandes devastaciones que terminaron con la humanidad. Fundador de un reino emplazado en las espaciosas soledades magallánicas, se decide a ser el último habitante del mundo, hasta que aparece en su territorio una doncella evadida de la ciudad áurea de los Césares. El destino que los llevó a confundirse levanta contra ellos la antigua espada encendida del nuevo Edén salvaje y solitario. Al producirse la cólera y la muerte de Dios, en la escena iluminada por el gran volcán estos seres adánicos toman conciencia de su propia divinidad»⁴⁰.

³⁸ Cfr. Alain SICARD, «Neruda ou la question sans réponse», *La Quinzaine Littéraire*, París, 129 (30-11-1971), y H. LOYOLA, «El ciclo nerudiano 1958-1967: Tres aspectos», *Anales de la Universidad de Chile* 157-160 (1971).

³⁹ Cfr. Alain SICARD, «Soledad, muerte y conciencia histórica en la poesía reciente de Pablo Neruda», en Isaac J. Lévy & Juan Loveluck (editores), *Símbolo Pablo Neruda* (1974). Actas, Columbia. University of South Carolina, 1975, pp. 145-170.

⁴⁰ «Argumento», *La Espada Encendida*, Buenos Aires. Losada, 1970.

Tras el personaje Rhodo —«el milenario», «el solitario»— está por cierto el propio Neruda, que repropone en otra clave la soledad primordial y fecunda de su infancia. Es significativo que el poeta, para representar su compleja y dolorosa visión del mundo contemporáneo, pero también su confianza en el destino histórico del hombre, haya vuelto los ojos hacia el espacio puro del sur de Chile.

«Esta naturaleza virgen de toda mancha humana no es, sin embargo, en Neruda ninguna resurrección del viejo mito del paraíso perdido. No es de ningún modo una abstracción idealista sino “intranquila permanencia” de la materia. O, si se prefiere (...), se trata de un paraíso atravesado por una contradicción y *que no existe sino para manifestarla*. El Edén de Rhodo lleva en sí su propia negación: Rosía, el amor de Rosía y la historia eternamente comenzada. La naturaleza que había recogido al hombre lo expulsa, pero, al mismo tiempo, lo hace divino. El volcán echa su maldición, pero muere de su propia maldición y consagra por su muerte el reino histórico del hombre»⁴¹.



XI

Al término de este viaje encontramos un poema escrito en Francia en 1972. El poeta, consciente de su enfermedad y de la amenaza que se cierne sobre su vitalidad creadora, desde lejos acude esta vez al mar de Chile, al mismo océano de la infancia que desencadenó su poesía:

No voy al mar en este ancho verano
cubierto de calor, no voy más lejos
de los muros, las puertas y las grietas
que circundan las vidas y mi vida.
En qué distancia, frente a cuál ventana,
en qué estación de trenes
dejé olvidado el mar? Y allí quedamos,
yo, dando las espaldas a lo que amo,
mientras allá seguía la batalla
de blanco y verde y piedra y centelleo.

Así fue, así parece que así fue:
cambian las vidas, y el que va muriendo

⁴¹ Alain SICARD, ar. cit. en nota 39, p. 163.

no sabe que esa parte de la vida,
esa nota mayor, esa abundancia
de cólera y fulgor, quedaron lejos:
te fueron ciegamente cercenadas.

No, yo me niego al mar desconocido,
muerto, rodeado de ciudades tristes,
mar cuyas olas no saben matar
ni cargarse de sal y de sonido.
Yo quiero el mío mar, la artillería
del océano golpeando las orillas:
aquel derrumbe insigne de turquesas:
la espuma donde muere el poderío.

No salgo al mar este verano: estoy
encerrado, enterrado, y a lo largo
del túnel que me lleva prisionero
oigo remotamente un trueno verde,
un cataclismo de botellas rotas,
un susurro de sal y de agonía.

Es el libertador. Es el océano,
lejos, allá, en mi patria, que me espera⁴².

El martes 21 de noviembre de 1972, el avión que trae a Neruda de regreso a su patria, desde París, vía Buenos Aires, aterriza en el aeropuerto de Pudahuel. Inmediatamente, Neruda, continúa su viaje hacia Isla Negra, hacia el mar. El poeta no regresa a morir, sino a seguir creando. Trae proyectos para varios años. Los acontecimientos chilenos de 1973, como se sabe, precipitaron su muerte y asesinaron sus proyectos. Pero su voz, también se sabe, sigue viva entre nosotros y desde sus páginas póstumas nos reitera sin tregua su amor original⁴³:

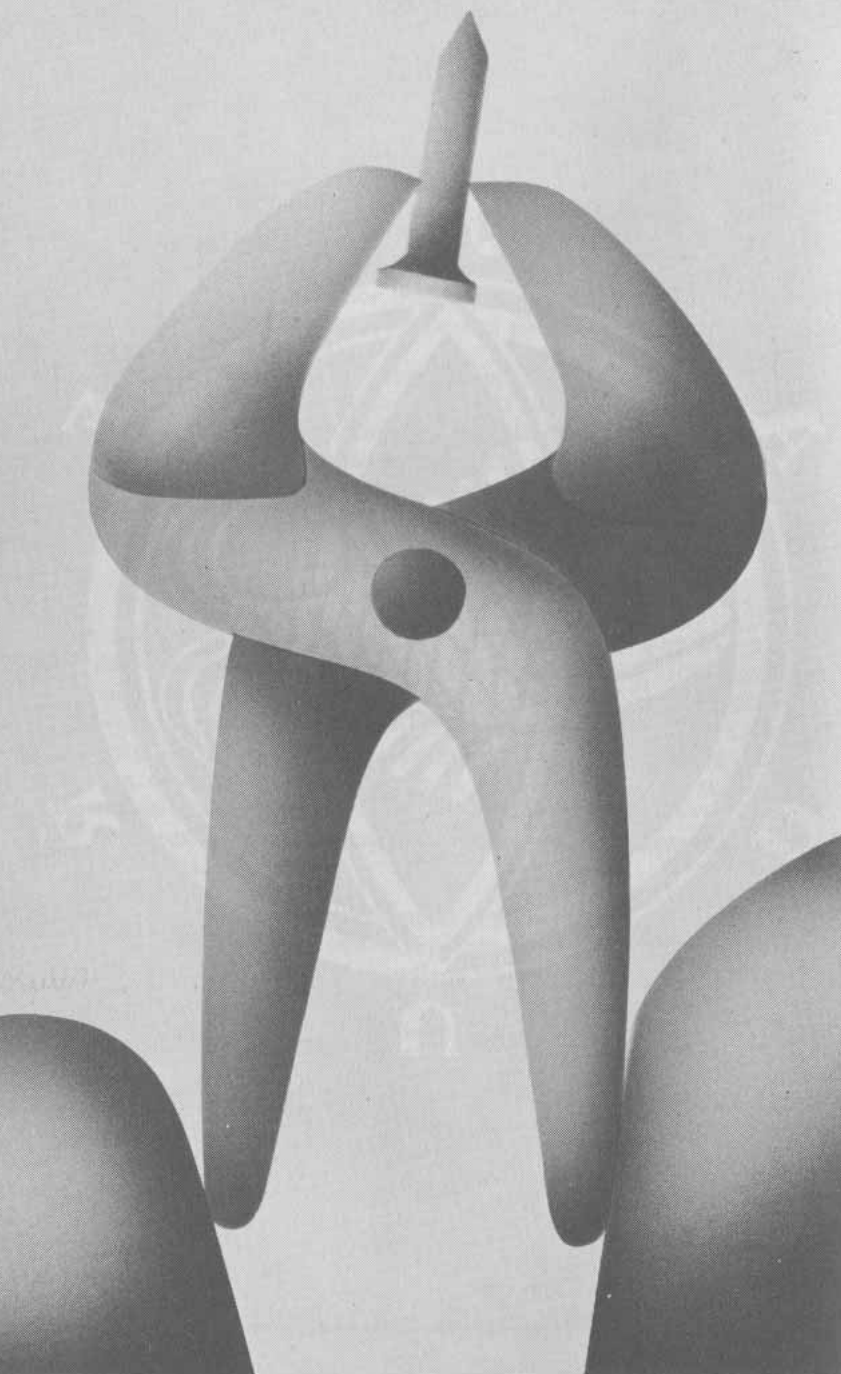
Todos me preguntaban cuándo parto,
cuándo me voy. Así parece
que uno hubiera sellado en silencio
un contrato terrible:
irse de cualquier modo a alguna parte
aunque no quiera irme a ningún lado.

Señores, no me voy,
yo soy de Iquique,
soy de las viñas negras de Parral,
del agua de Temuco,
de la tierra delgada,
soy y estoy.

⁴² «Llama el océano». Ver nota 15.

⁴³ «(Todos me preguntaban)», *El Mar y las Campanas*, Buenos Aires. Losada, 1974.





CONVERSACION CON EDUARDO GALEANO

—«*Días y Noches de Amor y de Guerra*», el libro que te premió Casa de las Américas, ¿puede ser considerado como un libro político?

—Sí, pero no es un libro político convencional. Pienso que todo lo que uno escribe es político, incluso aquello de la gente que cree que no hace literatura política.

Política no es el buen o mal manejo de los asuntos del estado, sino todo el vasto espacio de encuentro entre los hombres, en el que se ponen en cuestión los problemas esenciales de libertad, de dignidad del hombre.

Es un libro político, porque tiene que ver con la libertad y la dignidad humana y, en consecuencia, con todo lo que lastima, hiere, mutila o mata a esa libertad, a esa dignidad.

Digo que no es un libro político convencional porque no tiene que ver solamente con lo que normalmente se entiende por política. No sólo habla de las guerras de afuera, de los grandes combates que tienen lugar en la calle y que protagonizan las masas populares, sino que también tiene que ver con las guerras de adentro, con los conflictos del alma. Este libro intenta mostrar que la guerra entre la libertad y el miedo tienen lugar fuera y dentro de uno mismo. Que cada persona reproduce dentro de sí las contradicciones de la sociedad en la que actúa.

—*Nos gustaría que profundizaras este concepto de las guerras internas que tienen los hombres.*

—Cada persona contiene el sistema de valores de la sociedad que lo generó, el libro quiere mostrar que esta guerra es contra ese sistema de valores, que es equivocado, que funciona para bienestar de la minoría, pero que es el veneno de la mayoría, que funciona contra el hombre y no a favor, que todas las respuestas posibles que se dan en las grandes luchas políticas, sociales, sindicales, se dan también en las peleas secretas que tiene uno consigo mismo noche y día, entonces es un libro donde la experiencia íntima no está desvinculada de la experiencia colectiva.

En «Días y Noches de Amor y de Guerra» hablo de mí, de mi generación, de la gente que quise, de los lugares que amé, de lo que me pasó, pero sin romperme en pedazos. Es un libro político un poco raro. En general, los libros de testimonio político que escriben la gente de izquierda, hacen sin querer el juego de la cultura burguesa, porque ofrecen del militante una visión siempre mutilada, como si el compromiso político, en lugar de multiplicar el alma, la encogiera, y como si un hombre que tuviera una preocupación política esencial, estuviera condenado a ser un hombre de una sola dimensión y no de muchas.

—*¿Qué es para ti el impulso revolucionario?*

—Creo que es el afán de contribuir a transformar el mundo, un impulso que purifica y multiplica. Creo que la visión del socialismo que nosotros tenemos, o de una sociedad diferente, no es mutilada, sino que es la visión de un hombre multiplicado. Me niego a compartir la fracturación de la condición humana que hace el orden burgués, cuando dicen que hay una literatura política, otra de la vida interior, una literatura de amor, otra de los problemas sociales, así como la derecha dice que hay un alma y hay un cuerpo, que hay trabajadores manuales e intelectuales.

—*¿Qué es para ti el socialismo?*

—Creo que el socialismo es la aventura de la reconstrucción de la unidad perdida de la condición humana, por lo tanto, la más hermosa de las aventuras creadoras posibles, porque nos devuelve a nuestra unidad esencial, frente a lo que podríamos llamar la esquizofrenia social, frente a una sociedad que continuamente nos está mutilando y obligando a que desempeñemos diferentes papeles y ser diferentes personas a lo largo de cada día. Algunos tienen un elenco completo. Entonces, la operación del libro es una operación de desprendimiento de máscaras, un intentar llegar al fondo esencial de cada cosa a través de la experiencia viva.

—*Volvamos al libro...*

—Yo cuento las cosas que ocurrieron mientras escribía el libro, que empezó en Argentina, que terminó en España. Cosas que la memoria me trajo para joderme o para ayudarme. Alimentos o venenos que la memoria me prestó para derribarme o para ayudarme a alzarme cuando me caí, para seguir viaje.

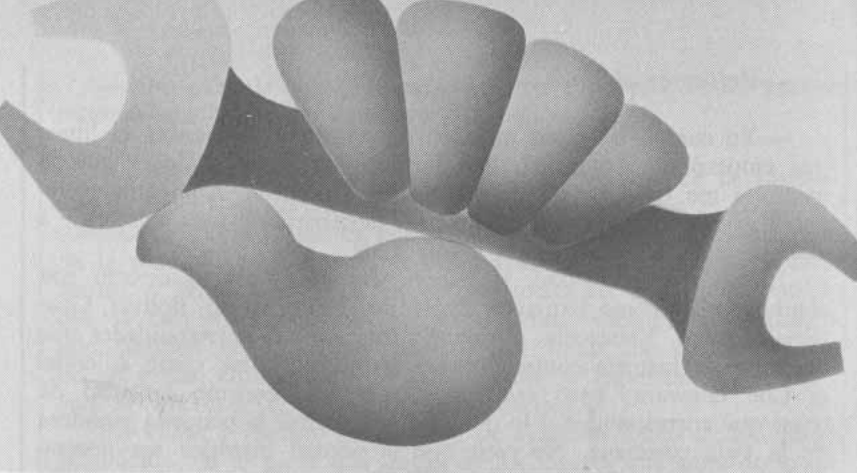
El libro mezcla todo, la experiencia del contacto directo con algunos países como Uruguay, Argentina, Chile, Brasil, Bolivia, Guatemala, Cuba, Venezuela, Paraguay; con algunas personalidades que marcaron la historia contemporánea latinoamericana, como Allende, el Che Guevara; pero también cuenta una enorme cantidad de cosas que corresponden a lo que podría llamarse la pequeña grandeza de la vida cotidiana. No creo que la verdad histórica sea necesariamente espectacular; creo que a ella, a veces, se revela o se descubre a través de las pequeñas cosas, aparentemente insignificantes, pero que están cargadas de una electricidad, de una magia de vida que uno percibe al contarlas. Es decir, cuando uno se asoma a las cosas tal como ocurrieron. La realidad es infinitamente más grande, más rica, con más magia que la fantasía que elabora un creador profesional, porque posee una sobria profundidad mayor que cualquier esfuerzo de la imaginación.

No es que niegue los esfuerzos de la imaginación; en este libro las reglas fueron las de la realidad, tal como la memoria las trajo.

—*¿Cómo podrías sintentizar «Días y Noches»?*

—Como una suerte de entrevista con mi propia memoria. Como si yo le dijera, señora Memoria eche jugos, diga todo lo que tiene que decir, usted sabe más que yo de mí mismo. Y al contarme lo que yo soy me cuenta, de alguna manera, qué somos nosotros, los hombres que nacimos, crecimos, nos desarrollamos, peleamos, tuvimos alegría, miedo. Esperanzas en determinadas comarcas del mundo, en un lugar determinado de la tierra que es Latinoamérica y en un tiempo histórico determinado que es el tiempo nuestro.

Del primer diálogo, de ese primer encuentro con la memoria nacieron 600 páginas, que después fueron reducidas a 350 y después a 190. Juan Rulfo me enseñó alguna vez, que uno escribe con una lapicera y con un hacha, y que a veces es más importante el hacha que la lapicera. Y que para que la realidad sea realmente expresiva, para poder traducir la inmensa elocuencia de las cosas reales, hay que despojar el lenguaje de todo artificio y no perder de vista el hecho de que muchas veces las experiencias más importantes mueren al ser mencionadas, que hay cosas que tienen su verdad en su ambigüedad o en su misterio y entonces para poder traducir o comunicar ese misterio hay que sugerir más de lo que se dice. Hay que utilizar una prosa capaz de tener una capacidad de comunicación, que vaya más allá de lo obvio, de lo meramente aparente. No es



que las apariencias engañen, sino que la realidad no es solamente lo que parece.

—*¿Qué puedes decirnos del oficio de escritor?*

—Es un oficio solitario y solidario, que a partir de una ceremonia muy individual, muy privada de transpiración y de catarsis, un escritor puede ponerse en contacto con otros, conversar con otros, escuchar, recibir, dar, ofrecer, no en una relación en que el escritor produce cosas para que los lectores pasivamente las consuman, sino en una relación dialéctica muy viva en la que cada pregunta implica una respuesta y cada respuesta una pregunta nueva.

—*Háblanos de tu libro «Guatemala, país ocupado».*

—Diría que es un libro que tiene ciertos valores proféticos. Allí se describe una experiencia de horror institucional, de terrorismo de estado que sirvió de laboratorio para otras experiencias posteriores. La técnica del secuestro y la desaparición que se está utilizando ahora en los países del cono sur con tanto éxito y con tanta saña. Estos métodos fueron ensayados en Guatemala en 1967, era una técnica que venía de Vietnam y que se ensayó en Guatemala como en un laboratorio de guerra sucia y que ahora se está aplicando en Argentina, en Chile, en Uruguay, en Brasil.

Consiste en que los muertos no tienen cadáveres. No se ejecuta a la gente. No se la fusila, sino que se la desaparece. Con eso se consiguen dos cosas: Primero, un grado de impunidad internacional mucho mayor. Para los cinco fusilados de Franco, de fines de 1975, hubo un escándalo mundial. Para los miles de desaparecidos siempre queda el beneficio de la duda, ese espacio de niebla, de bruma en el que uno se pregunta si el desaparecido habrá muerto realmente.

Del punto de vista del régimen tiene una segunda ventaja: per-

mitir difundir con eficacia la ansiedad y el miedo, cada muerto se muere muchas veces en el alma de sus familiares, hay una guerra de rumores, incertidumbres que derivan en una desesperación casi clínica, que puede llegar a enloquecer a la gente.

En aquella noche de San Bartolomé, en aquella noche larga de 1967, y hubo ocho mil muertos, la mayoría desaparecidos. No se puede esperar que quien hizo al paralítico ofrezca después la silla de ruedas, o sea, si estas técnicas represivas fueron enseñadas por instructores norteamericanos a oficiales latinoamericanos, en Panamá o en Texas, los centros de instrucción, parece hipócrita que ahora se ponga el grito en el cielo porque la máquina que se echó a andar ahora funcione.

—*¿Por qué funciona la represión?*

—No funciona porque exista mala gente que desee satisfacer algún oscuro sueño perverso, ni por sadismo particular de nadie, sino que funciona al servicio de la redivisión internacional del trabajo. El dictador es un funcionario y el torturador también, son burócratas del terror, así como el correo o los bancos tienen funcionarios, el terror los tiene y trabajan al servicio de la máquina del poder, que no empieza con ellos ni termina con ellos. Hay una redivisión internacional del trabajo a escala internacional, operada por las grandes multinacionales, y para esa redivisión era necesario que países del cono sur como Chile, Argentina, Uruguay, que gozaban de un nivel relativamente más alto en el plano cultural y económico, sean hoy escenario de las peores dictaduras latinoamericanas.

Es necesario obligar a la gente a resignarse a la desocupación o a ganar la mitad de lo que ganaba y eso no se hace con buenos modales. Es necesario obligar a esos países a olvidar que allí hubo esperanzas de cambios hacia un mundo mejor, que allí hubo aventuras realizadas de justicia, experiencias totales o parciales de un mundo nuevo, diferente.

Es una máquina de reprimir puesta en funcionamiento contra la realidad para obligar a la gente a llevar una vida de perros y contra la memoria, para que se vacíe la conciencia popular del recuerdo de experiencias de afirmación nacional y popular. Fíjate que en los tres países la represión llega como respuesta a tentativas de afirmación nacional y popular.

En Chile, es un venganza a las realizaciones de la Unidad Popular, que devolvió a los chilenos las riquezas arrebatadas por las grandes empresas extranjeras y por empezar a transitar por la vía del socialismo. En Argentina, es una respuesta a la amenaza de un peronismo de izquierdas que también podía desembocar en un país más justo y que había puesto en serio peligro los intereses de la oligarquía terrateniente y financiera y de las grandes multinacionales extranjeras. En Uruguay lo mismo, se ataca a un Frente Amplio, a

los Tupamaros y a todo movimiento pacífico o no que en los últimos años venía sacudiendo al país para conmover a viejas estructuras que ya no daban respuestas al desafío de la nueva población.

—¿Puedes ejemplificar tu afirmación?

—Claro, Uruguay, un país minúsculo, pero cinco veces mayor que Holanda y con una población cinco veces menor, sin problemas de naturaleza, que fue muy generosa, con tierras bien irrigadas, con una población culturalmente alta, Uruguay sin embargo es incapaz de darle de comer a esta gente y obliga a más de medio millón de uruguayos a buscar trabajo y destino fuera del país, bajo otros cielos.

Se trata, pues, de conseguir un bajo nivel de salarios y condiciones de orden: el orden de los cementerios, la paz de las cárceles que garanticen a las grandes empresas extranjeras la necesaria estabilidad sindical, política y social.

Esto en el marco de un sistema que se está reorganizando, redividiendo los mercados, las zonas de abastecimiento y de materias primas, la ubicación de los centros de producción y que necesita disponer de contingentes baratos y sumisos de mano de obra en aquellos países.

—O sea, la cultura del miedo...

—Claro, la tortura, el terrorismo de estado, el encarcelamiento masivo, el destierro masivo, tratar de raspar hasta el fondo para que no quede ninguna raíz viva de respuesta, de protesta, en medio de la cultura del miedo, en medio del orden de la resignación, para que no se escuche ya ninguna voz en medio del silencio.

El acto de escribir un libro, unas memorias sobre la realidad, sobre la historia, la de ahora y la de ayer, en todo caso es una respuesta a la cultura del miedo, a la cultura del silencio, a la cultura del olvido.

—¿La memoria es subversiva?

—Creo que cuando hay un sistema organizado en el que está prohibido recordar, el acto de recordar es una acción subversiva, la memoria está prohibida. El sistema autoritario, para perpetuarse como tal inhumano, enemigo del país, tiene que brindar de sí una imagen de eternidad. Lo que es corresponde a lo que fue y a lo que será. La memoria es peligrosa porque puede demostrar que hubo en el país algo más que cárceles, tumbas, verdugos, inquisidores, desesperanza, miedo.

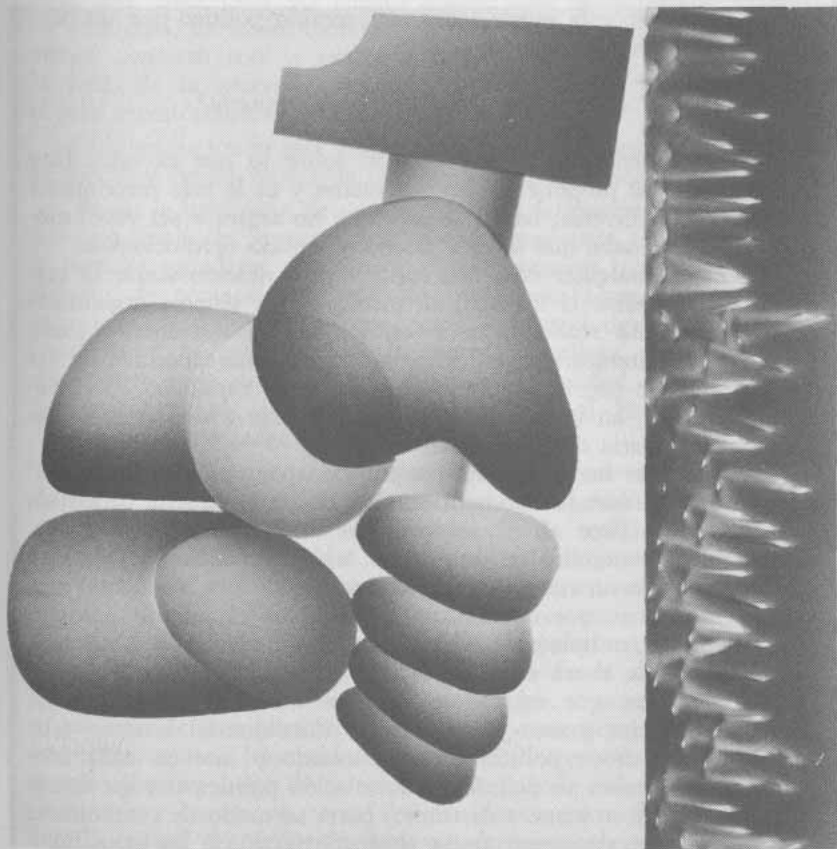
Hay una memoria peleadora, no siempre el diálogo con la memoria es una conversación de nostalgias inútiles. A mí me interesa la historia en cuanto es memoria viva del tiempo de ahora, en tanto que nos ayuda a cambiar; no me interesa la historia como un

museo de cera, como un baile de disfraces donde aparecen personajes solemnes que dicen frases larguísimas, alejadas de la realidad cotidiana, concreta. Quiero a la historia vivida como una crónica de sucesos, como si estuviese en un diario y no en un libro. Como si se viese en los títulos lo que ocurre. Este tipo de visión de la historia es subversivo, porque la derecha elige el pasado; nosotros no, nosotros preferimos la esperanza a la nostalgia.

—*¿Cuál es el papel del escritor?*

—Eso depende de cada caso. No creo que haya recetas, decálogos, códigos. Pienso, modestamente, que cada uno hará como le parezca. Creo que cualquier actitud cultural, que de algún modo sirva para fisurar el monopolio del miedo, tiene un sentido revolucionario positivo.

Toda literatura que nos ayude a comprender un poco lo que



somos, de dónde venimos, tiene un sentido político, aunque no se sepa que lo tiene. Un pueblo que no sabe de dónde viene, no sabe adónde va y un hombre o una colectividad que no sabe quién es, no puede saber en qué puede convertirse. Hay novelas o libros aparentemente no políticos, a veces muy privados, que sin embargo tienen ese contenido esencial, primordial que ayudan a la colectividad a verse a sí misma, en medio de un sistema que funciona para borrar la memoria y vaciar la identidad de los pueblos.

Hablo de una identidad no en un sentido folklórico, sino en un sentido muy dinámico, muy vital, muy victoria viva en perpetua transformación. No hablo de identidad confundida con la nostalgia de trajes típicos o recuerdos para turistas, sino de identidad en tanto diálogo a veces difícil, a veces doloroso, de los hombres entre sí y respecto de la naturaleza, en un lugar determinado del mundo y del tiempo histórico.

Todo lo que contribuye a ayudarnos a saber lo que somos, tiene un sentido político positivo, aunque no sea literatura política. Creo que una buena poesía puede tener más sentido político que un panfleto mediocre aparentemente político.

—¿Qué es, a tu juicio, literatura revolucionaria?

—Normalmente hay una confusión sobre lo que es esto. Hay literatura que se propone ser revolucionaria y es la más reaccionaria de todas. A la inversa, hay literatura que no aspira a ser revolucionaria o que no sabe que lo es y tiene un sentido revolucionario.

Creo que cualquier cosa que contribuya a desenmascarar la realidad y a recuperar la historia, en medio de un sistema organizado para mentir esta realidad, tiene un sentido revolucionario. Pero, para que una literatura revolucionaria tenga alguna capacidad de ser lo que pretende necesita, en primer lugar, tener *capacidad de comunicación*, o sea, en la medida que puede ayudar a una transformación revolucionaria de la realidad.

Para cambiar las cosas hay que empezar por nombrarlas, lo cual en regiones del mundo donde el nombre de las cosas está prohibido o mentido, se hace en sí un acto de subversión. En Uruguay, Libertad es un nombre de una cárcel; en Chile, Colonia Dignidad es el nombre de un campo de concentración.

Una literatura que devuelva a las palabras el sentido perdido, roto, lastimado, cumple en sí, sólo con eso una función revolucionaria, para la gente de ahora y la de después.

La literatura que escribe lo que ve siempre está prohibida, perseguida o con graves problemas de difusión. El sistema sabe que todo constituye política en este mundo y que en cada acto cotidiano el hombre va definiendo su relación política con los demás hombres. Desde su manera de comer, hasta su modo de comunicarse o incomunicarse, de encontrarse o desencontrarse con los otros hombres, siempre se está poniendo en juego el sistema de valores. Hay

gente que está en contra de Pinochet, pero que actúa como Pinochet en su casa, con la señora, con los hijos.

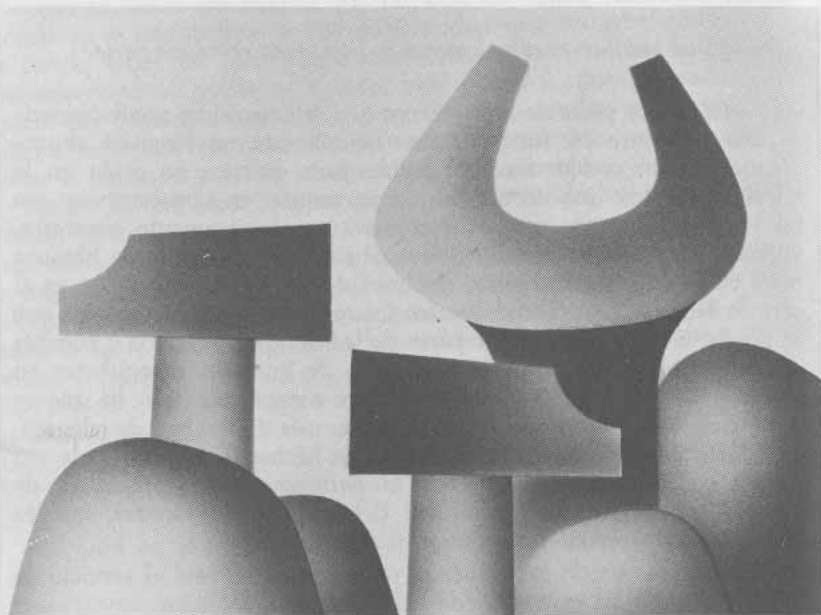
—¿Qué críticas puedes hacer a la literatura revolucionaria?

—La mayor parte de la literatura que se autodefine revolucionaria es una literatura escrita para convencidos, con un lenguaje aburridísimo, en un código incomprensible para quienes no están en la iglesia, para los que no son de la parroquia, en consecuencia —a mi juicio—, lejos de ser revolucionaria es objetivamente contrarrevolucionaria, porque no contribuye al cambio, más bien lo bloquea más, en vez de sumar, resta, y Lenin decía que la revolución es el arte de saber sumar. Cuando yo leo los materiales revolucionarios que se publican normalmente por parte de los diversos partidos o comités de América Latina, tengo la impresión de que son especialistas en restar y no en sumar, que es cada vez menos atractivo lo que se dice, que están cada vez menos claros, más borrachos de slogans, de consignas, de frases muertas, de citas hechas, que tiene cada vez menos contacto con la gracia y la hermosura de la realidad, de la vida, de la necesaria vitalidad del acto revolucionario, que es el más transformador de todos.

El lenguaje usado está muerto, por lo tanto no está al servicio de la más viva de las causas, la de transformar la sociedad.

Tengo la impresión de que la izquierda latinoamericana atraviesa por una crisis de lenguaje, que aún no encuentra un lenguaje que le permita ser clara, atractiva y eficaz. Entonces, como las oportunidades de comunicación con los otros, son estrechas, pequeñas, angostas, pocas, limitadas, que resulta criminal desaprovecharlas y condenar a la gente a una literatura soporífera, repetitiva, que dice siempre las mismas cosas. Cambia la realidad, pasan los años y el lenguaje sigue siempre igual; es muerto, fósil. Es un lenguaje de museo, no es un lenguaje para la historia viva.

Creo que la primera tarea que debe plantearse una persona, un grupo de personas, un partido que intente en el ámbito de la cultura una toma de contacto revolucionario con la realidad, es empezar primero a aprender a hablar un lenguaje que la gente entienda, que sea claro. En segundo lugar, un lenguaje atractivo para la gente. *Claro y atractivo*. Y, en consecuencia, una tercera cosa, *eficaz*. Para ser eficaz tiene que llegar más allá de las paredes de la parroquia. Si no, es una literatura cobarde, porque se dirige a gente que está de antemano dispuesta a recibir lo que recibe, entonces no hay riesgo en el acto de comunicación. Un acto de comunicación humana, sea literatura, amor, fraternidad, tiene sentido cuando tiene peligro, cuando implica riesgo de fracaso. Allí es cuando está en verdad vivo. Pisar sobre seguro es tarea de partidos conservadores, de gallos que le cantan al crepúsculo, pero no de fuerzas nuevas que asoman a la historia, o de intelectuales que creen ser los intérpretes de



esas fuerzas nuevas y que a veces hablan un lenguaje más cansado que el de las fuerzas viejas.

—*¿Qué te parece la presencia en Europa de grandes aportes literarios latinoamericanos?*

—Me parece muy positivo; esto ha permitido que se publiquen cosas que en América Latina están prohibidas, perseguidas. La primera reacción es preguntarse: ¿Para qué sirve esto? ¿Para qué dirigirse a un público europeo si el lector al que se quiere influir es al uruguayo, nicaragüense o peruano?

Siempre he creído que la literatura circula por caminos a veces misteriosos, que la palabra escrita tiene muchas maneras de infiltrarse y de andar, por eso es que hay aduanas de palabras en nuestros países y cada vez más rigurosos controles a la entrada de libros o periódicos. Si existen aduanas de palabras es porque puede haber contrabando de palabras.

Por otro lado, hay necesidad de testimonio, de publicar cosas que en Latinoamérica no se conocen enseguida, la realidad que uno quiere transformar, o el medio al que uno se dirige, o a la gente con que se quisiera conversar.

Creo que no solamente no se escribe para su propio tiempo, para

tu propia gente, se escribe también para los tiempos que vienen, para las generaciones futuras, que no te conocen todavía, pero que alguna vez van a necesitar saber de dónde viene, qué fue lo que ocurrió, qué pasó, además de la mentira que nos cuentan.

Por otra parte, para Europa creo que es muy positivo el contacto con una literatura vital como es la latinoamericana en general, que implicó un cambio de calidad en la relación entre el mercado europeo y la literatura latinoamericana. El interés ya no es meramente folklórico, no es más el interés por las tierras exóticas, comienza a descubrirse la realidad humana, social, política, económica, realidad muy viva, muy rica, este intercambio es muy fecundo, habitualmente el viaje era sólo de ida, ahora es de ida y vuelta. Antes éramos nosotros los que recibíamos de Europa productos culturales que traducíamos para después adaptarlos a nuestra realidad. Ahora se ve que existe la posibilidad de que Europa se alimente con productos culturales latinoamericanos, que no tienen nada que envidiar en cuanto a capacidad de belleza, nivel estético de los productos europeos.

La cultura latinoamericana se ha puesto los pantalones largos, perseguida y todo como está, esto contribuye a abrir el espacio de encuentro entre los hombres, lo cual es positivo, porque rompe bloqueos, aislamientos, abre puertas y ventanas para que nos oigamos los unos a los otros, para vernos, para que sepamos lo que nos ocurre sin arrogancias ni falsas humildades.

—Hay un claro contraste, nos parece, entre esa vitalidad de la cultura latinoamericana y la impotencia creadora de los reaccionarios.

—La impotencia creadora de las clases dominantes está hoy mucho más al descubierto que hace, digamos, diez años. Si en aquel momento era bastante claro que ellas no tienen nada que ofrecer a las grandes mayorías, como no sea pobreza y horror, hoy es más claro que nunca. Por ejemplo, el salario en los tres países del cono sur se ha reducido más o menos en la mitad en un período de tres a cuatro años.

El desarrollo capitalista en América Latina es un viaje que tiene más naufragos que navegantes, aparecen cada vez más bocas y el sistema es importante para multiplicar los panes.

Cada vez es más la gente que busca trabajo sin conseguirlo, son cada vez más los obreros arrojados a la vera del camino, que no tienen un empleo fijo y es cada vez más alto el precio de deshumanización, de opresión y de humillación que las grandes mayorías tienen que pagar en América Latina, para que el bienestar del privilegio de las minorías siga intacto.

—¿Crees que las cosas mejorarán?

—Soy optimista, pero realista. Creo que uno de los numerosos

errores que hemos cometido en todos estos últimos años es que, con demasiada frecuencia, hemos confundido la realidad con los deseos, en vez de ver las cosas como eran, las vimos como queríamos que fueran.

Pero en medio de todo el terror y la desesperanza que se ha adueñado de la mayor parte de los países latinoamericanos, a pesar de los fracasos y del alto precio de lágrimas y sangre que se ha pagado en tantos lugares, hay un espacio grande para la certidumbre de que las cosas van a cambiar. Cambiarán, en primer lugar, por la impotencia de los dueños del poder, que no tienen nada que ofrecer, porque no hay ningún proyecto viable de desarrollo dentro de los marcos actuales, lo que conduce a una situación inevitable de explosión o vísperas de explosión de la cólera popular.

En segundo lugar, porque han ocurrido una serie de episodios en medio de la noche, de la bruma, que alimentan la esperanza, que confirman nuestra certidumbre muchas veces lastimada, de que el camino está dentro del socialismo, de que el camino es diferente y que dentro de las actuales estructuras poco o nada es lo que se puede hacer.

—¿Te refieres a las huelgas en Argentina, Bolivia y Chile?

—Sí, las huelgas del año pasado en Argentina, victoriosas huelgas, hechas en las peores condiciones imaginables, prohibidas, con amenazas de despido, de prisión, castigadas por el Código Penal, la nueva legislación vigente, por el empleo del secuestro de dirigentes sindicales a gran escala, las actuales desapariciones de cuadros medios y el clima de terror han movilizado a los sindicatos y han conseguido todo lo que se proponían, incluso la reaparición de algunos de los desaparecidos. Esto, en la actual Argentina no es un milagro de Dios, sino de la gente. Después, las huelgas de hambre de las minas de Bolivia y de las iglesias en Chile, que han hecho derrumbarse a la dictadura de Banzer y a conceder la amnistía general sin restricciones y a Pinochet a comprometerse a responder en un mes sobre los desaparecidos, son episodios populares de gran hermosura, políticamente muy elocuentes.

Las reservas de combatividad, de dignidad de la gente, siempre son más ricas que lo que cualquier cálculo político puede prever y en el fondo el vigor de la condición humana, la fortaleza del pueblo es mayor que cualquier tristeza organizada, que cualquier dictadura organizada para borrar del corazón del hombre los mejores impulsos, las mejores cosas.

La realidad es bastante negra, la mayor parte de América Latina es un campo de concentración, con alambradas visibles o invisibles, donde una inmensa mayoría de la población es presa de la necesidad y del miedo, o está condenada a la traición, a la mentira, a la resignación para poder vivir.

—Pero es una lucha que vale la pena vivir.

—La lucha por la dignidad del hombre siempre vale la pena, aunque sea para perder y en esto es muy importante advertir que buena parte de los exiliados se desalientan fácilmente y a los meses están arrepentidos y de vuelta, pero es que confundieron la revolución con un picnic de fin de semana, ningún proceso histórico de cambio se hace en un año, en dos, ni en diez, es una humilde tarea de generaciones, a la cual un hombre puede a lo sumo aspirar a aportar un poquito de sí para el esfuerzo común colectivo.

Una pequeña hojita de hormiga que va a trasladar durante algunos metros, mientras le dure la vida. Durante mucho tiempo confundimos grandeza con espectacularidad, confundimos los plazos. Creímos que el tiempo de cada uno de nosotros era el tiempo de la historia y no era así. No es pesimismo decirlo, sino realidad y humildad.

(Entrevista de María SANDBLAD y Guío DARECY)



LA UNIVERSIDAD

Desde su fundación hasta la hora presente, la Universidad aparece asociada a la reflexión sobre el rumbo de la sociedad y de la cultura nacionales. Creada en el período de organización de la República, su labor contribuye a erradicar supervivencias coloniales y a definir una identidad.

«El programa de la Universidad es enteramente chileno —declara, en 1842, don Andrés Bello, su organizador y primer Rector, en el Discurso de Inauguración de la Universidad de Chile—, si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria.»

¿Cuánto de realización tangible y cuánto de aspiración teórica en las condiciones de la dependencia, heredó la educación superior chilena de las lecciones y de la acción del gran maestro? Antes de entregar la palabra al conjunto de universitarios que respondió por escrito, quizá sean útiles algunas observaciones sobre el lugar de la Universidad en el modo de producción cultural del país.

En el sistema educacional de Chile, la Universidad se erige en el instrumento privilegiado y único de la enseñanza superior. Este monopolio no disputado por ningún aparato configura una docencia responsable de la formación de la mayoría de los cuadros profesionales e intelectuales. Se añade la investigación científica que, en un mínimo porcentaje, escapa a sus marcos institucionales. Aún más, una vocación germinal en las intenciones de su fundador e intensificada después de 1938, orientó su intervención hacia zonas apropiadas a la actividad de organismos de gestión cultural, Ministerios o Institutos, y así, en el caso de la Universidad de Chile, se la ve titular una orquesta sinfónica, un ballet, un conjunto de teatro.

La existencia de un campo privado frente al campo ocupado por las universidades estatales, si bien introduce variables ideológicas fáciles de advertir en la revisión histórica, no modifica en sustancia la gravitación de la institución en la vida ciudadana. Lastarria, Barros Arana, Valentín Letellier: los nombres significativos de la historia cultural y política son acogidos en su claustro o surgen de él.

Para confirmar esta primacía, el reconocimiento de nuevos haberes diferentes del fondo humanista y científico se institucionaliza bajo el mismo signo, en 1931 con la Universidad Técnica Federico Santa María, y en 1947 con la creación de la Universidad Técnica del Estado.

Las transformaciones de la estructura social del país y las corrientes del pensamiento internacional, siempre han tenido repercusión en el seno de la Universidad chilena. Sólo la consideración de esta perspectiva permite ingresar a las explicaciones de fondo sobre el complejo problema de las relaciones entre vida universitaria y vida política. En los años veinte, en consonancia con los procesos que agitan a las universidades de Latinoamérica a partir del «Grito de Córdoba», los estudiantes universitarios acentúan su participación en el estudio y solución de los problemas sociales. Tal inquietud se generaliza en todas las comunidades universitarias, en los años sesenta, abriendo paso al más profundo movimiento de renovación: la Reforma de 1967-69.

Cuando asciende al poder el Presidente Salvador Allende, el sistema de educación superior comprende ocho universidades que aspiraban a coordinarse entre sí mediante un Consejo de Rectores. Era en parte la consecuencia de una expansión de matrículas y de una ampliación de sus alcances en el territorio nacional a través de nuevas estructuras regionales. Respecto del contexto de la sociedad y de sus relaciones con el poder, disposiciones legales y prácticas no escritas habían estatuido el principio de autonomía académica, administrativa, financiera y territorial, como una garantía para el desarrollo libre de los valores culturales en el espacio de la Universidad.

El régimen fascista salido del golpe de Estado de 1973, quebró violentamente —junto con el resto de los principios de la vida universitaria— esta tradición, no alterada desde la época de don Andrés Bello.

Es comprensible, entonces, que la meditación sobre la evolución de la Universidad y sobre sus perspectivas cuando llegue la hora de la restauración de la convivencia democrática del país, apasione por igual en el interior del país y en el exilio. De esta preocupación formó parte una de las primeras contribuciones al conocimiento de Chile en Francia después de septiembre de 1973: el volumen *Pour l'Université chilienne*, preparado por un equipo de profesores chilenos y editado en 1975, bajo el auspicio solidario del Sindicato Francés de la Enseñanza Superior.

El presente capítulo de la Cultura Chilena comprende las respuestas a un cuestionario enviado por ARAUCARIA, de seis personalidades de la actividad académica chilena que detentaron cargos dirigentes en sus respectivas comunidades en períodos anteriores al golpe de Estado. El historiador Hernán Ramírez Necochea fue entrevistado por separado, en cuanto profesor/fundador de la Cátedra de Historia Social y Económica en el Departamento de Historia de la Universidad de Chile y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación que iniciara en esa Universidad el preceso de Reforma.

El capítulo se completa con cuatro testimonios del interior, expresivos de lo que es hoy la vida universitaria bajo el régimen de la Junta militar fascista.

Luis BOCAZ

UNIVERSIDAD CHILENA: DEMOCRACIA Y FASCISMO

Entrevista a
HERNAN RAMIREZ NECOCHEA

—Hernán, permítame iniciar este diálogo con una indiscreción: hace pocos meses usted cumplió en el exilio los sesenta años de edad. De esos sesenta años, más de cuarenta lo muestran vinculado a la historia como oficio y a la lucha social como compromiso personal. Se puede sostener que hay una asociación íntima entre sus concepciones ideológicas y su labor de profesor e investigador. Los temas de sus libros, incorporados a la bibliografía internacional, así lo prueban: Historia del movimiento obrero en Chile; Balmaceda y la contrarrevolución del 91; Historia del imperialismo en Chile; etc.... Quisiera que conversáramos acerca de la institución de la vida cultural chilena que le permitió desarrollar su labor de investigación y de docencia por más de treinta años, es decir, la Universidad.

¿Cómo explicaría usted la actualidad de los asuntos concernientes a la Universidad en un país que, con sobrada razón, tiene tantos otros motivos de inquietud?

—Mire; es natural que tal cosa suceda si se tiene en cuenta lo que está aconteciendo en el país desde septiembre de 1973 y lo que ocurrió antes de esa fecha. Las diferencias entre uno y otro momento son fundamentales. Antes de 1973, desde mucho antes, se hacía Universidad para servir a la nación; después, se ha venido destruyendo gran parte de lo hecho en más de cien años; y esto, tiene naturalmente que provocar profunda y generalizada zozobra.

—¿No cree usted que la imagen de una Universidad «al servicio de la nación», en un país de estructura social con acusada división de clases, pudiera resultar una simplificación arriesgada?

—Es largo, muy largo de explicar. Pero... veamos. Por una compleja conjunción de factores, desde los años treinta en Chile continuaron desarrollándose —aunque con ritmo más acelerado— fenómenos económico-sociales, políticos y culturales que venían produciéndose desde hacía varias décadas y, en algunos aspectos fundamentales, desde mediados del siglo XIX. Eran fenómenos múltiples, entrelazados estrechamente, llenos de implicaciones y, por cierto, también de contradicciones. Destaco algunos: desarrollo capitalista, industrialización, subdesarrollo y dependencia, creciente concentración de poder económico, papel activo del Estado en la vida económica, esfuerzos por vencer el subdesarrollo y emanciparse de la dependencia, ascenso de las capas medias, importancia creciente y gravitación

acentuada de la clase obrera, pluralismo político-ideológico, esfuerzos por ampliar la democracia, lucha político-social aguda... Y, bueno, ¿para qué seguir con esta especie de enumeración?, queama.

En una de sus proyecciones, algunos de esos fenómenos generaron fuerte demanda social por la expansión del sistema educativo. Esta demanda tuvo indudable dimensión política ya que en torno a ella se movilizaron —favorable o negativamente— todas las fuerzas político-sociales del país. Gracias a los esfuerzos conjugados de las capas medias y de la clase obrera y de sus partidos representativos, la educación nacional experimentó notable desarrollo; se establecieron, además, algunos mecanismos de asistencia social a estudiantes, la gratuidad virtual de la enseñanza, etc.

—*Es decir, ¿usted estima que el ascenso y lucha de determinados sectores sociales tuvo como consecuencia positiva una ampliación de la estructura universitaria en el contexto más general de una «masificación de la educación»?*

—Créamelo, la palabra «masificación» no me gusta; suele tener un sentido peyorativo; se la asocia —indebidamente y por elementos retardatarios— con los conceptos «degradación», «pérdida de calidad», «desaparición de las excelencias»... Me parece mejor hablar de democratización de la educación y de la cultura. ¿Esto...? Sí, efectivamente ocurrió o, a lo menos, se avanzó vigorosamente en tal sentido. Se rompieron entonces, de manera progresiva y profunda, los esquemas elitistas, aristocratizantes, limitados y clasistas sostenidos secularmente por los elementos más conservadores; éstos hicieron siempre cuanto estuvo de su parte por restringir el acceso popular a la educación. Recuerde, por ejemplo, que obstruyeron durante veinte años el despacho de la ley de instrucción primaria obligatoria y gratuita.

Hubo, pues, democratización creciente de la educación nacional, sobre todo en los niveles básico y medio.

Ahora —y aquí hay una cuestión que merece ser estudiada con detenimiento— quienes se incorporaban al sistema y lograban recorrerlo totalmente, no tenían otra meta que la Universidad. Por consiguiente, la aspiración y luego la presión por que ésta se abriera más, multiplicara y diversificara sus servicios, alcanzó una intensidad impresionante. Tanto en la Universidad como fuera de ella, esta presión dio origen a forcejeos tensos entre quienes no se arredraban frente a nuevas responsabilidades ni se sentían con autoridad para bloquear un fenómeno que emanaba del fondo mismo de la sociedad, y los que pretendían que la Universidad se mantuviera sorda frente a urgentes requerimientos colectivos.

En estas circunstancias, las ocho universidades —dos estatales y seis privadas— debieron abrirse, lo que originó su rápido crecimiento. Ya hacia 1970, su conjunto constituía un sistema nacional compuesto por una cincuentena de sedes y sub-sedes que prácticamente cubrían al país; concibieron y pusieron en marcha múltiples programas de formación profesional. La función universitaria adquirió, entonces gran complejidad e indudable riqueza. Pero se plantearon muchos problemas; estructuras creadas en el siglo diecinueve, retocadas y aun ampliadas, se fueron tornando cada día más estrechas, inadecuadas e insuficientes; hubo desajustes de todo tipo que no podían ser corregidos sino mediante cambios muy profundos. Y aquí encontramos una de las raíces de la reforma iniciada en 1967.

—*Al hablar de este proceso, llamémoslo de ampliación de la oferta universitaria, usted parece tocar sólo los aspectos de docencia —en su vertiente de formación profesional—; sin embargo, parece útil recordar que la Universidad, desde temprano, tuvo otras responsabilidades.*

—En realidad... Ya al fundarse la Universidad de Chile en 1842, se le asignaron otras funciones que las mencionadas. El discurso inaugural de Andrés Bello es muy elocuente a este respecto... No sólo formación de profesionales, sino también saber superior, cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras. Entre paréntesis, pienso que ese discurso de Bello, pronunciado hace más de ciento treinta años, conserva vigencia en muchos de sus aspectos y compendia una alta concepción sobre lo que debía ser nuestra Universidad, sirviendo al país conforme «a un programa enteramente chileno».

Bueno... Durante años, la Universidad fue también centro que fomentaba la investigación científica. El interés en este dominio fue limitado; no se tradujo en creación de órganos ni en el desarrollo de programas apropiados para realizarla; por otra parte, se circunscribió casi exclusivamente a un área muy restringida de las que aquí se designan como «ciencias del hombre». ¿Reflejo esto de limitaciones nacionales provocadas por el subdesarrollo y la dependencia...?

Sin embargo, a partir de 1950 poco más o menos, se abren compuertas a la investigación prácticamente en todas las disciplinas..., proliferan núcleos de investigación en todas partes; a ellos se integran cuadros formados en nuestras universidades que se especializaron y perfeccionaron en el exterior. Papel muy decisivo en este proceso lo desempeñó el Decano y luego Rector Juan Gómez Millas. Hubo, ciertamente, que vencer muy tenaz oposición e incomprendimientos increíbles..., ¿manifestaciones de mentalidades colonizadoras?

A la investigación se destinaron recursos, los máximos de que se podía disponer. Nunca se pensó en «autofinanciamiento» ni en investigación por encargo cuyos productos debían ser vendidos... Nada de eso. Se hacía ciencia, se cultivaba la ciencia, porque en un país dependiente como el nuestro, era imprescindible hacerlo. La Universidad llenó así un vacío evidente; hacia 1970, alrededor del 80 por 100 de la investigación que se realizaba en Chile era actividad universitaria.

La investigación se radicó en institutos o centros que constituían una especie de sistema paralelo al constituido por las escuelas profesionales; ambos estaban prácticamente separados o se tocaban sólo circunstancialmente. Esta situación era a todas luces inconveniente, provocaba injustificadas segregaciones y múltiples otros problemas, sin solución dentro de las estructuras establecidas. Y aquí radicó un elemento demostrativo de la esclerosis de esas estructuras y, por tanto, de la necesidad de su reforma.

—Pero, cuando se analiza la noción de extensión universitaria —paralela a la docencia e investigación— que llevó a la Universidad a la tuición de una orquesta sinfónica, un ballet, un canal de televisión, etc., ¿no sería legítimo suscribir el juicio de quienes ven en esa absorción una labor ajena a la Universidad?

—¿Por qué? En la Universidad, es cierto, particularmente en la de Chile, se radicaron algunos organismos culturales creados en algunos casos por el Gobierno, pero que no tenían ubicación adecuada en el aparato político-administrativo, al carecer el Estado de Ministerio de Cultura o mecanismos legales similares. En la Universidad, esos organismos eran asimilados a los que ésta ya tenía: la Orquesta Sinfónica de la Facultad de Ciencia y Artes Musicales, los Museos de Bellas Artes, de Arte Contemporáneo o de Arte Popular, a la Facultad de Bellas Artes. Y así sucesivamente... El conjunto de esta acción tenía coherencia. Todo respondía al propósito de hacer de esos diversos órganos, centros de cultura superior que

debían proyectarse enriqueciendo la cultura nacional en todos sus aspectos y satisfaciendo los intereses culturales variados de los chilenos. La Universidad adquirió un aspecto multifacético, sin duda, como multifacética es la cultura. Es evidente, también que los diversos órganos universitarios y sus funciones no estaban bien articulados. Era necesario, entonces encontrar una buena vertebración para que dentro de la multiplicidad de sus funciones y órganos, la Universidad mantuviera unidad. Aquí tiene usted otro antecedente de la reforma.

—Así, configurada a grandes rasgos, la estructura de este aparato ideológico, al dirigir la mirada hacia el contexto social se tiene la impresión de que en sus relaciones con el poder político, hasta 1973, hubiera gozado de un respeto poco común en América Latina.

—En general, hubo una actitud de respeto frente a lo que las universidades hacían en ejercicio de sus atribuciones y de su autonomía. Y aquí toco un punto de singular importancia: el Estado reconoció a la Universidad el fuero de su autonomía. Gozaban de plena independencia para diseñar su actividad, determinar los campos sobre los que ésta se ejercía y las orientaciones a que debía responder. Gozaban de libertad para manejar los recursos que se le asignaban. Tenían libertad para elegir sus autoridades y designar a su persona. Es cierto que la autonomía tenía una limitación: la Universidad dependía económicamente del Estado; pero, la Universidad jamás se dejó avasallar por el Estado a causa de esa dependencia; al contrario, luchó por que ésta desapareciera y ello se logró plenamente con la reforma.

Por otra parte, para nadie resultó extraño que las universidades llegaran a tener las características que tuvieron; y ello se debió, en gran medida, a que desde sus orígenes el Estado atribuyó a la Universidad funciones que sobrepasaban las que debían tener conforme a un concepto restringido de Universidad.

—Esta autonomía de que gozaba la institución universitaria se inscribía en un contexto en el que las condiciones de dependencia del país facilitaban la operación de variables externas. Usted ha trazado la historia del imperialismo en Chile en una de sus obras ¿cuál fue la profundidad de esta intromisión en la Universidad?

—Desde fines del siglo XIX, Chile fue hondamente penetrado por el imperialismo, especialmente por el norteamericano. Este fenómeno se ha hecho sentir en los campos económico, político y militar, pero también se extendió al de la educación en general y, más particularmente, al de la Universidad. Por esta vía, el imperialismo se proponía producir dependencias culturales e ideológicas que consolidan su hegemonía. En la realización de sus objetivos usó todos los canales posibles: agencias gubernativas de los Estados Unidos, fundaciones, CIA y aun universidades. Así logró conquistar cierto grado de influencia: controló y orientó parte de la investigación científica a través de subsidios o «grants»; hasta la Fuerza Aérea norteamericana dio dinero para que en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile se desarrollaran ciertos proyectos. Esta influencia subordinó parte de la investigación a objetivos extranjeros y, además, representó un esfuerzo para ligar a nuestros investigadores a entidades no chilenas, lo que en alguna medida favoreció el proceso de «fuga de cerebros» tan corriente en países subdesarrollados; contra este proceso, la Reforma pudo tomar algunas medidas muy eficaces que permitieron la recuperación de numerosos científicos que se habían radicado en el extranjero.

A propósito de intervenciones en la investigación, debe recordarse que de las relaciones que se establecieron entre la Universidad de Chicago y la Universidad Católica por intermedio de la Administración de Cooperación Internacional, resultaron los «Chicago boys», es decir, los economistas chilenos, que desde 1973 han tenido a su cargo la política económica anti-nacional realizada por la Junta. Aparte de las reseñadas, hubo otras modalidades de acción imperialista en nuestras universidades.

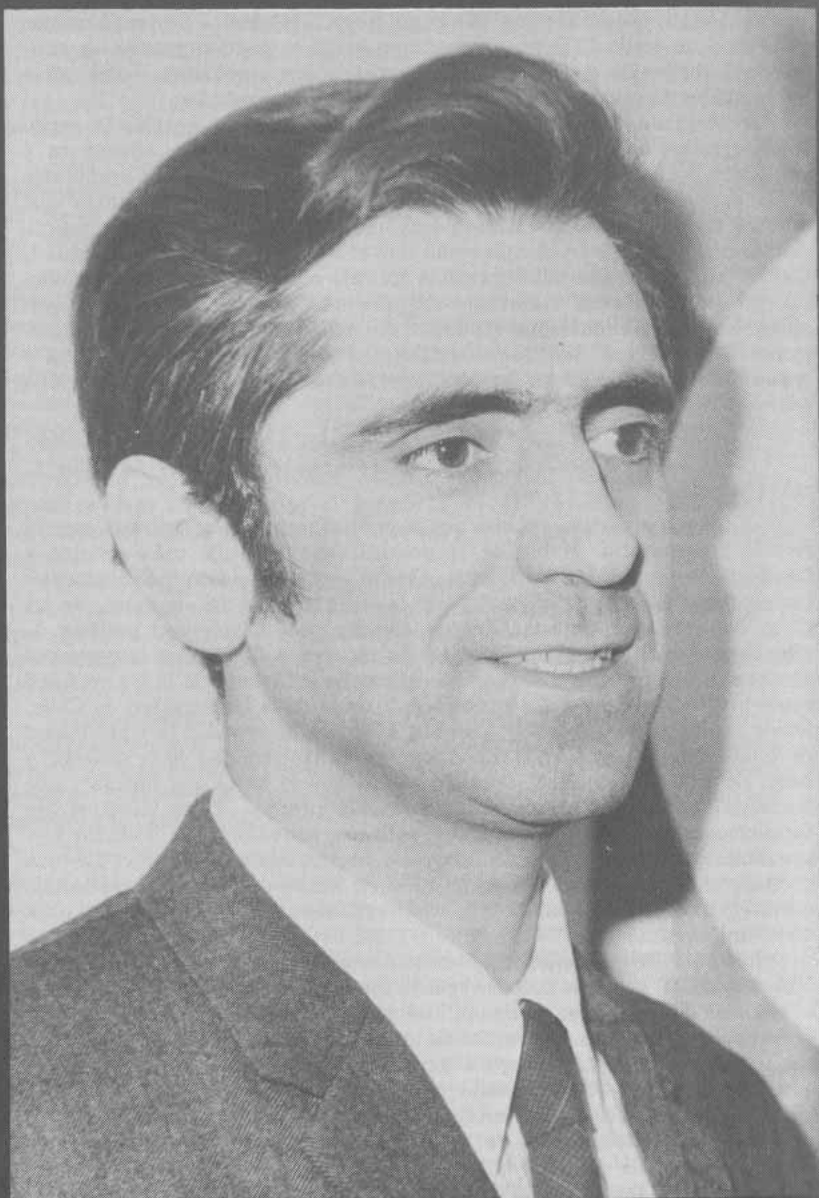
Por otro lado, la dependencia general de nuestro país, no sólo favoreció subdesarrollos de orden económico o social, sino también educativos y culturales... Las universidades y la cultura chilenas, no podían exonerarse de la suerte que corría el país. Justamente esta circunstancia hizo que muchos universitarios, la inmensa mayoría de ellos, advirtieran la íntima vinculación entre sus problemas como universitarios y los de la Universidad, con los problemas que tan duramente recaían sobre el país. Los universitarios no quisieron estar encerrados en pretendidas torres de marfil ni quisieron formar una fantasmal república del intelecto. Quisieron ser simplemente lo que eran: ciudadanos sensibles a los problemas de su patria y capaces de luchar —en el terreno universitario y fuera de él— por una solución.

—¿Significaría esto que la Universidad y los universitarios se politizaron? Sería bueno abordar el problema directamente: ¿cómo ve usted la relación entre política y Universidad?

—Vamos por partes... Pienso que la política nunca ha estado ausente del recinto universitario. Hablo de la política en su sentido más genuino y también de la política partidista. Desde luego, nacieron políticamente: fueron una floración de la «polis», de la sociedad, no del «domus», de las cosas domésticas o privadas; fueron creadas por la voluntad política de elementos que eran producto de cambios sociales, a fin de que favorecieran cambios más completos todavía. Esto lo prueba la historia de la Universidad como institución universal y también la historia de la Universidad de Chile. Quien pretenda por medio de mañosos artificios desprender la Universidad de la política, pretende, en el fondo segregar la Universidad de la sociedad y hacer de ésta algo exterior al cuerpo social, que se basta a sí mismo y que funciona conforme a espíritu y motivaciones propias. Tales intentos son simplemente absurdos; descansan en sofismas sostenidos por políticos vergonzantes, pero en lo que ni siquiera ellos mismos creen seriamente. Los que preconizan tal cosa, están preconizando de hecho una política particular, normalmente reaccionaria, revestida hipócritamente con el manto del imposible «apoliticismo».

Ahora, la política partidista estuvo también siempre presente en la Universidad. Y no podía suceder de otro modo; la Universidad jamás estuvo al margen del acontecer nacional; sus aulas eran siempre penetradas por preocupaciones e ideas que anidaban en el espíritu de los distintos sectores sociales. Este hecho contribuyó a configurar una especie de conciencia del compromiso social de la Universidad provista de indudables proyecciones políticas. Tal conciencia, desarrollada en sus formas más completas por los elementos más progresistas de cada época, se oponía a planteamientos ideológicos —preñados de alcances políticos ocultos— sustentados por exponentes de todas las variantes de conservantismo, incluso las más extremas, como el fascismo.

Fue material y psicológicamente imposible que los antagonismos político-sociales que permanentemente sacudían la República, dejaran de reflejarse en los claustros o en el espíritu de maestros y estudiantes. Todas las



ideologías traspasaron los muros de esos claustros, enriqueciendo las preocupaciones y los campos de actividad que en ellos había. Si usted revisa la evolución universitaria de nuestro país, podrá constatar que la Universidad estuvo siempre politizada y fue arena en que se libró recia lucha ideológica. Y a medida que el desarrollo democrático se acentuaba, se bregaba por la superación de exclusivismos ideológicos, por la instauración de un verdadero pluralismo, en una palabra, por la verdadera democracia universitaria. No fue fácil llegar a esto. En el siglo pasado, liberales de distintos matices, hicieron de la Universidad de Chile su gran baluarte; tanto, que católicos y conservadores se sintieron compelidos a organizar su propio centro de altos estudios; así nació en 1888 la Pontificia Universidad Católica de Chile, que tuvo reconocida y exclusivista filiación ideológica; más tarde, esos mismos sectores alentaron, por motivos políticos ostensibles, la fundación de la Universidad Católica de Valparaíso, de la Universidad del Norte y de la fallida Universidad de la Frontera. Las elecciones de rectores y de decanos y, con bastante frecuencia la designación de profesores, eran actos esencialmente políticos; en una ocasión, el Presidente F. Errázuriz anuló la elección del rector Diego Barros Arana por razones políticas y por intervención del Partido Conservador. A nivel universitario, funcionaron «capillas» políticas que lo manejaban todo; entre ellas la masonería —que no era políticamente neutra— desempeñaba papel importante en las universidades estatales y en la de Concepción.

Y en todo esto, hay algo de curioso. Se solía considerar política sólo la acción que pudieran realizar los grupos de izquierda, en especial los comunistas; ellos «politizaban» por presencia o eran los «politizadores» por esencia de los claustros; la acción de los otros grupos, en cambio, era simplemente... ¡acción universitaria! De aquí derivaban discriminaciones odiosas y sistemáticas. Recuerdo lo que ocurrió en mi Facultad cuando propuse que Neruda fuera designado miembro académico; no faltaron sesudos profesores que objetaron tal proposición fundándose en que Neruda era comunista. Al ser aprobada, uno de ellos pidió que se dejara constancia en el acta, que la elección se hacía al poeta Neruda, pero no al militante comunista...

Como usted lo puede apreciar entiendo que la política esté en la Universidad. No es algo deleznable. Lo es cuando —como sucede ahora con el fascismo— es exclusivista. Lo es, cuando niega el pluralismo. Lo es cuando en su nombre, se pretende hacer de la Universidad una simple asamblea, olvidándose qué es la Universidad y las garantías que ella está obligada a ofrecer a todas las corrientes de pensamiento y acción política. Lo es, finalmente, cuando se presenta encubierta o mimetizada, porque ya esto es señal de torcidas intenciones. Por lo demás, recordemos que desde sus inicios en la Universidad de Chile se estableció la libertad de cátedra, lo que importaba implícito y muy solemne reconocimiento de los académicos a profesar sus ideas y a enseñar en conformidad a ellas. De la misma manera, siempre se reconoció la libertad de expresión política a los estudiantes. Ahora bien, la Reforma tuvo el mérito y el coraje de reconocer un hecho real y de permitir que él se manifestara abiertamente y con participación de todos.

—Esta visión de la universidad como un campo de convivencia y confrontación ideológicas supondría que las formas del poder universitario, los mecanismos de su gobierno interior, reflejaban esta pluralidad o, por lo menos, no la obstaculizaban. El recuerdo de la documentación de análisis durante el proceso de Reforma de la Universidad de Concepción (1967-69)

en el que participé como profesor, no permitiría asegurarlo. ¿Se trataría sólo de la situación específica de una universidad privada o esto también reproduciría la situación de las universidades estatales?

—No es fácil contestar su pregunta; en Chile había ocho universidades, regida cada una por sus propios estatutos. Hasta el movimiento de reforma comenzado en 1967 prevalecían situaciones que distaban mucho de ser democráticas. La generación de autoridades —esto es, rectores y decanos— estaba en manos de sectores muy reducidos; en la Universidad de Chile, sólo intervenían en ese proceso los profesores de más alto nivel —«ordinarios, titulares de cátedra»— quienes representaban alrededor del 20 por 100 del personal académico —docentes e investigadores— de esa corporación. Menos democrática era aún la designación de autoridades de las universidades privadas; aquí eran hechas por las instituciones de las que dependían.

Si se mira con cuidado, se verá que la Universidad parecía una estructura feudal. Y esto estaba reñido con elementales normas de funcionamiento racional, era fuente de errores, arbitrariedades y vicios, e impedía el desarrollo de políticas universitarias coherentes.

Tal estado de cosas reclamaba una corrección de fondo, que permitiera a la Universidad funcionar conforme a un esquema completamente distinto, en que las cosas pudieran ventilarse a la luz del día y ante todo el mundo. Y aquí se puede discernir otro antecedente de la Reforma.

—Yo no sé si usted comparte mi impresión de que al hablar de Reforma Universitaria sólo hemos insistido en la participación docente y no hemos hecho referencia al movimiento estudiantil, vigoroso, combativo, que...

—Hubo en verdad, un movimiento estudiantil vigoroso y combativo, como usted dice. Allá por 1912 o 1913 se formó en la Universidad de Chile, la Federación de Estudiantes de Chile; más tarde surgieron organismos similares en las otras universidades; además, en cada escuela o facultad se formaron centros de alumnos que eran filiales de las federaciones. Significativamente, había lo que pudiera llamarse «unidad sindical» de los estudiantes. Todas estas instituciones tuvieron una importancia enorme dentro y fuera de la Universidad; eran una suerte de vanguardia representativa de lo más avanzado en la Universidad que, a la vez, reflejaba vivamente las aspiraciones, las inquietudes y los conflictos que se manifestaban en el ámbito social. Actuaban en función de intereses corporativos de los estudiantes, en función de la Universidad y también en función del país. Con evidente realismo, el estudiantado nunca pretendió ser una fuerza distinta y separada del resto de las fuerzas sociales que operaban en el escenario político-social de Chile. Los estudiantes se sentían ciudadanos que pasaban por la Universidad; no abjuraban de esa calidad; al contrario, ella prevalecía y orientaba su propia actividad universitaria. Por ello, sus plataformas expresaban el enlace íntimo de lo universitario con lo extrauniversitario y subrayaban la preponderancia real, objetiva de éste con respecto a aquél. Por ello mismo, no hicieron suya la consigna de la reforma universitaria lanzada desde Córdoba (Argentina), sino que se asimilaron a la lucha político-social para modificar la sociedad y, por ende, la Universidad. En una palabra, el movimiento estudiantil quiso el cambio universitario profundo en función del cambio social profundo; en otros países latino-americanos se concibió el cambio social a partir de la Universidad, lo que implicaba atribuir a ésta una fuerza y una influencia mucho mayor de la que realmente tiene. Lo indicado explica los compromisos de la FECH en 1920 con la Federación Obrera de Chile (FOCH), con la



Alianza Liberal, con el movimiento socialista y aun con el anarquismo; en 1930-31, en la lucha contra la dictadura de Ibáñez; en 1936-1938, en el respaldo al Frente Popular, en la lucha anti-fascista, en la solidaridad con la República Española... Y así, hasta 1967... Entonces, el movimiento estudiantil —asociado a los esfuerzos y a las luchas por democratizar el país, se sumó a las presiones extrauniversitarias por democratizar la Universidad, superar sus limitaciones, renovar su espíritu que había envejecido, modificar sus estructuras, etc.— desencadenó el proceso de la reforma universitaria.

—¿Entonces, usted estima que la Reforma 67-69 fue obra principalmente del movimiento estudiantil?

—En gran medida, sí. Los estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso primero, de la Universidad Católica de Chile enseguida y luego los de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, fueron quienes asumieron la responsabilidad de promover el proceso reformista en sus respectivas corporaciones. Pero, muy rápidamente, encontraron eco entre los académicos, pues muchos de éstos tenían plena conciencia de problemas como los que ya hemos tenido ocasión de subrayar. Y...

—¿Y usted qué papel desempeñó? Porque recuerdo muy bien que se le llamó el «Decano de la Reforma».

—Me parece que en asuntos como los que ahora merecen nuestra atención, las actuaciones personales no cuentan mayormente. En realidad, me correspondió desempeñar cierto papel en la reforma de la Universidad de Chile. Creo que en esto, el azar y las circunstancias tuvieron mucho que hacer. Pienso que fundamentalmente fui intérprete, portavoz y ejecutor de la voluntad de mi Facultad, prácticamente de toda ella. En algún sentido, fui punto de convergencia de aspiraciones colectivas y pude actuar en función de ellas. Por otro lado, pienso que mi militancia política —que de ningún modo menoscababa mi condición de universitario, sino más bien la enriquecía— y aun mi calidad de profesor de Historia, me permitieron ser sensible a los procesos que tenían lugar en el país y comprender el lugar que en ellos correspondía a la Universidad. En una palabra, mantuve mi calidad de ciudadano y de universitario en plenitud. Así, en la Universidad traté de ser portavoz abierto —no encubierto— de fuerzas sociales que actuaban en el medio nacional preconizando las más hondas transformaciones. Creo que eso sucedió y nada más. Excúseme, entonces, que no me extienda más sobre este asunto.

Hay, sí, un punto al que quisiera dedicar dos palabras siquiera: la Reforma. Esta fue un proceso que respondió a muy hondas y legítimas motivaciones de carácter social y universitario. Convergieron a promoverla muchos factores, algunos de los cuales ya han sido insinuados en nuestra conversación. Sus proyecciones fueron indudablemente positivas: hubo racional reestructuración académica de la Universidad; se precisaron las funciones docentes, de investigación y extensión, y se las articuló orgánicamente; se implantó efectiva democracia en todos los terrenos: generación de autoridades, formas de gobierno, participación de todos los miembros de la comunidad, respeto al pluralismo ideológico, etc. Hubo apertura y sensibilidad más acentuada frente a los problemas nacionales y a las definiciones colectivas; se consolidó plenamente la autonomía, etc.

Es decir, la Reforma fue la expresión universitaria del aliento renovador, progresista y democrático que emanaba de la sociedad y de nuestra época; no olvide que la Reforma chilena es contemporánea con procesos semejantes que se intentaron o que se realizaron en otros países; Francia, República

Federal Alemana, Estados Unidos, Italia... Fue, además, un esfuerzo admirable y de alto vuelo por poner la Universidad al día y por abrirle perspectivas que le permitieran proyectarse dinámicamente hacia el futuro. Su importancia está, pues, fuera de discusión y ha sido subrayada por el último rector legítimo de la Universidad de Chile, Edgardo Boeninger. ¿Se cometieron errores? Sí, pero los normales en el desarrollo de procesos de tanta envergadura y tan complejos...

—Bueno, ¿cómo resumiría su juicio acerca de la Universidad anterior a la Reforma?

—Parcialmente su pregunta está contestada con lo que ya llevamos hablado sobre defectos, limitaciones, etc. Pero eso no es la verdad toda. Mirando hacia atrás, me parece que la Universidad llegó a ser en Chile la concreción de luchas, de esperanzas y de esfuerzos que nunca cesaron y cuyos objetivos eran contribuir con eficacia a hacer de Chile una sociedad desenvuelta, avanzada, capaz de empujarse hacia el futuro provista de las más ricas potencialidades. Todo esto es lo que se quiso hacer y lo que en cierta medida se logró hacer. Ciertamente, se estuvo lejos de alcanzar las metas ideales a que todos aspiraban. Tampoco pudieron materializar en plenitud los propósitos contenidos en el pensamiento de universitarios, fueran estudiantes, académicos y algunos rectores como Andrés Bello, el fundador, como Barros Arana, como Valentín Letelier, Juan Gómez Millas, Eugenio González y otros. Es de elemental justicia reconocer que gracias a esfuerzos colectivos permanentes, se llegó a erigir un sistema de educación superior que nos enorgullecía, que figuraba entre lo mejor de América latina, que tenía reconocimiento internacional indudable. Allá, en el último rincón del mundo, floreció una cultura universitaria que, repito, era reconocida fuera de nuestras fronteras y que era valorada positivamente por los buenos frutos que entregaban. ¿Era defectuosa...? Sí. ¿Tenía limitaciones...? También. ¿Presentaba lados sombríos...? Ciertamente. Pero, a pesar de todo, tenía méritos sobresalientes.

Contrariamente a lo que algunos sostienen, estoy absolutamente cierto de que la Reforma representó un esfuerzo plausible por acentuar aspectos positivos, por corregir defectos, superar limitaciones y por hacer prevalecer lo luminoso, lo prometedor, y lo fecundo y lo auténtico sobre los lados que acusaban oscuridad, esclerosis, impotencia y artificio. La Reforma, en verdad, recogió lo mejor de la tradición universitaria, lo dio actualidad y lo realizó. Si hasta puede considerarse que Andrés Bello fue uno de sus precursores.

—Hay algunas cuestiones ya planteadas acerca de las cuales es necesario volver debido a su importancia. ¿Qué sucedió con las universidades después de 1973? ¿Qué ocurre en la actualidad?

—Septiembre de 1973 marca un momento en la historia de nuestro país y, por lo mismo, en la historia de la Universidad nacional. Pero, es un momento que tiene una característica fundamental: su gran signo es el signo menos, el signo negativo de la destrucción inherente al fascismo.

El régimen que se instaura tiene propósitos ostensibles: paralizar una evolución como la que había seguido la sociedad chilena desde sus orígenes y producir una honda regresión histórica y social. Y para ello ha recurrido al uso implacable de la fuerza. Así se explica que desde septiembre de 1973, se hayan empleado en Chile todas las formas de violencia, aun las más extremas, contra la nación. Jamás nuestro pueblo había vivido una pesadilla tan atroz como la que empezó el 11 de septiembre de 1973. Y muy significati-

vamente, entre las víctimas de esa violencia se cuentan varios millares de universitarios. Decenas de ellos —estudiantes, académicos y funcionarios— fueron asesinados... Por razones muy personales, por viejos y gratos vínculos de amistad que a él me ligaban, me siento moralmente obligado a nombrar a Enrique París, quien después de padecer inenarrables torturas, fue asesinado. París es uno de los mártires de nuestro pueblo; su vida fue segada por su adhesión a altos principios, entre otros, a los de la Reforma de la Universidad.

Cerca de un centenar, además, figura en la trágica lista de los presos políticos desaparecidos; entre éstos debo recordar con emoción a Fernando Ortiz Letelier, profesor de Historia, quien fue mi alumno, más tarde mi colaborador y luego mi colega en el Departamento de Historia. Muchos centenares conocieron la prisión, vejámenes y horrendas torturas. Varios miles han debido salir del país o fueron expulsados de él... La cantidad de académicos que están fuera de Chile es de tal magnitud, que todos ellos reunidos podrían hacer funcionar una universidad con más de diez mil estudiantes... Justificando tanto horror, Jaime Guzmán, ha hablado de que éste fue producto de una guerra; «en esta guerra —escribió— el enemigo está dentro del Estado y al lado de uno mismo. Dice incluso tener la común nacionalidad que nos cobija...» Y por cierto, a este «enemigo», chileno a carta cabal, digno, demócratas sin dobleces, había que matarlo, torturarlo, hacerlo salir de su tierra... Esto formaba parte de los planes contenidos en la tenebrosa doctrina fascista de la «seguridad nacional». Refutando esta teoría, el doctor Orozco, quien fuera vice-rector de una de las sedes de la Universidad de Chile hasta principios de 1976, declaró: «... Hoy, sólo ciertos sectores minoritarios son considerados genuinos y fieles patriotas. A ellos se han entregado las principales direcciones universitarias... Para estos grupos, disenter es subversión, asociación velada con el marxismo, complicidad con agresores extranjeros o traición a la Patria.»

—¿Significa lo que usted dice que ha habido ensañamiento con los universitarios y con las universidades?

—Así ha sido, ni más ni menos. En Chile, como en todas partes, el fascismo no sólo tiene connotaciones económico-sociales y políticas; también las tiene culturales e ideológicas. En la Declaración de Principios de la Junta formulada en marzo de 1974, así como también en múltiples declaraciones públicas hechas por los más altos y autorizados personeros del régimen, se ha postulado la necesidad de «cambiar la mentalidad de los chilenos», de crear un «nuevo» espíritu colectivo, de modificar tan profundamente como sea posible las escalas de valores, los ideales, las aspiraciones y las concepciones que, al cabo de un siglo y medio de historia republicana habían logrado prevalecer entre los chilenos.

Fundamentalmente, el régimen ha buscado su perpetuación; para ello imaginó la construcción de una nueva base social que le permitiera sustentarse y proyectarse indefinidamente a través del tiempo; y para esto, a su vez, concibió también la necesidad de crear un nuevo tipo humano dotado de aquellos caracteres que para el fascismo constituyen la esencia misma del hombre. Este tipo humano debía ser neutro, estar desprovisto hasta del menor asomo de conciencia nacional y social, carente de espíritu crítico, fanático, pasivo en materias político-sociales y ser una suerte de tecnócrata ciego, que por encima de todo actúa sin saber, sin conocer el sentido trascendente de su acción. El régimen presidido por la Junta se propuso, en suma, producir la fascistización contra Chile. Afortunadamente, este

propósito no ha prosperado; más aún, puede afirmarse que ha fracasado rotundamente.

Ahora bien, dentro de este esquema general de tentativas, de propósitos, de objetivos, el régimen centró su atención en la Universidad. Después de todo, comprendió que ella constituía un punto clave en la vida de la sociedad, un «punto nervioso de la civilidad» como lo señaló «El Mercurio»; y por ello es que la transformó en algo «predilecto», al que se debía dar un «trato especial».

Se exteriorizó esta predilección poniendo en práctica lo que Pablo Rodríguez, el dirigente de Patria y Libertad llamó la «Contra-reforma»; es decir, se hizo absolutamente todo lo contrario de lo que el movimiento de reforma iniciado en 1967 había postulado y realizado; y más que eso, se destruyó gran parte de lo que las universidades hicieron y representaron durante más de un siglo de su historia... He aquí la enorme regresión universitaria producida deliberadamente por la Junta.

—¿Cómo ve usted que se ha expresado concretamente esta regresión en la estructura y actividad universitarias?

—Ya en las horas que siguieron a su instauración, el régimen tomó la decisión de intervenir las universidades, estableciendo sobre ellas el más rígido control. De una plumada se borró tanto el principio como la práctica de la autonomía universitaria que había quedado consagrado, en su más vasta acepción, en la legislación surgida de la reforma y ratificada por el presidente Allende. Inútiles resultaron a este respecto los esfuerzos que procuraron desplegar rectores como Edgardo Boeninger, Fernando Castillo Velasco y otros, quienes trataron —según lo explica Boeninger— de preservar «la autonomía académica y asegurar a todos los universitarios una efectiva libertad de investigación y de cátedra, independiente de sus posiciones ideológicas».

Con la supresión total de la autonomía, se perseguían varias finalidades. Por un lado, evitar la existencia de organismos superiores de cultura que, en razón de su propia naturaleza debían ser núcleos de libertad, centros de espíritu crítico y, por lo mismo, hogares en que el fascismo no podía prosperar. Por otro lado, se trataba de abrir al fascismo un campo de acción que hasta entonces le había estado vedado; y le había estado vedado no por acciones deliberadamente tomadas, sino porque siempre fascismo y universidad, lo mismo que fascismo y democracia o fascismo y cultura, son esencialmente incompatibles. Y con esta apertura forzada de la Universidad, lo que considero verdadera violación física y espiritual, se pretendía dominar mecanismos que pudieran coadyuvar a ese cambio de espíritu o mentalidad de que ya hemos hablado o a la creación de ese tipo humano cuyos rasgos más sobresalientes hemos diseñado.

La liquidación de la autonomía se realizó, como usted sabe, manu militari. Fueron expulsadas de sus funciones virtualmente todas las autoridades unipersonales que habían sido elegidas democráticamente por sus respectivas comunidades; una de esas autoridades, el rector de la Universidad Técnica del Estado, Enrique Kirberg, debió soportar varios años de prisión; también fueron suprimidos todos los órganos de dirección colegiada. Y, en cambio, se estableció una institución nueva: el militar convertido en rector-delegado del Gobierno, en cuyas manos se concentraron todas las atribuciones que la ley reconocía al conjunto total de autoridades unipersonales y colegiadas. Jamás en la historia de Chile se había producido una situación igual. Raras veces en la vida universitaria internacional habían tenido lugar hechos tan deplorables. Y justamente por ello, porque se destruía sin con-

templaciones una universidad democrática y autónoma, es que alarma y estupor se despertaron en el mundo entero y también provocaron reacción en Chile. En este sentido, mire usted, ... tengo aquí a la mano un artículo escrito por el profesor Jorge Millas en enero de 1976; en él Millas explica que está en desarrollo una tendencia a establecer lo que llamó la «universidad vigilada» —... creo que por razones obvias no pudo hablar de «universidad prisionera...»— que se traducía en hechos inquietantes. Escuche... estas son sus palabras:

«Primero, en orientar la política del Estado por la desconfianza hacia la institución universitaria, induciendo a cercarla por un anillo de suspicacias y vigilancia que comprometen seriamente su autonomía en el sentido más severo de este término...» Y agrega: «Y no es buen oxígeno sino aire enrarecido el que se aspira en una casa de estudios en donde algunos quisieran mantener la suspicacia recíproca, estimular la delación, hacer temeroso el juicio en alta voz sobre cosas que por su naturaleza deben ser públicamente discutidas, contribuir en fin, a que no sea ya la actividad política, sino la reflexión la que carezca de fueros.»

—¿Cuáles son en la universidad las manifestaciones de esa vigilancia denunciada por el profesor Millas?

—La vigilancia y sus secuelas —represión, persecución en nombre de la extirpación de la política de la universidad y de la «purificación» del espíritu universitario— han funcionado sin tregua y bajo la presión de elementos como el antiguo dirigente de Patria y Libertad, Pablo Rodríguez; éste ha llegado a sostener que «... en la universidad puede llegar a ser anti-universidad como consecuencia de mantener en ella una libertad que sostenida a todo trance, llega a convertirse en fuero para los elementos destructores de su esencia y de su espíritu.» Por tanto, añade, el «restablecimiento de la universidad de selección obliga, a riesgo de ser ingratos, a depurar —en el sentido de hacer puro— las aulas de toda ingerencia extraña que enturbie su misión». Vea usted las ideas claves contenidas en los párrafos citados: supresión de la libertad, universidad de selección, depuración, ingerencias extrañas...

En nombre de esas ideas y obedeciendo a la manifiesta intención de eliminar toda libertad de pensamiento o de espíritu crítico, se procedió a expulsar a centenares de académicos y a miles de estudiantes... Las cosas se hicieron como si hubieran sido inspirados por aquel lúgubre grito de «muera la inteligencia».

Mucho de lo bueno que tenía la Universidad y que le permitió labrarse un sólido prestigio internacional, fue aventado. Y así, nos encontramos frente a una situación completamente anormal: actualmente hay tantos o más académicos fuera de los recintos universitarios que en ellos, y ahí están muchos padeciendo la agobiante cesantía o trabajando en cualquier cosa para subsistir; no faltan incluso los que han debido transformarse en vendedores de frutas, verduras, ropa y otras cosas...; es un espectáculo desolador... Los académicos que han debido salir del país son incontables; no ha habido *fuga* de cerebros, sino *expulsión* masiva de ellos.

La vigilancia, la intención manifiesta de depurar hasta el infinito es causa, como lo explicó el profesor Juan de Dios Vial Correa a la revista «Qué Pasa», en febrero de 1976, «de una explicable inquietud. Su formulación es tan vaga que ella arroja una sombra de sospecha prácticamente sobre todo el mundo y, en particular, sobre quienes tienen la desgracia de cultivar las ciencias sociales. Se induce así una banalización del trabajo intelectual el que evitará por instinto los temas importantes y se refugiará en la seguridad

de lo banal». ¿Se da usted cuenta de todo lo que esto representa como tragedia y frustración personal y, a la vez, como una forma concreta de destrucción de la nación...? Con razón, el ya mencionado doctor Orozco decía que si se continuaba por ese camino, llegaría el momento de preguntarse: «Universidad, ¿dónde estás?»

—*Para definir la etapa que atraviesa la cultura del país, algunos círculos del interior hablan del «apagón cultural». ¿Se justificaría en relación con las universidades?*

—La relación es manifiesta. Desde luego es constatable un empobrecimiento extraordinario, una anemia creciente en la investigación científica. Se le impuso el criterio del «auto-financiamiento», lo que ha tenido efectos extremadamente nocivos. Por una parte, ha significado la virtual paralización de gran parte de la investigación, de aquella «no rentable» por no tener valor práctico inmediato. Y faltos de mercados donde vender su mercancía, los centros de producción se ahogan... Perdóneme que hable así, pero es el lenguaje que se ha impuesto a las universidades —y no sólo a ellas, como consecuencia de la regla de oro que rige en Chile: la economía social de mercado. Lo que no se vende ni es competitivo, no debe producirse. ¿Para qué entonces estudios de lingüística, historia, psicología, sociología o de otras disciplinas, si sus costos de producción son altos y no pueden competir con los que vienen del exterior? Y así como han debido cerrarse o reducirse fábricas, se han cerrado o jibarizado centros de investigación, laboratorios, se han depurado bibliotecas, como la de la Sede Valparaíso, de la Universidad de Chile, donde se dispuso, con todas las formalidades administrativas, la incineración de un centenar de obras...

Con la docencia sucede algo parecido. Hace un momento citábamos palabras del profesor Vial: banalización del trabajo universitario. Y esta banalización, que es forma de defensa, está ligada al régimen de terror implantado, a la delación fomentada e institucionalizada.

Pero, por otra parte, se han impuesto también criterios clasistas. La universidad democrática y abierta que hubo hasta 1973, ha sido objeto de arteros ataques. Oiga usted a Pablo Rodríguez: «... Las universidades respondieron al postulado marxista de masificar la enseñanza superior, extendiendo la formación universitaria en desmedro de su profundidad y verdadera naturaleza y, por cierto, de nuestro empobrecido presupuesto fiscal.» Y como alternativa a esa universidad democrática, Rodríguez señala la UNIVERSIDAD DE SELECCION, así, con mayúscula.

El establecimiento de la universidad selectiva se ha hecho conforme a un espíritu rigurosamente clasista y mediante mecanismos fáciles de reconocer. Se redujeron drásticamente los presupuestos universitarios, lo que obligó a despedir a numeroso personal, a cerrar departamentos y escuelas y a eliminar programas de formación profesional. Sospechosamente —pero dentro de la estricta lógica fascista— las áreas más afectadas con estas mutilaciones han sido las dedicadas a las ciencias sociales; ellas, según lo explicó la revista «Ercilla» en marzo de 1976, eran visualizadas como «lugar en que la discusión académica sería más peligrosa. Y esta tendencia anti-humanista... conduce a formar técnicos, pero no universitarios capaces de entender en qué sociedad se situará su desempeño profesional y, por tanto, posibilitados para contribuir a construirlo». Luego, con la implantación del autofinanciamiento, se hizo que la Universidad vendiera sus servicios, fuera pagada; y esto implicó la fijación de elevados derechos de matrícula; anualmente, éstos equivalen poco más o menos a dos meses de sueldo de un empleado medio. Resultado: la Universidad selecciona; cierra sus puertas a quienes no pueden

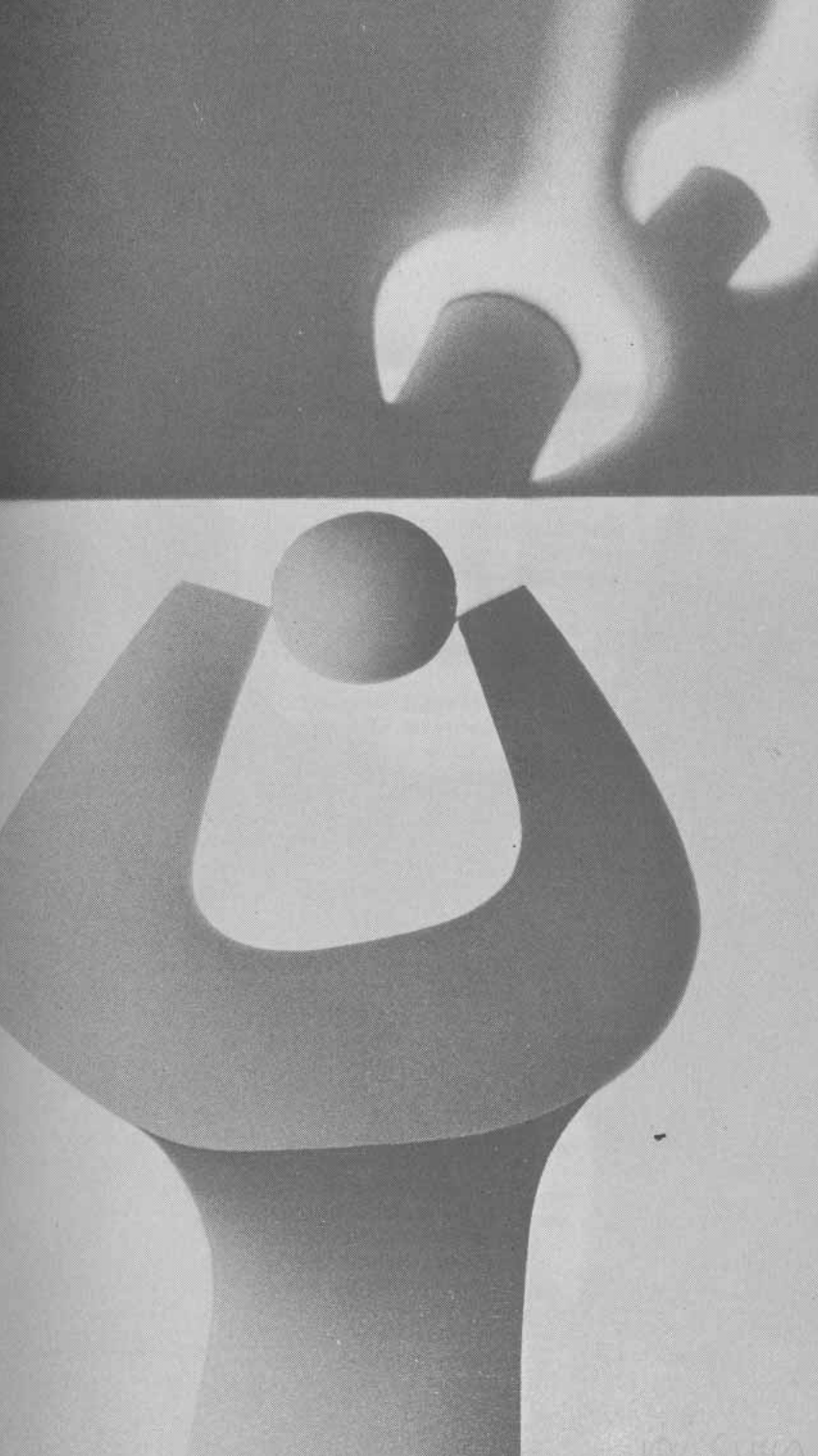
pagar aranceles, aunque sean intelectualmente capaces; en cambio, las deja abiertas sólo a los adinerados. Se cumple así el ideal de la Junta.

—¿Vería usted en esta política una negación del proceso de democratización educacional a que usted se refirió al iniciar esta entrevista? Si es así, ¿cuáles de esos sectores que desde comienzos de siglo presionaron por ampliar la educación resultan más afectados?

—Tal política golpea a todo el pueblo de Chile, frustra las legítimas expectativas de los hijos de trabajadores de toda condición. Sin embargo, hay un hecho: tradicionalmente los jóvenes provenientes de las capas medias han aportado el mayor contingente estudiantil a las universidades; ahora, los centros de estudios superiores aparecen vedados para ellos; y no sólo por el alto monto de su matrículas, sino también porque se han desmantelado prácticamente los servicios de bienestar estudiantil, incluido el sistema de becas; un ejemplo de lo que digo es la eliminación de las residencias estudiantiles que había en Macul; sus edificios han sido transformados en oficinas y salas de clase. El golpe asestado a las capas medias es, entonces, fuerte. La verdad es que fueron víctimas de un engaño atroz; se las manipuló ideológicamente y se las indujo a colaborar en la desestabilización y el derrocamiento del Gobierno dirigido por el presidente Allende; pero ahora... vea los resultados. A propósito de esto, Arturo Olavarría relata el siguiente hecho; allá por 1935 o 1936, Gustavo Ross le dijo: «¿La clase media... qué es eso? En Chile no hay sino clase alta y clase baja, lo que usted llama clase media no existe; y los que se consideran de esa clase, que se ubiquen en la clase alta si pueden o entre los de la clase baja y trabajen como los obreros.» Me pregunto si no es el criterio de Gustavo Ross el que está aplicando la Junta.

—Para terminar, quisiera saber cómo ve usted el futuro de nuestras universidades.

—Nuestras universidades, como el país —estoy seguro—, se recuperarán y serán mejores, mucho mejores que ayer...





LA UNIVERSIDAD CHILENA

Cuestionario

1. Historiadores y sociólogos coinciden en señalar como un rasgo importante de la cultura latinoamericana su carácter dependiente. ¿Cree usted que este rasgo también ha afectado a la universidad chilena? Si así fuera, ¿en qué forma?

2. Puesto que hablamos de cultura latinoamericana, ¿cuál habría sido el aporte de la universidad chilena a una conciencia de la identidad latinoamericana?

3. Para la formación de cuadros universitarios, los países subdesarrollados deben recurrir con frecuencia al expediente de enviar personal a centros culturales del extranjero. ¿Cuáles serían, a su parecer, los principios que deberían orientar una sana política de formación y perfeccionamiento de cuadros en relación con el extranjero?

4. En el proceso de Reforma Universitaria de 1967-69, una opinión mayoritaria asignó a la Universidad la misión de servir al cambio social. ¿Podría usted exponer su posición al respecto?

5. En relación con la pregunta anterior, ¿cuál sería su balance crítico de la Reforma de 1967-69?

6. La tríada docencia-investigación-extensión, sugerida como funciones de la Universidad y materializada en las universidades chilenas, ¿conserva aún su validez? ¿Estima usted que existirían otros criterios más apropiados para la realidad chilena?

7. Autonomía, pluralismo ideológico y participación son aspectos importantes de la democracia universitaria. A través del tiempo, en nuestro país, estos principios han sido interpretados en forma diferente. ¿Cuál es su concepción al respecto?

8. ¿Qué piensa usted del autofinanciamiento de las universidades preconizado por el actual Gobierno?

9. Según las informaciones de prensa, el fenómeno denominado «fuga de cerebros» se habría agravado en los últimos años. ¿Cuáles serían las causas? ¿Cuáles las soluciones posibles?

10. Atendiendo a las responsabilidades que usted ha ocupado en la vida académica chilena y considerando la dinámica actual de la cultura del país, ¿cuáles serían, a su juicio, los principios básicos de una política universitaria en la eventualidad de un restablecimiento de la convivencia democrática en el país?

Este cuestionario fue enviado a las siguientes personalidades académicas chilenas: Edgardo Boeninger, ex-rector de la Universidad de Chile; Fernando Castillo Velasco, ex-rector de la Universidad Católica de Chile; Enrique Kirberg, ex-rector de la Universidad Técnica del Estado; Edgardo Enríquez, ex-rector de la Universidad de Concepción; Domingo Santa María, ex-rector de la Universidad Técnica Federico Santa María; Raúl Allard, ex-rector de la Universidad Católica de Valparaíso; Alvaro Búnster, ex-secretario general de la Universidad de Chile; Galo Gómez, ex-vice-rector de la Universidad de Concepción; Eduardo Ruis, ex-vice-rector Sede Oriente de la Universidad de Chile; Carlos Martínez, ex-vice-rector Sede Valparaíso de la Universidad de Chile, y con posterioridad, a Jacques Chonchol, ex-director del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Chile.

Un cuestionario más breve y con algunas variantes, fue enviado a tres ex-dirigentes estudiantiles: Ociel Núñez, ex-presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado; Guillermo Yungue, ex-presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios, y Sergio Spoerer, ex-presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso.

JACQUES CHONCHOL



1. Es profundamente cierto este rasgo de la dependencia. Es algo de lo que, en alguna época, no se tenía mucha conciencia o conciencia suficiente, hasta el momento en que, de un modo casi simultáneo, se inició la reflexión de historiadores, sociólogos y economistas acerca del carácter dependiente de la cultura y de la sociedad latinoamericana.

Hoy nos resulta evidente este carácter.

En nuestro país, como en los demás países de América latina, siempre se privilegió lo que venía de Europa, y posteriormente, en los tres últimos decenios, lo que venía de los Estados Unidos, aunque sin desaparecer la influencia europea. Esto de una manera general, tanto en el nivel de las ideologías, como en el nivel de los modos de vida, de comportamiento, etc. Creo que en la historia de América latina hay muy pocas excepciones, muy pocos ejemplos de tentativas de afirmación de valores propios, de valores que no fueran un simple reflejo de la influencia europea, primero, y norteamericana, después. Esto viene de muy lejos: todos los rasgos esenciales de nuestra cultura parecen haber sido determinados por la conquista y por la colonización de españoles y portugueses. Aún nuestra larga historia anterior a la llegada de los conquistadores, ha sido redescubierta por arqueólogos y antropólogos no latinoamericanos, sino principalmente extranjeros.

Todos nuestros valores culturales, las modas literarias, las corrientes artísticas, las ideologías políticas, ciertamente, están marcadas por el signo de la dependencia. De un modo más claro, incluso, en el período posterior a la Independencia, en el siglo XIX, y durante una parte importante del siglo XX, en los cuales nuestra historia social, nuestra historia cultural ha sido en una buena medida reflejo de lo que ocurría en el Viejo Continente.

La fisonomía de la universidad latinoamericana, y dentro de ella la chilena, no escapa a estas determinaciones. Examínese, por ejemplo, lo que ocurre con la formación de profesionales, una de las funciones principales de nuestras universidades. Véase lo que ocurre con el Derecho: una repetición del Derecho europeo desde la época del Imperio romano. O en las carreras tecnológicas: todas las técnicas, todas las innovaciones son importadas. O en la Economía: los modelos, los esquemas económicos son invariablemente extranjeros, europeos en su mayor parte. Un caso muy claro es el de la Medicina, en la cual resulta inconcebible cualquier orientación que no sea la de la Medicina occidental. Y es interesante, a este respecto, conocer las discusiones que empiezan a producirse en la Organización Mundial de la

Salud, donde por primera vez se plantean dudas sobre la compatibilidad entre Medicina occidental —su costo, sus tiempos de formación, etc.— y las exigencias y posibilidad real de dar una asistencia médica generalizada a las poblaciones del Tercer Mundo. Jamás había ocurrido eso antes, y menos, por cierto, en las escuelas de Medicina chilenas.

En la Universidad chilena, en el país, estuvo siempre patente la huella de la dependencia. Hoy la realidad se ha agudizado, y aunque se habla mucho de «nacionalismo», la verdad es que no necesita profundizarse mucho para descubrir la total ausencia de una verdadera política cultural nacional. Piénsese únicamente en los esquemas económicos que la Junta trata de aplicar en el país: una doctrina que corresponde al «ultraliberalismo» europeo de finales del siglo XIX, propugnada por economistas chilenos (los «Chicago boys») que las universidades chilenas formaron en la concepción de una dependencia total con respecto al exterior.

La Universidad chilena, en suma, no escapa al carácter dependiente de nuestra cultura, de nuestra sociedad. Ella ha ayudado a reforzar la copia de lo extranjero; ella ha formado —no lo olvidemos— nuestras élites dirigentes, que han mostrado en su acción su carácter dependiente, su falta de interés o capacidad para descubrir fórmulas latinoamericanas auténticas. ¿Qué doctrinas políticas, por ejemplo, han nacido de la propia realidad latinoamericana? Ninguna. Quizá si la única tentativa —la única que conozco— de encontrar una definición con raíces más latinoamericanas, fue la del APRA, en el Perú; tal vez también algo en México, y acaso sólo en esos países por la mayor profundidad de sus culturas indígenas. Pero aparte de eso, todo lo demás, todas nuestras concepciones económicas, políticas y sociales tienen el sello de la importación: el liberalismo, el federalismo, el nacionalismo, el positivismo, la concepción de la democracia desde la época de la independencia; el marxismo, las ideas demócratas-cristianas, etc., etc.

Es el problema de la América Latina y es también el problema de Chile.

3. Me parece un hecho indicutible la necesidad, en el caso de países pequeños, dependientes como los nuestros, de enviar cuadros a perfeccionarse al extranjero. Si no hemos podido desarrollar todas las científicas, dominar todas las disciplinas científicas, estamos obligados a salir al exterior a buscar ese conocimiento.

Ahora bien, hay que decir, sin embargo, —es por lo menos la experiencia que yo conozco en el campo de mi propia especialidad, la agronomía, y en el de carreras predominantemente tecnológicas— que el saldo es hasta ahora bastante negativo. Es cierto que el profesional ha logrado aprender mucho, ha sacado un gran partido del alto nivel de los laboratorios, los centros de estudio de los grandes países industrializados. Ha logrado una formación más elevada; pero, por otra parte, en general, se ha desnacionalizado, ha perdido contacto con las raíces de su propia realidad nativa. La refinada tecnología, la riqueza de medios de los países de gran desarrollo terminan por deslumbrarlo, por deformarlo, y cuando este profesional vuelve a su país se convierte, por lo general, en un elemento frustrado, que no sabe qué hacer, cómo emprender una tarea útil, falto de los medios que conoció en su formación de post-grado. Pronto quiere volver al extranjero. Y esto, tratándose de los profesionales que regresaron a su país después de su formación en el exterior. Porque muchos, en verdad, nunca vuelven...

No atino a descubrir otra solución —y hablo no sólo de Chile, de América latina, sino del conjunto de los países del Tercer Mundo— que imbuir a esos profesionales, previamente, de un profundo espíritu nacionalista, y digo nacionalista en el buen sentido de la palabra.

Vale la pena meditar en la experiencia de otros países. La del Japón, por ejemplo, cuyos cuadros se formaron en el extranjero, se empaparon de la tecnología occidental y volvieron en seguida, porque nunca perdieron de vista el objetivo de que ese aprendizaje estaba destinado a servir a la sociedad japonesa. Volvieron incluso a niveles más altos, logrando darle al Japón la fuerza, el peso que hoy tiene en el mundo.

Yo diría que no es ese el caso de la mayor parte de nuestros cuadros tecnológicos que han salido al extranjero a perfeccionarse.

Es necesario, por tanto, que antes de salir al extranjero nuestros técnicos, nuestros profesionales, reciban una formación cultural —incluso psicológica, diría yo— que los capacite para reabsorber el aprendizaje en términos de las necesidades de nuestro país, que les permita interiorizar y repensar lo aprendido en función de la realidad propia. Esto forma parte de lo que llamo acceder a un «profundo espíritu nacionalista».

Hay otro aspecto, y es que estos cuadros deben tener una formación previa que comprenda una preocupación mayor por la cultura histórica y socioeconómica. Las técnicas no son neutras, las técnicas están ligadas no sólo a modos y sistemas de producción, sino a valores culturales. Y el conocimiento de éstos, la comprensión de cómo se insertan las técnicas en una realidad histórica, económica y social específica, es lo que permite repensar estas mismas técnicas, readaptarlas en función de la realidad propia. Un técnico, en cambio, que no tiene una visión histórica o socioeconómica profunda, es simplemente un tecnócrata, incapaz de operar más allá de un traspaso mecánico de tecnologías, sin repensarlas, sin readaptarlas.

No nos sirven entonces los simples especialistas. Necesitamos cuadros, repito, imbuidos de espíritu nacionalista e impregnados de la cultura histórica y socio-económica necesarias para entender el contexto profundo en que se desarrolla su labor.

4. Pienso que la Universidad, como en general el conjunto del sistema educacional de nuestros países, tiene una serie de funciones que cumplir, no siempre fáciles de compatibilizar entre sí.

Una función primordial es la de transmitir a las nuevas generaciones el acervo cultural acumulado. Es el conjunto del sistema educacional, pero en particular la Universidad, es la que puede ejercer de una manera más viva esta responsabilidad, indispensable para la conservación y desarrollo de la personalidad de un país.

La Universidad, por otra parte, debe ocuparse del intercambio con el pensamiento, el conocimiento con el resto del mundo. Vivimos una época donde es inimaginable el aislamiento, a menos que se quiera arriesgar el deterioro del acervo nacional. El signo de los tiempos es el del diálogo, y la Universidad debe jugar en este terreno un papel preponderante.

Le corresponde, en fin, a la Universidad, la tarea de reflexionar el futuro del país, formar a su gente para ese futuro y no para el pasado. Ha sido justamente una tragedia la tendencia de nuestro sistema educacional a formar hombres con ideas afincadas en el pasado, vueltos a situaciones y problemas que se han quedado atrás en la historia. Piénsese en el drama de la lentitud con que se realizan las reformas, y cómo, por tanto, un hombre formado hoy va a enfrentarse a una sociedad que en diez o quince años habrá evolucionado profundamente. No es casual que haya nacido por eso el concepto nuevo de la llamada educación permanente, básico no sólo para los países del Tercer Mundo, sino aun para las grandes naciones industrializadas.

Es dentro de este contexto, el de los cambios sociales, científicos y tecnológicos que se van produciendo, que le corresponde jugar a la Universidad un papel de la más alta responsabilidad. Abrirse, en suma, al futuro, analizar la realidad del país, incorporando a este examen la reflexión filosófica, histórica, cultural en general; desarrollar las nuevas ideas, experimentar con las nuevas tecnologías; familiarizarse con las modalidades del cambio social, acometer el análisis de las formas de organización económica, enfrentar las nuevas realidades científicas, conjugándolo todo de modo de ayudar a construir un futuro más adecuado para el país, a desarrollar una personalidad nacional en que los valores auténticos del patrimonio propio se integren a la cultura universal.

En resumen, la Universidad debe ser un elemento fundamental en la búsqueda del cambio social. Ahora bien —y en esto debemos ser muy claros— no se trata de que la Universidad se convierta en una especie de caja de resonancia de las luchas políticas partidarias coyunturales, que se dan en un país en un momento determinado. Hay que decir que esto ocurrió a menudo en nuestra Universidad, dañando su deber de colocarse en un plano más profundo. Repetir, reproducir en su seno la lucha política inmediata es bajar el nivel de su participación en las tareas de reflexión, de discusión, de experimentación en torno a las ideas del cambio político, el cambio cultural. No propendemos a que la Universidad se aisle de la realidad política, incluso de la realidad coyuntural, pero pensamos que su deber —que es por lo demás ineludible— apunta a exigencias más profundas, ligadas a la construcción del futuro del país.

6. Creemos que docencia, investigación y extensión, siguen siendo principios básicos, aunque nos parecen insuficientes. Pensamos que hay que agregar un cuarto principio, relacionado con la responsabilidad de la Universidad en cuanto organismo llamado a suscitar la reflexión creadora, la integración de lo propio y lo universal, lo nacional y lo internacional en una síntesis apropiada a la realidad del país. Hay que convenir que, si miramos las cosas en una revisión retrospectiva, los chilenos parecemos en un cierto sentido con una fuerte connotación provinciana, como si todo lo que ocurría en Chile dependiera fundamentalmente del propio país, transcurriera únicamente dentro de sus fronteras. Situación al menos peculiar, puesto que en el país, como ya lo hemos señalado, es un país culturalmente dependiente. No sabíamos nada, nunca reflexionamos sobre países que tienen problemas similares a los nuestros, como los países asiáticos, por ejemplo, o los países africanos, y aun los propios países de la América Latina, de todos los cuales somos solidarios por nuestra posición frente a las naciones industrializadas. Nos aislamos de ellos, los hemos ignorado, nunca hemos mostrado preocupación por conocerlos, por profundizar en el análisis de sus experiencias, y yo creo que es justamente la Universidad la que debe abrir nuestro país al conocimiento de esa realidad: la realidad del Tercer Mundo.

Si queremos salir realmente del sistema de dominación, de dependencia en que nuestros países han vivido durante tantos años, debemos procurar relativizar la cultura de occidente en el mundo del mañana. Esto vale para la filosofía, para la literatura, para los esquemas de comportamiento social, para las ideas en general. La Universidad debe asumir esta tarea, debe incorporarla como un principio fundamental de su trabajo.

7. La autonomía es fundamental, siempre que no conduzca a algo que fue muy característico en las universidades chilenas: el aislamiento, el

enclaustramiento, una especie de feudalismo en que vivían algunas unidades de investigación o de docencia. La autonomía vale en cuanto se refiere a las relaciones con el Estado y el poder político, en cuanto a los problemas de su financiamiento. Pero nunca debe entenderse como el derecho de las diversas unidades universitarias de encerrarse en sí mismas, a levantar muros, a renunciar al diálogo interuniversitario.

En cuanto al pluralismo —el pluralismo ideológico— sigue siendo otro elemento esencial si se desea vivir en un sistema democrático (un sistema democrático sin apellidos, única forma en que lo concibo), y en una sociedad abierta al futuro, aunque también al presente y al pasado.

El principio de la participación también me parece fundamental, aunque con un matiz. Mucha gente, antes del trauma que hoy vive en Chile, la interpretó, sobre todo, como un mecanismo de conducción de la Universidad a base de la representación de docentes, alumnos y personal administrativo. Estimo que esto es válido, pero no es suficiente. La participación debe ser más amplia, en el siguiente sentido: la Universidad vive en una sociedad determinada, en un momento, dado el tiempo, y en virtud de su carácter, de sus responsabilidades, la Universidad debe abrirse hacia ella, crear, desarrollar los mecanismos de participación con todas las instituciones económicas, sociales, culturales existentes en el país, con miras a crear una simbiosis permanente entre Universidad y sociedad.

8. Me parece un absurdo la tesis del autofinanciamiento. La Universidad no es un negocio, una empresa mercantil que deba producir utilidades a corto plazo. Es un organismo cuyos resultados sociales se proyectan fundamentalmente en términos de futuro. Creo que encarar su funcionamiento, sus responsabilidades con criterio de institución comercial, demuestra la pobreza intelectual de los actuales dirigentes del país, y también de los dirigentes de la economía, por supuesto.

Es ilustrativo el caso de la investigación científica. La investigación es fundamental en toda sociedad y más todavía en un país subdesarrollado como el nuestro. ¿Quiénes son principalmente los que financian hoy en el mundo la investigación científica? O grandes empresas económicas como las multinacionales, que la orientan en función de sus intereses, o en último término el Estado. Resulta evidente que en nuestro caso, no es posible entregar a esas empresas el financiamiento de la investigación. Sus intereses no son los nuestros. Hay que recurrir, entonces, a la sociedad, recabar la ayuda a través del Estado. Esto vale también para la docencia.

El autofinanciamiento de las universidades es un concepto retrógrado y, repito, completamente absurdo.

En el único aspecto en que yo tendría una pequeña coincidencia con lo que hoy día se plantea, es en mi idea de que en países como el nuestro la enseñanza no puede ser totalmente «libre», es decir, sin costo alguno para todos. Un problema es el de quienes carecen de los medios para financiar sus estudios, y otro, muy diferente, el de los hijos de los privilegiados, que tienen la obligación de contribuir a su financiamiento. En verdad, en las universidades latinoamericanas hemos contribuido a reforzar el poder de la burguesía dando enseñanza gratuita a quienes pertenecen a ella. Esto hay que corregirlo. Que estudien en las universidades, que lo hagan, pero que contribuyan a su financiamiento, compatibilizándolo con una Universidad, por otro lado, absolutamente libre, desde el punto de vista del financiamiento, para quienes no disponen de recursos.

9. Las causas de la «fuga de cerebros» son simples y conocidas: son, sobre todo, de orden político. La situación del país, la dictadura, la falta de libertad, la represión constante. Se sabe que la Universidad es justamente uno de los sectores que más ha sufrido.

Hay también causas de orden cultural. La pobreza intelectual en que la dictadura ha sumido al país, el miedo a hablar, el clima de temor, la delación, el aislamiento en que el país ha ido cayendo.

Y de orden económico, además, porque con el pretexto del autofinanciamiento, se han ido cercenando los recursos a las universidades.

Razones, en suma, de orden político, cultural y económico, todas ellas, sin embargo, derivadas de una misma causa: la presencia de la dictadura en Chile.

Una noticia reciente, aparecida en el diario «El Mercurio», nos da la medida de la degradación a que ha sido sometida la Universidad. La información cuenta, en forma muy destacada, que el Rector de la Universidad de Chile firmaba un convenio cultural con la Universidad de Asunción. Recuérdese la influencia, el prestigio que la Universidad chilena tuvo en el área del Pacífico. Cantidades enormes de estudiantes venían a formarse a Chile, desde Centroamérica, Venezuela; Colombia, Ecuador, Perú. Había contactos considerables con centros de enseñanza superior de los grandes países industriales. Hoy todo esto está limitado, se ha venido abajo. No es fácil que las universidades de otros países acepten establecer relaciones con entidades de enseñanza superior dirigidas por militares. A lo máximo que se puede aspirar entonces es a firmar convenios con universidades como la de Asunción, cuyo nivel, después de más de veinte años de dictadura de Stroessner, no pensamos que debe ser muy alto o importante.

Creo que la solución al problema de la «fuga de cerebros» y al conjunto de los problemas que afronta hoy nuestra Universidad es claro: la vuelta a la democracia (la democracia sin apellidos) y la restitución de las prerrogativas y responsabilidades propias y específicas de las universidades chilenas en relación con el destino del país.

EDGARDO ENRIQUEZ FRÖDDEN



1. No me cabe duda de que la Universidad chilena ha sido poderosamente afectada por la cultura de otros países, especialmente europeos en el siglo pasado, y por Norteamérica en el presente. El propio Andrés Bello era venezolano. También fueron extranjeros muchos de sus mejores profesores, y era norma que la mayor parte de los catedráticos chilenos hicieran cursos de perfeccionamiento en Europa o Estados Unidos. Esa costumbre se había mantenido, y aun intensificado, en los últimos tiempos, debido a las facilidades de becas que existían.

2. Por varios decenios Chile fue como una isla democrática en un continente de golpes militares y dictaduras. Bien conocida es la animadversión de los dictadores por los intelectuales y artistas, en general, y por todo lo que se relacione con las universidades en particular.

Las universidades chilenas han recibido siempre a profesores, investigadores y alumnos perseguidos por la incomprensión, imperfecciones y pasiones de hombres que, en todos los tiempos, se han creído llamados a imponer su voluntad sobre sus conciudadanos. El prestigio de nuestras universidades hizo además que muchos perseguidos llegaran a ellas en busca de apoyo. Fue así como se formó una verdadera legión de profesionales agregados de universidades chilenas que, cuando pudieron, después, regresar a sus respectivos países, llevaron muchas de las mejores tradiciones y costumbres chilenas. Hace años tuve el agrado, por ejemplo, de conocer a un ex Rector de la Universidad de San Marcos, Perú, que había sido alumno de la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción.

3. Con el respeto por las ideas ajenas que era la regla entre los chilenos, y al que asignábamos tanta importancia para una sana y armónica convivencia, tradicionalmente se enviaba al extranjero a perfeccionar conocimientos a los profesores y profesionales jóvenes más distinguidos. Interesaban la capacidad técnica del candidato, el provecho que en esos centros iba a obtener, la excelencia de las enseñanzas que, a su regreso, iba a impartir. Nadie le preguntaba por sus ideas políticas, filosóficas o religiosas.

Tampoco, en general, hubo preocupación por la ideología imperante en los centros, escuelas o institutos a que esos jóvenes eran enviados. Por largo tiempo se evitó, es cierto, enviarlos a Rusia o a otros países socialistas, pero, en cambio, no se objetó nunca a la Alemania nazi, por el contrario, se respetaba mucho la calidad de la ciencia y la técnica alemanas.

Chile, en especial sus clases populares, han tenido que sufrir las consecuencias de esta política. Recordemos a los llamados «Chigago boys», y a la aplicación sobre la economía chilena de las enseñanzas que en Estados Unidos recibieron. Y ya que de cursos de perfeccionamiento estamos hablando, recordemos también, aunque no sean de carácter universitario, lo ocurrido con los oficiales y miembros de las Fuerzas Armadas que fueron a seguir estudios especiales en Estados Unidos y la zona del Canal de Panamá. Regresaron con el falso concepto de que su papel profesional no eran la defensa de las fronteras o del respeto a la ley y la Constitución Política del Estado, sino la represión de sus propios conciudadanos que pasaron a ser llamados «enemigos internos».

Pienso que, en el futuro, habrá que ser muy cuidadosos en la selección de los candidatos a cursos de perfeccionamiento en el exterior, en la de los centros a los cuales se les va a enviar y también en las responsabilidades e influencias que se les van a asignar cuando regresen.

Nada más lejos de mi ánimo que el comienzo de una persecución ideológica. Sería negar mi pasado democrático, universitario y masónico. No acepto el adoctrinamiento político de los alumnos en ningún nivel y, precisamente por ello no debemos permitir que otros, en el extranjero, para defender causas ajenas al régimen democrático de que Chile tanto se enorgullecía, puedan adoctrinar, fanatizar, a nuestros jóvenes y transformarlos en enemigos de sus compatriotas, de las leyes y de la Constitución que las mayorías nacionales se han dado y perfeccionado a lo largo de los años.

4. Siempre he pensado que, entre las principales obligaciones de la Universidad, debe figurar su misión de servir al cambio social.

Si bien es efectivo que durante los años 1967-69, al discutirse democráticamente el proceso de Reforma, todas las Comunidades Universitarias de Chile coincidieron sobre este punto, no es menos cierto que, ya en 1919, los fundadores de la Universidad de Concepción lo habían planteado en forma clara y precisa. No queremos que la Casa de Estudios Superiores que estamos creando sea solamente una nueva Universidad; queremos —explicaron— que sea, en verdad, una Universidad nueva. No una más en el país, sino una de tipo especial, consagrada a la investigación científica, al estudio y solución de problemas regionales y nacionales. En esta forma —agregaron— se promoverá el progreso y desarrollo del país en su totalidad y, con ello, el bienestar físico y espiritual de las mayorías nacionales.

5. Por ser la que mejor conozco, y en atención además a que también responderán este cuestionario ex rectores y ex vice-rectores de las demás universidades, me referiré en particular a lo ocurrido con la Reforma en la Universidad de Concepción.

A principios de diciembre de 1968, el Presidente, Eduardo Frei, y su ministro de Educación promulgaron los nuevos Estatutos de la Universidad de Concepción. En ellos estaban contenidos los principios fundamentales de su Reforma.

Pocos días después, el 19 y 27 de ese mismo mes, se hizo la elección de rector y vice-rector de la Universidad por votación ponderada de toda la Comunidad Universitaria. Me correspondió el honor de ser elegido Rector. Mi amigo Galo Gómez fue el nuevo Vice-rector.

Nos correspondió, por tanto, la difícil tarea de aplicar, de hacer realidad la Reforma.

No puedo ser, en consecuencia, absolutamente imparcial en un balance crítico sobre sus resultados. En buenas cuentas, parecería juzgando mi propia gestión. No obstante, voy a señalar algunos hechos fundamentales.

Antes debo hacer presente que recibí a la Universidad con un fuerte déficit de arrastre de años anteriores y con un presupuesto desfinanciado que muchos llamaban el «sietemesino», porque solamente alcanzaba para cubrir los gastos de los siete primeros meses del año 1969. Elementos reaccionarios anti-reformistas emboscados en el cuerpo docente y administrativo de la Universidad, apoyados por periódicos de Concepción y Santiago, iniciaron de inmediato fuerte y sincronizada campaña en contra de la Universidad y sus nuevas autoridades. Era evidente que deseaban producir el fracaso total de la Reforma.

Si lograban que ésta fracasara en la primera universidad chilena que la había puesto en práctica, era muy posible que se entorpeciera su aprobación por las demás universidades.

El Gobierno demócrata cristiano fue también enemigo de nuestra Reforma. No es difícil demostrarlo. No nos dio un sólo escudo extra para resolver el problema presupuestario y, mucho menos, para aplicar la Reforma. Su prensa nos atacó en forma despiadada e injusta, sin disimulo ni escrúpulo alguno. Por ser tan graves estas afirmaciones debo demostrarlas. Lo haré en forma objetiva, sin comentarios.

A raíz de un hecho policial intrascendente que, a lo más, pudiera haber sido considerado una estúpida broma de estudiantes (aunque nunca quedó demostrado que los estudiantes hubieran sido sus autores), el Gobierno demócrata cristiano perdió totalmente el sentido de las proporciones. Dispuso que fuerzas policiales allanaran la Universidad de Concepción, violando no sólo la tradicional autonomía universitaria, sino también preceptos claramente establecidos en los Códigos de Procedimiento. Una treintena de estudiantes fueron detenidos durante el allanamiento mismo. La policía asaltó el local de la Federación de Estudiantes de Concepción, destruyendo puertas, muebles, estantes, documentación; incautó máquinas de escribir, mimiógrafos, archivos y hasta libros de estudio. Inició de inmediato la persecución de los dirigentes estudiantiles y, en general, de todos los estudiantes opositores al Gobierno. La prensa demócrata cristiana y la perteneciente a los partidos reaccionarios, redobló sus ataques en contra de la Universidad y de la Reforma, que como es fácil comprender, nada tenían que ver con el mentado e hipertrofiado hecho policial.

¿Qué había ocurrido para que el Gobierno tomara medidas tan extremas y hasta ilegales?

Pues, sencillamente, que dos días antes, el director de un periódico vespertino de Concepción, dedicado al sensacionalismo y crónica roja, y perteneciente al partido demócrata cristiano, había sido tomado por desconocidos que lo desnudaron y lo dejaron desnudo, pero con las ropas en la mano, en el barrio universitario.

Relato estos penosos hechos sin otro ánimo que demostrar cómo la Reforma tuvo que vencer no solamente las lógicas dificultades y resistencias que significaba poner en marcha modificaciones tan profundas en la organi-

zación, funcionamiento y objetivos de la Universidad, sino, además, limitaciones económicas y ataques de enemigos poderosos.

Pese a estos problemas de 1969, que subsistieron en 1970, aunque con menor intensidad, y gracias al decidido apoyo que, desde noviembre de 1970, nos prestó el Gobierno del Presidente Allende, la Reforma universitaria pudo ser aplicada en la Universidad de Concepción.

Daré algunas cifras estadísticas:

	<i>Año 1968</i>	<i>Enero de 1973</i>
Número de alumnos	5.800	17.200
Número de carreras enseñadas	30	66
Número de horas docentes contratadas ..	31.836	38.188
Número de metros cuadrados en edificios	100.000	138.000
Número de estudiantes con ayuda económica de la Universidad o del Estado ..	464	5.270
Número de docentes perfeccionándose en universidades extranjeras	56	89
Número de residentes en hogares estudiantiles de la universidad	394	1.437
Número de cunas y plazas en salas cunas y jardines infantiles para hijos de profesores, empleados y estudiantes de la Universidad	86	500
Porcentaje de alumnos por área de enseñanza:		
— de la Salud (%)	25	25,81
— científica, tecnológica y econó. (%).	35	47,12
— letras y ciencias sociales (%)	40	27,07
Sedes Universitarias:	Chillán Talcahuano Los Angeles	Chillán Talcahuano Los Angeles Zona Minera del Carbón
Hospitales en los cuales los alumnos de Medicina, Enfermería y Obstetricia, recibían docencia y hacían sus prácticas	Concepción Talcahuano Arauco Santa Juana	Concepción Talcahuano Arauco Santa Juana Chillán, Lota Coronel Los Angeles Victoria
Nuevos Institutos	—	El de Arte
Pinacoteca		Sus colecciones enriquecidas en un 21 por 100.

Situación Económica	Fuerte déficit de arrastre al final del ejercicio anual.	Déficit saneado por ley especial. Presupuesto equilibrado.
Expansión y construcciones universitarias.	Financiadas por ley especial que venía en 1970.	Aseguradas por prórroga de la ley por otros 10 años.
Escuela de Post-grado	—	Creada la de Química, cuyos cursos comenzarían en 1974.
Investigación científica	Bastante intensa e importante.	Intensa e importante. Gracias a la nueva organización, se inicia la investigación interdisciplinaria.
Extensión universitaria	Bastante intensa y efectiva.	Muy intensa y muy efectiva; alcanza extensa zona del país.
Convenios	Con la Universidad de Minesota y con el Servicio Nacional de Salud de Chile.	Con las Universidades de La Habana, de Mainz, de Lieja. Nuevo convenio con el Servicio Nacional de Salud, con la Corporación de fomento, con la Empresa Nacional del
	Carbón, con	organizaciones de trabajadores.
Nuevos Estatutos	El Estatuto General de la Universidad	Además del Estatuto General, el Esta-

Nuevos Estatutos	con la Reforma.	tuto del Docente aprobado por el Claustro Pleno.
------------------------	-----------------	--

A estos datos del cuadro anterior debemos agregar que la democracia universitaria funcionó en forma muy satisfactoria.

Las autoridades fueron todas elegidas democráticamente, las resoluciones y el manejo interno de la Universidad se tomaron todas por las autoridades correspondientes, y también en forma democrática. El Consejo Superior estuvo constituido por representantes de los docentes (72 por 100), de los alumnos (25 por 100), de los empleados y obreros no docentes (3 por 100). El Claustro Pleno, formado por unas 1.500 personas, se reunió, de acuerdo a los Estatutos, cada vez que fue necesario, y aunque en él se trataron problemas candentes, reinó siempre en sus reuniones el mayor orden y respeto.

Durante los cuatro años de mi mandato reglamentario ningún miembro de la Comunidad Universitaria de Concepción recibió sanción alguna sin que se hubiera instruido el Sumario respectivo, en el cual el afectado hubiera podido exponer sus razones y defenderse incluso con abogados. Esto del Sumario obligatorio previo a cualquier sanción, fue aprobado por el Consejo Superior, a petición mía, a comienzos de 1969.

Finalmente, la administración y manejo económico de la Universidad fueron llevados en forma tan correcta que la Contraloría general de la República no tuvo una sola observación que hacer a sus observaciones de cuentas.

Después del golpe militar, la Junta y sus representantes, deseosos de encontrar algo censurable, hicieron nuevas y prolijas revisiones, que les tomaron largo tiempo y tampoco encontraron nada que objetar.

6. Pienso que esa tríada conserva todavía validez, pero creo que, en su aplicación deben tenerse presentes algunas consideraciones.

Algo ha estado funcionando mal en latinoamérica. No se explica en otra forma que, un siglo y medio después de que sus diferentes repúblicas, tras sangrientas guerras, obtuvieron la independencia política para dar a sus pueblos libertad, igualdad, justicia y, en general, derechos democráticos y humanos, prácticamente todas ellas, con tres o cuatro honrosas excepciones, están hoy día regidas por regímenes dictatoriales más crueles y absolutos que las monarquías de la cuales se independizaron.

Considero que en esto tienen responsabilidad la educación que se ha estado dando al pueblo, las universidades que, en general, han formado a las clases dirigentes, las escuelas donde se forman los oficiales de las fuerzas armadas y la propia prensa escrita y hablada.

No me cabe duda de que se han descuidado aspectos importantes en la formación de la personalidad de gobernados y gobernantes.

Cada uno de nuestros ciudadanos debiera haber sido un verdadero baluarte, una fortaleza, en la defensa de ciertos principios.

La Universidad futura va a tener que encontrar la solución para la parte de responsabilidad que a ella le cabe en este problema, uno de los más graves de los múltiples que están afectando a nuestros pueblos.

7. Creo que solamente la vigencia plena y simultánea de la autonomía —en sus diferentes aspectos— del pluralismo ideológico y de la participación de los componentes de toda la Comunidad Universitaria, permite la existencia de una verdadera Universidad.

Cualquier interpretación que quiera darse a estos principios, destinada a limitarlos o condicionarlos, entraba el libre, armónico y buen funcionamiento del quehacer universitario. En casos extremos puede llegarse incluso a anularlo, o a hacerlo inútil o totalmente inoperante. Esto no quiere decir que deje de haber un edificio con profesores y alumnos al que pretenciosamente se siga llamando Universidad.

8. Lo considero impracticable en Chile.

El simple funcionamiento de una Universidad exige mucho dinero. Las inversiones que, constantemente, deben hacerse en ella para mantenerla al día en laboratorios, equipos, instrumentos, computadoras, biblioteca, edificios, etc., etc., son sumamente elevadas. La formación, conservación y perfeccionamiento de su personal que, por razones obvias, debe ser de primera calidad y muy especializado, exige también mucho dinero.

Ninguna de las Universidades chilenas dispone de fuentes de entrada que les permitan financiar estos gastos. Pretender financiarlos con derechos pagados por los alumnos es un absurdo y una injusticia. Significa dejar a la mayoría de los jóvenes al margen de toda posibilidad de estudiar en la Universidad. El país no puede cometer el error de renunciar, rechazar el aporte intelectual que representa más de la mitad de su juventud.

Consciente de esta situación, el Gobierno de la Unidad Popular estableció, como derecho constitucional, el financiamiento obligatorio de todas las Universidades, incluso las privadas, por el Estado.

9. Efectivamente, la fuga de cerebros se ha agravado en forma realmente alarmante en los últimos años. Las causas de este aumento son, sin duda, las condiciones existentes en Chile bajo la Junta.

En cuanto a las posibles soluciones pueden resumirse en pocas líneas: devolver a los chilenos sus derechos humanos y democráticos; a las Universidades las garantías que permitan su trabajo y su progreso; a los científicos posibilidades de hacer investigación, para lo cual deben disponer de libertad para informarse mediante libros y revistas no sujetos a la censura del Bando Militar número 107, de 11 de marzo de 1977; deben además poder reunirse, discutir, formar equipos de trabajo que puedan actuar libremente y no bajo la permanente vigilancia de la policía secreta; viajar y visitar centros extranjeros donde se los reciba sin sospecha y sin el lastre que significa venir de un país sometido a un régimen dictatorial, etc.

10. Para formular los principios básicos de una política universitaria adecuada al momento en que se restablezca la convivencia democrática en Chile, sería necesario conocer primero el diagnóstico de la situación en que se va a encontrar la Universidad en ese momento. Nadie sabe qué supresiones van a acordar los rectores delegados, a qué profesores van a eliminar, qué ítems del presupuesto van a ser reducidos o eliminados. En otras palabras, debemos saber con qué elementos vamos a contar para cumplir los objetivos de la Universidad.

No obstante, creo que, desde ya, los chilenos debemos ir formando los equipos de profesores, técnicos e investigadores que, cuando corresponda, van a tomar los cargos que dejó vacantes la administración anterior o

servidos por elementos carentes de antecedentes y preparación académica. Facilita la formación de estos equipos el hecho de que hay actualmente muchos miles de chilenos exiliados estudiando y perfeccionándose en prestigiosas universidades extranjeras.

Conocemos el estado lamentable en que, por desgracia, se encuentran muchos Institutos, Facultades y Escuelas. También sabemos que, con ese amor de las dictaduras por las apariencias y exterioridades, la fachada del edificio central de la Universidad de Chile, en Santiago, ha sido cuidadosamente pintada e iluminada por potentes focos exteriores.

Cuando vuelva la democracia a Chile, la política universitaria va a estar orientada en otro sentido: a hacer que la Universidad irradie luz desde el interior hacia el mundo que la rodea.

ENRIQUE KIRBERG



1. La cultura, y especialmente la Universidad, no nació independientemente en América Latina. Mejor dicho, su cultura original, la precolombina, fue interrumpida, abrupta y sangrientamente con la conquista española.

En las primeras universidades latinoamericanas, fundadas por decreto real y a semejanza de la Universidad española, sus estudiantes eran únicamente hijos de los funcionarios españoles, hijos de criollos notables. La cultura precolombina no quedó, en forma alguna, incorporada a la cultura universitaria y fue gradualmente eliminada en el proceso de cristianización que implicaba, en los hechos, la cultura importada de España.

Chile mantuvo su dependencia cultural y económica de España hasta después de su independencia, pero muy pronto pasó a depender económicamente del gran capital inglés y, al filo del siglo, de la influencia económica de Francia y Alemania, que se la disputaban a Inglaterra y entre sí. Antes de la Primera Guerra Mundial las influencias alemana y francesa prevalecieron en la cultura chilena —la enseñanza tecnológica, gran parte de la medicina, como la pediatría, y hasta la enseñanza militar fueron netamente alemanas; la arquitectura, las leyes y la cirugía en medicina fueron de influencia francesa. Sin embargo, después de esta guerra, y con mucha más

razón después de la Segunda Guerra Mundial, con motivo del desplazamiento económico de Inglaterra, Francia y Alemania por parte de los capitales e inversiones norteamericanas, la influencia cultural, científica y tecnológica de Estados Unidos en Chile fue arrolladora.

No hay duda que la Universidad chilena ha sido dependiente del sistema capitalista, y sus enseñanzas, en lo general, estaban marcadas por las necesidades del sistema. En especial, la ciencias sociales incidían en apolo-gizar el desarrollo capitalista disimulando sus contradicciones y evitando enseñar aquello que pudiese estar en contra de su desenvolvimiento. En economía apenas se mencionaba la doctrina marxista, y la mayor parte de la enseñanza se orientaba a buscar paliativos a las contradicciones del capitalismo.

La característica monopólica de la tecnología, su difusión y aplicación en los países latinoamericanos reafirma la dependencia de estos países. Es útil recordar que el proceso de explotación de los minerales de cobre en Chile, antes de su nacionalización, era dirigido desde Estados Unidos, donde se tenía toda la información y el procesamiento. Las grandes empresas desarrollaron el conocimiento científico y su grado de aplicación, la organización del proceso del trabajo, la calificación de los trabajadores y el descubrimiento de recursos naturales, y decidieron aplicar todo ello en nuestros países. Esto hacía que el desarrollo de la fuerzas productivas perdiera cada vez más su base nacional, con el respectivo impacto en la cultura y la enseñanza.

Con la reforma universitaria se trató de realizar un cambio. Se profundizó el estudio de las ciencias sociales, ampliándolo, se realizaron aperturas hacia otras disciplinas y se incorporaron elementos culturales de otros países. El resultado de estas actividades es difícil de evaluar, por ahora, por la condiciones imperantes en las universidades chilenas.

2. Todas las universidades de la región han aportado a «una conciencia de la identidad latinoamericana» algunas más que otras. Es importante destacar la extraordinaria contribución de la Universidad argentina, como también la uruguaya, la cubana y la mexicana. Nuestro país, y en no poca medida, también contribuyó a este acervo de la «América morena».

La notable continuidad democrática en Chile permitió un desarrollo sostenido de la educación, y fue por ello un lugar elegido por muchas instituciones académicas y científicas de carácter internacional de estudios de post-grado, entre ellas: CEPAL, FLACSO, CELADE, ESCOLATINA, ILPES, CIENES, etc. Esto llevó a que la educación chilena tuviese un impacto importante en la formación de especialistas en ciencias sociales en nivel de post-grado en la región. Son numerosos los economistas, sociólogos y otros expertos en ciencias políticas formados en Chile que ocupan cargos importantes en la docencia e investigación en organismos internacionales como en gobiernos latinoamericanos.

Es interesante reconocer que las universidades chilenas mantuvieron tradicionalmente porcentajes de matrícula destinados a estudiantes extranjeros que, en su mayoría, eran latinoamericanos, y que estas plazas estaban siempre copadas. Tales graduados volvían a sus países impregnados de los sistemas chilenos de estudio e investigación, lo que era un aporte considerable a la identidad americana.

3. Durante los últimos años, la enseñanza de post-grado, o sea, la formación de cuadros universitarios a partir del título profesional, constituyó

una preocupación para las universidades chilenas. En general, se consideraba que no había profesores suficientes en el país con la preparación para dictar tales cursos. Sin embargo, estimo que se puede formular una política de formación y perfeccionamiento de cuadros universitarios que debe considerar, principalmente, la organización y funcionamiento de cursos de post-grado en las mismas universidades chilenas; en algunos casos, estos cursos debieran ser organizados entre varias universidades nacionales. Naturalmente que debe guardarse el correspondiente nivel de tales cursos y para ello, si es necesario, deberá recurrirse a profesores extranjeros. Por otra parte, no debe excluirse el envío de determinados valores a centros culturales extranjeros —sobre todo si en su disciplina no existen cursos en el país—, ya que además de obtener su perfeccionamiento pueden también aprender nuevas formas o sistemas de preparación de personal en su especialidad que después pueden adaptarse en el país.

A comienzos de 1973, el Consejo de Rectores, a proposición del Rector de la Universidad de Chile, Edgardo Boeninger, acordó la creación de cursos de post-grado en diferentes aspectos de Ciencia Sociales que serían organizados en común con profesores de todas las universidades. No tengo conocimiento de si llegaron a materializarse después del golpe militar, pero fue una iniciativa importante en la materia. Ya en ese tiempo existían numerosos cursos de post-grado en varias universidades chilenas. Desde años anteriores funcionaba en la Universidad Técnica del Estado la Licenciatura en Matemáticas (LAM) que otorgaba el grado de Magister en Matemáticas, con la participación de profesores nacionales y extranjeros.

4. El movimiento de reforma universitaria se produjo principalmente cuando los estudiantes y un gran número de profesores comprendieron que la institución universitaria no estaba cumpliendo el rol que de ella requería la sociedad. Y este rol era «crear una conciencia crítica y una decisión de cambios para construir una nueva sociedad», como lo dijo el Estatuto reformista de la Universidad Técnica del Estado y, en términos parecidos, los Estatutos de las demás universidades chilenas. Las transformaciones apuntaron a esta decisión de cambios: democratización del sistema universitario, participación, relación con el proceso social en todos sus aspectos, modernización de la Universidad y la extensión universitaria que llegó a transformarse en un verdadero movimiento de masas por la cultura y el arte para todas las capas de la población. Indudablemente que todo ello contribuía al cambio social.

Como parte de esta transformación se prestó atención a la composición social de la Universidad, comprobándose que las capas sociales más modestas de la población y a la vez las más numerosas, no tenían participación en la vida universitaria (de todo el estudiantado, el 2,2 por 100 eran hijos de obreros en la Universidad de Chile, y el 5,4 por 100 en la Universidad Técnica). Se produjo un acercamiento entre las organizaciones sindicales y las universidades y varias de éstas desarrollaron programas que tenían por objeto promover a trabajadores, campesinos y otros grupos de bajos ingresos y sus hijos, a los niveles universitarios. Se podría recordar el PST (Promoción Social de Trabajadores) y los cursos para trabajadores de la Escuela de Medicina, en la Universidad de Chile; el convenio Central Unica de Trabajadores-Universidad Técnica, con la creación de Institutos Tecnológicos por esta Universidad en varios lugares del país, especialmente en los sitios de trabajo: minas, fábricas, puertos, campo, etc.; el convenio Universidad de Concepción-Universidad Técnica, para el funcionamiento de cursos universitarios en la zona del carbón; la facultad Obrera en la Universidad Católica

de Valparaíso; el Departamento Universitario Obrero Campesino (DUOC), en la Universidad Católica de Chile (que luego perdió el carácter universitario); cursos en la Universidad del Norte, en la zona del salitre y muchos otros que lograron, por entonces, variar la composición clasista de la Universidad chilena. En la UTE, el porcentaje de estudiantes obreros e hijos de obreros al año 1973 alcanzó al 23 por 100 y funcionaban 59 Institutos Tecnológicos en los sitios mencionados. No hay duda que ello evidenciaba un impacto en el cambio social.

Por otra parte, la reforma universitaria colocó a la Universidad de cara al proceso social, participando en proyectos de desarrollo, prestando asesoría y ampliando las investigaciones científicas aplicadas a los problemas nacionales.

5. En Chile, la reforma universitaria alcanzó la mayor profundidad y reveló el alto nivel de madurez académica de sus comunidades universitarias. En esta época, el país vivió una etapa de florecimiento de la fecunda actividad universitaria en todos sus estamentos, y se ejerció plena y ampliamente la democracia y el pluralismo para la adopción de los nuevos Estatutos que revelaban, en lo general, los propósitos de la Reforma. Ya me referí antes a los logros de esta reforma en cuanto a ubicar a la Universidad en el lugar que le corresponde y con la actividad que la sociedad le asigna. Sería largo enumerar y analizar tantos éxitos que las universidades obtuvieron durante y después de los movimientos reformistas, y espero que no falten los estudiosos que lo investigarán, pues ello pertenece a un importante trozo de la historia de la patria. Por mi parte, estoy preparando un trabajo sobre las experiencias de la UTE.

Es necesario decir que hubo también errores. Quizá el más grave consistió en algunos tipos de sectarismo, producto de la aguda polarización política de aquel entonces. Por otra parte, si bien la totalidad de las ocho universidades chilenas llevaron a cabo su reforma, no todas siguieron posteriormente un camino reformista consecuente. En algunas sólo fue letra muerta y, en gran parte, siguieron caminos convencionales sin nuevo brillo. En cambio, en otras, la reforma se desarrolló pujante y plétórica de resultados y frutos.

6. Sí, conserva plenamente su validez para la universidad chilena. Sólo sería necesario poner énfasis en la necesidad de la íntima relación entre la docencia, la investigación y la extensión más un justo equilibrio entre ellas, evitando la tendencia, muy común, de caer en la universidad «profesionalizante» que reduce las otras funciones. Durante el período de la reforma se añadió una cuarta función: lo que se llamó «la creación artística», cuyo desarrollo no se incluiría en la extensión. En efecto, durante los años 1969 a 1973 florecieron los grupos artísticos en la música, la plástica y la letras en que se destacaron los grupos folklóricos con abundante producción. La UTE impulsó esta actividad, y grupos como el Quilapayún, Inti-Illimani, Millaray y artistas como Víctor Jara, Isabel Parra, el director Mario Baeza y otros encontraron en esta Universidad un alero que les permitía dedicarse a sus actividades creadoras, además de la extensión.

7. La autonomía, el pluralismo ideológico y la participación en la Universidad fueron claramente definidos en las etapas de la reforma universitaria, durante los años 1967 a 1969, y practicados, en mayor o menor escala, hasta septiembre de 1973, fecha en que desaparecieron violentamente.

Estimo indispensable la autonomía académica, financiera y administrativa de la Universidad para que pueda desarrollar plenamente su misión, también ya señalada en la Reforma.

El pluralismo ideológico —el respeto a todas las tendencias políticas y religiosas, y el respeto tanto a las mayorías, para el Gobierno, como a las minorías, para su expresión y fiscalización— es indispensable e inseparable de una democracia, en general, y de la Universidad, en especial. Creo que se practicó en las universidades reformadas, aunque en algunos casos se llegó a situaciones agudas y estériles por la polarización política que ya he mencionado; en todo caso, fue saludable para el cambio de ideas y para la búsqueda de los mejores caminos. Estoy convencido de que se cometieron errores. ¿Quién no los comete? Eran producto de la inexperiencia de los comienzos y muchos de ellos estaban en vías de superación.

La participación, que alcanzó su plenitud a partir de la Reforma, trajo notables avances al desarrollo universitario. La incorporación del estudiantado y de los administrativos a la toma de decisiones en la universidad, aportó nuevas ideas, nuevas dimensiones, e incorporó efectivamente a la vida universitaria a amplios sectores que hasta la fecha habían permanecido inertes. Son inolvidables las jornadas estudiantiles, sus luchas por el presupuesto, por la reforma, el trabajo voluntario y la seriedad con que acometieron la nueva responsabilidad que la vida universitaria les imponía.

En todo caso creo que habría que introducir algunas modificaciones. Por ejemplo, yo propondría una mayor injerencia y peso de los más altos niveles académicos en la resolución de ciertos problemas de la Universidad, como los programas y planes de estudio, tipo de carreras, enfoque de la investigación, cursos de post-grado, etc.

8. Viviendo en Estados Unidos he visto de cerca lo que es el autofinanciamiento de las universidades privadas. Estas deben transformarse en gigantescas empresas económicas en la cuales la enseñanza es sólo uno de los tantos aspectos de la actividad. Los fondos que provienen de legados, de ingresos con grandes fortunas —que, por lo general, condicionan sus donaciones—, del Estado, que paga por determinadas investigaciones; del ejército; de empresas, destinados para ciertas disciplinas; de algunos países para fomentar estudios relativos a ellos; más otras entradas, propias de países ricos, se transforman en el capital de la universidad. La principal preocupación del Consejo de «Trustees» —que es la real autoridad de la universidad— es realizar los mejores negocios y obtener las mayores utilidades para el funcionamiento de la universidad. Se compran grandes propiedades de renta, se invierte en acciones y otros negocios, y el ideal máximo es mantener intacto el capital utilizando sólo su rendimiento. Por otra parte, los pagos de los estudiantes son considerables. Según la universidad, el pago anual de un estudiante varía entre 4.000 y 5.000 dólares y más. Esto, naturalmente, produce una selección por ingreso económico. En 1975, sólo el 17,2 por 100 de la familias con un ingreso anual de menos de 5.000 dólares tenían hijos de dieciocho a veinticuatro años en un College (antesala de la Universidad); en cambio, los tenía el 63,7 por 100 de la familias con un ingreso de 25.000 o más dólares (United States Bureau of the Census). Este tipo de enseñanza va aumentando la composición clasista de la universidad.

Como resultado, la autonomía universitaria es muy relativa. Muchas veces la orientación de las investigaciones, especialmente en sociología o ciencias políticas, sigue las indicaciones de los donantes, y la investigaciones científicas sólo los intereses de algunas empresas, las más ricas.

Si miramos en Chile no creo que serían muchas la empresas que recurrirían a la Universidad pagándole sus servicios. No existen grandes fortunas que dejen legados ni egresados que puedan hacerlo; tampoco donaciones de países para sus Institutos, fuera de obsequiar, de vez en cuando, alguna colección de libros. En resumidas cuentas, tendría que basar su financiamiento casi exclusivamente en el pago de matrículas, las que ascenderían a límites tales que sólo los hijos de familias muy ricas podrían seguir carreras universitarias; se produciría una discriminación por escala social, lo que la Reforma había tratado de evitar. Un puñado de becas para calmar ciertas buenas conciencias ayudaría muy poco.

La tradición de los países latinoamericanos es de las universidades apoyadas económicamente por el Estado, sean privadas o públicas. Un cambio brusco del sistema traería de inmediato serias perturbaciones. Debe irse a algunas modificaciones, como se hizo y se hace con la matrícula diferenciada según el ingreso del grupo familiar.

Por otra parte, es importante considerar que la Universidad financiada por los contribuyentes está obligada a retribuir al país de la manera más amplia, y no favorecer solamente a un grupo de familias. Para ello debe ampliar sus matrículas, dar servicio a otros lugares, realizar extensión que abarque la mayor cantidad de ciudadanos de toda clase, cultura, condición o ubicación.

9. La «fuga de cerebros» es un fenómeno que se ha producido en Chile en las últimas décadas, pero que en los últimos años se ha agudizado en términos alarmantes. Hay que distinguir entre la «fuga crónica» y la «fuga aguda» de cerebros.

En lo que se refiere a la primera, ella se ha ido produciendo de una manera más o menos continua desde los años sesenta y, a mi juicio, obedece a las siguientes razones:

a) Profesionales y científicos chilenos a quienes les ofrecen mejores ingresos en el extranjero.

b) Estudiantes chilenos de post-gradó en el extranjero, que al volver a Chile no encuentran las mismas condiciones de trabajo —laboratorios, publicaciones, colegas, conferencias, bibliotecas, remuneraciones, etc.— y que muy fácilmente aceptan una oferta para regresar a los sitios en que estudiaron o a otros similares.

En ambos casos está presente el incentivo material como también el interés por su profesión o la ciencia. Pero está ausente el amor por la patria, olvidando el compromiso para con el país que los formó. Este fenómeno comienza a producirse desde la enseñanza media en que parecería que el ambiente y el criterio de muchos profesores inculca al estudiante la idea de que debe dedicarse a los estudios para *triunfar*, esto es, tener un buen puesto y ganar «buen dinero», ya sea en Chile o en el extranjero. Se le adiestra en el sistema de la competencia. Y ello sigue con más intensidad en la Universidad bajo la presión del medio social. En definitiva, es un fenómeno de la estructura social y sólo algunos cambios sociales podrían permitir su superación.

Formulo algunas medidas: mejorar la condición económica de los científicos y mejorar sus condiciones de trabajo: laboratorios, instrumental, bibliotecas, publicaciones, estímulos honoríficos, etc. Pero por sobre todo es necesario tratar de modificar la mentalidad utilitaria de la juventud, lo que debiera comenzar desde la enseñanza básica. Para ello es indispensable el

contacto del estudiante con la vida, el trabajo y la soledad. Un ejemplo que demostraba dar frutos fue el trabajo voluntario de los estudiantes en tiempo de Salvador Allende. Los estudiantes fueron por millares a trabajar codo a codo con mineros, obreros y campesinos. Enseñaron y también aprendieron. Y entre otras cosas una muy importante: se puede trabajar para la comunidad sin recibir remuneración económica, y ello también produce satisfacciones.

En cuanto a la «fuga aguda de cerebros» es la que se ha estado produciendo los últimos cuatro a cinco años, y ésta se debe en parte a lo ya expuesto, pero mucho más a:

a) Falta de condiciones, yo diría, anímicas para el trabajo en los centros científicos, que se expresa en la falta de libertad académica, autocensura, persecución ideológica y desconfianza mutua.

b) Debido a la agudizada estrechez económica de las universidades (intento de autofinanciamiento), los medios materiales de trabajo y las remuneraciones son significativamente inferiores a los que proporciona el mercado externo.

c) En algunos casos no se investiga con el sentido didáctico de enseñar al estudiante a investigar, a desarrollar la duda científica, sino que se exigen «resultados» y hasta se fijan «plazos».

d) Desprecio por la participación de los científicos en la toma de decisiones en los organismos que tienen que ver con la ciencia. El doctor Tito Ureta, presidente de la Sociedad de Biología de Chile, sostenía en una carta: «Nuestra comunidad científica no participa en el momento actual en la formulación de políticas de desarrollo en las ciencias y las ideas concretas que sus miembros han sugerido sobre este particular han ocupado las páginas interiores de algunas publicaciones de prensa, y sólo durante un par de días, mientras la autoridades pertinentes se preocupan de declaraciones sin esencia.» (Revista «Hoy», 15-21 de marzo de 1978.)

e) Falta de trabajo y perspectivas para los profesionales chilenos debido a la crítica situación del país derivada de la política económica, lo que les obliga a emigrar para ganarse la vida. El presidente del Instituto de Ingenieros de Chile declaró a «El Mercurio» (25 de noviembre de 1976) que se registra un promedio mensual de renunciadas del 5,8 por 100 del total de investigadores y, al mismo tiempo, el 12 por 100 de los restantes solicitan permisos sin sueldo en forma periódica para ir a trabajar en el mercado externo, y muchos de ellos no vuelven. Ya en 1974, la Comisión Nacional de Investigaciones, Ciencia y Tecnología (CONICYT) había establecido que entre el 10 de diciembre de 1973 y el 10 de octubre de 1974 habían abandonado el país 639 científicos e investigadores, lo que significaba el 21,5 por 100 del total de ellos en el país. Hace dos años el Colegio de Ingenieros establecía, a esa fecha, el abandono del país de un 23 por 100 de sus profesionales, y el Colegio Médico, a junio de 1977, constataba que el 16,8 por 100 de los médicos había abandonado el país.

Habiéndose expuesto la causas, resulta sencillo deducir la soluciones.

10. Los principios básicos de la política universitaria han sido claramente definidos en la reforma de 1967-1969. Estimo que en lo esencial son perfectamente válidos. Democracia, participación, libertad académica, pluralismo ideológico, autonomía, relación plena con la sociedad, participación en el cambio social, carrera académica, preocupación moral y material por el estudiante, superación de la composición clasista de la Universidad, efectiva y amplia extensión universitaria, etc., no han perdido su vigencia,

hoy menos que nunca, justamente porque tales atributos de una auténtica universidad están suspendidos por la intervención militar de las universidades chilenas.

En una nueva etapa debería colocarse énfasis sobre: el estímulo a la relación estudio-trabajo; el mayor peso de los profesores de alto nivel en la decisión de los asuntos académicos (tal vez la creación de Consejos Académicos); el esfuerzo por incorporar a los niveles universitarios a otras capas de la población, especialmente a trabajadores e hijos de familias de bajos ingresos, y la puesta en práctica de un sistema universitario nacional más racional y eficiente, que elimine la duplicidad, cubra apropiadamente el territorio nacional y tenga como objetivos, ampliamente y sin sectarismos, las necesidades nacionales y las de las regiones que sirven.

* * *

No hay duda de que es un largo camino el que hay que recorrer. Pero me pregunto: ¿es necesario esperar a «un restablecimiento de la convivencia democrática del país? Creo que una tarea tan urgente e irrenunciable como la restauración de la universidad chilena hay que emprenderla desde este mismo momento. La Universidad no ha muerto en Chile, a pesar de todo, y su vitalidad le ha permitido sobrevivir. Mientras antes ayudemos a su reconstrucción, un mal mayor puede evitarse. Gracias al peso de la tradición universitaria, a la lucha popular por la democracia y a la actitud de muchos académicos y estudiantes que están en la Universidad, creo que gran parte de la médula de su acervo se mantiene y los académicos chilenos de dentro y fuera de la Universidad, de dentro y fuera del país, debieran cooperar a la restitución de los valores fundamentales de nuestra enseñanza superior. Se han denunciado al mundo los intentos de deformar gravemente la Universidad chilena y el mundo ha escuchado, comprendido y ayudado. Creo que podemos seguir teniendo ayuda para superar la crisis. Mi impresión es que la capacidad de supervivencia de los valores universitarios es aún tan vigorosa que éstos no pueden ser sepultados, y hoy más que nunca necesitan de toda la ayuda que se les pueda proporcionar.

En este sentido, la fuerza que representan los académicos chilenos en el extranjero, exiliados o no, es de mucha importancia para la restauración democrática de la Universidad chilena. Es necesario que los invitados por las universidades a volver, vuelvan; que los que sean autorizados por el Gobierno a volver, también vuelvan y, en lo posible, se acerquen a la Universidad. Es importante estimular la visita de académicos extranjeros de valor o interesar a los que han sido invitados a que acepten las invitaciones. Propiciar encuentros internacionales con visita de personalidades extranjeras y chilenos que están en el extranjero. Por otra parte, es necesario ayudar a los profesores y estudiantes que en Chile luchan por salvar lo que queda de la Universidad, consiguiendo becas de post-gradó para aquellos que se destaquen en la ciencia y en la investigación.

Entiendo que ésta sería una manera positiva de ayudar a la Universidad chilena a recuperar su antigua posición, lo que repercutirá, sin duda, en el restablecimiento democrático del país.

CARLOS MARTINEZ C.



4 y 7. Contesto juntas estas preguntas, pues me parecen muy ligadas entre sí, dado que tocan los conceptos de misión universitaria, el impacto de ésta en el cambio social y, por otra parte, la idea de democracia universitaria. Me parece que tales conceptos constituyen, en su interrelación recíproca, uno de los puntos más apasionantes dentro del debate actual sobre el problema de la educación superior en el mundo.

Sin embargo, antes de entrar en materia, me parece interesante una aclaración previa. Muchas personas —y muchos autores— hablan de misión de la universidad refiriéndose en realidad a otra cosa, más bien a las que son las funciones de ésta propiamente tal: la enseñanza superior y, según los casos, también la investigación, la extensión, la conservación, la creación artística y otras. En el texto del cuestionario, se plantea la idea «de servir al cambio social» como un aspecto de la misión de una universidad. No siendo experto en lingüística no me corresponde hacer un análisis en esta materia, sin embargo considero pertinente que aclaremos previamente nuestro lenguaje para evitar confusiones. Personalmente pienso que el más adecuado es el sentido que en el proceso de Reforma les dimos a los términos «función» y «misión» (que es el que Uds. emplean): el primero se refiere a las que son las actividades propiamente académicas, de las cuales la enseñanza superior es la única que no puede faltar, ya que es la que le da su especificidad a la universidad y, el segundo, es el que expresa los grandes objetivos que se quiere alcanzar con un determinado modelo de universidad, objetivos que, estrechamente relacionados con la región y la nación, se alcanzan en el campo de la ciencia, la tecnología, el arte y la cultura en general. Digamos, como ejemplo, que la universidad fascista de la Junta Militar, manteniendo las mismas «funciones» de la universidad anterior, presenta no obstante una «misión» que no es solamente diferente sino más bien su antinomia absoluta.

Veamos ahora las preguntas en cuestión. Pienso, en primer lugar, que la universidad chilena no empezó a servir al cambio social sólo con la Reforma, ni siquiera pienso que tal fenómeno haya desaparecido cien por cien en la universidad bajo la Junta Militar. No es un concepto absoluto ni puede analizarse en forma ahistórica. Pero puede transformarse, efectivamente, en una de las características sobresalientes de una etapa universitaria dada en una época histórica y en un medio dados. En la universidad chilena constatamos —como en todas las universidades del mundo hasta el día de hoy— que ella ha estado más comprometida o menos comprometida con el cambio social (¿re-

forma?, ¿revolución?) o con el orden establecido (statu-quo) según han sido las formaciones socio-económicas existentes y en ellas las condiciones del desarrollo y proceso de transformación de los modos de producción y el consecuente estado de la lucha de clases en el momento analizado. En este sentido, sea cual sea el espectro de clases que controle el poder en sus aspectos fundamentales, quienes lo detentan han tratado —y seguirán tratando— de hacer de la Universidad uno de sus aparatos de dominación ideológica, como así también el principal reproductor de cuadros dirigentes para el modelo de sociedad que impulsan. Sin embargo, simultáneamente, la lucha de clases que se desarrolla en el exterior de las aulas, se ha reflejado —y se continuará reflejando— en la lucha ideológica que, dadas las características de las funciones universitarias, tiende a desarrollarse en ellas en condiciones privilegiadas. Casi, podríamos decir, pasando a formar parte constituyente de ellas. De allí que, pese a la brutalidad de los militares fascistas, la lucha ideológica que sostienen los sectores antifascistas, aunque disminuida a su mínima expresión, no desaparece completamente en la Universidad chilena y, latente, tiende a expresarse de diversas maneras ocultas, semi-ocultas y, cada día que pasa, menos ocultas. Así, pues, la Universidad en los campos en que se desenvuelve y a través de las funciones que le son propias, va siempre a oscilar entre la misión de servir al orden establecido, apoyando la estabilidad de éste, y la misión de servir al cambio de sociedad. En cada caso, afianzando ideológica, científica y técnicamente a los factores que están, ya sea por el modelo vigente, o ya sea por un nuevo modelo de sociedad. El factor decisivo de una u otra tendencia no es, por supuesto, la propia Universidad, sino más bien la correlación de fuerzas vigentes en el medio social en el cual ella actúa. La acción de la Reforma ejerció en Chile sobre la actividad universitaria entre los años 67 y 73, que desarregló en buena medida el esquema de clases —y de poder académico— hasta ese momento existente, fue posible gracias al proceso que se desarrollaba en el exterior de la vida académica y que culminó con el Gobierno Popular el que, a su vez, dialécticamente, se beneficiaba en su política con la correcta aplicación de los principios de la Reforma. La política fascista de gobierno de la Junta Militar, así como el modelo fascista de universidad puesto en práctica, no son otra cosa que un esfuerzo extremo y desesperado —criminal en su ejecución— por retrotraer la sociedad —y las universidades— a condiciones de clase muy anteriores, favorables a quienes realmente promovieron y dirigieron el golpe de Estado de 1973. La solución fascista pasó por el aplastamiento de todo signo de democracia y de libertad académicos y por el desmantelamiento humano, material y presupuestario de las universidades. Es evidente que, por el momento, el imperialismo y los monopolios nacionales no precisan de universidades. Han preferido un remedo de ellas, que les es favorable por omisión, que aceptar la universidad anterior —auténtica a pesar de todo— que habría continuado a serles hostil sólo por presencia.

Y he aquí el otro aspecto planteado por las preguntas: la democracia y la libertad académicas. Sin duda que en la medida en que la lucha de clases permita en el país un desarrollo democrático generalizado, éste se expresará de manera importante en el avance particular de la democracia y la libertad en las universidades y, por consecuencia directa, en una mayor facilidad para que la lucha ideológica germine por todas partes en las aulas: una vez alcanzada tal situación, la Universidad deja de ser un instrumento dócil al poder establecido y se transforma insensiblemente en un agente cultural receptivo a las contradicciones más profundas de la sociedad en cuestión y, por lo tanto, capaz de formular respuestas que en muchos casos llevarán,

implícitas o explícitas, hipótesis de transformación y cambio social como condición esencial a la resolución técnica de los problemas que en ese momento aquejan a la población. Es por eso que es difícil separar las ideas de misión universitaria, de su acción en el cambio social y de las condiciones de democracia y libertad académicas. Y a mi juicio es difícil separarlas, sea que se trate de una sociedad predominantemente capitalista como de una sociedad predominantemente socialista, por la muy sencilla razón de que esta última seguirá también presentando en su seno contradicciones, que aunque algún día serán no antagónicas ni irreconciliables, será sin embargo necesario superar. Aunque estoy convencido de la necesidad de combatir el fascismo y el imperialismo en todos los frentes de lucha —y esto y, por lo tanto, por dificultar su existencia una vez derrotados, impidiéndoles usufructar de los nuevos niveles de la democracia y de la libertad que se conquisten— sigo también convencido que en la marcha hacia y por el socialismo debemos no sólo aceptar, sino crear las condiciones de democracia y de libertad adecuadas para que en las universidades encuentre su cauce natural la lucha ideológica no antagónica ni irreconciliable. Porque en tanto lucha, combate al fin, ésta debe aportar al desarrollo cultural, científico y tecnológico del país —y así también a su avance político y social— el rico fruto del debate pluralista, democrático y libre entre tendencias que visualizan vías, velocidad y sentido diferentes del desarrollo de la sociedad chilena.

5. En los medios universitarios nos encontramos a menudo con fervientes defensores y con implacables detractores de la «Reforma» de los años 67-69. Diversas circunstancias llevan a ello y tocan a la forma en que el proceso afectó a las personas y a los grupos, a sus actividades, a sus posiciones, a las relaciones con las regiones, etc. Sin duda que toca esencialmente a los enfoques políticos de universidad y sociedad. En lo que a mí concierne, no soy ni defensor ni detractor absoluto de ella. La considero una expresión más del gran proceso de liberación y democratización nacional que vivió el país en la década del 60 hasta septiembre del 73 y luché y trabajé por ella en tanto chileno y universitario comprometido en esa gran batalla. A medida que pasa el tiempo veo con más y más precisión cómo —guardando las diferencias específicas— en el proceso de Reforma se reflejó el proceso político que se desenvolvía a escala nacional. Tal como este último, la Reforma fue una experiencia profundamente positiva en sus rasgos fundamentales, aunque surcada en su interior por contradicciones gravemente antagónicas, y jalonada de errores de todo tipo de parte de quienes la sosteníamos. Ella fue también, en fin, testigo de la gran conspiración urdida por el fascismo contra el pueblo de Chile y sus instituciones más avanzadas, conspiración con la cual colaboraron no pocos que pasaron de victimarios a ser después víctimas.

La Reforma fue posible gracias a un consenso muy extenso en las fuerzas políticas chilenas. Ciertas transformaciones, postuladas por algunos sectores del capital chileno, desarrollista y modernizador, en especial aquéllos más ligados con la industria y el comercio monopolista, coincidieron con algunas sostenidas por los partidos y sindicatos de la clase trabajadora. Ganada la presidencia de la República, en 1964, por los primeros, agrupados alrededor del Partido Demócrata-Cristiano, es comprensible que hayan impulsado la Reforma Agraria, la Reforma Educacional y la Reforma Universitaria entre otras medidas de las más conocidas y, constreñidos a aumentar su base popular, hayan ensayado lo que se llamó la «chilenización» de la gran minería del cobre. Aunque ninguna de tales «reformas» correspondía a la manera como las fuerzas de la clase trabajadora más decididamente revolu-

cionarias y sus aliados concebían los cambios, no era menos cierto que en cada una de ellas había un poco de lo que éstas planteaban en sus plataformas de lucha. Hubo entonces grandes enfrentamientos, pero hubo también consensos. Uno de estos últimos se dio en las universidades chilenas: la Reforma de los años 67-69. En ese instante, tanto la DC y otros sectores de centro, la UP y sectores de extrema izquierda, coincidieron en la necesidad de asumir el poder universitario que, en importante medida, estaba en las manos de la extrema derecha y de sus acólitos. Crearon así en las universidades nuevas condiciones, superiores, de democracia interna y libertad académica. En 1973 había cinco Rectores DC, dos UP y uno de derecha. Las coincidencias consistían, en primer lugar, en un común anhelo de democracia, sobre todo de participación, de ruptura de los cacicazgos, de modernización, de superación de la universidad profesionalizante, de descentralización, de desarrollo científico y de diversificación de la docencia, etcétera. Coincidencia, en segundo lugar, en la medida en que la DC y la UP, aunque con muy diferentes objetivos, consideraban indispensable una modificación sustancial en las políticas universitarias vigentes.

Así se produjo la Reforma. Reforma muy moderada en los primeros tiempos (67-70) y mucho más radical en los últimos tres años (71-73). Como en todo proceso de democratización, en su nacimiento hubo errores y a menudo un descenso en lo que podríamos llamar el nivel medio académico. Era normal, se iniciaba la gran tarea de una universidad de masas para una sociedad de masas y era imposible, en los primeros años, mantener los niveles medios de las universidades anteriores, de élites, concebidas para una sociedad de privilegiados (lo que los fascistas gustan de llamar su «universidad de selección»). Lo que, no obstante, no fue obstáculo para que en los campos tradicionalmente más avanzados tuviéramos éxitos notables. Con la Reforma el país pudo comenzar, por primera vez en su historia, a formar sus propios doctores en algunas especialidades en ciencias exactas y naturales, y se crearon las carreras para científicos, las licenciaturas, que abrían las puertas de la universidad a los jóvenes que deseaban dedicarse profesionalmente a la ciencia. Se iniciaron decenas de nuevas experiencias: un Gobierno universitario con participación real de la comunidad universitaria; una integración estrecha de la docencia y de la investigación o de la creación artística, según el caso; una gran apertura a toda la juventud e incluso a los trabajadores adultos; un ensayo de relación orgánica entre las actividades académicas y las actividades de la producción y del servicio; nuevos métodos de organización docente menos profesionalizante y más flexibles y científicos; nuevos métodos de administración. En fin, fue una época en que no hubo esfuerzo que no se intentó con el objeto de elevar la universidad a más altos niveles de excelencia y eficiencia académicos, pero a la vez en una práctica más democrática y más ligada y comprometida directamente con el proceso de desarrollo nacional. Por supuesto, hubo también faltas muy graves. Errores de concepción estructural, por ejemplo, que dificultaron el ejercicio eficiente y rápido de la democracia universitaria. La integración de la docencia y de la investigación produjo a veces debilitamientos serios de la segunda. La falta de especialistas y de recursos entrabó gravemente algunos procesos de planificación y de administración de la enseñanza. El crecimiento cuantitativo fue más rápido y demoledor que el crecimiento cualitativo en varios sectores. No faltaron los actos penosos de sectarismo y de mediocridad tanto de un lado como del otro. Y al final, la desestabilización planificada y programada...

De la Reforma —y llamo así el proceso 1967-1973— sigue vigente lo

esencial de su espíritu, el cual sigue siendo válido para nuestra concepción de la nueva universidad post-fascista. Las condiciones serán otras, la aplicación práctica de aquel espíritu también. Ojalá un nuevo consenso, que no es claudicación para nadie, más largo y fructífero que el anterior, facilite la tarea de todos.

6. Estimo que la afirmación tiene validez, en la medida en que estoy convencido que la enseñanza universitaria arriesga, gravemente, de perder su calidad de función educadora y formadora de la juventud en los niveles superiores, si no está estrechamente vinculada a un proceso orgánico y sistemático —continuado por lo tanto— de búsqueda, reflexión y creación intelectuales que la nutra y le permita desarrollarse, enriquecerse y a lo menos actualizarse en lo que es el avance de la civilización —en general y en el campo objeto de aprendizaje— en cada momento dado y, muy especialmente, en lo referente a su propio medio nacional.

Durante la Reforma proclamamos algo que pienso sigue válido: la necesidad de integrar en la actividad universitaria la enseñanza superior, la ciencia y la cultura, estas dos últimas en su acepción más dinámica de investigación científica y de creación en todas las áreas del saber. Calificamos peyorativamente de «profesionalizante» el quehacer universitario en el cual la enseñanza superior se bastaba a sí misma y no realizaba simultáneamente investigación científica, ni mantenía ningún tipo de contacto significativamente valedero con aquella que se realizaba —en las áreas de su dominio— en otros institutos. Enseñanza practicada por personal docente que, en general, dedicaba la mayor parte de su tiempo a ejercer su profesión en el exterior, conforme al esquema clásico en que predomina el sentido comercial, privado, individualista y estrecho de las Ordenes, Colegios o asociaciones profesionales, incomunicadas y hostiles entre sí y ajenas a toda inquietud real en torno a la revolución científico-técnica y a la investigación profunda de la realidad nacional en su campo profesional. El modelo fascista de universidad retoma hoy drásticamente de nuevo este criterio profesionalizante, al dismantelar la investigación científica y al cerrar una gran parte de las escuelas o carreras que se salían de las profesiones clásicas.

Es importante agregar, en torno a la tríada mencionada, que ella es habitualmente interpretada, cuando se refiere a la investigación, como exclusivamente ligada a la ciencia y a la tecnología, dejando de lado la mayor parte de las artes. Muy por el contrario, pienso que en una política de educación y formación superiores concebida en función de las reales necesidades culturales de la sociedad, no se puede dejar parcial o totalmente marginadas a las artes. De allí que la enseñanza artística debiera estar comprendida, con iguales deberes y derechos en la docencia superior y, consecuentemente con la idea de Ortega que comparto, programar y desarrollar junto a ella la investigación científica en el campo de las artes y la creación artística propiamente tal. Estimo que la tradición universitaria chilena, de acoger en su seno la enseñanza y la creación artística facilitará, una vez superada la situación actual, que el progreso artístico chileno, volviendo a Chile y a sus Universidades, retome el ritmo extraordinariamente positivo que había adquirido en los últimos decenios.

Por último, en lo que no estoy en absoluto de acuerdo, es en lo relativo a esa función académica llamada «extensión». Paliativo demagógico de la universidad tradicional de clase, profesionalizante y elitista, al margen de los grandes dramas de la nación y del mundo, las actividades de extensión pretenden entregar, bondadosamente, una cultura simplificada, predigerida, a una población que no ha tenido ninguna posibilidad cierta de llegar a

la educación superior. Rechazo tal actividad como propia de una universidad. Rechazo su calidad de función académica. Es cierto, obviamente, que la Reforma no imaginó una función de extensión en los términos en que yo la describo, tal como se realizaba en lo que llamábamos la vieja universidad. La Reforma dijo que «la extensión debía ser una función universitaria esencial, obligatoria, permanente e integrada al quehacer de todo universitario»¹. Más, el error estuvo en que se habló de «una función universitaria», lo que nos llevó a crear «comisiones de extensión» y a llamar «extensionistas» a los que la practicarían preferentemente. Fue un grave error que produjo muchas desilusiones y problemas. No cabe duda que es a través de un nuevo enfoque de la docencia, de la investigación y de la creación artística —las funciones académicas auténticas— que vamos a cumplir «la tarea por medio de la cual la universidad se interrelaciona crítica y creadoramente con la comunidad nacional»². Cuando estudiantes, docentes, investigadores y artistas universitarios desarrollen sus actividades en un contexto nacional y académico, de profunda interconexión con la población y con la producción en todos sus sectores, es decir, cuando los modelos de sociedad y de universidad conciban como fundamentales las relaciones universidad-trabajo, en donde práctica teórica y práctica productiva se alimenten mutuamente, entonces, aquello que alguna vez llamamos extensión, bien entendida y bien practicada, pasa a ser no una nueva función académica en el sentido que la entendemos normalmente, sino simplemente una nueva práctica de la docencia, de la investigación y de la creación artística: una nueva práctica académica en una nueva práctica social que hace de la universidad, no un «templo del saber» destinado a unos pocos personajes de «selección», sino el lugar donde la ciencia, la tecnología y el arte, en sus máximos niveles de excelencia abordan, en estrecho contacto con la vida auténtica del pueblo, la búsqueda de soluciones a los problemas que enfrenta la nación. Es el concepto, si se quiere, de universidad «extendida», abierta más bien, en su totalidad orgánica y en sus más altos niveles. No en una función especial separada de las otras y a gotas. No dando benévolamente, sino más bien recibiendo. Y recibiendo lo más importante que precisa su tarea de creación intelectual: la experiencia de la práctica social, en sus fuentes, en todas sus expresiones, directamente asentada en la realidad del medio.

10. Estoy convencido que la caída del fascismo en Chile no está muy lejana, y estoy convencido, por lo tanto, de la necesidad de emprender cuanto antes una meditación global sobre el futuro de nuestras universidades. Es una tarea que —exiliados o no— los universitarios debemos encarar ahora: definir una plataforma básica común a todos los antifascistas, que nos ayude a evitar en el momento del cambio errores irreparables, y que muestre cuán falsa es la teoría de los hombres del régimen fascista cuando afirman que después de su «orden» vendrá el «caos».

Después del fascismo —como lo señala Luis Corvalán en un párrafo de su informe al último Pleno del PC chileno— nada será en Chile igual a como era antes. La Universidad será, desde luego, profundamente diferente a lo que es bajo el fascismo, pero no puede ser idéntica tampoco —porque nosotros habremos aprendido muchas lecciones— a lo que fue en el período de la Reforma.

¹ y ² Comisión Nacional de Extensión y Comunicaciones: «Aspectos Doctrinarios y Políticos de Extensión Universitaria». Santiago, U. de Chile, Documentos Universitarios, p. 13, 1970.

Creo que las grandes tareas que surgirán para las universidades no se apartan de los grandes objetivos generales comunes al Chile post-fascista. Creo que en el caso de ellas, las líneas dominantes deben ser las siguientes: 1) Superar las lacras del fascismo en la vida académica y coadyuvar a conseguir otro tanto en el conjunto de la educación y de la vida cultural. 2) Aportar al cambio social, mediante la acción por erradicar la dependencia y el subdesarrollo cultural, científico y técnico, males que han sido agravados al extremo por el fascismo. 3) Esforzarse por alcanzar los niveles de excelencia académica y de eficiencia en la organización institucional, necesarios para enfrentar los dos grandes desafíos que hoy se plantean junto a la revolución y el cambio social: la revolución científico-técnica y la revolución cultural, articulando y facilitando esta última el desarrollo de las dos primeras.

En un documento redactado en Santiago, en 1975, se señala que «en Chile el arte aparece como un adorno innecesario e inútil, la ciencia como una inversión no rentable, la actividad intelectual francamente sospechosa y las universidades como focos conspirativos». Esta realidad muestra cuán objetivas son las tareas que competen a la Universidad, y aunque los cambios que ésta pueda propugnar es evidente que están condicionados a los cambios y a las condiciones exteriores generales, nuestra lucha comienza desde ahora por restablecer una nueva Universidad que retome los principios de autonomía, de democracia y de pluralismo ideológico, junto a la libertad de cátedra, de investigación y de creación artística.

Sin el ánimo de ser exhaustivo deseo, por último, señalar algunos problemas que ninguna política universitaria futura puede olvidar en las circunstancias de un cambio político decisivo.

El primero está ligado a lo que se ha dado en llamar «éxodo de cerebros» y «apagón cultural», denominaciones un tanto eufemísticas puesto que se trata de la acción y los resultados de la represión fascista aplicada a la vida cultural. Creo que una tarea prioritaria es la recuperación para las universidades de los miles de cuadros hoy en el exilio o cesantes en el país. Es una tarea de tal magnitud que, llegado el momento, el asunto deberá ser abordado, en mi opinión, no en forma separada y particular por cada servicio, sino de manera planificada y oficial por el propio Estado, y quizá sí con la ayuda de las Naciones Unidas o la UNESCO.

El segundo problema se refiere a lo que es el objeto de la Universidad: la juventud, la ciencia y la cultura en general. Nuestra lucha debe encaminarse a reivindicar el principio de que la educación —y dentro de ella la educación superior—, la ciencia y la cultura son preocupaciones fundamentales del Estado, el que se hace cargo en sus grandes líneas de su financiamiento y de tomar las medidas de orden nacional para su adecuado funcionamiento y desarrollo. Educación gratuita y política de becas para los estudiantes, y recursos y facilidades para los profesores, científicos y artistas son premisas para una nueva Universidad.

Finalmente, la Universidad chilena como organismo. En contra de lo que muchos puedan opinar, estimo que no es el tipo de estructura y organización el problema esencial, en tanto se den condiciones correctas de libertad y democracia interiores. Un nuevo proyecto de universidad basado en los principios que hemos reseñado, creemos que encontrará, sin grandes dificultades, las estructuras que le convienen y que corresponderán a su misión y a su realidad. Valga la pena hacer sólo una observación: El proceso de los años 67 al 73 consiguió buenos avances en las estructuras a nivel de cada Universidad. Nada se avanzó en ese momento, sin embargo, en la estructuración del sistema universitario a escala nacional, ni nada ha hecho

tampoco en este terreno la Junta fascista, pese a detentar el poder absoluto. He aquí entonces una gran tarea: darle al sistema universitario una estructura nacional que, sin atentar contra el principio de la autonomía universitaria, permita ligar la planificación de la actividad de cada casa de estudios con la planificación general de la educación, la ciencia y la cultura y, además, con la planificación del desarrollo nacional en su conjunto.

EDUARDO RUIZ CONTARDO



1. Creo que es aventurado decir que un rasgo importante *de la cultura latinoamericana* es su carácter dependiente. De lo que no cabe duda, es que la dependencia genera aberrantes distorsiones en sus manifestaciones y desarrollo y en el sentido y objetivos de la Institución Académica. En nuestros países el condicionamiento a la universidad se produce a partir de los complejos mecanismos de la dependencia; resulta entonces que o contiene ningún grado de autonomía promisorio para un énfasis creativo, por ello cuentan con indudable limitaciones para el cumplimiento de su tarea científica y tecnológica. En el concierto internacional de la creación científica, la tarea de la universidad latinoamericana se ha tenido que limitar fundamentalmente al desarrollo de procesos de reproducción y de difusión, generándose articulaciones dependientes de centros foráneos de aparente excelencia.

Manifestamos nuestra convicción en orden a la responsabilidad que corresponde a las universidades latinoamericanas, por constituir los cuerpos de representación fundamental de la intelectualidad en cada país, en orden a integrar, canalizar y organizar la actividad de los hombres creadores con el sentido de un compromiso histórico-cultural con sus pueblos. De ahí la necesidad de una mayor claridad respecto de su función y del contexto socio-cultural en que se mueve. Valga entonces referirnos a estas cosas en términos de un «quehacer».

En la polémica sobre estos problemas generalmente nos encontramos con menciones no integradas entre sí de problemas como: la necesidad de una cultura de masas; cuál debe ser el papel de la ciencia; la recuperación y afirmación de lo propio, y, naturalmente, la definición de la función

universitaria, etc. Nos parece que deben apreciarse todas ellas como expresiones más o menos específicas que se integran como problemas propios de la génesis de los proyectos culturales nacionales. En otras palabras, que todas estas connotaciones necesariamente se integran conceptualmente en un todo; así no podríamos hablar de una cultura nacional si no resulta de una amplia participación creativa de las masas y si no deriva en su beneficio; y si por otra parte las conquistas de la ciencia y la tecnología, así como las creaciones artísticas no se transforman en bienes culturales colectivos, haciendo desaparecer las castas de «hechiceros modernos». También la universidad se tendría que entender no como un templo esotérico para elegidos, sino como centros integrados socialmente, tanto en relación a su producto como a su comunidad. Surge también, de la misma manera, un sentido social nacional para el papel del profesional, aquel «hombre culto» con sentido histórico de su función que pasa a ubicarse legítimamente en el universo nacional dinámicamente proyectado. Pero todo lo anterior, para que adquiera esa dimensión requiere una concepción *social nacional de la capacidad creativa*; en este sentido nos parece necesario empezar por reconocer que la vida cultural está integrada por todas las formas y niveles de creación que cotidianamente una nación está implementando. Debemos llegar a concebir una muy amplia y compleja cadena en que se inserta cada hecho. Entendiendo que comienza en los rasgos históricos que advertimos en los usos y costumbres colectivos e individuales, en el campo y en la ciudad, que practican nuestros pueblos y que permanentemente se están enriqueciendo con la experiencia y las necesidades de su precaria subsistencia; se integran a esa cadena también todas las formas artesanales de producción y las tecnologías mayor o menormente complejas. Apareciendo en la cúspide del sistema las creaciones más sofisticadas de carácter artístico y científico. Todas estas instancias son verificables como hechos permanentes en cada sociedad, pero no adquieren su condición de integración si no son reconocidas como partes, necesarias y vitales en un sistema total. Muchos son los factores que actúan en su desintegración, *las formas de la dependencia cultural no son sino mecanismos que interrumpen este continuum, desgajando algunas de sus partes y haciéndolas depender de otros sistemas culturales*. El desprecio que los «intelectuales tradicionales» tienen por la cultura popular constituye una forma interna de desintegración. En suma, no adquiere su vitalidad real si no hay un reconocimiento mutuo entre sus partes, y de la importancia que esto tiene para consolidar una capacidad creativa que adquiera las proyecciones de *proyecto cultural histórico nacional*. No se trata de concebir lo nacional como autosuficiente y, por consiguiente, despreciar los aportes de la cultura universal, pero éstos pasan a adquirir su verdadero reconocimiento y dimensión cuando se integran, ahora más conscientemente, a un devenir propio más consolidado, la comprensión de ellos adquiere la dimensión de un real aporte y no de una dependencia o sentimiento de minusvalía cultural.

Intentos como los planteados pueden darle un sentido consistente a la institución académica, en términos de la recuperación de la verdadera realidad cultural de cada país y, por consiguiente, de la búsqueda del proyecto histórico nacional. Así, muchas de las demandas que se postulan en los procesos de reforma universitaria pasan a tener sentido, como: la democratización universitaria, la enseñanza vinculada a la realidad, el pluralismo académico, etc., y particularmente, el rol de la juventud intelectual. Esta construcción académica será la verdadera arma contra las formas de dependencia cultural.

2. Como ya dijimos, las universidades latinoamericanas representan en sus respectivos países la realidad cultural de ellos. Es un hecho que las instituciones académicas son centros que intentan la integración y organización de la actividad cultural. Por otra parte, pareciera superada la dimensión académica clásica que abstraía a los universitarios de la participación política. Como consecuencia, es notoria la inserción creciente de miembros universitarios, en la tarea política de sus respectivos medios. La resultante es obvia: las universidades pasan en latinoamérica por un período de violenta represión. De hecho, se vive una situación de inestabilidad académica por el riesgo constante de la eventual intervención gubernamental y policial. Las violaciones de la autonomía universitaria están constituyendo buenos indicadores del grado y contenido del conflicto político en cada país. Las limitaciones a la publicación, difusión e información son normas cotidianas impuestas a gran parte de las universidades de nuestra América Latina. La crisis capitalista, que más la sufrimos nosotros que la metrópoli, sin duda acarreará mayor coacción a las universidades. Lo anterior define externamente el carácter de la vida universitaria en nuestros días, por consiguiente, es el medio en que se efectúa nuestra tarea.

La experiencia vivida en Chile, especialmente en los años del Gobierno de la Unidad Popular, nos generan inquietudes respecto de nuestras universidades. Nos preguntamos, ¿hasta qué punto el conflicto social en nuestro caso, por su magnitud y profundidad no nos adelantó la visión real de lo que debe ser la universidad latinoamericana? Estamos conscientes que el voluntarismo académico difícilmente permite llegar a la aprehensión de las demandas reales que entabla un pueblo. Pero también es claro que el acontecer social en un país latinoamericano es parte de toda nuestra historia como Continente y en tal sentido pudiera estar reflejando las situaciones latentes que requieren un descubrimiento oportuno y previsor. Todavía más, cuando la tarea de la liberación de nuestros pueblos debe ser la preocupación esencial de los hombres «cultos».

Resulta entonces, que con la relatividad de las dimensiones nacionales del conflicto, hay un requerimiento permanente, en orden a la recuperación de los proyectos histórico-culturales en cada nación. Esto implicará la búsqueda de formas y fases específicas, válidas para cada contexto, que intenten recoger la vitalidad creadora de los pueblos e integrarlas a todas las etapas del quehacer cultural y científico. Surgirán entonces los caminos de imbricación de la universidad con el pueblo, de búsqueda de la propia realidad cultural; de conceptualización de los rasgos que asume la dependencia cultural; del sentido no eufemístico de la democratización de la universidad; de las técnicas didácticas más apropiadas a la formación de un profesional con conciencia social de su trabajo, etc. Es imprescindible también, denunciar sin ambages el papel mediatizador y de poder favorable al sistema que cumplen nuestras universidades. En suma, se trata de descubrir objetivamente la realidad dinámica de nuestros pueblos, único sentido realmente científico para nuestros institutos académicos. Creo que nuestra experiencia nos permitió constatar carencias de la función académica, que salvando la especificidad nacional, se advierte en toda Latinoamérica. La superación de la crisis académica en la región dice relación, a nuestro juicio, con una real superación en la consecución de los objetivos antes delineados.

Estas experiencias pueden constituir nuestro fundamental aporte a la identidad y desarrollo cultural latinoamericano.

3. El problema debemos ubicarlo en las complejas formas de dominación político-cultural. Ya es tiempo que se trabaje sistemáticamente el contenido

de lo que la burguesía de nuestros países llama nuestras «culturas nacionales», para desentrañar cuanto de falso, carente de originalidad y con función manipuladora encontramos en él. Sin embargo, debemos aceptar su capacidad rectora, que le permite englobar a toda la sociedad e instrumentalizar hábilmente la historia y los rasgos culturales autóctonos. Todo lo cual lo dimensiona convenientemente a los efectos de legitimar sus formas de dominación y de lograr en instituciones como la universidad la inserción de objetivos y formas orgánicas compatibles con sus intereses. Lo anterior tiene implícita la referencia de excelencia externa de las grandes naciones capitalistas como creadoras de la cultura moderna, lo que en el interior contribuye seriamente a un conformismo intelectual que termina solo por reproducir ciencia y tecnología importada. Sistemáticamente se van limitando las expectativas de creación y, por consiguiente, los esfuerzos científicos y tecnológicos. Además desde las metrópolis se discuten las capacidades técnicas y científicas de nuestras universidades, manejándose imágenes de atraso que se contraponen a culturas superiores, sin embargo, no hay dificultad para promover la captura masiva del producto de nuestros institutos, tanto en cuanto a sus éxitos científicos, como en cuanto a los profesionales que formamos. La llamada fuga de cerebros ya adquiere caracteres masivos y se suman por decenas de miles los aportes humanos que hacemos a los países supuestamente desarrollados.

Bajo la argumentación de la necesidad del desarrollo y de obtención de recursos para ello, se establecen convenios a través de los cuales se canaliza la importancia de «expertos» y la formación de los «nacionales» en el extranjero. En estos esquemas las prioridades se imponen desde la metrópoli, puesto que las líneas que ellos aceptan obtienen los recursos necesarios. El modo de producción científico comienza a guiarse por las leyes capitalistas. Hay un mercado en el cual se formula una demanda, entonces el trabajo científico pasa a ser una mercancía. Resultan legítimos y eficaces los mecanismos de incentivos económicos, premios, puntuación, derechos de autor, etc., todo lo cual consigue desviar a nuestros profesionales de una búsqueda nacional.

No se trata de concebir lo nacional como autosuficiente y, por consiguiente, despreciar los aportes de la cultura universal, pero éstos pasan a adquirir su verdadero reconocimiento y dimensión cuando se integran, ahora más conscientemente, a un devenir propio más consolidado, la comprensión de ellos adquiere la dimensión de un real aporte y no de una dependencia o sentimiento de minusvalía cultural.

Me parece que éstas son las situaciones y peligros que considerar frente al problema y de ahí sacar como conclusiones: a) buscar en primer término los mecanismos de perfeccionamiento en el propio país o en latinoamérica, organizando centros o institutos calificados con asesoría y aportación extranjera, pero en el marco de la definición nacional; b) utilizar los mecanismos de perfeccionamiento en el extranjero sólo cuando esta necesidad arranca de un proyecto claramente imbricado en necesidades científicas claramente integradas a proyectos nacionales.

4. Creo que ya no cabe duda alguna respecto del papel que la Universidad tiene en la historia político-social de un país. Las formas, dirección e intensidad de su rol, es un problema de poder. Ya se trate de un «cambio social» o de una «regresión total» como ahora se intenta en Chile. Si no se entiende así el problema no habría explicación para la brutal represión de la universidad y de toda la intelectualidad que desencadenaron en nuestro país.

La universidad reproduce las formas esenciales que reviste la lucha de clases bajo los tamices de sus propias peculiaridades, fijados por el modelo de relación culturales de la sociedad, que tienen como sostén «la tradición cultural nacional» y las características del sistema educacional. Constituye una caja de resonancia de lo externo, asimilando el conflicto conforme a las especificidades derivadas de su conformación y funciones. Es una institución eminentemente sensible a la coyuntura conflictiva, pero precisa de una «neutralidad» institucional para cumplir sus funciones.

Valga recordar que la universidad es un producto de la sociedad a la cual pertenece; por consiguiente, para cada momento se darán características específicas en su interrelación con el contexto social de referencia. Dicho de otra manera, la universidad responde en cada momento a un determinado estadio del desarrollo económico, social y político, el cual generará demandas específicas a la institución académica y las características de ella estarán marcadas por los rasgos esenciales de las mismas.

Por otra parte debemos anotar las dimensiones específicamente políticas de la universidad. Constituye un «centro de poder» que tiene un ámbito y medios propios de ejercicios; y es un instrumento de una clase o de fracciones de ella para su inserción en la estructura de poder y su medio eficaz de manipulación ideológica.

A esta altura del problema conviene recordar la complejidad de las tareas universitarias, permitiendo su desglose visualizar con más precisión las fuentes de sus tipos de conflictos. En primer término están presentes las formas de vinculación de la institución académica al sistema de dominación; ya advertíamos las características instrumentales y como centro de poder que tiene la universidad; debe hacerse también breve mención de sus funciones ideológicas legitimantes, mediatizadoras del conflicto, de instrumento de la pequeña burguesía, etc. Otro rasgo que está presente es la demanda objetiva que proviene del aparato productor, situación que responde al carácter del desarrollo económico vigente. En tercer término se requiere tener presente la composición interna de la comunidad universitaria, las formas como se distribuyen los grupos ideológicos, grupos de intereses, etc. Finalmente, cierto tipo de conflictos surgen de lo que se ha dado en llamar la «demanda subjetiva hacia la institución», es decir, la presión que pueden ejercer algunos sectores sociales para lograr ser favorecidos con el producto de la universidad.

Sin embargo, ya no es motivo de duda que la universidad está lejos de constituir el escenario real en que se manifiesta la contradicción esencial que se da en la sociedad. También es dable afirmar que se expresan en su interior y adaptadas a sus propias características institucionales ciertas representaciones ideológicas de la contradicción externa. Es decir, lleva en su seno la negación de su existencia actual; sin embargo, no podemos pretender que esta negación realmente esté expresando la formulación de una concepción clara y alternativa de la contribución que puede hacer la universidad al devenir de los cambios en América Latina. Creo que más bien sólo tienden a expresar reflejamente las actitudes antisistema que con mayor o menor claridad en cuanto estrategias políticas se dan en los contextos nacionales. En otras palabras, salvo con raras excepciones no advertimos proyectos alternativos que se expresen para las universidades, respetando su especificidad en cuanto funciones y limitaciones para concurrir al cambio histórico.

Es preciso constatar la debilidad que en materia cultural presentan los proyectos políticos más radicales que se advierten en América Latina, con la

excepción de Cuba, lo cual sin duda expresa ciertas debilidades de esos proyectos, todo sin perjuicio que reconozcamos el fortalecimiento de la lucha revolucionaria en la región. Pero no podemos pretender resolver *a priori* el curso de la historia y la coherencia e integridad del pensamiento revolucionario, que como dicen Marx y Engels en *La ideología alemana*: «presupone ya la existencia de una clase revolucionaria.» De ahí que podamos afirmar que en cada país hay una historia intelectual ligada a la historia social, y que, por consiguiente, nuestro concepto de universidad tiene que arrancar de esa propia historia en cuanto consiste en un sistema de conflictos de clase y de explotación imperialista. Sólo en estos términos le podremos dar una dimensión real a su relación con el cambio socio-político de nuestros países, y permitirle un rol importante en ellos, sobre todo ahora en que se trata por todos los medios de destruir cualquier intento que en lo cultural pudiera llegar a constituir un modelo peligroso para los mecanismos de dominación y explotación brutal que la agonía capitalista requiere en nuestro continente. Es por eso que debemos mantener el esfuerzo en la búsqueda constante de las formas y vías que en materia cultural corresponden más seriamente a la lucha que libran nuestros pueblos por su liberación y construcción de sociedades más justas. No olvidemos la interacción recíproca que ocurre permanentemente entre el mundo de las ideas, la creación y las formas de organización de la riqueza y el trabajo.

5. La Reforma de 67 a 69, como todo proceso de cambio académico fija en una primera instancia, un nuevo marco institucional que supera las formas excluyentes y restringidas del manejo universitario que hasta entonces imperaban. Se abren los cauces de la participación de toda la comunidad y se actualiza, por consiguiente, al interior de la universidad el juego democrático que las mayorías reclaman en el ámbito nacional. Son las condiciones básicas para superar las deformaciones tendenciosas y elitistas que un manejo restringido puede ocasionar. Es decir, se entregan los medios para enriquecer la confrontación y el diálogo universitario en los términos existentes en el país. Es a partir de ese marco que se ponen a prueba los contenidos de las funciones formativas, científicas y culturales de la universidad, es decir, se logra el enjuiciamiento de la función social y nacional que la corporación estaba cumpliendo. No otra cosa se podía exigir a las acciones llevadas a cabo en los años 67 y 68. Entendido así el problema, y ahora con un horizonte de reflexión mucho más amplio, creemos que entonces se llegó a logros altamente significativos y que enriquecieron el debate teórico e ideológico de la universidad en cuanto a su sentido y formas de acción.

Naturalmente, que el enjuiciamiento sustantivo debía recorrer etapas más largas. La discusión sobre el sistema de roles profesionales, sus contenidos, la función de la investigación científica, el papel de la llamada extensión universitaria, el verdadero sentido de la autonomía, de la democratización de la universidad, etc., deberían enfrentarse a largos procesos de discusión y confrontación dentro de la comunidad académica y en la cual también participarán los actores nacionales del proceso histórico. Todo esto empieza concretamente desde el mismo momento en que se consagra la nueva institucionalidad académica, pero sin duda su prueba esencial comienza con las transformaciones sociales y políticas a partir de 1970. La universidad se convulsiona, sus conflictos se hacen más patentes, en la medida que está recibiendo el impacto del cambio y está buscando sus formas de adecuación a dicho proceso. Una universidad acostumbrada a

servir a una clase dominante y a sus proyectos económicos y sociales debe actualizarse en función de las nuevas necesidades nacionales, institucionales, políticas, tecnológicas, culturales, etc., que impone el desarrollo de los proyectos políticos populares. Decir esto está más allá de la concepción de una universidad militante, es tan simple como entender de que todas las instituciones del país, incluso las académicas, deben estar al servicio de los objetivos que las grandes mayorías se plantean. A pesar del corto tiempo que tiene esta segunda fase del problema, se empiezan a advertir indispensables revisiones en materia de formación profesional, así como en términos de una investigación científica de urgencia que lograra palear los efectos de un bloqueo tanto interno como externo. Esto que naturalmente empieza a formularse como una gran potencialidad renovadora, constituye la verdadera razón de la brutal represión llevada al seno del mundo intelectual y académico. Se pueden permitir muchos avances pero no que el contenido espiritual de la nación pase a ser manejado por la base misma de la sociedad y en un constante superar los elementos de manipulación que hacen a la subsistencia de esquemas injustos.

6. La tríada citada refleja la necesidad de organizar con alguna especificidad las funciones de la universidad, lo cual naturalmente implica un buen grado de formalismo y de convencionalismo. La validez de ella debe estimarse más allá de esos elementos.

La docencia constituye el rasgo esencial de la corporación académica desde que en la historia nos encontramos con instituciones que resuelven el problema de la reproducción de equipo humanos. Surge la institución universitaria por la necesidad de lograr una continuidad en el uso y acumulación de conocimiento, todo esto adecuado a las necesidades que cada sociedad y en cada época plantean. La investigación científica va surgiendo conforme el desarrollo del hombre exige una búsqueda de explicaciones coherentes de la realidad natural y, posteriormente, social; pero esta función no es necesariamente incorporada a la institución universitaria, incluso hoy en los países de más alto desarrollo, tienen soluciones privadas en los capitalistas, y por otras instituciones en los socialistas. En América Latina, sin embargo, casi en su totalidad corresponde a las universidades. De cualquier forma, lo que se enseña es lo que se conoce, o lo que se reflexiona en torno a los hechos que se manejan; y entre los que aprenden habrá muchos que buscarán seguir conociendo, lo que los llevará a investigar; por consiguiente, existe una relación indiscutible entre docencia e investigación y su separación no es más que formal.

La «extensión» todavía se maneja en términos clásicos. El concepto denota una separación entre la comunidad universitaria y el contexto social, de alguna manera refleja la idea de «una torre de cristal». Se establece, por consiguiente, un sutil puente entre esta aislada comunidad y el pueblo lego e inculto. Actualmente es imposible mantener dicha concepción, y eso sin esgrimir consignas como la de la universidad comprometida. Por otra parte, el problema tampoco se resuelve estableciendo una confusión entre la idea de comunidad académica y la de sociedad, o más claramente la de pueblo. Por todo, el problema nos lleva a la necesidad de buscar una ecuación que no considere la sociedad y, particularmente, el pueblo como un mero receptor de una creación cultural que se efectúa en la universidad, mensaje que en cuanto a su contenido, formas e intensidad estaría definido por el académico. Esto carece de sentido cuando partimos de la concepción de que la creatividad nacional radica en todo un pueblo y que la institución

académica debe lograr una sensibilidad ante ella que le permita aprehenderla e incorporarla a los niveles de mayor sofisticación cultural. En otras palabras, la ecuación debe consultar la verdadera relación dialéctica del conocimiento y la creatividad entre un pueblo y una comunidad científica.

7. La libertad constituye un presupuesto necesario para el desarrollo cultural, sin embargo, en la medida en que el avance de la cultura en todas sus manifestaciones nos acerca al recuperación de la verdadera realidad y, por consiguiente, a los elementos que en la base generan sistemas injustos y represivos, se pone en peligro la vigencia de esa misma libertad. Debemos tener siempre presente este proceso natural y, por consiguiente, entender que a partir de su propia reforma en cuanto intento de inversión en una cultura de masas, la universidad debe ir generando las formas de defensa social que requiere la institución y que están más allá de sus puertas. Nos parece importante reiterar que el sentido de la defensa se debe al contenido preciso que se logra por la necesidad que tienen nuestras instituciones académicas de revisar su verdadero papel.

Se plantea siempre la conservación de un ambiente democrático y pluralista dentro de las universidades; esto sin duda es legítimo, entendiéndolo como el medio que posibilita el debate más amplio respecto de las formas y mecanismos de articular un *proyecto cultural histórico nacional*. No se debe entender, a mi juicio, como mecanismo de funcionalización de cualquier tipo de contradicción ideológica; para empezar deben descartarse, naturalmente, todas aquellas versiones retardatarias e instrumentalizantes que no contribuyan a hacer de la universidad una pieza angular en el desarrollo cultural integrado de una nación. Sólo entonces se pueden discutir ampliamente las fórmulas de adaptación de la universidad a los objetivos planteados y se puede, por consiguiente, cumplir el papel que de hecho le corresponde en todo el sistema educacional de una nación, ya que está demostrado que la reforma del sistema educacional debe empezar con la reforma de la universidad.

Intimamente vinculado con estos problemas está el de la autonomía universitaria que pasa a tener una dimensión política especial, en términos de constituirse en un valor nacional que garantice su libertad *democrática* y las condiciones para su funcionamiento, es decir, debe entenderse una autonomía integral política, cultural y material.

Se presenta así una tarea inmediata cual es la defensa solidaria que todo el sistema universitario latinoamericano debe realizar en torno a la mantención de las prerrogativas que le permitan una vida adecuada para la consecución de sus objetivos fundamentales. Además, y en relación a esto último, deben buscarse las formas de reactivación de una comunicación y diálogo interuniversitario en función de la búsqueda constante de sus roles históricos sustantivos. Nos llama la atención que en las reuniones científicas internacionales sólo en forma ocasional y tangencial se toca el problema. Más aún, no se advierte una política clara en este sentido de los organismos internacionales rectores y conservadores de la cultura.

8. Las medidas de autofinanciamiento, total o parcial, normalmente representan una concepción muy reaccionaria de la función educativa en general. Puesto que elimina ésta de entre las funciones públicas del Estado y automáticamente las libra al ejercicio y la influencia privadas; cuando más, mantiene como funciones públicas y con apoyo financiero estatal, aquellas esenciales para el modelo económico vigente. Normalmente, cuando se

plantea para la enseñanza superior, está reflejando criterios que en algún momento se insertarán en el resto de los niveles educacionales. Su carácter reaccionario puede advertirse además desde otros ángulos; por una parte, significa una concepción elitista y discriminatoria de la educación; por otra, la educación implica una inversión que posteriormente tendrá que ser lo suficientemente rentable. Me parece el problema suficientemente claro y la democratización del país tendrá que tener, como uno de sus aspectos fundamentales, la recuperación de la educación pública en todos sus niveles «como atención preferente del Estado».

Muchas veces se pretenden justificar soluciones de educación no gratuita, especialmente para la universidad, argumentando que quienes llegan a ella no son precisamente de los sectores más desvalidos, y por consiguiente, se pretende revertir a dichas medidas de un hálito de justicia social. Sin embargo, si se trata de una sociedad capitalista y de un gobierno con intenciones reformistas que busca mantener servicios fundamentales a la sociedad, como la educación, sobre la base del mayor esfuerzo de los poderosos, lo debe lograr a través de otros mecanismos, como el sistema impositivo, es decir, aquellos que hacen justicia en las formas de financiamiento del gasto público, pero no aplicando un sistema de tasas específicas a la función educadora.

9. El problema tiene varias dimensiones: a) el «robo de cerebros» uno de los mejores negocios del imperialismo cultural, aun cuando se esmera en despreciar la cultura latinoamericana y sus niveles de desarrollo; b) «expulsión de cerebros» por persecución política, situación nunca vista en Chile e inaugurada en septiembre de 1973, en esta categoría se incluyen extranjeros; c) «liquidación de cerebros», también es una categoría que tiene un origen político reciente y significa la aniquilación física y mental así como la muerte de intelectuales. La historia lo recordará y reconocerá sus aportes, así como estigmatizará para siempre a los culpables; d) la «pérdida de cerebros» también es una categoría que se inaugura a partir de 1973 y se debe a la liquidación de los centros académicos y culturales, dentro de la política de «muera la inteligencia» y de traslación de la riqueza nacional a los bolsillos de los uniformes y de las transnacionales. En este caso los cerebros transhumantes buscan otros lugares para vivir y enriquecen voluntariamente y de buena fe otros países más hospitalarios; e) el «embrutecimiento de cerebros», es una nueva experiencia y se logra haciendo de la educación en general un sistema oscurantista, reaccionario e increíblemente primario por la influencia que en él tienen los militares; f) finalmente, y para no seguir porque las categorías son infinitas, hasta llegar a los descerebrados, nos resta hacer mención de los «cerebros vendidos» que resultan de las políticas siniestras del imperialismo de compra de voluntades que al interior de nuestros países expresan su enajenación en las formas más reaccionarias, llegando a justificar a los «descerebrados» que pretenden gobernar la cultura y los seres racionales.

Frente a todo esto lo único que corresponde es liberar el país, democratizarlo, para que se vuelva a pensar en sentido nacional y colectivo, tanto en lo político, económico y cultural. Así se recuperan las funciones que en todo país civilizado y progresista como el nuestro existen y donde encuentran cabida los «cerebros» conscientes y patriotas.

10. Me parece altamente compleja la consulta, sin embargo, es muy conveniente empezar a levantar un debate, un intercambio de ideas en torno

a la recuperación de la institución universitaria, pero a mi juicio visto en un contexto más amplio como es la recuperación cultural del país. Por de pronto adelantaremos algunos criterios, sin pretender agotar ni la primera parte del problema. Esto nos lleva inicialmente a la búsqueda de un diagnóstico objetivo que refleje cabalmente la precaria situación actual.

A lo menos se pueden establecer fehacientemente algunos parámetros básicos: a) eliminación de todo estilo democrático en la relación social de carácter cultural, tanto en las universidades como en el resto de las instituciones pertinentes; b) desprecio por las expresiones culturales populares; c) sentido utilitario de la institución académica en función de necesidades específicas del modelo económico y de las expectativas de las clases altas; d) destrucción de equipos y de comunidades científicas y culturales que no son de interés instrumental; e) pauperización absoluta de sus patrimonios y financiamientos. En suma, la institución académica, como eje de la actividad cultural de nuestros países pierde absoluta vigencia y sólo pasa a ser un instrumento de funciones y expectativas específicas. Es la ideología capitalista imperante que hace resonar de nuevo aquella vieja y dramática frase «muera la inteligencia» a través de esbirros por ella entrenados.

Se trata entonces de a lo menos recuperar una institución académica que al igual que en el resto de latinoamérica se había transformado en el eje de la actividad cultural del país, prestando sus servicios a toda la comunidad nacional. Para ello y conforme a principios antes expresados, se tienen que recuperar los estilos de participación democrática que se había logrado a partir de la Reforma, excluyendo aquellas concepciones políticas antagónicas en su esencia con el espíritu universitario y la cultura, me refiero a toda concepción totalitaria. Y sobre todo, levantar en la comunidad intelectual el compromiso social de participación y contribución a la reconstrucción general del país. Es la gran tarea de las próximas décadas, recuperar el nivel de desarrollo económico, político y cultural que ha sido detenido y trastocado, aunque nunca derrotado. Para ello la autonomía, el pluralismo ideológico deben transformar a la Universidad en un ejemplo de fuerza y convivencia para toda la sociedad chilena en función de sepultar definitivamente la negra noche del fascismo. La gran batalla cultural estará dada por levantar al nivel de *valores nacionales*, la defensa del patrimonio, económico, político, social y cultural del país, rechazando cualquier política oligárquico-imperialista, luego de su crisis y derrota, demostrando objetivamente el alto costo social de esta experiencia criminal. En el ámbito latinoamericano debemos vencer la incomunicación intelectual; las fuerzas para defender y crear se definen a partir de un diálogo permanente, que debe tender a configurar una unidad continental en defensa del patrimonio y de la libertad de creación cultural en América Latina.

SERGIO SPOERER



El movimiento de reforma universitaria se inicia en Chile en junio de 1967; bajo el impulso decisivo del movimiento estudiantil se extiende desde la Universidad Católica de Valparaíso —cuya casa central es ocupada el 17 de dicho mes— hacia la Universidad Católica de Santiago y muy luego a todas las universidades chilenas. ¿Por qué 1967? Desde un punto de vista no sólo chileno sino latinoamericano ésta nos parece una fecha decisiva. Los años 60 se han abierto bajo el signo de Cuba; ella inaugura una fase en que el anti-imperialismo además de heroico es optimista: «Nuestra generación es hija de Cuba y de Vietnam», decía Rodrigo Ambrosio expresando el sentir de una juventud que veía no sólo la dimensión necesaria de la lucha, sino la posibilidad de la victoria; el imperialismo podía ser derrotado: Ho Chi Minh, Fidel, el Che estaban allí para recordarlo. Cuba hacía hablar español al socialismo y haciéndolo próximo lo hacía comprensible, deseable, necesario; el error de muchos —nuestro error— fue hacer de aquel sueño cotidiano un horizonte inevitable: bastaba voluntad, coraje, pensábamos, todas las condiciones las creíamos dadas, el enemigo nos parecía débil, para derrotarlo bastaba con no equivocarse de «vía». Y así, encerrándonos en falsos debates, fuimos no sólo dificultando la acción, sino ignorando los verdaderos problemas: nos dejamos cegar por la engañosa superficie de lo que creíamos evidencia. Fueron necesarios muchos años, el cataclismo de una gran derrota, para que una nueva mirada reconstruyera la realidad de entonces. Los análisis de hoy no son, pues, ejercicio de memoria ni expiación autocrítica: son un conocimiento nuevo que la propia historia ha hecho posible, previniéndonos al mismo tiempo contra la pretensión inútil de declararlo evidente.

¿En qué concierne todo esto a la reforma universitaria?, se preguntará alguien. En todo, y muy de cerca, responderemos, antes de anunciar que iniciamos otro rodeo; pues del mismo modo que una multiplicidad de islas jamás constituirá un continente —a lo más un vasto archipiélago que, por convención, podría denominarse así— tampoco una yuxtaposición de verdades fragmentarias sabría merecer el nombre de análisis.

La derrota militar de la intervención imperialista en Bahía Cochinos y la ocupación de Santo Domingo, impidieron por mucho tiempo comprender la

verdadera naturaleza del nuevo dispositivo norteamericano en la región: Alianza para el Progreso y políticos de contrainsurgencia. Cuando a poco andar la «ayuda» y las «reformas» se diluyen completamente, la asistencia a las FF.AA. y policiales de la región en su lucha contra el «enemigo interno» se convierte en la clave de la política norteamericana. El acrecentamiento y la diversificación de sus intereses económicos que lleva sus inversiones desde la minería y la agricultura a la industria y los servicios, exige un creciente control político, social y cultural incompatible con el tipo de Estado liberal-populista predominante en la región. Desde este punto de vista el verdadero rostro de la presencia norteamericana no está en la experiencia de Eduardo Frei, en 1964, sino en el golpe contra Goulart, en Brasil, ese mismo año. Sin embargo es la «Revolución en Libertad» quien accede a la izquierda: ella sería expresión de la Alianza para el Progreso con que los EE. UU. quieren ofrecer una alternativa al ejemplo cubano, el partido demócrata cristiano sería así «la nueva cara de la derecha», estrategia de disimulación de una burguesía incapaz de confesar su nombre. De este modo, en el énfasis —explícito o no— puesto en la oposición reforma o revolución, es todo el modelo autoritario que se gestaba en Brasil y pronto se extendería a otros países, el que así se ignoraba. La gravedad de un tal olvido la izquierda chilena estaba lejos de sospecharla: pensar entonces en algo parecido a septiembre 1973 era del orden del delirio.

Sin embargo, los signos anunciadores no faltaban. Desde 1965, con la fundación del Partido Nacional, la derecha lleva adelante su rearme luego de un profundo reflujo de los años precedentes. La fusión liberal-conservadora es más que una simple convergencia dictada por las necesidades electorales: un discurso autoritario y nacionalista y un nuevo grupo dirigente —herederos de una tradición fascista siempre presente en la burguesía chilena— reemplazan las orientaciones y los dirigentes históricos que condujeron a liberales y conservadores en el juego político de la república democrática y representativa. En 1967 la burguesía monopólica chilena y la fracción latifundista pierden aceleradamente sus ilusiones democráticas; en un consultivo de agosto de ese año el Partido nacional planteaba: «El Gobierno de Frei es víctima, en lo interno, de la crisis de autoridad más aguda de este siglo en nuestro país (...), como en las anarquías anteriores tal estado de cosas sólo puede ser detenido con un régimen de autoridad encruzado por un gobierno fuerte, impersonal y nacional (...) Mantenemos toda nuestra fe en los superiores destinos de la Patria y en el sentido de acendrado deber y de justicia que siempre ha distinguido tanto a su Poder Judicial como a las FF. AA.». En esos años la izquierda chilena no parece haber entendido la radical ruptura que esa posición anunciaba; no fueron pocos los que no vieron allí otra cosa que «contradicciones en el seno de la burguesía». Tampoco nadie pareció prestar mayor atención cuando un año más tarde un general desconocido, llamado Augusto Pinochet, publicaba un libro escuetamente titulado *Geopolítica*. No por más sabido lo allí anunciado nos parece menos decisivo: oscuras páginas, que entonces hubiéramos creído remotas, se inscribían en aquellos signos.

A mediados de los años sesenta una crisis general de la sociedad chilena está en desarrollo. A nivel económico sus síntomas más visibles (estancamiento, inflación, cesantía) son la expresión de un trasfondo estructural en que las tendencias monopolizadoras y dependientes de la economía chilena entran en contradicción con el tipo de Estado existente y, particularmente, con sus formas de intervención económica relativamente estables desde la época del Frente Popular. El agotamiento de la fase simple del proceso de

industrialización por sustitución de importaciones ha tendido a implantar nuevas y más complejas formas de dependencias del capital extranjero que se establece sólidamente en todo el sector industrial —de preferencia en sus sectores más dinámicos—, en los servicios básicos —teléfonos, electricidad— y en el sistema financiero. La acelerada cubanización general de la sociedad, exceptuando el sector agrícola, cuyo tradicionalismo incentiva las migraciones urbanas y la consiguiente agudización de la marginalidad.

La crisis alcanza también a todo el sistema político: a sus instituciones, a sus prácticas, a sus ideas dominantes. El Estado que nace en los años 20 y se expresa jurídicamente en la Constitución de 1925, se hace incapaz de regular, como hasta entonces, los conflictos sociales. El núcleo dominante (burguesía monopólica, mediana y pequeña, latifundio, alta burocracia estatal) ve desagregarse el consenso del que extrae su legitimidad. No sólo la fuerza y la creciente significación nacional de la clase obrera y el movimiento sindical aparecen como alternativas críticas; el campesinado y el subproletariado urbano se expresan en la vida política rechazando su permanente exclusión de la vida nacional. Pero es en el análisis de las transformaciones que la modernización general de la sociedad opera en las estructuras de los sectores medios, que ahora queremos detenernos; sin ella el proceso de reforma universitaria nos parecería incomprensible.

Desde un punto de vista académico la modernización de la Universidad puede ser entendida como racionalización de sus funciones y actualización del conocimiento científico, pero aquello que en prioridad define la modernización universitaria es la presión social por la adecuación del «producto universitario» (profesionales, investigadores, función cultural) a las demandas del sector moderno en plena expansión dentro de la sociedad, una de cuyas manifestaciones principales es la acelerada transformación de su estructura ocupacional; ella se diversifica generando una fuerte demanda de tecnificación a todos los niveles; no sólo en la economía donde la industrialización exige profesionales (ingenieros, economistas) y una contribución importante en la investigación aplicada, sino —aspecto que aquí nos interesa enfatizar— en la estructura misma de la burocracia estatal.

Desde los años 20 los llamados sectores medios habían encontrado en las distintas funciones del aparato estatal un canal privilegiado para sus reivindicaciones y su ascenso social; no por casualidad el llamado «sindicalismo de clase media» (profesores, empleados públicos) ha jugado un papel decisivo (autónomo y poderoso) en el conjunto de la actividad sindical; tampoco es un azar si el Partido Radical fue el eje de toda la vida política en Chile entre los años 20 y 60. Los sectores medios que así se expresaban provenían de preferencia de la disolución de las actividades artesanales, de la expansión del comercio y los servicios, y de las distintas funciones estatales; la disminución de las tasas de analfabetismo y el aumento de las de la escolaridad básica y media hacían que el sistema educacional jugara un importante papel en la movilidad social de esos sectores. Así, la «clase política» (los «funcionarios de la superestructura») hacían del abogado y el profesor primario sus intelectuales principales. (Para comprobarlo bastaría hacer un simple ejercicio de memoria sobre la composición de las más altas direcciones de los partidos de centro e izquierda durante los años 40 y 50.)

Muy distintas son las características de los nuevos sectores medios que nacen con el proceso de modernización. Estos son sectores medios de «segunda generación», con mayor estabilidad, menos frágiles, con mayor «conciencia de clase»; mientras que sus padres (burguesía empobrecida, ex-artesanos o semiproletarios) veían en el éxito de sus luchas reivindicativas

una condición de sobrevivencia o, en el mejor de los casos, de consolidación de su reciente ascenso social, los sectores medios modernos ven en su profesionalización un nuevo signo de status equivalente al que proporciona la propiedad; su demanda educacional es la Universidad y su aspiración profesional es menos el «ejercicio libre» (como los médicos, los abogados) que la gestión de alto nivel en la empresa moderna y el Estado. El saber altamente calificado proporciona así un status propio, nivel satisfactorio de ingresos (a menudo acceso a la propiedad) y poder: la política se moderniza también y se tecnifica, ella pareciera querer convertirse en asunto de especialistas. Es a nuestro juicio bajo el predominio de estos sectores que se produce desde los años 50 el progresivo desplazamiento del Partido Radical por la Democracia Cristiana en la representación política de los sectores medios y en su papel de eje (de centro) de la vida política chilena. Al pragmatismo del Partido Radical, cuya presencia en las distintas ramas del aparato estatal le permite conciliar intereses a menudo contradictorios, el Partido Demócrata Cristiano opone su carácter ideológico que hace primar la doctrina, los principios, la idea de proyecto nacional y programa de gobierno; de allí que hasta el gobierno de Frei (en que la «caja electoral» y los beneficios del Estado generaran otras conductas) la política era para los militantes del PDC una moral, una práctica con acentos de «cruzada». No es extraño que los nuevos sectores medios se reconocieran en ese partido. Así, desde los años 50, el PDC alcanza una sólida implantación en los sectores estudiantiles y en los colegios profesionales, al mismo tiempo que se hace portavoz de los sectores sociales que nacen a la vida política con la acelerada expansión del cuerpo electoral que resulta de las reformas electorales de 1949, 1957 y 1961. La modernización, la crisis de representación y los vacíos de la política de la izquierda hacen que el PDC conquiste lo más dinámico de la juventud, las mujeres y los sectores sociales hasta entonces «excluidos» de la vida nacional: el campesinado y el sub-proletariado urbano (marginales). De ese modo, además de moderno (con un programa y capacidad técnica) el PDC se reviste de un carácter de partido de masas que le hace enfatizar los temas de la organización y la participación popular.

El PDC se entiende como una alternativa al movimiento popular que históricamente han encabezado las organizaciones políticas (Partidos Comunista y Socialista) y de masas (CUT) de la clase obrera; reiterados aspectos de su política tendían a restringir el creciente peso político del movimiento obrero en la vida nacional, pero sólo una extrema simplificación del análisis puede hacer del PDC «la nueva cara de la derecha». Afirmación que sólo es posible al omitir un dato fundamental: la derecha está en otra cosa. La gran burguesía monopólica, el latifundio y el capital imperialista no se reconocen en el proyecto demócrata-cristiano; que Frei, en 1964, los «haya salvado del comunismo» no os hace olvidar su propio proyecto: pasar a una fase superior del desarrollo capitalista sobre la base de una extrema privatización y extranjerización de la economía y del establecimiento de un Estado autoritario y represivo. A partir de septiembre de 1973 esto parece evidente, pero en los años 60 el clima dominante marcado por la oposición «reforma o revolución» llevaba fácilmente a la amalgama entre el Partido Nacional y el PDC, cuando no a hacer de éste «el enemigo principal». Sin embargo, y justamente en esos meses, el PDC es sacudido profundamente por sus contradicciones internas: sus sectores progresistas imponen el llamado programa por una vía no capitalista de desarrollo, y el senador Rafael A. Gumucio es elegido presidente nacional del Partido; desde entonces los conflictos entre la mesa directiva y Gobierno se multiplican. Frei se ve en la necesidad de declarar: «nadie me torcerá la mano».

Es en este clima que se inicia, en 1967, el movimiento de reforma universitaria.

La Universidad era, quizá, la institución en que se conservaban más integralmente los principios, estructuras y conductas propios de un tradicionalismo que la modernización desplazaba en casi todos los niveles de la sociedad. Desde 1931 la Universidad de Chile se regía por el Estatuto entonces dictado; las universidades católicas —por mucho más que su estructura interna de autoridad— se hacían llamar monárquicas. Sorprende el contraste evidente entre este acentuado tradicionalismo y la reconocida historia de luchas sociales en que participa el movimiento estudiantil desde los años 20; pues éste, salvo iniciativas muy localizadas, jamás se plantea la lucha por la reforma universitaria como su tarea principal, como si el precio de la autonomía fuese el inmovilismo. Así, la autonomía nos parece designar, hasta los años 60, una suerte de compromiso entre la Universidad y el Estado, en que éste asume una casi total tuición financiera al mismo tiempo que se priva de intervenir en la vida normal de la Universidad; por su parte, la autoridad universitaria —en cuya designación el Presidente de la República juega un papel decisivo— hace de la preservación de la autonomía un mecanismo de su propia legitimación. Aun a riesgo de exagerar los aspectos negativos de este análisis, podríamos decir que la autonomía conciliaba, en efecto, una especie de populismo radical del movimiento estudiantil con la preservación de los rasgos más tradicionales de la Universidad. Es posible señalar entonces que hasta los años 60, tanto su composición (profesores y alumnos), como por su ideología y su función social, la Universidad excluyó de su seno la presencia orgánica del movimiento popular; lo que le permitió operar sin dificultades mayores como aparato de reproducción de la ideología de las clases dominantes y como mecanismo de captación de su personal técnico y político.

En las universidades católicas la situación antes descrita no estaba sino exacerbada, no es extraño entonces que fuese en ellas que se iniciara —y de modo radical— el proceso de modernización y democratización de la Universidad chilena. En las universidades católicas de Valparaíso y Santiago el movimiento de reforma es dirigido por sectores demócratacristianos —particularmente de su juventud— próximos del ala «rebelde» del partido. Cuando se revisan hoy los postulados de entonces, resumidos en las universidades católicas en la fórmula: «Universidad democrática, comunitaria, comprometida con la realidad nacional», sorprende el impacto nacional que tuvo un movimiento cuyos objetivos aparecen tan limitados. Para comprender dicho impacto es necesario tener presente el carácter de la crisis general de la sociedad que antes hemos descrito, pues hoy nos parece evidente que la reforma universitaria, no sólo por las transformaciones internas que postulaba, sino por su discurso global sobre la sociedad, tocaba el corazón de la ideología tradicional dominante contribuyendo a desagregar aceleradamente las bases de su legitimidad, a privarla efectivamente de su hegemonía. Así, por ejemplo, cuando el movimiento estudiantil fundamenta su reclamo de democracia interna diciendo que «deciden los que trabajan (profesores, alumnos, empleados)», produce una crítica efectiva del principio de autoridad como realidad exterior al proceso mismo del trabajo: el propio derecho de propiedad era así puesto en cuestión. Puede comprenderse el carácter explosivo de una tal afirmación en el clima del año 1967, donde la reforma agraria —pese a todas sus limitaciones— concitaba las iras de la derecha y donde la reforma de la empresa y del sistema bancario suscitaban el interés de toda el ala izquierda del PDC. A «El Mercurio» no escapaba la compren-

sión de estos riesgos y la extensión posible de tales principios desde la esfera universitaria al conjunto del proceso de producción; «El Mercurio» asume entonces la defensa irrestricta del principio de autoridad y denuncia que el movimiento de reforma es la obra de «agitadores comunistas» que sólo desean atacar a la Iglesia. «"El Mercurio" miente», responden los estudiantes, consigna que desde entonces hace parte integrante del movimiento de reforma y, espacio de algunos meses o años, del sentido común nacional.

La actitud de la Iglesia frente al proceso de reforma universitaria es particularmente importante. La Iglesia ha sido también tocada, desde el comienzo de los años 60, por la crisis general de la sociedad chilena y, sostenida por las orientaciones de la encíclica «Mater et Magistra» y del Concilio Vaticano II, entra en una rápida superación de su fase de agente de control social para buscar una perspectiva pastoral popular. En 1964 se publica el documento «El deber social y político», que define la posición de la Iglesia en vísperas de la elección presidencial de ese año; en él —si bien no se condena la alternativa representada por el candidato del FRAP, Salvador Allende— toda su visión de las necesarias transformaciones de estructura, el proceso de cambios y sus condiciones políticas, demuestra que la Iglesia hace del programa demócrata cristiano su propio proyecto; es en este clima de compromiso activo y optimismo militante que transcurren para la Iglesia los primeros años del gobierno de Frei. 1967 es el momento en que se inicia un movimiento de repliegue institucional de la Iglesia como una manera de responder a las diferentes tendencias que se manifiestan en su seno y que corresponden con las contradicciones propias al gobierno de Frei y a la democracia cristiana. El conflicto de las universidades católicas interviene en un sentido exactamente inverso a este repliegue, pues obliga a sus distintos sectores a manifestarse públicamente sobre un problema de carácter nacional frente al cual la jerarquía no reacciona de modo homogéneo; las posiciones conservadoras del obispo Tagle, en Valparaíso, y del rector Silva Santiago, en la capital, son superadas por la intervención del cardenal Silva Henríquez, que cuenta con el apoyo de la mayoría del Episcopado chileno y del Vaticano. Así son legitimados los acuerdos del seminario de Berga (febrero de 1967) sobre «la misión de la Universidad Católica en América Latina», con que el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) parece anunciar lo que en 1968 serán las muy progresistas resoluciones de su conferencia de Medellín. De este modo, nos parece justo señalar que el movimiento de reforma de las universidades católicas contribuyó positivamente para que la Iglesia chilena continuara su evolución en un sentido democrático y popular.

Hemos visto así, aunque sumariamente es cierto, que el movimiento de reforma universitaria produjo en algunos de los principales aparatos generadores de hegemonía de la sociedad chilena. Pensamos que estos efectos extrauniversitarios y la reacción tradicionalista y autoritaria que engendraron dentro y fuera de la Universidad, fueron subvalorados entonces por la izquierda, que pareció privilegiar la lucha en torno a ciertas reivindicaciones tales como la ampliación de la matrícula (Movimiento «Universitario Para Todos») o el aumento del presupuesto que anualmente concedía el Estado. De allí que no se estableciera un consenso en torno a un proyecto de reforma que permitiera radicalizar el proceso de modernización y de democratización de la Universidad y enfrentara la reacción tradicionalista y autoritaria dentro y fuera de la Universidad (raíz de «Patria y Libertad» y el proyecto fascista). Desconociendo o subvalorando a un tal enemigo, la izquierda no pudo impedir que la reforma universitaria fuera la ocasión de una lucha de

influencias por el control de la Universidad, lo que llevó a un creciente distanciamiento, primero, y a un radical antagonismo después, a las fuerzas de la Universidad Popular y de la Democracia Cristiana, hasta el punto de que esta última fue prácticamente ganada para la reacción autoritaria que hizo de la Universidad una importante trinchera en la lucha por el derrocamiento del Gobierno Popular.

Hoy, a cinco años de aquella derrota, el fascismo ha transformado profundamente el paisaje nacional; Chile pareciera otro país, el fascismo ha desgarrado su historia.

Hoy la Universidad es otra, otros son sus estudiantes. No se trata sólo de un regreso a antes de 1967: la ruptura es más vasta y más profunda. La lucha es también distinta y distinta la esperanza; aunque es fácil la tentación de aferrarse a las referencias del pasado.

Hoy la Universidad ha sido desmantelada; institutos, escuelas y departamentos han sido clausurados, eliminados masivamente sus docentes e investigadores, impedido todo pluralismo cultural y científico, disciplinas enteras están en vías de desaparición, las organizaciones estudiantiles han sido prohibidas; la Universidad entera, vía militarización, ha sido sometida al más estricto control político. Los criterios imperantes de autofinanciamiento de la educación y Universidad de selección han restringido su matrícula y hecho elitario su acceso. La represión que ejerce el Estado sobre ella no es sino un instrumento de su extrema privatización. Como nunca antes, la Universidad ha perdido su carácter nacional y ha sido puesta en función de las necesidades tecnológicas y de gestión de las formas dominantes del desarrollo capitalista.

La Universidad de mañana deseará, ante todo, ser democrática y solidaria. Habrá quizá que repensar los conceptos de autonomía y extensión que vehiculizan la imagen de una institución separada de la vida social, con objetivos propios, que parece retribuir su derecho al aislamiento construyendo esporádicamente ciertos puentes por los que hace circular algunos de sus «productos». La primera tarea de mañana es dar a la Universidad un verdadero carácter nacional; éste no sólo será la obra de sus miembros (docentes, investigadores, estudiantes, personal administrativo y auxiliar), sino, sobre todo, el resultado de un sólido consenso: la Universidad debe ser un foco de democracia y de independencia nacional, eso es lo que exigirá de ella aquel consenso, base de un nuevo sistema político democrático y popular, de un desarrollo económico independiente basado en la atención de las necesidades de la mayoría del país y de una cultura que sea la expresión de una pluralidad nacional polifónica y multicolor.

En esa nueva realidad, y en el camino que a ella conduce, el movimiento estudiantil tiene un papel decisivo y que quisiéramos llamar de vanguardia; él es el sector más dinámico de una juventud que no cesa de aumentar, haciendo de Chile cada día un país más joven. Todo este vasto movimiento juvenil se ha formado prácticamente bajo el fascismo, su memoria es frágil y reciente. El movimiento popular, sus partidos, sus organizaciones sindicales deben establecer con él una fraternidad sólida, de lucha, de optimismo; hay que saber ponerse a la escucha de su experiencia, de las formas originales que asumen sus organizaciones y sus combates, de sus aspiraciones, de sus ideales, de su búsqueda de una nueva manera de vivir, de amar, de comunicar la alegría. De ahí saldrán muchos de los intelectuales que la Patria necesita, y ella los requiere numerosos, distintos, lúcidos, capaces de inventar y construir un nuevo paisaje solidario, capaces de enseñar y practicar la sólida y tibia arquitectura del racimo.



DE

DE DERECHO

UNIVERSIDAD

MAPU

AL CREACION
EN TRUENOS

MAPU-IZQ.CI

MAPUIC

CREAR PARA D

ANA CND-SAPES

JACC

COMUNIDAD
DE ESTUDIOS
CND

UNIDAD REFORMA COMPROMISO
JOSE LUIS MOYRE
PRESIDENTE CENTRO DE ALUMNOS

LA UNIVERSIDAD VISTA DESDE EL INTERIOR

TESTIMONIOS

UNA DUEÑA DE CASA

Soy esposa de un profesor de Universidad, madre de tres hijos, dos de los cuales son estudiantes universitarios.

En estos tres últimos años había oído hablar mucho sobre el autofinanciamiento de las universidades. Al principio no tenía sino una vaga idea de lo que esto significaba, pero paulatinamente el presupuesto familiar me ha ido aclarando las cosas, y los últimos meses he terminado por comprender su real significado.

En el mes de febrero de este año aparecieron los aranceles nuevos. No recuerdo, por supuesto, todo el detalle, pero sí tengo muy claro que el último tramo de este arancel señala: sobre una renta de dieciocho mil pesos o más, la cuota mensual a cancelar es de mil quinientos pesos.

Mi marido gana justamente dieciocho mil pesos, es decir, que con esa renta el pago por un hijo que estudia en la Universidad equivale a más del 8 por 100. Primera injusticia flagrante, porque la gente que gana treinta mil, cincuenta mil y hasta ochenta mil pesos mensuales (entre quienes están desde luego los paniaguados del régimen) pagan la misma suma, es decir, un porcentaje considerablemente menor.

Ahora bien, este año mi segunda hija entró también a la Universidad, a estudiar Pedagogía. Mi marido me dijo al principio que no me preocupara, pues a los profesores universitarios les iban a reconocer un descuento especial de los aranceles de sus hijos. En efecto, se produjo el acuerdo: la rebaja fue de 200 pesos por alumno. En suma, este año debemos pagar dos mil seiscientos pesos mensuales por los estudios de nuestros hijos. Es decir, casi el 15 por 100 de nuestros ingresos.

No quiero ni pensar cómo nos arreglaremos el próximo año, en que nuestro tercer hijo debería ingresar a la Universidad. Nuestra preocupación es mayor, además, porque los «ejecutivos» universitarios (así los llaman ahora, seguramente para acentuar el carácter de industria que le están dando a la Universidad) ya han anunciado que en esto del autofinanciamiento se va a seguir «avanzando»; apenas estamos —dicen— en las primeras etapas.

No puedo dejar de reflexionar sino con mucha amargura sobre lo que significa todo esto para la inmensa mayoría de los hogares de nuestro país.

Yo soy, después de todo, de un hogar con una renta que se puede estimar «satisfactoria». ¿Qué decir de los miles y miles de jóvenes que, por capacidad y vocación, deberían ingresar a la Universidad, pero cuyos padres ganan ocho mil pesos mensuales o menos? Creo que esto no necesita mayores comentarios.

Pienso con mucha amargura también en el destino de mi hijo mayor. El próximo año será médico, tras siete años de estudios, y no tenemos ninguna razón para pensar que va a encontrar trabajo. Lo más probable es que se sumará al grupo de los ciento treinta y nueve médicos que regresaron el año pasado y que se encuentran todavía cesantes.

Ese es el destino, hoy, para nuestros jóvenes.

S. A. (Santiago)

UN ACADEMICO

Hay un denominador común, hoy, para las universidades chilenas: *mediocridad y arbitrariedad*.

Estos dos elementos se conjugan de tal modo, que yo no podría aseverar cuál engendra a cuál. La arbitrariedad abrió las puertas a la mediocridad, pero ésta es un caldo de cultivo propicio para que aquélla siga desarrollándose.

La arbitrariedad permitió que después del 11 de septiembre entraran a «enseñar» en la Universidad «docentes» que no tienen ni siquiera una mala hoja de parra para cubrir su indigencia académica. Se los reclutó en los liceos, o salieron, en muchos casos, de empresas privadas; muchos profesores auxiliares accedieron de un día al otro a los cargos de los recién destituidos titulares; innumerables estudiantes —por lo general, pasando de una universidad a otra— ascendieron de golpe y porrazo a la categoría de «académicos». El requisito único era absoluto: la lealtad ciega y total al régimen fascista.

Los resultados no son difíciles de imaginar: la incompetencia, la venalidad, el soplónaje, las intrigas grandes y pequeñas, la mezquindad moral, son hoy, con muy pocas excepciones, los signos dominantes en la vida académica de las universidades chilenas. De modo tan extremado que aún a pesar de la represión existente, los alumnos, que no renuncian al derecho de hacer oír sus voces de protesta, han logrado algunas veces —muy pocas, es cierto— que sean expulsados algunos de estos advenedizos. Cito el caso de una alumna de la Universidad Católica de Valparaíso —esposa de un oficial de Marina— que estuvo de «profesora» en la Facultad de Educación de la Universidad de Chile del puerto, dictando, durante un semestre, un curso que ni siquiera como estudiante ella había conocido. Fue tal el escándalo que tuvo que irse. Pero en esa misma Facultad el caso no es el único. Hay muchos más, incluso peores aún, y están todavía allí...

El caso anterior ilustra uno de los criterios de la actual autoridad universitaria. El profesor está para «hacer docencia», y su especialidad no importa demasiado. Lo que importa es que se «haga la clase», no importa quién la haga y cuál sea el provecho que de ella saquen los alumnos: el no llegar ni un minuto atrasado a la obligatoria firma de asistencia ha pasado a ser el mayor signo de la eficiencia docente. Paralelamente, con un rigor

digno de mejor causa, se ha impuesto el sistema de las Permanencias, es decir, «permanecer» de todos modos ocho horas en el recinto universitario. Este régimen, desnaturalizado hasta lo grotesco por la falta de un cuerpo de principios universitarios claros y concretos, se traduce en una suerte de acantonamiento masivo de los profesores, a los que, de este modo, se los ve cotidianamente dedicados a las tareas más increíbles: aseo personal, juegos de naipes diversos, lectura de diarios y revistas (ajenos, por supuesto, a toda preocupación académica), ventas a granel de los productos más estrafalarios (la Facultad de Educación mencionada tiene hoy fama de ser el «mercado persa» más surtido de la V región), o sesiones convocadas por la Vicerrectoría o el Servicio de Bienestar, donde promotores (por lo general ex-marinos) procuran convencer al cuerpo docente de las bondades de tal o cual compañía de seguros.

Arbitrariedad, autoritarismo, corrupción. Ningún profesor se siente seguro de su cargo en un medio donde reina la delación, las acusaciones gratuitas, el soplónaje. La exclusión puede producirse de un momento a otro, sin previo aviso, sin explicación ulterior. Hay una palanca poderosa en manos de la autoridad, fuente de toda clase de arbitrariedades y corrupciones: las famosas «asignaciones universitarias». Creadas supuestamente para evitar la cada día mayor «fuga de cerebros», se han convertido en los hechos en una herramienta de coacción —premio o castigo— entregada al criterio personal de cada Decano. Su empleo, como era inevitable, ha dado paso a las peores formas de servilismo, de adulación a la autoridad.

Así como arbitrariedad, corrupción y mediocridad son factores que operan en perfecta simbiosis, una idéntica relación de interdependencia se establece entre dos de los niveles de la vida universitaria, el de la autoridad y el de sus subordinados, en tanto aquéllos actúan sobre éstos. Me explico: siendo arbitrarios, corruptos y mediocres los poderes centrales y locales, éstos tienden inevitablemente a generar arbitrariedad, corrupción y mediocridad en la base, y ésta, del mismo modo, influye hacia arriba en el mismo sentido negativo. Es entonces un juego recíproco de influencias, pero es también —y esto es lo más grave— una forma maléfica —que termina por convertirse en sistema— de protegerse y, como consecuencia, de perpetuarse.

No más diálogo abierto, ni libre examen; no más crítica positiva, no más comunicación ni intercambio espontáneos. La negación absoluta, en suma, de lo que es la Universidad en su esencia misma, la muerte del más mínimo espíritu creador.

Me pregunto qué va a ser de nuestros estudiantes enfrentados a este cuadro desolador...

M. L. (Valparaíso)

UN RECTOR FASCISTA

En la revista «Hoy», N.º 59 (12 al 18 de julio de 1978) se publica una entrevista a Heinrich Rochma Viola, militar en retiro que ocupa el cargo de «rector-delegado» de la Universidad de Concepción. Los siguientes son algunos extractos del texto de esta entrevista:

Ingeniero químico politécnico, el mayor (R) Rochma estaba en la actividad privada desde 1960. Y asegura tener suficientes méritos para el cargo, porque durante quince años fue profesor de la Universidad Técnica del Estado («son quince años de vinculación muy estrecha con la vida universitaria»).

—*Esta Universidad llegó a tener más de veintidós mil alumnos y hoy sólo tiene trece mil. ¿Cómo se explica esto?*

—Mire, yo prefiero la calidad que la cantidad.

—*Se comenta que esta Universidad, como otros planteles de estudios superiores, se ha convertido en un centro profesionalizante donde los estudiantes sólo adquieren conocimientos controlados y concentran todas sus energías en aprobar los cursos y sacar los títulos...*

—Es un error, se lo deben haber dicho personas que no conocen la Universidad.

—*Lo dicen profesores que llevan varias décadas aquí.*

—Quiere decir entonces que tienen puestas anteojeras. Porque una de las metas que se ha fijado la Universidad es la formación integral del alumno. Eso lo hemos definido como el alumno-persona.

—*¿Y qué están haciendo para conseguirlo?*

—Hay una preocupación personal por los alumnos. Cuando entran a primer año se hace una prueba de diagnóstico para ver sus aptitudes, los dividimos en grupos y hay cursos de nivelación para los que están menos preparados. Hay también grupos de teatro, coros, conjuntos deportivos. Hacemos *shows* estudiantiles, a los que hemos llamado «estudiantinas», cada quince días. Vienen artistas de Santiago, de gran nivel, como Firulete, Don Francisco y Mandolino o la Gloria Simonetti...

—*Pero a la Universidad llega lo más selecto de los jóvenes chilenos. Es la etapa superior de formación de los jóvenes que —por ser tales— deben cuestionar lo que los rodea, deben buscar «su» verdad para que así el hombre progrese. ¿Pueden cuestionar los jóvenes de su Universidad?*

—Mire, la Universidad no tiene una posición oficial. Tiene una sola posición: la verdad...

—*¿Cuál verdad?*

—*¿Cómo que cuál verdad? La verdad que existe...*

—*Pero el hombre sigue buscándola y no hay una verdad absoluta.*

—Sí, de acuerdo. Y buscarla es tarea de la Universidad. Recuerde el lema de nuestra Universidad: «Por el desarrollo libre del espíritu».

.....
—*¿Cuándo piensa reabrir las escuelas de sociología y periodismo?*

—No podemos todavía, porque no hay profesores...

—*¿Y qué pasó con los profesores del 73?*

—Eran todos miristas y desaparecieron después del Once. Nadie sabe dónde están. Se arrancaron, salieron fuera, qué sé yo...

.....
—*¿Cómo se entera de lo que sucede en la Universidad?*

—Por conducto regular llegan todas las informaciones, además de las reuniones que tengo a distintos niveles...

—*Pero se comenta de que está incomunicado de lo que realmente sucede...*

—Los que dicen eso deben estar fondeados cuando todas las mañanas recorro el *campus* y converso con la gente. Perdone que lo diga yo, pero se

comenta que soy el rector que más visita las instalaciones y las obras en construcción...

.....
—¿Existe o no el soplónaje en la Universidad?

—No lo sé, esa no es tarea de la Universidad. Puede que haya individuos que vayan con cuentos. Pero no existe ningún sistema de policía de seguridad organizado por la Universidad. Aquí sólo hay un cuerpo de vigilantes para cuidar que no rompan las plantas, metan a un patito o roben un canario...

—*Algunos alumnos dicen que no se atreven a hablar en clase por el miedo a ser delatados por «informantes» que luego dan cuenta a la Intendencia de lo que sucede en la Universidad. ¿Qué dice usted a eso?*

—Mire, si alguien tiene temor es porque algo malo está haciendo. Yo no tengo temor a que alguien lleve informaciones sobre mi proceder. Tengo la conciencia tranquila.

UN ESTUDIANTE

Para un joven universitario chileno, desenvolverse en las actuales universidades chilenas no es un asunto sencillo; para quien ha vivido la práctica de la libertad es simplemente traumatizante.

El terror desatado desde el fatídico septiembre, la red de soplones a sueldo, la amenaza permanente de expulsión, la censura a los libros, son todos elementos que condicionan y regulan la actual «convivencia universitaria». Estudiantes y profesores —no hablemos de aquellos que se suman como elementos reguladores; para ellos, minoritarios, por cierto, la disyuntiva no está planteada— nos movemos en un estrecho sendero, delimitado por un lado por la «amenaza académica» de los rectores-gendarmes, y por el otro por la amenaza terrorista de la DINA-CNI.

Transitar por este sendero, que se contrae o dilata a voluntad del guardián de turno, genera uno de los fenómenos más siniestros de que haya memoria en nuestro país: el silencio. Los estudiantes chilenos viven actualmente el drama de no poder decir lo que piensan. Todos procuran eludir la conversación «peligrosa», y si alguien, porque no puede evitarlo, introduce el tema, muchos se van o simulan no escuchar. Contados son aquellos que entregan su opinión en clase, los que se atreven a discrepar con el profesor. Fenómeno éste más agudo mientras más bajo es el curso, ya que los primeros años, formados en la escuela del fascismo, carecen de la experiencia, la práctica de la discusión, el aporte crítico a que estaban acostumbrados los que cursaron la enseñanza secundaria durante los años del Gobierno Popular.

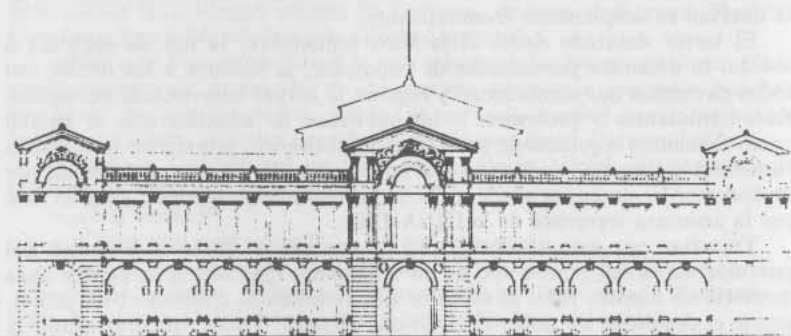
Si sumamos a la represión, ya sea ésta física o psicológica, el llamado «apagón cultural» —consecuencia, entre otras cosas, de una «política cultural» basada en el consumo de la motocicleta y el whisky— el resultado es obvio. Unos se callan por temor y otros por ignorancia.

Que ambas cosas están vinculadas resulta evidente; el temor hace callar a quienes podrían decir algo para sacar de su ignorancia a los que se callan porque ignoran. Se trata de un círculo vicioso cuya resultante es una generación de callados.

Es la constatación de un hecho objetivo. Sin embargo, cabe preguntarse qué significa este silencio, cuál es su dirección: ¿es la consagración de un estado de apatía generalizada o es el antecedente del grito de libertad que tendrá que venir?

Para quien escribe estas líneas, la respuesta es clara. No se trata de que me aferre porque sí a la esperanza, o de que crea, como en una religión, en las frases inevitables («el pueblo es invencible», «la lucha no se detendrá jamás», etc.). No. El silencio empieza a sufrir rupturas. Un rayado en un baño, un panfleto, ruidos en la sala de clase. El silencio, lo presiento, comienza a desmoronarse: hay un gran bullicio, mucho ruido en un festival de la canción, algo más que rumor en los abrazos que nos hemos dado, a pesar de todo, este Primero de Mayo.

L. E. R. (Santiago)



VIRAL RE



POEMAS

ARIEL DORFMAN

IDENTIDAD

¿Qué me dices, que encontraron otro?

¿Que en el río, que no te oigo, esta mañana dices,
flotando otro más?

Que habla fuerte, así que no te atreviste,

¿Tan irreconocible está?

¿Qué la policía ha dicho que ni su madre podría

que ni la madre que lo parió

que ni ella podría,

eso han dicho?

Que otras mujeres ya lo examinaron, no te entiendo,

que lo dieron la vuelta y le vieron la cara, las manos le vieron,
eso,

que esperan todas juntas y silenciosas

todas de luto

a la orilla del río,

que ya lo sacaron del agua,

que está sin ropa

como el día en que nació.

¿Que hay un capitán de policía,

que no se moverán hasta que llegue yo?

¿Que no es de nadie?

¿eso dices, que no es de nadie?

diles que me estoy vistiendo, que ya voy

si el capitán es el mismo de la otra vez

ya sabe
lo que va a pasar
que le pongan mi nombre
el de mi hijo mi esposo mi papá
yo firmaré los papeles diles
diles que vengo en camino, que me esperen
y que aquel capitán no lo toque.
que no se le acerque un paso más
aquel capitán
Diles que no tengan cuidado:
a mis muertos los entierro yo.

ESPERANZA

*para Edgardo Enríquez, padre
para Edgardo Enríquez, hijo*

Mi hijo se encuentra
desaparecido
desde el 8 de mayo
del año pasado.

Lo vinieron a buscar,
sólo por unas horas,
dijeron,
sólo para algunas preguntas
de rutina.

Desde que el auto partió
ese auto sin patente
no hemos podido
saber nada más
acerca de él.

Ahora cambiaron las cosas.
Hemos sabido por un joven compañero
al que acaban de soltar,
que cinco meses más tarde
lo estaban torturando
en Villa Grimaldi,
que a fines de septiembre
lo seguían interrogando
en la casa colorada
que fue de los Grimaldi.

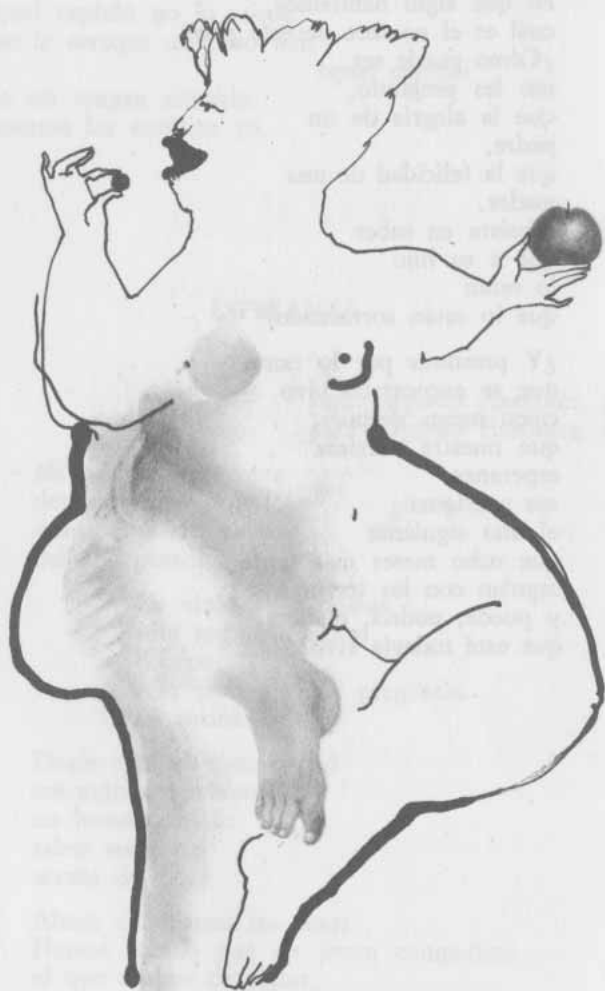
Dicen que lo reconocieron
por la voz, por los gritos,
dicen.

Quiero que me respondan con franqueza.

¿Qué época es ésta,
en qué siglo habitamos,
cuál es el nombre de este país?

¿Cómo puede ser,
eso les pregunto,
que la alegría de un
padre,
que la felicidad de una
madre,
consista en saber
que a su hijo
lo están
que lo están torturando?

¿Y presumir por lo tanto
que se encontraba vivo
cinco meses después,
que nuestra máxima
esperanza
sea averiguar
el año siguiente
que ocho meses más tarde
segúan con las torturas
y puede, podría, pudiera,
que esté todavía vivo?



HALKER 78

EL PALACIO DE LA RISA

Antecedentes para una investigación

GERMAN MARIN

Hubo un tiempo en que esta casa escondió,
tras sus persianas de madera, el dulce sopor del verano,
el ocaso de una familia de bien que vivía retratada
en los callados espejos del salón.

La hermosa quinta de los Grimaldi flotaba como una idea en el silencio
del campo y desde ella se divisaba Santiago pintado en una tela
impresionista suavemente gris.

Pero cada pesada alcoba, a la muerte de alguien, era cerrada para
siempre hasta que un día, sin previo aviso, la casa quedó
vacía e inmóvil con un olor a fondo de baúl.

Muchos atardeceres en La Reina se sucedieron sobre las tejas
de la casa abandonada, el pasto creció entre las rosas secas,
los árboles quedaron sombríos,
las ratas multiplicadas por un odio insensato
celebraron el resto del banquete en las habitaciones frías.

Los herederos, también de ojos celestes, a fines de 1970
vendieron la propiedad al mejor postor y el golpe de martillo
sobre los viejos clavos despertó a los espíritus de esta siesta
cubierta de arañas muertas.

DISCOTHEQUE EL PARAISO

Bajo el dulzón olor a pintura fresca,
ahora en la oscuridad se adivinaba bailar los boleros
de Leo Marini a las parejas de enamorados
—pasada de moda la voz que acaricia como todo aquello
que alguna vez fuimos, *nosotros que fuimos tan sinceros*—
entre las guirnalda de las paredes y las bandejas en mano
en que tintineaban las copas de pisco sour y chillean manhattan.

Pero de a poco la casa comenzó a devolver los intrusos
hacia la realidad que había afuera,
/Allende, o renuncia, o se suicida, decía Patria y Libertad/
o dejar vacías las mesas en donde, a veces,
se observaba por debajo el amor oscuro y lento
de esas manos dedicadas a la exaltación de la carne.

La música se apagó para siempre cierto amanecer de ceniza
y el último mozo se encargó de subir las sillas,
era el silencio perdido hacía dos años y que ahora regresaba
de los espejos con la mirada perdurable de los antiguos moradores.

El salvaje pasto creció otra vez en torno a la casa
que había pertenecido a la familia Grimaldi y,
un día cualquiera, el letrero de neón de la discoteca apareció
destruido por la acción de unos pillastres.

La corrupción parecía otra vez estar ganando la casa abandonada
en donde, en la puerta de rejas,
se oxidaba estrangulado por una cadena
el condado supuestamente final de esta historia.

Fue así como después del 11 de septiembre de 1973,
Villa Grimaldi se convirtió en el museo del horror de una
película norteamericana interpretada por el general
Augusto Pinochet Ugarte, en el gesto petrificado
de una casa de torturas inventada por la
Dirección de Inteligencia Nacional (DINA).

En las pesadillas de esas alcobas ahora se mezclaban
las fosforescencias de los espíritus,
las algodonosas presencias de ayer a los cuerpos
desnudos sacudidos por la electricidad.

Jamás la realidad había puesto un precio tan alto
a las extravagancias de la muerte, a esas carnes maceradas
tras las persianas a fuerza de golpes de kárate
y de perros amaestrados contra natura,
a esas sombras de distintas edades que bailaban
en un amoroso abrazo de difuntos.

Ningún tiempo pasado fue peor pareciera deducirse de esta crónica
—*nosotros que del amor hicimos romance tan divino*—
pero, en cualquier caso, esta casa hoy es llamada
por el humor negro el Palacio de la Risa,
TERRANOVA, según el lenguaje críptico
de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas.

Si antes esta casa había estado habitada por la memoria de cera
de sus dueños y después por los deseos de esas manos

humeantes en la oscuridad, hoy Aguila, Halcón y Vampiro son los distintos infiernos darwineanos en que ella se divide para tratar a los réprobos en sus lentos fuegos tecnificados por la imaginación intrínsecamente perversa de la CIA.

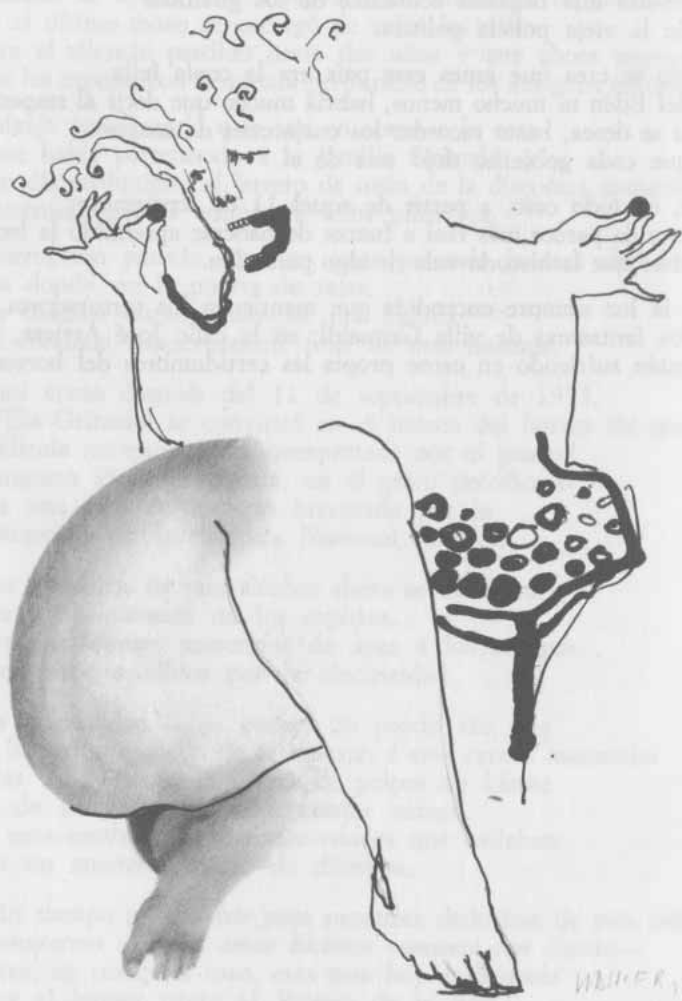
Nunca la violencia había sido mejor administrada en el país y, si por un momento sacamos cuentas, alegres o tristes resulta una bagatela acordarse de los guatones de la vieja policía política.

No se crea que antes este país era la copia feliz del Edén ni mucho menos, habría mucho que decir al respecto y, si se desea, basta recordar los cuajarones de sangre que cada gobierno dejó tras de sí.

Pero, en todo caso, a partir de aquel 11 de septiembre, la vida parece más real a fuerza de haberse aprendido la lección, si es que la historia vale de algo para algo.

Bajo la luz siempre encendida que mantienen los torturadores, los fantasmas de villa Grimaldi, en la calle José Arrieta, están sufriendo en carne propia las certidumbres del horror.





«CABALLEROS» DE CHILE

ARMANDO URIBE

CABALLEROS AHUASADOS

Maligno pueblo ingrato
que de las chacras vino.
Con ustedes no trato.
Gente que deja avinagrarse el vino.

Pero la imagen buena
de mi padre recuerdo:
«No hay tontos para el cuerdo.»
¡Más tontos hay que granos hay de arena!

CABALLEROS INTELECTUALES

La mala fe, la estupidez, la lata
matan más gente que la guerra.
Más que la muerte mata
la vida que al lugar común destierra.

Si no puedes ser gato serás rata.
Gato serás si no puedes ser perra.
Como a judíos Dios nos trata.
Nunca verás la prometida tierra.

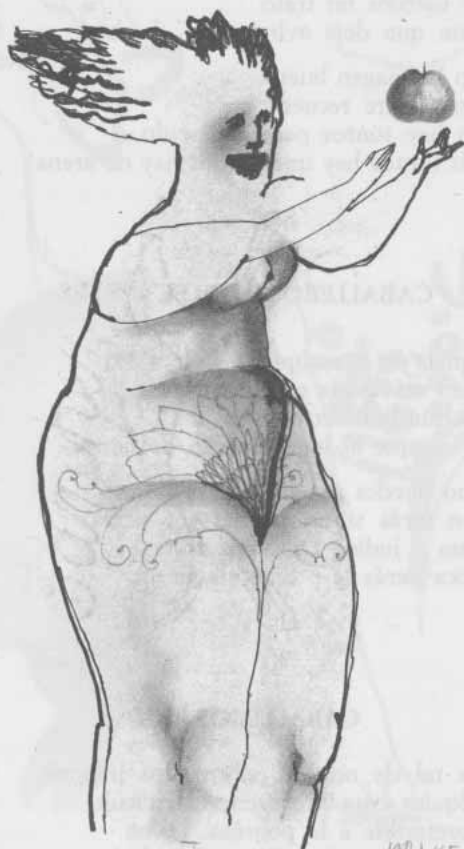
CABALLEROS RICOS

Con tal de no ser pobres, los infames
cualquier cosa prefieren: el ridículo
es preferible a la pobreza. Dame
vestidos de mujer, Dios, dice el rico,
para escapar de ti, si quieres cápame
a condición de no perder mi artículo
principal lo que te hace Dios: que me ames
más y me des más centavicos.

CABALLEROS BUENOS

La gente, gente bien, buena gente, no es gente
de bien. ¡Tan buenos! Buenos para nada.
Son como el ángel ese indiferente,
que no eligió la infamia ni la fama.

Dios no los odia ni el diablo los ama
y su infierno no es frío ni caliente.
Para esa gente nada tan urgente
como ella misma, turba ensimismada.



LA CONTRACORRIENTE*

GUILLERMO ATIAS

I

No alcancé a tomar el primer tren y el siguiente no partía hasta mucho más tarde, por lo que resolví irme en los taxis que salían cada quince minutos hacia Santiago. Deseaba entrevistarme con Ramiro Aguirre y ponerme a su disposición, ayudarlo en todo en el diario. En «Combate», estaba convencido, hacía falta mucho fervor militante, el periódico estaba corroído por la rutina. Pretenciosamente iba a ofrecerme yo, un extranjero, para inculcar un poco de esa devoción que faltaba.

Hallé un sitio en otro de esos automóviles nuevos, importados especialmente para taparles la boca a los chismosos taxistas, verdaderas trotaconventos de la derecha. Por cierto, el chófer era de la misma «raza» que la del otro con quien había tenido un incidente en días pasados. Un tipo satisfecho de sí mismo, dispuesto igual que el anterior a difamar a su gusto a la izquierda. Efectivamente, en cuanto salimos de Valparaíso ponía el receptor en la Radio Agricultura, especializada en transmitir día y noche injurias contra el gobierno de Allende.

Me resignaba a contemplar, mientras subíamos la cuesta, la bruma de Valparaíso extendida en todo el puerto, desgarrada en jirones dejando entrever verdaderos ojos de mar. En otra situación

* Fragmento de novela inédita en español. Está publicada en francés, *Le sang dans la rue*, París, Editions Rupture, 1978, y en ruso, en los números correspondientes a enero y febrero de la *Revista de Literatura Extranjera*, Moscú, 1978.

ese paisaje del Pacífico me habría relajado, pero debía allanarme a ir junto al chófer escuchando la propaganda patrioter de la emisora, mezclada con aires marciales del repertorio de marchas alemanas repetido hacía meses por la radio. Me limitaba a no dar la cara al chófer dejando así en claro que sus comentarios y el programa no me interesaban en absoluto. Nadie por lo demás podía saber «quién era quién» entre los que viajábamos y ni siquiera había mirado a los tres pasajeros del asiento posterior. La paciencia —o la complicidad— chilena es silenciosa, pensaba imaginándome los comentarios de todo tipo, a favor o en contra que brotarían en un grupo así en mi país o en cualquier otra parte.

Todavía no eran las nueve de la mañana y esperaba llegar a la oficina del diario antes del mediodía para poder atrapar a Aguirre. Pero no podía proyectar nada de lo que iba a proponerle, distraído como estaba, a pesar mío, con la mordacidad inagotable de nuestro guía y la estridencia del programa. Casi sin medir el riesgo, le solicité entonces que cortara la radio. Podía ser ése el derecho de un pasajero de cualquier pelaje político. Pero mi petición se recibió con un silencio frío que inmediatamente introdujo en el auto el clima de tensiones conocido en todo Chile en esos días. El chófer no me contestó pero noté que su sonrisa complaciente se transformaba en una mueca de irritación, mientras echaba un vistazo por el retrovisor a los demás pasajeros, posiblemente para hacer un cálculo del sostén que tenía. Luego encontró respuesta de uno de esos mudos compañeros de viaje: de una manera vacilante pero perfectamente clara se oyó decir que «uno se va cuando algo no le gusta». Era una adhesión bien precisa y el chófer más envalentonado cobraba su aplomo sin hacer ningún caso de mi queja. Quedaba por conocer el punto de vista de los otros dos pasajeros, pero pronto nos dábamos cuenta que éstos no contaban, era una pareja borrosa de edad madura poco dispuesta a mezclarse con el resto.

Más allá el chófer agregó otro comentario a lo dicho por ese pasajero, a quien por lo demás yo no podía ver porque iba justamente detrás de mi asiento. «Y sobre todo si son extranjeros —dijo—. Si no les gusta es mejor que se vayan. Esta pelea es entre nosotros los chilenos.»

Se estaba escuchando una viva marcha militar como para subrayar esa minúscula victoria que se producía dentro del auto a costa mía. Estaba vencido, era evidente, la radio continuaba sonando a su gusto y yo aceptaba esas verdaderas provocaciones. Mientras el vehículo corría notaba en mí ese estado de perturbación donde iba a perder todo control. Así luego, sin pensarlo, en un gesto casi automático estiré el brazo e hice girar el botón de la radio. Con ese silencio inesperado la tensión se hizo palpable, pero el chófer parecía no darse por aludido. Sin embargo, un trecho más allá, con toda calma él mismo volvía a encender el aparato añadiéndole aún mayor volumen.

Ahí en pequeño, toda la vida chilena del momento se sentía

palpitar dentro del reducido espacio de un auto. Mi odio y el de ellos —lo apreciaba yo— era real y nos impulsaría a cualquier riesgo, a cualquier violencia que se presentara.

—Si no le gusta, que se baje este carajo —se escuchó decir de pronto al individuo de atrás.

Posiblemente ya habría tenido tiempo de medir que con el chófer podría aplastarme a su gusto.

Debíamos llegar a una definición, a un arreglo de cuentas, era inevitable, sin embargo, yo no sabía de qué forma iba a ser agredido. Pero en ese momento la radio se calló bruscamente y lo que luego escuchamos nos dejó a todos perplejos. Un locutor con nerviosa voz, casi a gritos empezó a decir que en ese momento se producía un ataque militar a la casa de gobierno. Agregaba que un destacamento de tanques se ponía en acción y se comenzaba a disparar contra La Moneda.

El chófer había detenido bruscamente el auto para escuchar mejor esa noticia, esa información formidable, pero el relato sobre el ataque se interrumpió con la promesa del periodista de que inmediatamente se reanudarían las informaciones desde el lugar mismo del ataque, puesto que la emisora estaba a corta distancia. Entre tanto, volvían a repetirse las marchas.

Nuestra disputa parecía ínfima frente a lo que acabábamos de escuchar, pero en ningún caso olvidada. El otro pasajero, el de la pareja vieja preguntó algo entre dientes, si la carrera se interrumpía ahí o qué se pensaba hacer. Nadie se preocupó de contestarle y tuvimos que seguir oyendo la música marcial, mientras se esperaba la reanudación del relato del locutor desde la calle. El instante se alargaba, ponían otra marcha estridente y aparte de eso dentro del auto se podían sentir hasta nuestras respiraciones.

—¿Qué se va a hacer? —volvió a insistir el pasajero con voz alterada.

La música se interrumpió para dar paso a la voz nerviosa del locutor. Transmitía —explicaba— desde los alrededores mismos de La Moneda y dejaba expresamente abierto el micrófono para que se escucharan los disparos del ataque en pleno desarrollo. Al mismo tiempo narraba con voz jubilosa, casi como animando la agresión. El fuego brotaba de decenas de tanques instalados frente al palacio, explica gritando, como si ese fuese un momento esperado por él mismo desde hacía meses, así lo dejaba entender. Se escuchaba claramente el funcionamiento de ametralladoras y de otras armas más pesadas. El chófer entonces no se contuvo y lanzó un grito de satisfacción. ¡Por fin, carajos, decía, ahora van a saber lo que somos! Era una especie de bramido, algo excesivo para la estrechez del automóvil. El otro pasajero, su compinche, no pudo resistirse tampoco y se puso a gritar a su vez en términos parecidos: ¡Ahora sabrán lo que es bueno estos carajos! De pronto recordó nuestro incidente, mientras el locutor insistía en que la guardia de palacio sería pronto aplastada.



111-150

—Y éste, qué dice ahora —dijo refiriéndose a mí junto con darme una recia palmada en la espalda—. Al instante me volví y lancé una bofetada a ciegas, pero él la esquivó. Se llegaba a esto, a odiar un tipo sin haberle visto aún la cara.

El locutor continuaba su nerviosa descripción del asalto, asegurando que nuevas tropas venían a añadirse.

—Es el fin —decía—. Allende está adentro y tendrá que rendirse. Si podemos nos acercaremos allá para ofrecerles ese instante histórico. —Por el tono convincente, no cabía dudas que el renombrado putsch del cual se rumoreaba hacía semanas iba a culminar dentro de pocos instantes.

Entonces el chófer, con una rara cortesía, me pidió que me bajase del auto. El rostro le brillaba de contento e hipocresía y se daba el lujo de comportarse con un poco de urbanidad en el momento de la victoria. Y con la misma calma fingida agregó que nunca más en su vida se vería obligado a transportar a un perro marxista en su auto. Probaba ante todos su sangre fría y el dominio de sí, pero como yo no me moviera y al contrario declarara con firmeza que ese ataque era inútil porque ya vendría el pueblo a aplastarlo, cambió de actitud. En su rostro ancho y simple se reflejaban todas sus emociones.

II

Encima de su cabeza, en el tapiz del techo del auto tenía un escondite desde donde sacó con toda calma una pistola. Va a bajarse inmediatamente, me dijo de manera todavía educada y contenida. Ya usted perdió y podría liquidarlo a mi gusto. ¿No oye lo que está pasando? Se seguía escuchando la descripción del ataque a La Moneda y no quedaba ninguna duda sobre el resultado, se anunciaba la marcha forzada sobre el lugar de varias unidades militares resueltas a plegarse al complot. Nada se decía en cambio sobre la resistencia que debería estar ofreciendo el gobierno ni menos la Unidad Popular.

El pasajero de mi espalda se bajó y tomando mi puerta la abrió violentamente, sumándose a las exigencias del chófer.

—¿Qué, no oyes? ¡Bájate, te estamos diciendo que te bajes! —me gritaba desde el camino.

Yo me preparaba para responderle y contestar sus insultos, pero en ese momento me sentí bruscamente empujado por el chófer fuera del auto. Caí casi de rodillas al lado de la pista e inmediatamente el tipo, el pasajero, saltó encima de mí, aprovechando la ventaja de tenerme en el suelo. Me lanzó unos puntapiés, pero alcancé a escabullirme y levantarme para enfrentarlo. Era un individuo de mediana edad, robusto y ordinario que se sorprendió de verme dispuesto a todo al frente suyo. Hizo algunos alardes de boxeador, mientras continuaba insultándome, pero sin acercarse

mucho a mí y rehuyéndome en el fondo. Esto se hizo más claro cuando dio un salto atrás trastabillando ante una bofetada mía que no consiguió alcanzarlo. Fue en ese momento cuando sentí el golpe en la nuca de la pistola del chófer que sin saberlo yo se había bajado del auto. Sentí una especie de borrachera con el golpe e iba a caer abatido, pero no es tan difícil aturdirse del todo. De modo que pude seguir defendiéndome.

El chófer pretendió darme un nuevo golpe y no sé cómo conseguí evitarlo malparado como estaba. Se resbaló en el intento cayendo de bruces y soltando el arma. Y como en cualquiera película, saltamos los tres sobre la pistola, pero el arma volvió a caer en manos del chófer, esta vez decidido a gatillarla. Disparó dos veces sin tocarme y en vista de que yo seguía en pie se avalanzaron luego ambos, llenos de rabia sobre sí, logrando después de un forcejeo reducirme y cogerme cada uno de un brazo.

Desde donde me tenían, podía escucharse la voz excitada del locutor anunciando la victoria de los militares, mezclada al ruido de las descargas sobre La Moneda.

—Echemos allá abajo a este desgraciado, a este comunista extranjero —reclamaba el chófer hablando con dificultad porque estaba extenuado—. Quería arrojarme al barranco al costado de la ruta.

Me empujaron entonces y rodé atropelladamente entre montones de piedras y arbustos. Alcancé a divisarlos arriba mientras caía, asomados a orillas del camino. El chófer disparando sobre mí y el eco de los disparos multiplicándose en el contorno de los cerros.

* * *

Sí. Continuaba vivo, estaba sobre el suelo y este suelo era Chile. ¿Qué otra cosa? Un pájaro feo y pequeño saltaba y picoteaba cerca de mí. Moví el pie para espantarlo, se asustó pero luego de un revoloteo corto volvió a pisar en el mismo sitio. No me temía en absoluto, otra movida de pie y no hizo el menor caso, obstinado sobre el terreno con su cabecita nerviosa. Era tarde, quedaba un poco de luz, veía ese pájaro y veía mi zapato. Debía tener una herida en alguna parte del cuerpo, una herida transparente de parte a parte como un monstruo surrealista. Recordé las figuras de los dos hombres, arriba en el borde del camino, imágenes de canallas, de fascistas, con el pelo y la tela de los pantalones agitados por el viento, a plena luz de la mañana. La pistola arrojando unas pequeñas lenguas de fuego, como antes, como los fusiles de otra época.

Trepé por la pendiente arrastrándome dificultosamente por los pedruscos que rodaban hacia abajo del barranco, hasta donde yo había llegado girando como el primer muerto del golpe militar. Antes de alcanzar el camino para divisar el paso de un automóvil a gran velocidad, posiblemente con gente en fuga hacia Valparaíso. ¿De qué huían y qué sacaban con huir hacia allá? La guerra civil debía estar instalada en todas partes ya. Todo se me hizo claro al

pisar el asfalto de la ruta, pero era el único en Chile que no sabía nada de lo que estaba ocurriendo desde hacía horas.

Eché a andar por la ruta sin ningún proyecto en la cabeza, como un hombre disponible, una ficha suelta en ese juego diabólico que comenzaba en Chile. Llevaba unas magulladuras y cojeaba de un pie, lo cual seguramente me procuraba un aspecto todavía más penoso. Pocas veces me he sentido más desorientado y solo como sobre ese asfalto impregnado de aceite negrusco. Pero no eran horas de reflexiones, ni de confrontaciones con tal o cual idea, sino momentos de alerta, como un pájaro que puede ser cazado desde cualquier rincón, desde ese peñasco o desde ese árbol de la curva. Traspasado de parte a parte con heridas transparentes...

Debí dar un salto para esquivar un automóvil que hacía sonar el claxon a mi espalda. Pasó, escuché que me gritaban, eran los insultos habituales a alguien para quitarlo del camino, no eran gritos de guerra civil... Pero el disparo podía venir de repente, como son los disparos.

Mi marcha se hacía más penosa a medida que se oscurecía, la cinta del camino menos visible. Cómo sería esa guerra civil lejana en pleno desarrollo. Posiblemente La Moneda había sido recuperada por el pueblo con otros militares leales o también, ¿por qué no?, vuelta a tomar por los fascistas. ¿Y Allende? ¿Y la dirección de la UP? ¿Y los partidos y los sindicatos? Pero ese tráfico de autos que se hacía más frecuente y más peligroso con las luces de los vehículos encendidas ya no cesaba de pasar. No tenía mucho sentido ese desplazamiento casi normal en momentos así.

De pronto un autobús destartado de recorrido rural se detenía suavemente al lado mío. Pensé que de ese vehículo brotarían los agresores que esperaba, dispuestos a ajusticiarme en el terreno. No iba a alcanzar a explicar mi identidad en el caso monstruoso de que esa gente perteneciera a la Unidad Popular. Pero sólo un chófer con cara de campesino esta vez, abría la portezuela para preguntarme si deseaba subir.

—Voy hasta Casablanca —me decía—, no sé si le conviene.

Yo lo escuchaba sobrecogido. Esa entonación dulzona de la voz del chófer era lo opuesto a lo que yo me imaginaba y no sabía cómo responder.

—Es difícil que lo lleve otro en la mitad del camino —agregaba para convencerme.

Dentro del autobús divisé en la penumbra una docena de caras silenciosas que me observaban sin expresión alguna, podían ser asesinos o cualquier cosa. Bueno, ¿y la guerra civil?, quise preguntar, pero lo encontré ridículo y sin pensarlo más trepé al autobús.

—Desde aquí hasta Casablanca son doce escudos —dijo corriendo un boleto y pasándomelo.

Ese golpe de realidad cotidiana no me alcanzaba completamente, tenía mis sentidos puestos en otra parte y seguía vacilante de pie al lado del asiento del chófer.

—No hay tarifas parciales —me explicaba éste, tal vez engañándome y pensando que yo encontraba «abultado» el cobro.

Como un autómatas busqué *dinero* en los bolsillos, algo también increíble. Ahí estaba un montón de billetes que *todavía* eran útiles. Le pasé uno sin mirar el valor y me dirigí al interior del autobús, pero el chófer me llamó.

—Tome su vuelto —me decía entregándome un manojo de billetes arrugados y sucios.

Simultáneamente puso bruscamente en marcha el vehículo que dio una especie de salto adelante y a mí me lanzó sobre uno de los asientos vacíos.

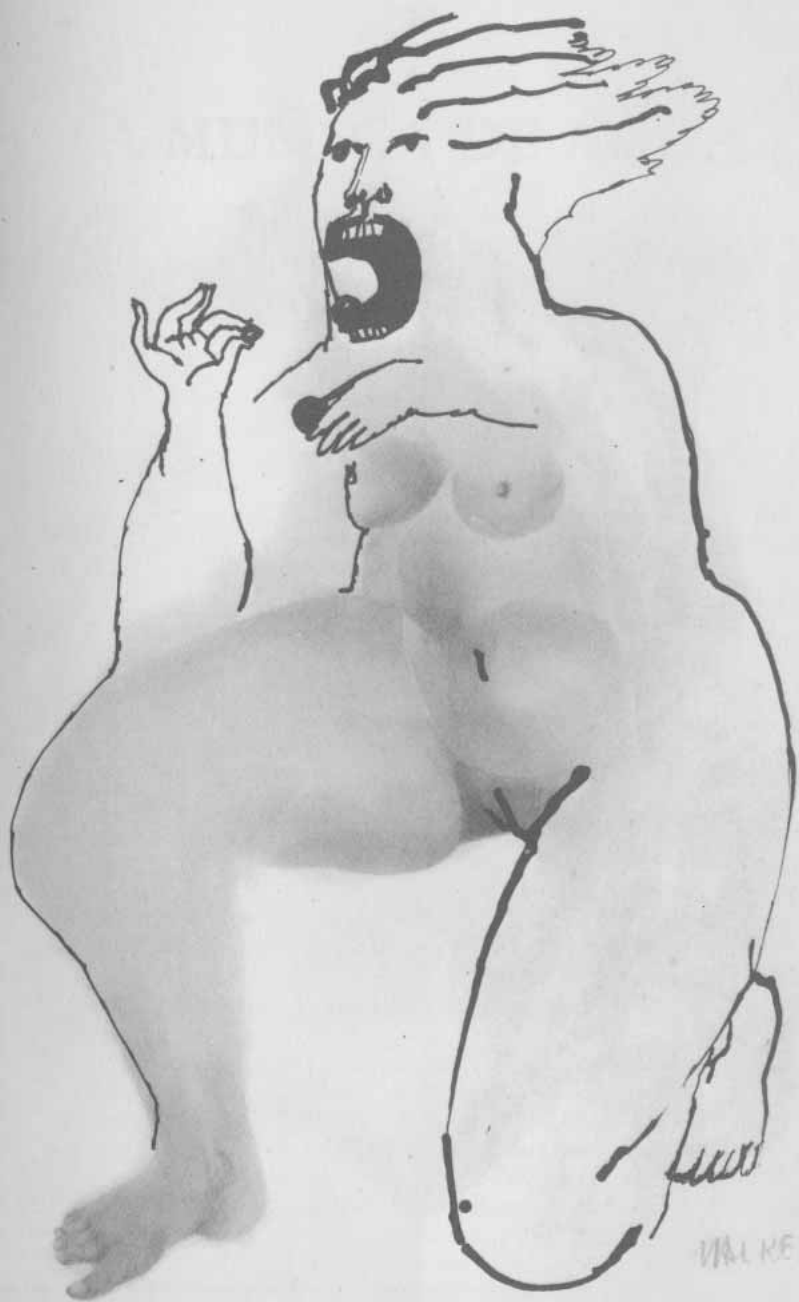
El «tancazo», así llamaban los diarios de la mañana siguiente a la intentona frustrada de un grupo blindado del ejército que había pretendido tomarse el palacio de gobierno. Todavía no salía de mi asombro en la pieza de mi hotel de Santiago, adonde había llegado desde Casablanca esa misma noche. Abundante información gráfica en diarios de derecha e izquierda donde se mostraban unos cuantos tanques disparando a La Moneda.

—Imbéciles —decía uno de los articulistas de izquierda—, con media docena de tanques pretender dar vuelta a la página más importante de la historia de Chile.

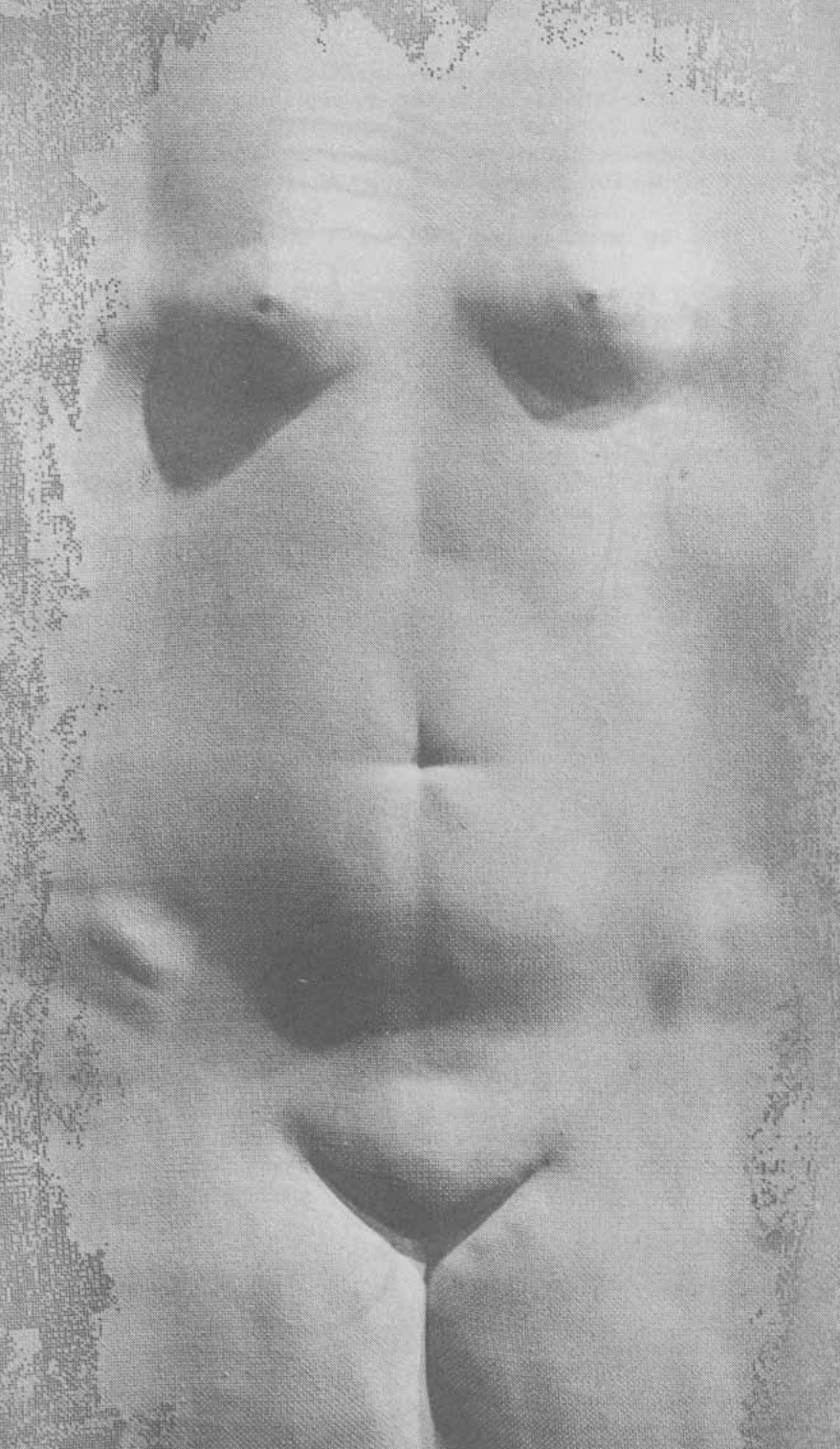
Esa «página» no había sido colocada, ¿por qué? Era difícil entenderlo bien a través de la información algo desordenada que podía recogerse.

Pero si hubiesen sido no una media docena, sino cientos de tanques y aviones y barcos, ¿qué habría pasado? Al «tancazo» podían dársele todas las interpretaciones imaginables reflejadas a su gusto por la prensa de esa mañana. Desde que el coronel Souper comandante del blindado rebelde, era un tipo medio loco lanzado en una aventura personal, para servir como detonador de un putsch en gran escala, hasta otros sosteniendo que era una maniobra secreta de las fuerzas armadas, una especie de ensayo para detectar las reacciones tanto en la Unidad Popular y los sindicatos como en las propias filas de los militares.

Y yo como única víctima de ese putsch ridículo, agigantado inútilmente por la radio y al final reducido por el jefe de las fuerzas armadas general Prats, que bajó solo a la calle entre los tanques con una pistola en la mano; yo como único golpeado, agredido a tiros y dejado como muerto al fondo de un barranco, sabía que detrás de esa farsa existían cargas explosivas que habían dado ese chispazo aislado, pero cuyo núcleo de violencia continuaba intacto y próximo a estallar.



WALKER 59



LA MUÑECA DE AGUA

CARLOS SALAZAR RAMIREZ

—Buenos días, señora.

—Buenos días, señor.

—¿Aquí vive Francisco Ramírez?

—Sí señor, pero no está.

—¿Quién le ha preguntado si está o no está? —interrumpió uno de los uniformados.

Con un ademán de la mano, el que había hablado primero, lo hizo callar.

—A su orden, mi capitán —respondió cuadrándose.

—Sólo queríamos hacerle algunas preguntas a su marido. Nada malo le va a pasar.

—Muy bien señor, pero realmente no está, pasen a ver no más.

—¡Usted, sargento!, tome dos hombres y registren mientras yo converso con la señora.

Virginia había tomado una esquina de su delantal y lo arrugaba. Miraba hacia el bosque, había soldados; hacia el sendero que baja al río, más soldados, y por el camino que da hacia la carretera pavimentada, soldados y *jeeps*. ¿A quién andarán buscando? Debe ser alguien muy notable que ha venido a esconderse por estos cerros. La vergüenza de que los militares la hubieran sorprendido así, y no hubiera tenido tiempo de ponerse su ropa dominguera, se mezclaba a cierto temor. La noche anterior su marido se había ido y no volvería hasta que las cosas se calmaran, lo que podría ser en un par de días o una semana.

—No te preocupes —la había tranquilizado— de todas maneras regreso pronto, antes de que se acaben los bastimentos.

¿Para cuánto queda? Ella calculó mentalmente, luego fue a la cocina, hurgó por todas partes:

—Papás y harina tenemos como para una semana, podemos matar una gallinita, azúcar va a ir faltando.

¿Qué buscarían? Antes de irse registraron todo, bajaron por la quebrada hasta el río, se metieron al bosque, subieron a las lomas cercanas. Los veía trepar como hormigas, descender, reaparecer tras algunos arbustos. Finalmente, tomaron sus *jeeps* y se fueron. El capitán se despidió muy caballeroso:

—Hasta la tarde, señora, ojalá haya vuelto su esposo.

Cierto que a ella la habían interrogado también: su nombre completo, de dónde era, si participaba en el «Asentamiento» igual que su Francisco, a cuál partido político pertenecía.

—A ninguno y él tampoco.

—¿Nunca lo vio con armas?

—¡Jamás! Sólo cuando salía a cazar, pero se conseguía escopeta prestada.

—¿Quién se la prestaba?

—Bueno, la escopeta vieja de mi compadre Rodolfo.

—¡Ah, sí!, con ese ya hablamos.

Debe ser un pez gordo el que andan buscando, pero ¿qué pez gordo hay por aquí? Ninguno. Tal vez en el pueblo, aunque es tan pequeño.

Ahora que está sentada sola a la mesa, mientras sus chiquillos juegan, reflexiona y trata de recordar todo lo sucedido. Habían dejado un cabo y dos soldados cuidándola, con la orden de que no se movieran de la casa. Regresarían en la tarde. Por ellos supo que el más viejo, el que tuvo que callarse por mandato del caballero, era sargento. El señor que los mandaba a todos, capitán. Dos jóvenes que venían en los *jeeps*, *tenientes*. Respondiendo a su invitación, sus guardas almorzaron con mucho apetito. Eran buenas personas, hablaban como cualquiera: de las cosas que estaban muy caras, que había sido culpa de la Unidad Popular, pero que ahora bajarían y habría abundancia, todo podría arreglarse.

—¡Ojalá! —dijo Virginia—. Eso mismo había conversado con su esposo y hasta se había acalorado con él, pero Francisco culpaba a los ricos que escondían y acaparaban los alimentos para revenderlos más caros, en el «Mercado negro».

—Yo también he visto a los pobres en lo mismo. Muchos de por aquí van a Santiago, se ponen en las colas con hijos, hermanos, primos; compran pasta para los dientes, jabón, azúcar, aceite, qué sé yo cuántas cosas, y después las venden diez veces más caras.

—Sí, pero ese no es todo el pueblo. El Gobierno hace lo que puede, claro, siempre hay gente que abusa. Vas a ver, saldremos adelante.

Había venido el golpe militar. Francisco estaba tranquilo:

—No te aflijas, sólo están apresando a los dirigentes.

No obstante, vinieron del pueblo a avisarle que también andaban deteniendo a los campesinos de los «Asentamientos», mejor que se escondiera por algunos días. Lo que pasa es que el «futre» quiere recuperar el fondo y está furioso contra los «asentados». Seguramente los milicos no le van a hacer caso y los «Asentamientos» seguirán funcionando.

El cabo Inostroza —así dijo que se llamaba— era el más conversador, hablaba de todo, sabía bastante del campo, de las cosechas del trigo y también de la remolacha, que aquí no se produce, pero en Llanquihué, su provincia natal, se cultiva mucho y con ella hacen azúcar, en unas grandes fábricas.

Jugó con los niños. Fue a la chiquita a la que le hizo más cariño.

—¿Qué edad tiene?

—Tres años.

—Yo tengo una de dos años y medio.

—¿Cómo se llama?

—Virginia, pero le decimos Genita.

—¡Ah!, igual que usted. Nunca había visto ojos tan bonitos.

Y volvió a acariciar el cabello rubio de la niña. Receló. ¿Estaría tratando de cortejarla? Tal vez no. La sentó en las rodillas, le hizo «caballitos» y la niña reía feliz. El cabo miró su reloj, se puso de pie y dijo:

—Muchas gracias, señora Virginia, estaba muy rico su almuerzo. No vaya a ser cosa que venga mi capitán y nos pille aquí. Tenemos que estar afuera, de guardia.

La Genita salió detrás del cabo tomándole la mano.

Poco a poco se tornó más fuerte el zumbir de los motores y, finalmente, los *jeeps* surgieron tras el recodo del camino. El mismo despliegue de soldados de la mañana.

—Sigue el operativo —le dijo en voz baja el cabo Inostroza.

—Sí —respondió Virginia, sin saber lo que era.

El *jeep* del capitán llegó hasta la tinaja resquebrajada junto a la casa; los chiquillos se asomaban curiosos.

Los soldados y el cabo se cuadraron y este último dijo con voz ajena:

—¡Sin novedad, mi capitán!

El capitán se llevó levemente una mano a la visera.

—Buenas tardes, señora Virginia. ¿No ha vuelto su marido?

—No señor.

—¡Qué lástima, señora!

Me trata de señora, un caballero tan importante como él. ¡Qué respetuoso es! Saldremos bien de esto. Repentinamente, algo vio en la mirada del capitán, algo intenso y fugaz que no pudo precisar; sintió escalofríos. ¡Dios mío! ¡Que no pase nada! Son buenos, el capitán es un caballero.

—¿Realmente no sabe cuándo regresará?

—No sé nada, no me dijo nada.

—¡Vamos, señora, vamos! ¡No se ponga difícil!

—¡Le juro por mis hijos!

—Así que acostumbra alojar fuera de la casa sin avisarle. Tendrá una «sucursal» por ahí —insinuó riéndose.

—No, no, mi Francisco es muy serio, nunca duerme en cama ajena.

—Dígame, señora, ¿a qué hora se fue su marido ayer?

—Ya estaba cayendo la oración.

—¿Y no le informó cuándo regresaba?

—No señor.

—¡Vea bien doña Virginia! Usted dice que nunca falta a su casa. Bueno, anoche no vino y hoy no ha aparecido en todo el día. ¿No le parece raro?

—Sí, estoy muy preocupada. ¡Ojalá no le haya pasado algo malo!

—Mire señora, ¡usted está mintiendo! Le aconsejo que me diga la verdad.

El capitán espantó unas moscas que persistían en paseársele por la frente. El sol empezaba a declinar.

—Se me hace tarde —comentó para sí mismo.

—El asunto está muy claro, usted no nos puede mentir. ¡Su esposo se arrancó! En tal caso tiene que haberle dicho a dónde y cuándo volverá. No va a dejar botados así no más a su mujer y sus chiquillos.

Ella asintió con un gesto.

—¡Ah! —exclamó el capitán—, ¡qué bueno!, cuente entonces.

—Sí, no nos puede dejar botados así no más.

—Entonces, ¿dónde se fue y cuándo vuelve? —preguntó casi gritando.

—No sé, señor —contestó agachando la cabeza, los ojos cerrados.

—Bien, no tengo más tiempo que perder. ¡Por última vez! ¿Dónde está tu marido?

Ahora la tuteaba. No hablaría. ¿Qué podía hablar? Solamente lo que Francisco le había dicho. Que, a más tardar, regresaría en una semana. No, nada les contaría.

—¡Sargento!, amarre a esta mujer a ese árbol. Vamos a ver si confiesa.

La noche había emergido en pleno día. Levantó la cabeza y los vio a todos diferentes, transformados, distantes, los ojos plomizos, como si no la vieran o no la quisieran ver. Sintió que eran de palo, los gestos, los movimientos de palo y de palo los rostros. El cabo Inostroza no era su amigo, ni conocido, ni humano, también era de palo. Experimentó un miedo creciente cuando se le acercaron, y mientras más próximos, más lejanos eran y ya no tenían ojos. La tomaron de los brazos, el terror la había inmovilizado. No opuso resistencia, dócilmente se dejó conducir. Entre tanto, del jeep habían traído un cordel y comenzaron a amarrarla. Los hijos co-

rrieron llorando y se aferraron a sus polleras. Forcejeó. Los niños entorpecían la operación. Una patada del sargento hizo rodar al mayorcito que, pálido, sin respirar, quedó tendido hasta que pudo llorar. Luchó con todas sus furias, aulló como un animal.

—Tiene más fuerzas que un hombre —comentó un soldado.

Mordió una mano.

—¡Ah! ¡Putas de mierda! —se quejó el sargento, y le propinó un puñetazo en el rostro.

Sus tres hijos yacían desparramados por el suelo, llorando y sangrando. Finalmente la dejaron fija contra el árbol. De los alaridos pasó a los gemidos.

—Ahora me vas a contar todo y rápido. ¿Dónde está el traidor de tu marido?

Hizo un ademán negativo y el cordel le laceró la garganta. Musitó:

—No sé.

—¡Salió porfiada la huevona! ¡Quémenle las tetas! —ordenó el capitán.

En medio del pánico comprobó su engaño, ése no era un caballero.

Se abalanzaron, le rompieron el delantal, la blusa. Era duro el género. Por entre las rasgaduras le sacaron los senos.

—Mira, todavía están buenones —comentó uno.

Virginia sentía vergüenza y miedo, pero el odio fue surgiendo avasallador.

—¡Dos que fumen!

Se acercaron con cigarrillos encendidos. Uno le quemó el pezón derecho, cargó profundamente y se le apagó. El otro trabajaba más científicamente; colocaba la brasa encendida con suavidad, volvía a chupar el cigarrillo y de nuevo lo pasaba por las diversas partes del seno. El primero aplicó el mismo método. Trascendió olor a carne quemada. Virginia apretaba los dientes y gemía. Ya no tenía miedo, sólo odio. El aire se había convertido en una muralla ancha de pastosa sal negra que avanzaba, tendría que ahogar inevitablemente a esos uniformados. ¡Así sería! ¡Así tenía que ser! Si no, no hay Dios. Los niños habían dejado de llorar y, sentados, observaban a su madre con una mirada de abismo incomprensible.

—¡Basta! ¡Paren! —ordenó el capitán.

La niña se acercó al cabo Inostroza y le preguntó:

—¿Le duele a la mamita?

El cabo no respondió.

Virginia contestó con roz ronca:

—No, Genita.

Respiraba entrecortadamente, sentía ahora un tremendo dolor. Sí, me duele, pero hago cuenta que me he quemado con aceite o con grasa, o que me he derramado el agua hirviendo de la tetera. Pero ahí, parece que duele más. El capitán se habrá dado cuenta que no sé nada y todo pasará, me dejará tranquila.

Lo observó. Era la misma cenicienta mirada de palo. Van a

seguir, pensó despavorida. ¿Qué harán ahora? ¡Dios mío, ampara-me! ¡Protégeme! ¡Cómo desaparecer, achicarse, ser una hormiga!

—¡Ahora sí que vas a hablar! A ver, a ver, ¿cuál es tu hijo regalón?

¿Qué podría ser? De nuevo el terror acrecentado, multiplicado. No pudo imaginarlo. Sintió vacío el cerebro. Ya todo era sal negra, pero los militares seguían viviendo.

—Parece que es esa —dijo indicando a la Genita.

Los niños miraron a su hermana. A Virginia se le desorbitaron los ojos, sintió como si un sol muerto llenara de silenciosos gemidos la quebrada, el cielo y el mundo.

—¡Agárrela, cabo Inostroza!

El cabo la tomó en sus brazos. Genita no tuvo miedo. Un silencio oscuro, vasto, inmovilizó al paisaje y a los seres humanos.

El capitán, como si fuera un gigante capaz de arrancar los árboles, derrumbar los cerros, rasgar el aire, tronó:

—¡Tu última oportunidad! Te voy a contar hasta cinco para que me respondas. Si no, tu niñita va a ir a parar al río. ¡Y tan bonita que es!

Miró su reloj y rugió:

—¡Uno!

—Se fue anoche y me dijo que a más tardar volvería en una semana.

—Ya cantaste algo, vamos a ver si sigues. ¿Qué más te dijo?

—Que todo se arreglaría, que se aclararían las cosas, que no me preocupara.

—¡Qué más!

—Nada más, señor.

—¡Dos! —gritó.

—¡Se lo juro por la vida de la Genita!

—¡Tienes que decirme dónde se escondió, apúrate! Te voy a contar tres.

—Se fue donde mi comadre Rufina.

—¡Mentira! Ya estuvimos allí —intervino el sargento.

—¡Tres! —gritó el capitán.

—No, no, claro, fue a esconderse donde don Lucho.

—¡Mentira! Tampoco estaba allá.

—Donde el primo Juan.

—¡Mentira!

—Donde don Mañungo.

—¡Mentira!

—¡Cuatro!

—¡No sé, no sé! ¿Cómo no se lo iba a decir?

—¡Voy a contar cinco!

—Por favorcito, yo haré lo que quiera, haga conmigo lo que quiera. ¡Por Diosito, mi general, no toque a la Genita!

El sargento sonrió al oír el título de general.

—¡Mi general, mi generalito!, ¡máteme a mí, máteme a mí!,

pero deje a la niña. En el fondo, le parecía una solución factible.

—Bien, ¡voy a contar cinco!

—¡Máteme, máteme!

—¡Cinco!

Nuevamente se detuvo el tiempo, se desmoronó el cielo, y el silencio se abrió como una inmensa fauce nocturna.

—Cabo Inostroza, ¡tírela al río!

Este no se movió, el color ceniza se le había tornado verdoso.

—¡Tírala al agua, maricón! —gritó el capitán.

El cabo tuvo un leve estremecimiento y se quedó inmóvil.

—A ver, sargento, hágalo usted. Y tú, Inostroza, sabes muy bien lo que te espera. Estamos en tiempo de guerra.

Ordenó a sus soldados:

—¡Llévenselo!

Y mientras éste marchaba al medio con pasos envejecidos, el capitán aún le lanzó:

—En el cuartel, antes de una hora, ¡todo habrá terminado para ti!

La mitad del tronco se apoyaba en la arena y la otra ondeaba en zig-zag bajo el agua. Los niños jugaban a hacer equilibrios sobre su lomo resbaladizo. Se sumergían hasta las rodillas, el juego se estaba tornando peligroso, pero ninguno quería ceder. Algo extraño venía a flor de agua, desaparecía y volvía a flotar, se acercaba meciéndose suave, hasta que se atascó frente al árbol muerto; subió un poco a la superficie. Los chicos se callaron, era como un vestido, como una cabellera, borrosa, vaporosa, imprecisa, que ondulaba. Volvió a descender y nuevamente afloró. Ahora se le pudo ver la cara, los ojos celestes y el pelo rubio, en medio de los círculos de agua, como una aureola creciente.

—¡Una muñeca! ¡Una muñeca!

—Sí, es una muñeca!

—¡Es mía, yo la vi primero!

—¿Dónde está, dónde está?

—¡Se hundió de nuevo!

—¡Sácala, apúrate!

—No alcanzo.

—Toma este palo.

Caminaban y se movían con cuidado sobre el tronco, apoyándose con ramas y varillas. Se inclinaron a mirar, balanceándose peligrosamente. Se sujetaron unos con otros.

—¡Es una muñeca de las grandes!

—¡Una muñeca de agua!

Poco a poco la fueron empujando hacia la orilla. La sacaron y la tendieron en la arena.

—¡Pesa mucho!

—¡Parece de verdad!

—¡Qué linda es una muñeca de agua!

O'HIGGINS A 200 AÑOS DE SU NACIMIENTO

Desde el mismo 11 de septiembre de 1973, los fascistas se esfuerzan por aparecer como los fieles herederos de los Padres de la Patria, como sus auténticos continuadores; intentan indentificarse con ellos, con sus pensamientos y sus acciones. Esto ocurre, entre otros, con Bernardo O'Higgins Riquelme. Veamos algunos ejemplos.

El 11 de octubre de 1973, al cumplirse un mes del asalto al poder, se efectuó un acto en el Edificio Diego Portales. El «Mercurio» describe así su inicio: «En medio de los representantes de todas las actividades nacionales y de la comunidad diplomática, las más altas autoridades de la República avanzaron hasta ubicarse en el sitio de honor, junto a la bandera de los Padres de la Patria, ante la cual Bernardo O'Higgins juró la Independencia Nacional en 1818». A continuación —según relata el diario ya citado— Pinochet pronuncia un discurso, donde —entre otras cosas expresa: «Conciudadanos, juro ante la bandera de los Padres de la Patria, que los que tenemos hoy la responsabilidad del Gobierno no nos lleva otro norte sino servir a Chile...»

El 11 de diciembre de 1973, en una ceremonia realizada en el Salón de Honor de la Escuela Militar, el Instituto O'Higiniano procedió a condecorar con las insignias de la Orden O'Higiniana a los cuatro miembros de la Junta. En esa ocasión Pinochet dijo: «Para mí y para los otros tres integrantes de la Junta, ella (la Orden O'Higiniana) implica el simbolismo de encarnar los principios a los que el capitán general don Bernardo O'Higgins consagrara por entero su vida y sus actos».

Los días 1 y 2 de octubre de 1974, con motivo de conmemorarse el 160 aniversario de la Batalla de Rancagua, se organizaron diversas festividades recordatorias en la provincia de O'Higgins. El acto principal tuvo lugar en la ciudad de Rancagua, y a él asistió Pinochet, quien fue declarado «Soldado Ilustre» y condecorado. Refiriéndose a esas actividades el entonces Intendente de la provincia de O'Higgins, coronel Christian Akercknecht —responsable de asesinatos y torturas— afirmó: «Recordamos la acción heroica, el ejemplo de O'Higgins. Su

arroyo, su valentía, su ejemplo como Comandante de tropas».

El 20 de agosto de 1975, con motivo del 197 natalicio de Bernardo O'Higgins, se efectuó un acto en la ciudad de San Bernardo, durante el cual Pinochet «firmó el decreto ley que otorga al Prócer el título de "Libertador de Chile"». Ni más ni menos: el tirano condecorando a Bernardo O'Higgins.

El 11 de septiembre de 1975 se efectuó un acto en pleno centro de Santiago, en el que los cuatro miembros de la Junta encendieron «simultáneamente la gran pira situada en la Plaza Bulnes, símbolo de la Llama Eterna de la Libertad». Poco antes de ese trascendente hecho, Pinochet se dirigió a los presentes para decir: «Frente a vosotros, teniendo a nuestro querido Chile como marco, y ansioso de responder dignamente al lema del prócer máximo de nuestra Independencia: "Vivir con honor o morir con gloria", invocando una vez más a la Divina Providencia, para que ella nos guíe a encender la llama de la libertad, que iluminará por siempre los destinos de nuestra Patria».

El 20 de agosto de 1976 se realizó en Chillán Viejo, frente a la casa donde nació Bernardo O'Higgins, un acto en conmemoración a su 198 natalicio, que contó con la presencia de Pinochet. En esa oportunidad el general Herman Brady, Ministro de Defensa, habló en nombre del Gobierno, diciendo: «Estamos aquí reunidos todos los chilenos simbólicamente, desde la más alta magistratura de la Nación hasta el más modesto, para rendir homenaje cálido y ferviente al primer soldado de la nación.»

Tres días más tarde el mismo general Brady pronunció otro discurso, ahora en un homenaje a Pinochet, con motivo de cumplir tres años como comandante en jefe del Ejército (había sido designado por el presidente Salvador Allende, el 23 de agosto de 1973, sólo 19 días antes que lo traicionara). En esa ocasión dijo Brady: «Tuve la suerte de representar al Gobierno el 20 de agosto, para rendir homenaje y culto al gran soldado de la Patria, como fue nuestro primer general, libertador y gobernante, el general Bernardo O'Higgins. En esa oportunidad para mostrar en plenitud la personalidad de este hombre insig-

ne en la historia de Chile, tuve que hablar del Ejército. Lo hice porque desde la época de la Colonia (subrayado por IL) el Ejército de Chile ha sido la piedra angular para formar historia, formar tradición, formar hombría y mantener inalterable la institucionalidad de este Chile que tanto queremos. Y hablé de Ejército para hablar de Gobierno, de orden, de respeto. Y hablé de Ejército para decir que el preclaro gobernante que fue Bernardo O'Higgins lo fue porque, como general de Ejército supo comprender y legar hasta lo más íntimo de nuestro corazón la idea de libertad, justicia, respeto y orden en la patria que lo vio nacer... Desde el Ejército del pasado puedo llegar hoy, más orgulloso a hablar del Ejército del presente, que tomó esa responsabilidad meditada el 11 de septiembre de 1973, bajo la conducción de su Comandante en jefe, representante máximo de las virtudes militares.»

El 20 de febrero de 1978, en una entrevista realizada con el presidente argentino, general Jorge Videla, en la ciudad de Puerto Montt, Pinochet sostuvo que «la amistad de los generales San Martín y O'Higgins es un ejemplo de idealismo y altura de miras, que hoy más que nunca conviene recordar...»

* * *

Una de las características del fascismo es su tendencia a mitificar la historia. Los casos citados —entre muchos otros— demuestran que su versión chilena no constituye una excepción a la regla.

En su intento por identificarse con Bernardo O'Higgins, los fascistas recurren a variados trucos. Por ejemplo, utilizan abundantemente los símbolos: la bandera ante la cual el Padre de la Patria juró la Independencia de Chile el 12 de febrero de 1918; una Orden O'Higiniana, el título de «Soldado Ilustre», frases del prócer, etc. A veces se extrema la demagogia y se cae en lo grotesco, como cuando Pinochet le otorgó a O'Higgins el título de «Libertador de Chile». Ello fue una muestra de refinado cinismo.

Para poder aparecer como continuadores de O'Higgins, los fascistas deben mostrar una versión totalmente

unilateral del héroe. Sólo subrayan su papel de soldado. Castran de su vida, acción y pensamiento aspectos que ilustran su inalterable posición progresista y revolucionaria. Es innegable el importante papel jugado por O'Higgins en las guerras de la Independencia, pero su importancia va más allá de haber empuñado la espada en los campos de batalla. Sus méritos no son sólo haber sido «el primer soldado», «el primer general»...

Con el fin de lograr sus objetivos, los fascistas deben cometer burdas falsificaciones. Es el caso del general Brady cuando, el 23 de agosto de 1976, sostuvo que el Ejército de Chile «desde la época de la Colonia» ha sido la piedra angular para «mantener la institucionalidad» en Chile. Pensamos que esta afirmación no es sólo producto de la ignorancia del general. Tal vez, un lapsus lo traicionó. El ejército colonial tuvo por tarea mantener sometido a Chile al dominio extranjero, defender una institucionalidad que estaba en contra los intereses de la nación. Era un ejército enemigo de la Patria, de ocupación, cuyo papel era impedir la liberación nacional. El ejército creado por O'Higgins, no sólo no tuvo nada en común con ese ejército colonial, sino que nació precisamente para combatirlo y derrotarlo.

La intención del general Brady, cla-

ro está, era otra: mostrar una continuidad en lo realizado por el Ejército desde la guerra de la Independencia, dirigido por O'Higgins, hasta el putsch y después de él. Pero no es lo mismo un Ejército o'higginiano, brazo armado del pueblo para conquistar la emancipación de la Patria, que un Ejército fascista, brazo armado de las empresas extranjeras, utilizado para aplastar al pueblo e imponer de nuevo la dominación de empresas foráneas.

Este año, por cumplirse el 200 aniversario del nacimiento del Padre de la Patria, es más necesario que nunca levantar la vida y las acciones del héroe tal como fueron, derrotando las tergiversaciones. Esta es una tarea de todos los patriotas antifascistas, legítimos herederos de O'Higgins.

La figura del prócer es una antorcha combatiente en su Patria hoy momentáneamente en tinieblas, porque a pesar de los esfuerzos de los Pinochet, el pueblo conoce al verdadero liberador. Y mientras participa en la lucha clandestina, repite con el poeta:

«Eres, O'Higgins, reloj invariable con una sola hora en tu cándida esfera: La hora de Chile, el único minuto que permanece en el horario rojo de la dignidad combatiente.»

Iván LJUBETIC

Las huelgas de hambre desde adentro

Hace cuatro, tres, dos años que nada saben de sus hijos, de sus maridos, sus padres, sus hermanos, sus novios, sus sobrinos. A todos ellos se los tragó el fascismo. ¿Dónde están? Quizá fueron asesinados después de largas torturas. O tal vez sobrevivan en algún matadero secreto de Pinochet. Son obreros, empleados, profesores, estudiantes, intelectuales, dueñas de casa, secretarias, dirigentes de partidos políticos o de sindicatos. Fueron arrancados de sus hogares por sujetos violentos y soeces a altas horas de la noche. O secuestrados mientras caminaban por alguna calle. O los detuvieron en sus propios sitios de trabajo a la luz del día. Hay testigos y pruebas. Vivían en las ciudades de Chile y no aceptaban el fascismo. Algunos luchaban en la clandestinidad sin más armas que la paciente y tenaz actividad de sus organizaciones. Otros no eran políticos, sino simplemente personas honradas que no callaban. Todos ellos cayeron en la insaciable cacería de la DINA. Pinochet creyó que con ellos terminaba con sus enemigos y que luego vendría el silencio del terror.

Calculó mal. Por los desaparecidos hablan las voces de centenares de miles de seres.

Primero fueron cinco las huelgas de hambre, en cuatro iglesias católicas de Santiago y en el local de la Unicef. Luego se propagaron por el país y en seguida por el mundo, y en el momento de su culminación, sumaban ciento diez ayunos en setenta ciudades de veintitrés países diferentes.

La protesta, la solidaridad, llegaron de todas partes. Kurt Waldheim, el canciller Schmidt, de la RFA, François Mitterand, Edward Kennedy, Jean Paul Sartre, autoridades religiosas, parlamentos, partidos políticos, las grandes centrales sindicales internacionales, las principales universidades del mundo.

Al cabo de cinco años de opresión y terror, la huelga de hambre iniciada el 22 de mayo de 1978, se alza como la acción de masas más heroica y de mayor significación emprendida por el pueblo chileno. Y la más eficaz. Acontecimiento político sin precedentes en nuestra historia, después de esta huelga las cosas no son ni serán ya iguales en Chile.

Parroquia de San Miguel. En las naves de la iglesia, en la sacristía, 28 personas en huelga de hambre; 17 mujeres, 11 hombres; tendidos sobre unos colchones, algunas mujeres tejen; los hombres intentan un partido de ajedrez.

Una carta del tercer día de ayuno:

«Queremos informarles a ustedes de lo que nosotros sentimos. Aún tenemos fuerzas y ánimo para comunicarnos. Queremos agradecer la enorme cantidad de personas e instituciones que nos han enviado su adhesión desde el extranjero. A pesar de la DINA, que acaba de arrendar una casa, justamente al frente de donde nos encontramos, y de los taxis que se paran todo el día por aquí y los innumerables agentes de civil, el correo llega a cada instante con telex venidos desde los puntos más inverosímiles del mundo para testificar su adhesión. Estamos muy agradecidos, muy conmovidos por la solidaridad de los chilenos de fuera y de los extranjeros. Estamos socorridos por médicos, enfermeras, mensajeros, intermediarios de noticias, solucionadores de problemas menores que se van presentando. Hay mucho optimismo y alegría».

Las iglesias en que se llevaban a cabo las huelgas sufrieron algunos trastornos en sus oficios habituales. Cuando se inició el movimiento no estaba en Chile el Cardenal Silva Henríquez, pero de todas maneras el respaldo y la ayuda de la Vicaría de la Solidaridad fue decisivo:

«Hoy es domingo. Muchas iglesias de Santiago han cerrado, no hay misa, porque estamos de duelo. La gente menos sensible o "ignorantes" de la situación y que son católicos no han podido oír misa hoy. El Cardenal llegó ayer a Chile desde USA y lo primero que dijo es que está plenamente de acuerdo con la declaración pública que hicieron sus vicarios (a los cuales les había recomendado que no hicieran ninguna sino en caso extremo). En muchas iglesias de Santiago hubo vigiliias nocturnas ayer y asambleas de adhesión. El obispo de la zona Oeste; Enrique Alvea, visita todos los días a los huelguistas; similar actitud tienen los otros obispos auxiliares de Santiago y los otros vicarios» (28 de mayo de 1978).

Al cabo de una semana las huelgas se habían extendido a 15 lugares, a nuevas iglesias y a un local de la Cruz Roja. En la parroquia Jesús Obrero se empezaron a sentir los primeros efectos del hambre. Una mujer —madre en busca de su hijo— fue obligada por los médicos a ir a una clínica:

«Antenoche tuvimos que sacar a una compañera a la clínica con la que tenemos un convenio. Se presentó una complicación, nos costó mucho sacarla porque ella no quería, ya que tenía miedo de que no la dejaran volver. A medianoche vino la ambulancia de la clínica y por la mañana la teníamos de vuelta. Tuvimos que pedir telefónicamente refuerzos a las hermanas de la Asunción que se dedican al cuidado domiciliario de los enfermos. Cuando ella salía a las cuatro de la mañana había carabineros en la calle que la detuvieron, recordándole el toque que queda (que dicen que ya no existe). Le hicieron toda clase de preguntas, ella se puso firme y siguió su camino. Luego llegó una camioneta de carabineros a la puerta de la iglesia donde estamos. Hay nuevos interrogatorios a la hermana que llegaba. Ella no quiso dar el nombre de la enferma y la atendió abnegadamente después.» (30 de mayo.)

Varios sacerdotes se plegaron a la huelga de hambre. A la parroquia de Jesús de Nazareth, en el sector de Las Rejas de Santiago, llegaron 30 curas y

monjas. Antes (el domingo 28 de mayo) se habían reunido en la parroquia de San Miguel cinco mil personas en un acto solidario en el que cada familiar de los desaparecidos allí presente encendió una vela y con la sola luz de ellas se realizó un oficio emocionante.

Los religiosos declararon públicamente:

«Los familiares en huelga se han sentido muy estimulados al ver que nosotros estamos con ellos. Ven que nuestra fe no es pura ideología. Por eso nosotros no los podemos abandonar. Si los abandonáramos, algunos de nosotros, que trabajamos en el mundo popular, que somos curas obreros y monjas obreras, que trabajamos en fábricas, no tendríamos autoridad después para decirles: "Ustedes han de ser fieles a su clase, han de seguir luchando"... Si lo que la Iglesia ha dicho es verdad ¿por qué no apoyar esa verdad con un gesto asumiendo todas las consecuencias que ella puede acarrear?»

Uno de los sacerdotes en huelga recibió la siguiente carta de su hermana:

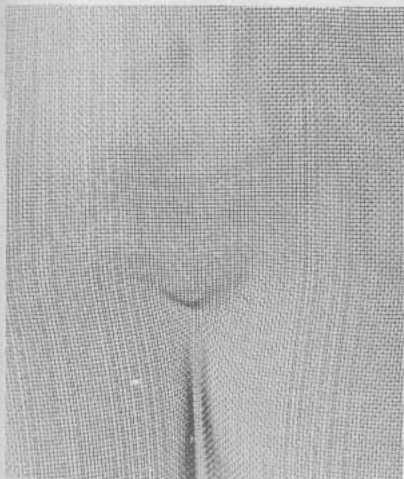
«Te envío un cariñoso abrazo en el que va toda mi comprensión y afecto. Mucho he pensado en ti desde ayer y he estado rogando muy especialmente porque Dios ilumine y muestre a los que más lo necesitan la solución y el verdadero camino de la verdad y la justicia. Una vez más me confirmas cuán auténtico cristiano eres y qué ejemplo tan grande de amor a Dios y al prójimo demuestras en toda su real acepción. Me siento muy pequeña ante esta nueva actitud de sacrificio y abnegación que estás demostrando. Finalmente, que Dios te mantenga en buen estado físico y sano, que estoy segura conseguirás con tu gran fortaleza y real espíritu de sacrificio y solidaridad con tus semejantes, tu hermana Alicia.»

* * *

A los 11 días el estado físico de los huelguistas era malo, disminuyeron las conversaciones animadas y las canciones en coro que a veces iniciaba alguien. Pero la moral de todos estaba alta. Segúan llegando telegramas de todo el mundo y los teléfonos no cesaban de sonar con voces próxi-

mas o lejanas que les daban aliento. Algunas eran de huelguistas de Caracas, de Ottawa, de Barcelona, de París, de Washington, de Bremen, de Rotterdam, de Oslo.

«El estado físico es muy bueno —dice una carta del 1.º de junio— aunque algunos de nosotros estamos muy débiles. Lo característico en general es que junto con la debilidad en aumento nos ponemos torpes. Hay una torpeza en las manos, en las piernas (andamos como curados), en la mente (se nos enredan las ideas) y sobre todo en la memoria: también estamos todos muy sordos y a los que nos visitan tenemos que decirles que hablen más fuerte. Ayer vino a verme un hermano mío, que es muy momio. Estuvo primero haciendo averiguaciones si yo lo recibiría. Le mandé a decir que con mucho gusto. Vino. Aproveché para hablarle de las injusticias en Chile, de las torturas, le conté muchos casos que yo conozco muy bien. Estaba impresionado. Le hablé de la realidad de los desaparecidos, le pasé la lista que acaba de publicar la Vicaría. Parece que se conmovió mucho y me creyó. Le dije que al terminar la huelga, si salíamos vivos la celebraríamos con un asado «a la fragua». El me dijo: «Me cuadro con la carne». Creo que él va a comunicar a muchos momios esta realidad. Eso es lo importante.»



Una doctora que atendía en las noches, con eficacia y solicitud, a los huelguistas de la parroquia La Estampa de avenida Independencia dejó una carta a sus pacientes al terminar precipitadamente uno de sus turnos: «Me tengo que ir porque si me quedo un minuto más aquí me sumaría a ustedes en la huelga y no puedo ni lo merezco. Cuando una lleva muchos años en esto de la medicina y cuando se es —para peor— mujer, cada vez va creyendo menos en que los miembros de esta especie sea lo que penosamente se llama «hermanos». Pero los miro a ustedes, los veo cansados, doloridos, enfermos de hambre y, sin embargo, sonrientes y bromeando (anoche celebramos el cumpleaños de una monja en huelga con nosotros: le regalamos una torta de papel higiénico, con una vela y cantando el «feliz cumpleaños»). No puedo sino decirles —y no quiero que suene demasiado literario— que estando con ustedes me siento como una niña pequeña, inmersa en un mar de ternura y humanidad. Muchísimas gracias por permitirme acompañarlos un poquito.»

* * *

Cayeron sobre Santiago los primeros fríos del otoño. La temperatura bajó una noche casi a tres grados bajo cero, cosa rara en esa temporada. Los amigos cristianos de Maipú de los huelguistas que hicieron una vigilia de oración casi se helaron. Debieron envolverse con la alfombra de la iglesia ya que la estufa a parafina era insuficiente. El grupo de Las Rejas se aglutinó uno con otro. Se dieron calor con sus propios cuerpos. Al día siguiente aparecieron varias estufas traídas por manos solidarias.

Carta del hermano de un huelguista:

«¿Sabes? quiero decirte que estamos orgullosos de ti. Para los que tenemos mucha debilidad en lo que se refiere a fe, nos hace muy bien la entrega y el ejemplo que nos estás dando a nosotros, que pensamos muchas veces sólo en el materialismo dialéctico abstracto. Créeme cuando te digo que eres un Cristo del siglo XX. Muchas veces me he preguntado sobre la resurrección del hombre, cosa

muy difícil de creer en estos tiempos, pero ¡puta que somos huevones! hermano, somos tan ciegos que no nos damos cuenta que ustedes son el Cristo viviente actual. Yo te doy las gracias, hermano, por la luz que me estás dando y te digo de lo más profundo de mi corazón que el ejemplo de todas esas personas y el tuyo propio no será en vano, nosotros acá afuera, aunque en ello también se nos vaya la vida, mostraremos a todos esos que todavía duermen, esa dura verdad que buscamos en conjunto con todos ustedes.»

En el diario de una mujer huelguista se lee:

«En varias oportunidades hemos visto una buena actitud de parte de carabineros. Ayer un grupo de cristianos se encaminaba en un desfile por la calle San Pablo hacia la gruta de Lourdes donde se haría un acto solidario (hubo dos mil personas). Los carabineros sólo pidieron que hicieran el desfile por la vereda. Además hace un rato, un grupo de estudiantes de enseñanza media, nos colocaron un gran cartel de apoyo que los encargados de este recinto tuvieron que

retirar inmediatamente para no provocar a los agentes que siguen en la casa de enfrente. Acaban de venir a darnos un esquinazo dos grupos musicales. Vino también una delegación de la Coordinadora de Trabajadores y un grupo de artistas y escritores integrado por Francisco Coloane, Juvencio Valle, la actriz Inés Moreno y el guitarrista René Bravo.»

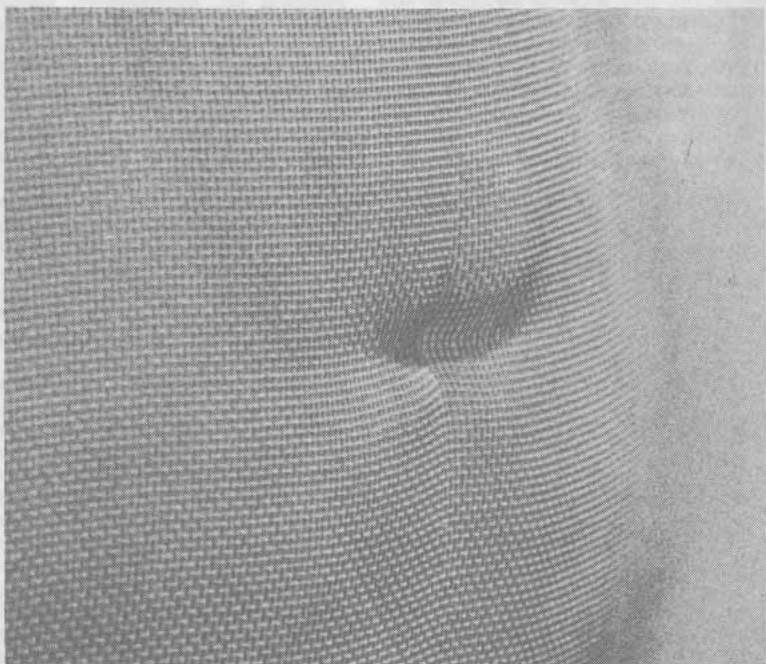
* * *

La huelga de hambre en 23 lugares de Chile terminó el miércoles 7 de junio de 1978, por decisión del comité de Familiares de los Detenidos Desaparecidos. Nadie desertó en 17 días y la mayoría quería continuar el movimiento.

Al salir, la madre de uno de los desaparecidos anotó:

«Al término de nuestra huelga y cuando salíamos con mis hijos me entregaron un obsequio que mandó la esposa de Pablo Neruda, Matilde, a cada uno de nosotros. Eran las obras de su marido. A mí me tocó «La Barca-rola».

Luis A. MANSILLA



carta a Pinochet desde Buchenwald

*Hombres que viniendo del Weimar
visitáis el Ettesberg
no olvidéis jamás,
lo que aquí sucedió.*

Recién amanecía cuando aterrizamos en Erfurt. Medio dormidas, Moy y yo caminamos hasta la entrada del aeropuerto. En la puerta, la cálida sonrisa de la representante de la provincia, entre dos enormes ramos de claveles, nos dio la bienvenida. El aroma húmedo de las flores que puso en nuestros brazos y la rápida traducción de sus palabras hecha por los amigos que nos acompañaban, terminó de despertarnos. Cohibidos por el inesperado homenaje escuchamos los nombres de José Toha y de Orlando Letelier pronunciados con reverencia. José y Orlando, amigos desde la época universitaria, militantes del Partido Socialista de Chile y ministros del Gobierno de Salvador Allende. José y Orlando, prisioneros políticos en la desoladora Isla Dawson y finalmente asesinados, uno en Chile y el otro en USA por la junta militar chilena, unían una vez más sus nombres y estarían presentes en Erfurt esa mañana con sol, nubes y llovizna intermitente en que Moy y yo, sus viudas, visitamos Buchenwald.

Hermosos campos cultivados bordeaban la carretera. Con las espaldas tensas y los ojos fijos en el camino protegíamos nuestras emociones. La voz suave y persistente de nuestro amigo guía nos golpeaba con explicaciones implacables:

—«Esta es la Blutstrasse (calle de la

Sangre), así la llamaron los presos que la construyeron...»

(No necesitábamos mirarnos, más bien lo evitábamos; ambas recordábamos esa ropa que recibimos desde el campo de concentración de Isla Dawson destrozada por los trabajos forzados.)

—«... acosados por perros... amasada con el sudor y sangre de miles de torturados...»

(Y esas cartas recibidas con meses de intervalo, donde entre borrones de censura oficial, los presos trataban de hacernos saber de su hambre, frío, enfermedades...)

—«... asfixiados, muertos a golpes, ahorcados...»

Nuestros amigos escrutaban nuestros rostros, inquietos por nuestro silencio. El automóvil se detuvo. Solemnemente atravesamos el fatídico portón de hierro coronado con la inscripción: «Jedem das Seinem» que miles de presos cruzaron durante doce años todas las mañanas y todas las noches, mientras los presos condenados debían permanecer de pie, encadenados a las rejas, expuestos por días a la brutalidad de los S.S.

Pocos años atrás habríamos necesitado largas explicaciones y aún así no habríamos entendido cabalmente lo que allí sucedió. En septiembre de 1973 el golpe militar nos enseñó a los chilenos el lenguaje de la represión fascista. Y nuestro guía seguramente lo comprendió. Sus frases, que se hacían cada vez más cortas y concisas, desencadenaban en nuestras cabezas imágenes que nos estremecían, recorríamos calabozos, barracas, crematorios e instrumentos de tortura, y nuestro pensamiento iba a Grimaldi, Tres Alamos, Tejas Verdes, Colonia Dignidad...

Nuestras rodillas se doblaron pensando en todos los ausentes al depositar nuestros fragantes ramos en la tumba de Ernst Thälman. Momento hermoso y necesario de reflexión.

Finalmente nuestro guía nos llevó al monumento erigido en recuerdo a la lucha, al dolor y a la esperanza, y en el campanario que se alza al final de la Calle de la Libertad, nos habló del triunfo de la resistencia dentro del campo y de la liberación final.

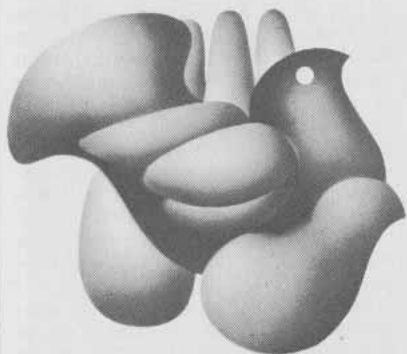
Enriquecidas con la experiencia del peregrinaje, acompañadas de amigos

que habían aprendido a dar y a recibir flores y solidaridad, volvimos a cruzar el portón de Buchenwald pero ésta vez con los corazones livianos. Al salir vimos una pequeña oficina de correos que vendía postales. No titubeamos al elegir la tarjeta, ni al escribir el nombre del destinatario, ni al firmar nuestros nombres, Isabel Letelier y Moy de Tohá.

«Buchenwald, abril 1978.

«General Augusto Pinochet,
Desde este lugar te recordamos, especialmente al leer la inscripción de la entrada: «Jedem das Seine»: A cada cual su merecido.»

Isabel LETELIER



Dibujo C. VAZQUEZ

*un poema
de González
Bastidas*

Don Jorge González Bastidas, poeta del Maule, nació en 1879 y falleció en 1950. ¿Cómo pudo, entonces, escribir el poema que publicamos en seguida?, se preguntarán muchos. Eso es lo que voy a explicar.

Tuve la suerte de conocerlo en los últimos diez años de su vida. Ya había leído su obra («Misas de primavera», 1912; «El poema de las tierras pobres», 1924; «Vera rústica», 1933; «Del venero nativo», 1940; «Antología poética», 1952), pero entonces penetré hondamente en ella, dentro ya del ambiente mismo en que la había escrito: su comarca, su viña, su casa de campo. Descubrí entonces la contradicción entre su extracción social, su ideología y el contenido de su obra, lo que es perfectamente explicable. No es un caso único; hay muchos en todas las literaturas del mundo. Una cosa es la ideología, que proviene de las relaciones políticas rutinarias, de problemas cuya solución es deseable, y otra enteramente diferente, la sensibilidad, la realidad lamentable que los ojos acercan al corazón, los sufrimientos ajenos que nos rodean.

El poeta conocía a mi esposa desde que era muy niña; esto contribuyó al aprecio que demostró muy sinceramente por mí desde el comienzo de nuestra amistad. En frecuentes contactos personales que tuvimos en aquel tiempo coincidimos en muchos sentimientos e ideas, a pesar de que teníamos ideologías diferentes. El era liberal y católico, pero ante todo, un ser humano que amaba la paz, la justicia y el progreso. Le pedí que me explicara el origen, la causa, las razo-

nes que lo habían llevado a escribir tal o cual poema y él me lo explicó en largas conversaciones. Me habló también de su estrecha amistad con un famoso poeta campesino de la zona, Maclovio Fuentes, para quien resultaba más fácil conversar en verso que en la forma usual. Tal era su facilidad para improvisar. Como le manifestara un vivo interés por conocerlo, me prometió concertar una entrevista en su casa, y mientras tanto me adelantó algunos datos biográficos. Maclovio era un pequeño propietario del Maule; en cada crisis que se producía en el país, emigraba hacia el norte, a las minas, huyendo de la ruina que caía sobre su heredad también. Esto lo había hecho en varias ocasiones, lo cual le permitió conocer personalmente a Luis Emilio Recabarren. El gran líder obrero había contribuido a su formación política y cultural y lo había instado a utilizar sus virtudes poéticas. Por su parte, don Jorge llegó a sentir un sincero respeto y admiración por el gran dirigente del proletariado chileno.

Más de una vez me propuse darle a conocer mi idea de componer un poema suyo, con sus propios versos, sin cambiar ninguna de sus palabras y alterando solamente el orden; pero luego me arrepentía, temiendo que don Jorge pudiera creer que yo estimaba solamente una parte de su poesía y que consideraba desechable lo demás. Cuando me enteré de su fallecimiento, estaba justamente comenzando mi tarea, y me pareció oír su voz afectuosa que me instaba a seguir adelante. Mi propósito era solamente el de recomponer actualizando, extraer y condensar su poesía. Así lo hice. Cuando el poema estuvo terminado, mi esposa y yo comenzamos a escribir una obra de teatro, en la cual este poema era el prólogo. Presentamos la obra a un concurso y obtuvimos un segundo premio; pero la obra no se estrenó.

La realización de este poema fue una tarea harto difícil, pero atrayente por lo novedosa. Tuve que leer y releer muchas veces, buscando nexos y continuidad, de manera que no se rompiesen el ritmo ni el acento poético, que cada verso se ajustara a los demás con la mayor perfección posible. ¿Valía la pena aquel esfuerzo? No

me cabe ninguna duda. Es algo mejor que una antología, porque resume el contenido de toda la poesía de Jorge González Bastidas en un solo poema, de manera que resulta un retrato literario, un pequeño monumento que lo reivindica para nosotros.

Creo que es posible realizar esta experiencia con más de uno de nuestros grandes poetas del siglo pasado. Hace poco, justamente, se ha publicado un ensayo de Francisco Santana, en el cual se destacan como poetas «comprometidos» a los siguientes:

Eusebio Lillo, autor del Himno Nacional; Guillermo Matta, vehemente defensor de la libertad y la democracia, a quien Santana llama el Neruda del siglo pasado; Daniel Barros Grez, Eduardo de la Barra, Manuel Valenzuela Ortiz, Diego Dublé Urrutia, Antonio Bórquez, Carlos Pezoa Véliz, Jorge González Bastidas, Carlos Mondaca, Víctor Domingo Silva, José Domingo Gómez Rojas.

En todos ellos, seguramente, puede hallarse material para recomponer un poema y, desde luego, para seleccionar poemas de contenido revolucionario vigente.

En cuanto a este poema de don Jorge, tomé versos de dos de sus obras: «El poema de las tierras pobres», 1924, y «Del venero nativo», de 1940, de manera que los versos del poema recompuesto, numerados del 1 al 73, son los que se hallan en las páginas que se indican de las obras mencionadas. Con todo, puede apreciarse la unidad de pensamiento y la continuidad de su expresión a todo lo largo del poema nuevo; esto significa que hemos logrado una síntesis muy justa y muy representativa de la poesía de Jorge González Bastidas: Realista, dramática, emotiva, denunciadora, revolucionaria y encendida por la esperanza.

He aquí la enumeración de los versos del poema y su ubicación original en la obra del poeta:

- Versos 1 al 9 — El poema de las tierras pobres», páginas 7 y 8.
- Versos 10 al 22 — idem, pág. 65 y 66
- Versos 23 al 33 — idem, págs. 59, 60
- Versos 34 al 37 — idem, págs. 9

Versos 38 al 43 — idem, pág. 54
 Versos 44 al 49 — idem, pág. 9
 Versos 50 al 53 — idem, pág. 53
 Versos 54 al 60 — idem, pág. 11
 Versos 61 al 66 — idem, pág. 40
 Versos 67 al 71 — idem, pág. 33
 Versos 67 al 71 — idem, págs. 33, 34
 Versos 67 al 71 — idem, pág. 56
 Versos 72 al 73 — «Del venero nativo»; pág. 56.

Diego MUÑOZ

UN DIA MEJOR HA DE LLEGAR

(Jorge González Bastidas)

Tengo el ánimo herido
 como si los dolores de otros hombres
 en mí se hubieran recogido.
 Dolor de otros espíritus
 que flota en la montaña
 y anda por los caminos...
 No tiene voz,
 y se oye en los breñales su alarido.

Ah, tierra mía, tierra amada,
 de largos senderos esquivos,
 de vasta selva enmarañada.
 Tierra que fue de encantamiento
 en la leyenda popular.

Ah, tierra mía, tierra hermosa
 ensombrecida por la muerte;
 como eras pobre no pudiste
 ni castigar ni defenderte.

Perdido el valor de la vida,
 el amor sólo en la añoranza;
 ninguna lámpara encendida,
 ninguna trémula esperanza...

Miremos esta casa abandonada,
 esta casa sin vida...,
 silenciosos mirémosla.
 En ella no hay ya nada,
 sino un errante rumor de sollozos.
 Miremos sus paredes carcomidas,
 su corredor de postes vacilantes;
 las puertas abiertas como heridas...
 Quedó entre sus paredes prisionero
 un gran dolor humano;
 entre las grietas se ha prendido
 y clama.

Y es un grito profundo
 que se extiende a lo lejos,
 que se oculta en las piedras
 y tiembla en los esteros.

El aire, el aire mismo
 se llena de angustiosas
 voces: La voz del crimen,
 y la voz delatora,
 y la voz de las lágrimas,
 y el grito de la honra.

Una miseria nueva
 prendió en las hondonadas y
 en los cerros,
 arrasó los sembrados
 y los rebaños y los huertos.

El pobre se hizo miserable;
 el miserable, bandolero.

Sobresaltado el sueño no permite
 reposar.
 No reposa
 el hombre de las tierras pobres.

—Señor, en este campo
 mío yo trabajaba.
 Tenía veinte ovejas que eran mías.
 ¡Mira, señor, lo que hay ahora!
 No queda nada, nada;
 ni fuerzas en mis brazos torpes,
 incapaces de una venganza.

Mudo en la noche se recoge y piensa...
 No conoce el designio
 a que obedece la justicia cuando
 labra poder con viles artificios
 o cuando ampara el crimen generado
 dentro del banderío.

El rábula sirviendo a la justicia,
 el puñal deambulando.

¡Ah, lucha inacabable! ¡Ah, esperanza
 que tardas tanto, tanto!

Ya serás realidad, ya serás júbilo
 en un sereno
 día mejor que ha de llegar.

Waldo Atías

«Un luchador, un intelectual, un hombre para ser recordado», dijo Volodia Teitelboim en telegrama de condolencias a los familiares.

Una frase que sintetiza lo esencial de la personalidad de Waldo Atías, fallecido en Santiago el 18 de julio de 1978.

Funcionario público, organizador sindical, militante comunista desde 1941, a partir de cierta época organiza su vida combinando las responsabilidades del activista político con las del trabajador intelectual. Participa en la creación del Movimiento Chileno de la Paz y llega a ser, al cabo, integrante de la dirección del Consejo Mundial.

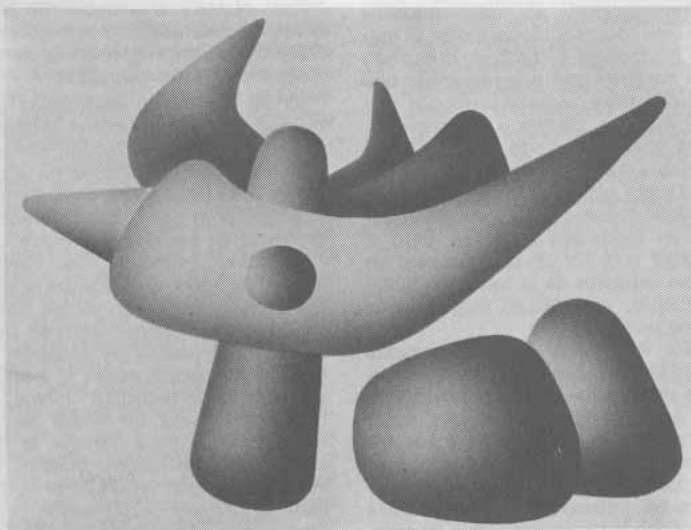
Periodista, dirige el diario «El Siglo» a mediados de los años 50, y en la década del 60 integra el equipo de redacción de la Revista Internacional, con sede en Praga. Escritor, publica la novela «En vez de la rutina», retrato de su propia vida como empleado de la Caja de Crédito Popular. Durante el Gobierno de la Unidad Popular ocupa el cargo de Secretario de Cultura de la presidencia, y organiza, entre otras cosas, el Tren de la Cultura.

Se da tiempo, en alguna época, para cultivar el ajedrez, y como integrante del equipo chileno participa en diversos torneos internacionales.

Perseguido y relegado en tiempos de González Videla, con los años llega a ser miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile. En esa función está cuando sobreviene el golpe, y en ella continúa en los años posteriores, luchando en la clandestinidad contra el fascismo. Así lo sorprende la muerte, a los 58 años de edad.

Su pueblo, sus camaradas, sus amigos no olvidarán su lealtad, su valentía, su modestia, su sonrisa de hombre bueno, el fulgor socarrón de su mirada detrás de los gruesos anteojos, su tenacidad para el silencio, ahora definitivo.

C.O.



Dibujo C. VAZQUEZ

José Rodríguez Elizondo Introducción al fascismo chileno

Ed. Ayuso, México, 1976
(324 pp.)

Sobre la experiencia del Gobierno Popular y las razones de la derrota de las fuerzas revolucionarias en Chile, ya se han escrito muchas páginas, desde posiciones diversas, con conocimiento de causa y también sin él, con autoridad política en algunos casos y careciendo de ella en no pocos. El caso chileno se ha convertido sin duda en apasionante tema de estudio en numerosos países, sobre el cual se han construido diversas interpretaciones y tesis. Hay algunas obras que han hecho valiosas contribuciones al examen del fenómeno chileno, en especial las que han tratado de investigar el modo específico en que se articularon allí las leyes generales de la revolución, pero abundan aquellas otras que han procurado meter la realidad en moldes estrechos, buscando sacar conclusiones que respalden una posición previa, aunque haya que cercenar brazos y piernas a esa realidad. No se trata por cierto, de limitar el derecho a participar en el debate sobre nuestra experiencia, ni de pensar que debe haber unanimidad para juzgarla en todos sus aspectos, pero sí de exigir que no se escamoteen los hechos capitales de la lucha de nuestro pueblo, que no se tergiversen la historia de Chile.

Entre las obras publicadas hasta hoy, el libro de José Rodríguez Elizondo es uno de los aportes individuales más consistentes hechos por autor chileno a la discusión sobre nuestro proceso. Se trata de un trabajo metodológicamente serio, que funda sus juicios en antecedentes, y que está escrito desde una perspectiva de compromiso con la construcción de la uni-

dad antifascista. El título de la obra sugiere a primera vista que se está en presencia de un texto de carácter teórico, ante el cual el lector común pudiera sentirse amedrentado, pero no se trata de eso. El autor ha usado el término «introducción» con el significado de prolegómenos del fascismo chileno, en referencia a los factores determinantes que concluyeron para que se interrumpiera el proceso revolucionario que llevaban adelante las fuerzas populares y triunfara el golpe del 11 de septiembre de 1973.

El libro está dividido en siete capítulos, en los que el autor analiza la evolución política de Chile desde el Frente Popular en adelante, las características de la intervención del imperialismo norteamericano en nuestro país, la unión y la desunión en el seno de la Unidad popular, la conspiración civil y militar contra el Gobierno del Presidente Allende. Según lo puntualiza Rodríguez Elizondo, el propósito del ensayo es, más que la historia del Gobierno Popular, la descripción de la conspiración en su contra, *«que se inició desde el instante mismo en que el movimiento popular surgió con perfiles propios en su carrera hacia el gobierno; que se empezó a materializar, preventivamente, contra el gobierno reformista de Frei, y que sólo pudo fructificar, con una solución extrema, cuando el proletariado perdió la hegemonía que le había permitido imponer su estrategia en el seno de dicho movimiento popular»*.

Entre los temas abordados en el ensayo, es especialmente interesante el análisis del papel jugado por el imperialismo norteamericano en la historia reciente de nuestro país. Para ello, el autor toma como hito referencial el proyecto de espionaje que fue conocido con el nombre de Plan Camelot, a fines de 1964. Este llevaba la marca de fábrica del Ejército de los Estados Unidos y del Departamento de Defensa de dicho país, y se proponía acumular información sobre la evolución probable de la sociedad chilena, destinada al diseño de líneas de contrainsurgencia para detener la lucha ascendente de nuestro pueblo. Hoy, cuando está suficientemente comprobada la decisiva participación norteamericana en el golpe de Estado y en la instalación de Pinochet en el poder,

adquieren toda su dimensión las diversas modalidades que revistió la acción del imperialismo en Chile para proteger sus intereses. La teoría de la «guerra interna», aplicada por la dictadura fascista para reprimir a las fuerzas democráticas, se afirma en gran medida en el andamiaje que el Pentágono construyó metódicamente durante largo tiempo, tras el objetivo de conquistar aliados dentro de las FFAA de Chile y bloquear el surgimiento de un régimen progresista.

El capítulo más amplio es el dedicado al estudio del comportamiento de las distintas tendencias políticas en Chile entre 1970 y 1973. Allí se reseña el rol desempeñado por el Partido Nacional en la implementación de una estrategia contra el Gobierno Popular que fue una verdadera guerra de posiciones, hábilmente ejecutada, a la cual finalmente la Democracia Cristiana terminó sumando sus efectivos. Tal estrategia, como se comprueba en la obra, cumplió cada una de las etapas fijadas por el alto mando conspirativo, hasta llegar a la sesión de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973, en donde se aprobó la convocatoria al golpe.

Es posible que algunos párrafos de esta obra no sean del agrado de determinados sectores que hoy están en la oposición a la tiranía fascista. Así puede ocurrir en el caso de la DC, cuya dirección confió en su momento en la posibilidad de un «golpe bueno» contra Allende, que permitiera a dicho partido recuperar el gobierno en breve plazo; este cálculo, como se sabe, fue determinante en su posición a la hora de las definiciones. Hay una exigencia de fidelidad histórica que obliga a registrar los hechos tal como sucedieron. Lo importante es que ello no se hace desde una posición clavada en el pasado o en la que primen los antiguos enconos, sino tratando de contribuir a que todos los afluentes democráticos encuentren un cauce único en esta hora.

Otro tanto puede decirse de aquellas páginas en las que Rodríguez Elizondo se refiere a las dos líneas que pugnarón en la coalición de la Unidad Popular, y que se expresaron por ejemplo, en opiniones contradictorias sobre el carácter de la revolución, en distintas interpretaciones del Progra-

ma, en enfoques diferentes sobre la política de alianzas de la clase obrera, y en el instante crucial, cuando la conspiración daba trancos largos, en apreciaciones diversas sobre la correlación de fuerzas sociales, políticas y militares la necesidad de que el movimiento popular extraiga las enseñanzas correspondientes de su dolorosa derrota, es lo que lleva al autor a examinar algunos de los casos más ilustrativos de las divergencias en el seno del Gobierno, especialmente entre socialistas y comunistas, que tan gravemente afectaron la suerte del proceso. La franca autocrítica hecha por el PC y por el conjunto de la UP ha confirmado además, que sólo de este modo, asumiendo las responsabilidades en los errores del pasado, el movimiento popular ganará en cohesión y fortaleza.

Rodríguez Elizondo polemiza con el planteamiento fatalista de algunos autores en cuanto a la experiencia chilena, por su concepción misma, conducía inevitablemente al callejón sin salida y a la derrota. Dicho de otro modo, que transitando el movimiento popular el camino que transitaba, no había posibilidad alguna de impedir el desenlace del 11 de septiembre. Es evidente que de esta manera se ha pretendido invalidar el proyecto político que la clase obrera chilena y sus aliados habían conseguido corporizar en largos y duros combates. Nada estaba escrito de antemano, por supuesto. Contra la opinión de analistas como Régis Debray, no es efectivo que exista lo irremediable en política, y por lo menos en el caso de Chile, resulta difícil de aceptar su afirmación de que la victoria de la UP era de aquellas que «pueden estar preñadas de derrotas». En el fondo se



trata de un cuestionamiento de la génesis de la victoria de 1970, de la tesis política que se realizaba en ella y daba sentido al Programa de la UP. «Híbrido o bastardo, nacido de un cruce entre el Estado Liberal burgués y una clase obrera avanzada, el régimen progresista chileno —ha dicho Debray— habrá sufrido hasta el límite la Ley del padre. Nada hay en su caída que no estuviera ya en su nacimiento, el resultado concuerda con las premisas». Es decir, un proceso condenado desde la partida, en razón de no haber surgido de un acto de ruptura con el Estado formado por la burguesía; en razón de ser un hijo genética y socialmente dudoso, producto extraño del intento de hacer la revolución por una vía no armada; en razón, finalmente, de estar determinado por ilusiones reformistas. Así las cosas, la extrapolación conduciría, como dice R. Elizondo, al absurdo de sostener que la Unidad Popular se equivocó al ganar en la forma y las condiciones en que lo hizo en 1970. Al ganar, podemos agregar nosotros, en la única forma que «el análisis concreto de la situación concreta» lo permitía en ese momento, del único modo que, en las circunstancias específicas de la sociedad chilena de ese entonces, la revolución podía dejar de ser ensueño para empezar a convertirse en realidad. Tal victoria permitió que nuestro pueblo llevara adelante la primera experiencia prolongada de desarrollo pacífico de la revolución en la época actual, cuyo mérito histórico a estas alturas no puede ser desconocido.

La interpretación fatalista del proceso chileno ha estado orientada naturalmente hacia el objetivo de acopiar evidencias de validez universal que inhabiliten la vía pacífica como un camino susceptible de ser recorrido victoriosamente en determinadas circunstancias, con el mismo afán simplificador con que hace algunos años se pretendía absolutizar la lucha armada, y específicamente la forma que adquirió en Cuba, como único camino en América Latina. Tal interpretación ha estado a cargo en Chile de aquéllos que, como el MIR y otros grupos de ultraizquierda, nunca creyeron en el carácter revolucionario del Gobierno de la UP, y que aprovecharon las condiciones creadas por la aplicación

de su Programa para «demostrar» que podían ir siempre más lejos, siempre más aprisa, hasta llegar a convertirse en la «oposición de izquierda» al Gobierno de Salvador Allende. El ensayo de R. Elizondo aporta valiosos elementos de juicio respecto de cómo el imperialismo y la derecha supieron integrar la política desquiciadora de la ultraizquierda dentro de su estrategia de guerra contra un Gobierno sobre cuya condición revolucionaria jamás tuvieron dudas.

Rodríguez Elizondo ha realizado con éxito una tarea difícil: la de escribir una obra que al mismo tiempo es penetrante y ágil, en una demostración de que la densidad de análisis no debe considerarse antagónica con un estilo atractivo, en este caso con muchos de los recursos de un buen reportaje. Esta es una cualidad innegable si se tiene en consideración que entre los analistas de ciencia política hay una tendencia arraigada a usar un lenguaje saturado de terminología especializada, casi en clave para sociólogos.

No está agotada la discusión sobre la experiencia chilena, desde luego, ni mucho menos. En todo caso *Introducción al fascismo chileno* figura ya entre aquellas obras que han hecho un valioso aporte al examen crítico de nuestra revolución.

Sergio MUÑOZ RIVEROS

Francisco Soto

Fascismo y Opus Dei en Chile
Ed. Avance, Barcelona, 1976
(260 pp.)

Interesante estudio que analiza la influencia del Opus Dei en el desarrollo de la ideología fascista en Chile y la significación de la secta en la preparación de las bases doctrinarias y políticas de sector que hegemoniza el golpe y la dominación fascista.

La dirección del trabajo, como se precisa en la introducción (pp. 7 a 10), apunta a reflexionar sobre la utilización de formas literarias diversas para

la transformación del mundo «político». Acorde con este propósito, el autor ha seleccionado tres expresiones literarias, que aborda en tanto instrumentos de lucha y propaganda políticos y cuyos caracteres son muy precisos: cada una corresponde a una fase específica del proceso político chileno (adecuándose al desarrollo histórico), implica un tipo particular de comunicación, tiene destinatarios precisos y su contenido (mensaje) expresa la concepción fascista de la sociedad preconizada por el Opus Dei adecuada a las necesidades políticas concretas que supone los intentos de fascistización de la sociedad chilena.

El libro consta de tres capítulos dedicados al análisis de cada una de las obras escogidas.

El capítulo primero (pp. 11 a 114) investiga el carácter y las articulaciones de la ideología del Opus Dei en Chile pregolpe a través del libro «Poesmas Dogmáticos» del sacerdote José Miguel Ibáñez, ideólogo visible de la secta. El método empleado consiste en mostrar la vinculación de la obra citada a la concepción opusdeísta (se compara su contenido con los escritos de Monseñor Escrivá de Balaguer Marqués de Peralta, director general del Opus Dei) y a la vez a la línea política de la ultraderecha chilena desde 1971. Refiere algunos datos generales de la influencia del Opus Dei en el plano internacional y en Chile (dos miembros de la Junta fascista pertenecen a ella), sobre sus métodos de «infiltración» y se detiene en dar una visión de las condiciones de la lucha de clases 1970-1973, marco en el cual inserta el análisis de la obra de Ibáñez. Esta aparece como un reflejo de la preocupación del Opus Dei por el avance del movimiento popular tras un año de Gobierno Popular e ilustra las líneas de acción política para la superación fascista del profundo conflicto de clases que conmueve a la sociedad chilena. Es, destaca F. Soto, un compendio poetizado de la doctrina del Opus Dei dirigido a los altos personajes de la ultraderecha civil, militar y clerical. El detenido análisis muestra, en síntesis, cómo los «Poesmas Dogmáticos» son un llamado a desarrollar la «divina Cruzada» que terminará con los «enemigos de Dios»

(izquierda, Democracia cristiana, nueva Iglesia, sectores de la burguesía) y las estructuras que permiten su desarrollo («cáncer democrático»), en un final apocalíptico que anticipa la barbarie fascista («Mane Thecel, Phares» = «Djakarta viene»).

El segundo capítulo (pp. 115 a 155) aborda el libro de José Manuel Vergara y Florencia Varias, «Operación Chile», obra de «nivel literario modesto», pero que tiene el valor de ser la primera, en su género, que enzalza y busca legitimar el golpe fascista. El análisis de F. Soto ilustra con claridad sobre la intencionalidad y auditorio del relato. Se trata de hacer receptiva la propaganda del militarismo en los sectores medios y aportar elementos ideopolíticos tendientes a ganar o neutralizar a éstos, en función de un proyecto que requiere de la fuerza militar: para estos fines se caricaturiza una familia de capa media, dividida por la Unidad Popular (crimen por excelencia) a la altura del golpe fascista y se ambienta un diálogo en el que la mujer (Elena, pedagoga, 39 años) y un amigo de la familia (Felipe Torres, médico) enfrentan al marido (Julián, 33 años, bancario independiente de izquierda) con la argumentación justificatoria del golpe fascista y su desarrollo, («la corrupción de Allende; un gobierno anticuado, frívolo, insolvente, el caos, la anarquía, la escasez y desabastecimiento, etc.»). Particular énfasis pone F. Soto en destacar la imagen que se proyecta de los militares en la obra: unidad monolítica-precisión, sin vacilaciones, patriotas y las Fuerzas Armadas como elemento suprahistórico y alma de la nacionalidad. Ello porque en su balance esto constituye la concepción del mundo central del relato: realzar el alto valor de lo militar, patriótico, ligado a la solución fascista de la coyuntura que vivía la sociedad chilena.

El tercer y último capítulo (pp. 157 a 260) analiza el mensaje opusdeísta en el contenido de literatura para niños reflejado en la revista infantil «La Pandilla», distribuida por la Editorial del Estado en la época del desarrollo de la dictadura. Acorde —destaca Soto— con la importancia dada en el proyecto fascista a la represión y manipulación a nivel educacional se busca incluir en la nueva generación a

través de formas propias del mundo infantil y, aún más, crear formas orgánicas que faciliten la consolidación y desarrollo de la ideología opusdelista: religiosidad hispánica reaccionaria tradicional, culto al valor del militarismo y los principios de la sociedad corporativa fascista. Para ello se mezclan en la publicación «minipersonajes», hechos históricos, correspondencia con los lectores, narraciones, relatos mágico-religiosos, etc., y se crean condiciones para la organización de los niños a nivel nacional, dirigidos y vinculados por los autores de la revista (red nacional de clubes de «La Pandilla»).

Destacando el valor antifascista de F. Soto vale, a la vez la pena, llamar la atención sobre los riesgos de una tendencia abstraccionistas y deductivista que se aprecian en su estudio, particularmente al definir algunos criterios de enjuiciamiento del desarrollo de la situación política concreta. Tal es el caso —por ejemplo— de opiniones sobre el Partido Demócrata Cristiano como que estaba radicalizado a la derecha después de su evidente fracaso reformista» (p. 19) o que para el Partido Demócrata Cristiano la alianza con la extrema derecha «se convirtió en una imposición histórica objetiva» (p. 21). Similar riesgo se aprecia en su criterio de que la falta de base de masas del fascismo en Chile se debe a una definición subjetiva de su sector hegemónico (siguiendo la línea de Franco y Salazar) más que a una realidad objetiva que particulariza la dominación fascista en Chile (p. 130). Finalmente, igual sentido tiene —a nuestro juicio— la ausencia de referencias a la Doctrina de la Seguridad Nacional, en la concepción ultrareaccionaria aplicada a Chile, como pilar básico de la ideología fascista preconizada por el sector dominante y a la cual se articulan y aportan elementos los postulados opusdelistas.

Claudio ITURRA

Hugo Zemelman

El proceso chileno de transformación y los problemas de dirección política (1970-1973)

Centro de Estudios sociológicos (Cuaderno 7). El Colegio de México, 1977

Como lo indica su título, el núcleo del análisis del sociólogo Zemelman son los problemas en *dirección política* del movimiento popular y su incidencia en los tropiezos que hubo para implementar una política de alianza con los sectores político-populistas de la burguesía.

Según el autor, la dirección de la Unidad Popular no supo evaluar las ventajas de esta alianza posible, no desarrolló por lo tanto estrategia en ese sentido, y empujó, en los hechos, a los sectores medios «a una alianza con la fracción oligárquico-monopolista...»

La burguesía, por otra parte, contó con todo su poder de influencia ideológica, y el Gobierno no pudo entender cómo, a pesar del indesmentible avance en el plano de los cambios económicos, la acción ideológica de aquélla se traducía en un retroceso en la consolidación del poder político. Zemelman sostiene que, en efecto, cuando la burguesía conserva intacta su capacidad de influencia ideológica —cosa que, como sabemos, ocurrió— se produce una «distorsión de los cambios», problema teórico que lo lleva a plantearse la cuestión de si es posible derrotar a la burguesía dentro de su propio terreno.

El autor aborda también el problema del empleo del poder de que dispone para derrotar a la burguesía, la utilización de los mecanismos institucionales existentes, cosa que, a su juicio, no se hizo por falta de capacidad de los cuadros políticos.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, el libro sostiene que los partidos populares no intentaron armonizar la política de cambios económicos con los intereses de aquéllas en tanto grupo. Estos problemas fueron enfocados por la U.P. «con perspectiva de análisis de clase muy simplista», ya que, aunque es cierto que las FF.AA. son

por una parte el instrumento de clase de la Fracción oligárquico-monopolista de la burguesía, hay en ellas, por otra, un comportamiento «militarista-estamental». La política de cambios del Gobierno Popular determinó una alteración de ese comportamiento (sus intereses como grupo «profesional» al cual la sociedad burguesa otorga un papel determinado, un *status*, ciertos privilegios específicos), lo que fue aprovechado, hábilmente manipulado por la burguesía oligárquica apoyándose en sus mecanismos privilegiados de influencia ideológica directa en los cuerpos armados.

Zemelmán señala que para entender esta dialéctica entre intereses estamentales e intereses de clase, es necesario observar el comportamiento futuro de las FF.AA. Dice: «El síntoma clave para apreciar la transformación que experimentan en uno u otro sentido, será la creación o no por parte de los militares de su propia tecnocracia.»

Su libro, en resumen, es un aporte interesante, aunque, a nuestro juicio, no aclara suficientemente algunos de los problemas que plantea. Induce a la reflexión y contribuye a estimular un debate que ciertamente está todavía abierto.

Rosario MADARIAGA



ENSAYO

Françoise Perus **Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo**

(Premio «Ensayo» de Casa de las Américas, 1976). México, Siglo XXI, 1976.

En el estudio de los hechos literarios —o, en sentido más amplio, culturales—, caben dos posibilidades extremas: atender tan sólo a la constitución interna de las obras, concibiéndolas como absolutamente *autónomas* de cualquier otra esfera que no sea la estrictamente suya, o pensar que esos hechos son resultado *directo* de coordenadas externas a ellos.

En el primer caso el análisis parte de la supuesta independencia del texto y se reduce a «explicarlo» en función del movimiento interno de sus componentes intrínsecos. Cree atender así a la «literaridad» de la obra; rechaza toda consideración que la saque del «jardín de formas» a que ella pertenecería. En el otro caso límite, la obra pierde su carácter relativamente autónómico para transformarse en mero reflejo mecánico o reproducción sin mediaciones de circunstancias sociales y, en definitiva, económicas.

Françoise Perus, en su ensayo sobre el modernismo, rechaza la primera posibilidad por inválida e ineficaz y matiza la segunda hasta su circunscripción justa, proporcionando así el más riguroso análisis de interpretación materialista de la producción literaria del momento histórico que se desarrolla en Hispanoamérica entre 1880 y 1910.

Objeto de una profusa bibliografía crítica, el Modernismo es, no obstante, el movimiento que más necesita de una revisión científica, que supere tanto las aproximaciones meramente impresionistas como las de una trasnochada erudición positiva o las de marcado cariz formal. Y decir conocimiento científico —tratándose de hechos literarios— ha de significar, como puntualiza la autora del estudio

que reseñamos, «partir de una explicación de los mecanismos sociales de producción y reproducción de las prácticas literarias, en el marco de las formaciones sociales concretas que estructuralmente las determinan» (páginas 7-8). Y esto es lo que el trabajo de Françoise Perus se propone y consigue; entrega cinco capítulos, cabalmente interrelacionados: primero, las bases teóricas de su enfoque sociológico; luego, un panorama de las formaciones estructurales que condicionaron, históricamente, la orientación y el contenido de las prácticas literarias modernistas; afina después sus proposiciones dentro de la discusión de algunas hipótesis de interpretación del fenómeno «modernismo y sociedad», para finalizar con un análisis de la práctica poética de su representante más típico, Rubén Darío.

El intento inicial en el libro no por repetición deja de ser válido. Quiero decir: si bien es cierto que no aventura ninguna orientación teórica novedosa —por cuanto se limita a recoger las tesis básicas del materialismo histórico y dialéctico directamente de los textos de los clásicos del marxismo—, eso ya constituye un aporte de importancia, pues no abundan los «críticos» que frecuenten los orígenes del pensamiento clave de nuestra época... La síntesis es orgánica, clara y —como dijimos—, directamente atendida a Marx, Engels, Lenin en el caso de los planteamientos científico-filosóficos, y a Lukács, Gramsci y Goldman, en el de los más atendidos a lo literario. Lo nuevo, claro está, es la aplicación sistemática de tales categorías al estudio del modernismo hispanoamericano.

Para el análisis de la fase histórica que se extiende entre 1880 y 1910, momento de implantación del modo de producción capitalista en toda Hispanoamérica, se apoya la ensayista fundamentalmente en el lúcido —y diría imprescindible—, trabajo de Tullio Halperin *Historia Contemporánea de América Latina* (Madrid, Alianza, 1972), en el que encuentra toda la información necesaria para comprender el período. Recoge así bases teóricas e informativas sólidas desde y con las cuales proceder a una interpretación materialista de un momento clave de la producción literaria hispanoamericana moderna.

La estudiosa de este modo ofrece un trabajo por medio del cual demuestra que el modernismo corresponde a la implantación del modo de producción capitalista, en una América Latina inserta en el esquema —entonces nuevo— capitalista/imperialista mundial.

Punto de referencia obligado para este ensayo era el libro de Angel Rama *Rubén Darío y el modernismo (circunstancia socioeconómica de un arte americano)*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970, estudio también sistemático del movimiento en términos histórico-sociales. La investigadora sintetiza acertadamente los planteamientos del crítico uruguayo y procede luego a una cuidadosa formulación de «reservas o matizaciones» con respecto a algunos de ellos, superando así —estimamos—, lo que en el importante intento de Angel Rama era una verdadera limitación: la de considerar el *arte* «como una práctica sin sujeto históricamente determinado que la produzca y a los artistas como representantes de una esfera dotada de sustantividad intemporal propia» (página 90).

El recorrido que en el capítulo final del libro se cumple por la obra de Darío es un aporte definitivo para la comprensión recta de muchos aspectos de la obra lírica del nicaragüense. Y esto es una doble perspectiva: el replanteamiento inteligente de problemas hasta ahora desviadamente tratados y la proposición de nuevos enfoques que abren posibilidades inéditas de estudio.

Ensayo, pues, de lectura necesaria para todo investigador interesado en comprender un momento delimitado y altamente representativo del devenir histórico del Continente y sus repercusiones en la producción intelectual que de él, en última instancia, depende. Pero libro importante también para un público lector no especializado y que quiera plantearse, problemáticamente, las relaciones necesarias entre la infraestructura de una sociedad y sus productos culturales.

Marcelo CODDOU

NARRATIVA

Joven narrativa chilena después del golpe

(Edición y prólogo de Antonio Skármeta.) The American Hispanist Inc., Indiana, USA, 1976, 108 pp.

A partir del golpe de estado de 1973 la narrativa chilena, que durante el gobierno de la Unidad Popular —y salvo contadas excepciones (pensamos, por ejemplo, en las creaciones del propio Skármeta o en la lograda novela de Patricio Manns *Buenas Noches los pastores*)— no alcanzó un desarrollo consecuente con las transformaciones político sociales del país y con la efervescencia cultural que caracterizó dicho período, siente la necesidad de realizar una revaluación de sus modalidades temático-estructurales al mismo tiempo que aparece un fuerte y sostenido impulso de creatividad. Los acontecimientos de septiembre funcionan como incentivo y estímulo para el desarrollo de fuerzas latentes; alrededor de estos hechos y de sus consecuencias se unirán autores de diversas edades y sus producciones se orientarán hacia la expresión de los problemas, tanto a nivel individual como en el nivel colectivo, de la tragedia del pueblo chileno. El público lector conoce ya dos novelas que, desde perspectivas diferentes, intentan dar cuenta de la atmósfera y las tensiones de la época del gobierno popular y de los conflictos de toda índola ocasionados por la violenta irrupción militar. Nos referimos, evidentemente, a *Soñé que la nieve ardía*, de Skármeta y a *El paso de los gansos*, de Fernando Alegría. Otras se preparan (Volodia Teitelboim, Carlos Cerda, Eugenio Matus son algunos de los autores que conocemos) mientras que, en revistas literarias, se han publicado un cierto número de narraciones que constituyen ya un testimonio de la actitud combativa y decidida adoptada por los narradores chilenos.

La antología que nos entrega Antonio Skármeta (que se inicia con un prólogo —«Cultura y Cacerolas»— en el que se realiza un recuento de la actividad cultural efectuada antes y



después del golpe de estado y que se cierra con una nómina parcial de los intelectuales que han debido abandonar el país) reúne trece narraciones de distinta factura y origen. El común denominador lo encontramos indudablemente en la visión descarnada y directa, aunque muchas veces no exenta de humor, que tales relatos ofrecen de ciertos aspectos de la realidad chilena, de los efectos de la represión y de la política del odio adoptada por los militares, así como también la confianza y la solidaridad, elementos que aparecen en la conciencia de los proscritos como una respuesta dignificadora ante un ambiente degradado.

El origen diverso explica algunas de las diferencias sensibles que pueden apreciarse entre las narraciones compiladas. Y lamentamos que no se indique la procedencia de las mismas. Así, por ejemplo, el cuento de Poli Délano «El apocalipsis de Daniel Zañartu», integra el volumen *Cambio de máscara*, que obtuviera el Premio Casa de las Américas en 1973; de ahí que su historia no se centre en los acontecimientos relacionados en forma directa con el golpe militar sino con el enfrentamiento entre campesinos y terratenientes en el momento de aplicación de la ley de reforma agraria. El relato de Hernán Valdés «Campo de concentración de Tejas Verdes. Lunes 4 de marzo» forma parte de *Diario de una campo de concentración en Chile. Tejas Verdes* (Ariel, Barcelona, 1974), testimonio impactante y sobrecogedor de los métodos brutales y arbitrarios utilizados por los militares. Suponemos, por otra parte,

que «Aspectos de Chilex», de Ariel Dorfman, en el que se ironiza agudamente la nueva política cultural y educativa, constituye un capítulo de una obra en preparación (*Chilex & Cº, Nuevo Gula*).

El resto de los relatos se refiere a situaciones relacionadas con el exilio («Leandra», de Carlos Ossa, «Hombre con el clavel en la boca», de Skármeta y publicado en su libro *Novios y solitarios*, Losada, Buenos Aires, 1975), a los problemas de desempleo y la imperiosa necesidad de lograr los medios de subsistencia («Las calles», de Fernando Jerez, que apareció en la revista *Crisis*, Buenos Aires, diciembre de 1974), a las reflexiones íntimas con respecto a la suerte de familiares torturados y enviados fuera del país («Suerte para los que quedan», de Luis Domínguez, también publicado en la misma revista), al fortalecimiento de las convicciones revolucionarias («11 de septiembre», de Ernesto Malbrán), sin que falten las breves fabulaciones trágico-cómicas de situaciones episódicas relacionadas con el golpe y la represión («Padre nuestro que estás en los cielos», de Leandro Urbina) o las historias en las que se muestra las inquietudes surgidas y la vigilancia necesaria frente a las actividades de resistencia («La llamada», del propio Skármeta, ya recogida en el libro anteriormente citado).

En suma, los relatos antologados en este volumen despliegan un conjunto heterogéneo y multifacético, pero no por eso desprovisto de interés, de narraciones representativas del resurgimiento de una cultura, de una literatura asentada firmemente en la realidad y sus conflictos. La joven narrativa chilena después del golpe es la expresión de los quehaceres y sentimientos de un pueblo agredido, una manifestación de sus temores y sus esperanzas, en síntesis, una literatura que quiere luchar, con las armas que le son propias, por la recuperación de una dignidad cada día pisoteada.

F. MORENO

POESIA

Omar Lara.

Oh buenas maneras, La Habana.
Casa de las Américas, 1975 (Premio Casa de las Américas 1975, Poesía).

Debilidad, impotencia, abandono, cansancio, derrota o paz, felicidad, la «náusea y el estupor» frente a la injusticia, confianza que en tu singular o colectivo encontrará ayuda, apoyo, fuerza, solidaridad; fe en el futuro, en un cambio, son las diferentes actitudes con que un poeta herido, solo, ajeno y desgarrado vive el amor; el peligro, la ausencia, la destrucción de su mundo soportando seres extraños y un espacio y un tiempo ajeno, aciago, difícil y agresivo: El exilio dentro y fuera de su propio país.

En «Serpientes», un hombre enamorado y doliente quiere entregarse a una amante-serpiente, bella, hambrienta y tirana a la que llama en once poemas. En «Reptas, reptas lee», el lector visualiza la vivencia del amor y la política por la síntesis de imágenes de gran fuerza y belleza:

«Seré mi propia BRP
Con tiza roja escribiré.
en las murallas de la ciudad
que te amo.»

En la mayoría de los poemas de «¿Dónde estuviste?», un tiempo y un mundo pasado que el poeta siente propio se enfrenta a otro actual, ajeno y hostil, poseído por extraños bestiales, que físicamente reflejan su violencia y fealdad moral provocando el terror y la muerte en inocentes, en

«...carne tibia, amordazada,
que mejor estuviera,
ay,
en el amor o el trabajo»,

pero el poeta tiene la certeza que el futuro será distinto («Camila»).

En «Hablo de Luis Oyarzún, del río Valdivia, etc.», Lara le cuenta a su amigo poeta, fallecido antes del golpe, la destrucción provocada por la invasión militar en «ese mundo fabuloso que viviste» donde

«..., ya no queda ninguno,
estamos desperdigados. Yo en el Perú,
de los otros no tengo noticia»,
y se imagina el horror de Luis Oyarzún

al contemplar el quiebre de «La vida que amaste y conociste».

Espectador de la valentía de los condenados a muerte en la cárcel de Valdivia, el autor, prisionero, considera en «La tarde antes de su muerte» que su quehacer y la función de la poesía son modestos y menos importantes que la realidad:

«Y no serán estas líneas que escribo,
entre la náusea y el estupor,
las que hagan perdurar la memoria
de Fernando Krause, René Barrientos,
el Pepe

y tantos otros
cuyos nombres desconozco.
Pero queden aquí, no importa que
estos versos
se disuelvan en el viento.
No será este papel el que enciendan
sus voces.»

Los nombres (anónimos o no) de los héroes del pueblo serán como «esos versos que el pueblo atesora con fervor» de las canciones de los fusilados. El poeta olvida a Homero y rompe con los cronistas de Indias y con los que piensan que es la escritura la que rescata del olvido.

Se penetra en los mundos creados por Lara con angustia o emoción, rebeldía o ternura, a pesar de lo personal que podría parecer la mención de lugares o nombres que ayudan a concretar estos poemas cortos, precisos y coloquiales en su mayoría. Poemas similares a sentencias que entran en el ancho camino abierto por Cardenal con la sencillez y precisión de sus «Epigramas» y Parra con el uso del lenguaje fácil.

Soledad BIANCHI

Nikos Bletas Ducaris.
Canto Particolare del Cile.
Bologna: Ed. Grafis, 1977.

Hace muchos años, cuando aún nuestra condición de exiliados nos transformaba en barcas a la deriva, peligrosamente acechados por los arrecifes del acontecer, por los farallones de la soledad; cuando no sabíamos qué puerta tocar para mostrar un verso, qué pecho llamar para hablar de poesía, de pronto, en medio de esa niebla, llegamos a una isla, a una isla que canta y ríe, que se mueve nervio-

sa en el océano humano y que tiene la actividad eléctrica del viento; una isla griega poblada de tantas otras islas, atiborrada de pájaros y sueños; una isla enorme y generosa que se llama Nikos Bletas y que, recogiendo el naufragio de nuestra poesía, nos ayudó un poco a remontar, a confiar de nuevo en la belleza.

A pocos chilenos —y en este período es mucho decir— he oído hablar con tanta pasión como Nikos —el griego— habla de Chile. Nunca ha tocado sus arenas; jamás ha visto la furia de las olas de nuestro mar salvaje entrando sus mil potros de espuma por la piedra; jamás ha caminado sobre el caliche nortino, ni ha sido hipnotizado por el arco iris mágico de nuestros desiertos. Tampoco lo ha bañado la lluvia de Valdivia ni sobre los Andes ha sentido enmudecer su alma bajo un cielo preñado de esmeraldas. Y, es claro, tampoco se ha perdido en los canales del sur, viendo pasar el paraíso surgido de las aguas.

Pero ninguno como él conoce el viento, los cóndores lejanos, los ríos y volcanes, los lagos de mi tierra. En su libro recientemente publicado en Italia «Canto Particolare del Cile», Nikos se desplaza con una familiaridad increíble por hechos y lugares tan caros a nosotros. No necesita haber conocido personajes ni cascadas, batallas o crepúsculos, derrotas o esperanzas. Nos habla de nuestras calles y hasta nos hace encontrar aquello que de tanto mirarlo nosotros no veíamos.

Así su lira se extiende en nuestro pueblo abrazando los años más azules del nuevo nacimiento. Y es tierna con las hojas y los niños, con los campesinos y las fábricas, con las rosas y el sol sobre el Mapocho. Pero es dura e implacable con traidores, fariseos y mercaderes de la felicidad de los chilenos.

Al saludar esta obra de Nikos Bletas, lo menos que podemos hacer es agradecer al poeta que sacándose su corazón lo puso en Chile para quemarse en sus hogueras y salir cantando de allí, salpicado de sangre, pero lleno de esperanzas, la ansiada alborada de nuestra victoria, que será más bella que el reventar luminoso de cien mil primaveras.

José RAMÍREZ

REVISTAS

Canto Libre

Número 7, Edics. Amaranto,
Colombes (Francia),
enero-marzo 1978, 60 pp.

Como se señala en su nota editorial, esta publicación «nació siendo un cancionero editado por DICAP para responder a las demandas de los conjuntos nuevos, aficionados, en el exilio. A medida del proceso, «Canto Libre» fue ampliándose y desarrollándose hasta llegar a ser hoy una revista político-cultural que registra no sólo el camino de la Nueva Canción Chilena, sino el trotar y galopar de los jóvenes poetas, pintores, artistas de las más diversas actividades culturales y cuanto experiencia logremos recuperar de Chile».

«Canto Libre» es ahora, en efecto, una verdadera revista. Animada por un equipo que integran Gustavo Mujica, Oscar Castro, Patricio Castillo, Cristina Parra y Ana María Castro, sus intereses aparecen abiertos al conjunto de lo que es hoy expresión cultural de la resistencia y del exilio.

El número contiene un material variado e interesante. Una entrevista al conjunto Inti-Illimani, un erudito artículo de Angel Parra («¿Qué es el guitarrón?»); «Las bordadoras de la lucha», análisis y homenaje —abundantemente ilustrado— a esta notable forma de artesanía que explica hoy la vida de Chile, denuncia sus dolores, subraya sus esperanzas, mediante una asociación en que se unen la destreza manual con el genio receptivo del color; palabras de Alberti; poemas de Bertolt Brecht y de media docena de poetas chilenos, la mayoría de ellos muy jóvenes; páginas con historietas ilustradas, género artístico en que jóvenes y niños chilenos empiezan a entrenarse para disparar contra la dictadura desde otro ángulo, con proyectiles diferentes. Y mucha información, noticias de todas partes que muestran la variedad, la riqueza, la amplitud de la actividad cultural de la emigración chilena.

Aparte de todo eso, «Canto Libre» conserva y mejora su diagramación, ágil e imaginativa desde el número 1,

pero más eficaz ahora gracias a la mejor calidad de la impresión. La revista mantiene y afirma lo que es su signo dominante: una sólida toma de posición política expresada con un estilo comunicativo, fresco, juvenil.

A. RIERA

Literatura chilena en el exilio

Ediciones de la Frontera,
Los Angeles, California.

Director: Fernando Alegría,
Editor: David Valjalo.

Dirigida por Fernando Alegría, la revista *Literatura Chilena en el Exilio* cuyo primer número apareció en enero de 1977 constituye un logrado intento de crear un indispensable y necesario puente entre más de cincuenta países uniendo al millón de exiliados chilenos, dándoles a conocer acogiendo la investigación y creación literaria propia que ya sea por la censura o por el exilio resultaba cada vez de más difícil acceso.

Los poetas y narradores experimentados —y los ya clásicos—, los que nacieron por la necesidad de expresar el momento vivido y aquéllos que, por razones de edad, sólo ahora comienzan a producir, tienen cabida prioritaria en esta revista que muestra una literatura que se ha enriquecido afincándose cada vez más en la realidad, olvidando un restringido subjetivismo que la caracterizó en ciertos momentos del pasado.

Muy variada en su temática, el número 1 fue dedicado casi íntegramente a Gabriela Mistral y Pablo Neruda; el número 4, de octubre de 1977, en el que «los héroes de septiembre tienen la palabra» reproduce textos del presidente Allende, José Tohá, el General Carlos Prats, Víctor Jara, Orlando Letelier y Pablo Neruda. El número 5, de enero del 78, además de hacerse eco del recuerdo de los 30 años de la muerte de Vicente Huidobro, recoge «esa literatura que surge de un cerco de púas» referida tanto a testimonios del presente como a los de otros períodos de dictadura vividos por Chile. Esta relación entre el hoy y

el ayer es una constante preocupación de *Literatura Chilena en el Exilio* que en cada uno de sus números ha reproducido párrafos de documentos de personalidades religiosas, políticas y literarias, que aunque escritos en otro contexto histórico han sido elegidos con tanto acierto que perfectamente podrían aludir al momento actual. Es probable que algunos consideren obvio encontrar textos de Neruda criticando la represión, pero en cambio les resultarán novedosos la decidida repulsión de Gabriela Mistral frente a la «mano militar» o que Huidobro o Monseñor Crescente Errázuriz se hayan manifestado tan drásticamente contra la dictadura.

Una sección «Libros» da cuenta de parte de la producción de autores chilenos y con «Documentos» se cierra la revista dando una mirada a la actualidad de la cultura chilena y sus manifestaciones en distintos lugares del

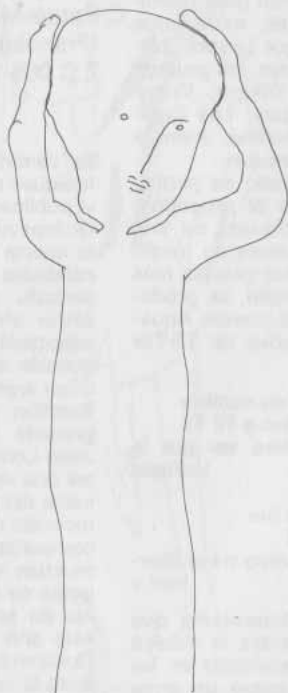
mundo. A partir del número 3, cada número ha sido ilustrado por un pintor o fotógrafo chileno.

Vocera y constructora de la unidad, condición básica para la derrota de la dictadura, esta publicación testimonia este propósito en la amplitud con que acoge a sus colaboradores.

El Comité Internacional, patrocinador de la revista, demuestra el repudio que despierta la junta militar entre lo más selecto de los intelectuales del mundo, cuya incansable actividad ha permitido que la solidaridad con nuestro pueblo continúe manifestándose.

Con sus seis números, *Literatura Chilena en el Exilio* se ha constituido ya en documento indispensable para el conocimiento, el estudio y la investigación de la literatura chilena y su desarrollo.

Soledad BIANCHI



NOTAS DE DISCOS

Canto Nuevo au Chili

Le Chant du Monde (Francia)

LX 74681

Este disco, editado en París, contiene una selección de trozos del programa «La gran noche del folklore», realizado en mayo de 1977 en el Teatro Caupolicán bajo el auspicio del Sello ALERGE, y al que asistieron alrededor de 8.000 personas.

Este disco tiene una singular importancia, porque permite por primera vez dar a conocer en el exterior una gama muy amplia de expresiones de nuestra música popular y del folklore que se desarrolla actualmente en el país, y que con el trabajo incansable de cientos de artistas en los barrios, así como en las peñas y en las prisiones, ha reconquistado su plena voz junto al pueblo.

Esa noche participaron gran número de artistas populares, entre otros Gabriela Pizarro, Margot Loyola, Jorge Yáñez, Tito Fernández, los grupos: Aquellarre, Palomar, Trilogía, Wampara, Chamal, Collahuara, Los Curacas, Illapu, Barroco Andino, Aymara y el Ballet Folklórico Antupay.

Es notable el alto grado de participación del público en el programa, que reacciona con aplausos de una enorme elocuencia a veces en medio de las canciones, en los pasajes más significativos. Por ejemplo, se produce una enorme ovación cuando Aquellarre canta en «El cautivo de Til-Til» de Patricio Manns:

«Dicen que es Manuel su nombre
y que se lo llevan camino a Til Til
el gobernador no quiere ver por la
cañada

su porte gentil.

Dicen que en la guerra fue
el mejor y en la ciudad
deslumbraba como el rayo de la liber-
(tad.)»

Una muestra muy interesante que deja sentir de qué manera la música popular chilena está sirviendo en las actuales condiciones como un arma de gran efectividad en la expresión de nuestro pueblo.

Isabel Parra chante Violeta

L'Escargot (Francia)

ESC 362

Isabel Parra reúne algunas canciones de Violeta y algunas composiciones propias sobre textos de la gran folklorista en un disco publicado hace algunos meses en Francia. En una selección muy cuidadosa se entregan canciones como «La jardinera», «Yo canto la diferencia», «Arranca, arranca», «Run Run se fue p'al Norte», o «La lavandera» que se cuentan entre los mejores materiales de la herencia de Violeta Parra.

Quilapayún

Cantata Santa María de Iquique

Pathé-Marconi (lic. Dicap)
(Francia)

2 C 068-14578

La cantata popular «Santa María de Iquique» de Luis Advis fue regrabada y publicada en Francia por el grupo Quilapayún, en una versión que reúne el aporte solidario de diversas personalidades artísticas: el disco está presentado con ilustraciones del gran pintor chileno Roberto Matta; en la adaptación del texto original y su traducción al francés colaboraron el escritor argentino Julio Cortázar y Laura Batallón; y la narración del texto fue grabada por el gran actor francés Jean-Louis Barrault, quien manifiesta así una vez más su solidaridad con la lucha del pueblo chileno. Es oportuno recordar que el Teatro D'Orsay, de la compañía Renaud-Barrault ha abierto muchas veces sus puertas desde el golpe de estado de 1973 a espectáculos de artistas chilenos en exilio, y este año acogió en su Gran Sala a Quilapayún, que presentó con mucho éxito la cantata «Santa María de Iquique» en una serie de once conciertos en el mes de abril.

**Sergio Ortega-Taller Recabarren
Venceremos
Movieplay-Serie Gong (España)**

Con este título aparece en España una selección de canciones de Sergio Ortega, compositor chileno mundialmente conocido como autor de «Venceremos» y «El pueblo unido jamás será vencido». La mayor parte de las canciones incluidas en este disco fueron compuestas especialmente para ser transmitidas hacia Chile a través de los programas de onda corta de las radios democráticas (radio Moscú, radio Berlín Internacional, y otras). La grabación fue realizada en Berlín

(RDA) por el Taller Recabarren, un grupo estable que se formó alrededor de este objetivo, y que tomó ese nombre como homenaje al padre del movimiento obrero organizado chileno y al papel que él le asignaba a las manifestaciones culturales en las luchas del pueblo.

Entre las canciones más importantes en este disco están «Que no se los lleve el humo», una contribución a la lucha por los desaparecidos; «Marta Ugarte se queda» en homenaje a la profesora y miembro de la dirección del PC de Chile masacrada por el fascismo, y algunas canciones dirigidas a los militares no fascistas.

Felipe CANALES



Dibujos de Gastón ORELLANA

CARTAS AL DIRECTOR

«El artículo que les mando lo escribí en inglés y será publicado en Estados Unidos. Varios compañeros me aconsejaron traducirlo al español. Yo no pretendí al escribirlo más que expandir nuestra causa a otros auditorios, en este caso a judíos de la burguesía norteamericana.

»¡**ARAUCHARIA** es una revista extraordinaria! Nos sentimos orgullosos de su existencia.»

Isabel LETELIER
(Washington, USA)

«En relación con el cuestionario sobre la universidad chilena, tengo un problema. A pesar de ser sólo consultor, tengo un compromiso especial con la Secretaría Ejecutiva de CEPAL, en el sentido de no aparecer en públicas declaraciones hasta el término de mi contrato.

»Creo en la necesidad de abordar de manera concreta la tarea de reconciliación nacional y por ello me parece útil toda iniciativa que la fomente. Por eso, más adelante no tendría inconveniente en considerar una colaboración como la que me habían pedido, sujeto tan sólo a la evaluación táctica del momento correspondiente.»

Edgardo Boeninger
(Bogotá, Colombia)

«La publicación de **ARAUCHARIA** viene a llenar una necesidad, a cumplir un rol y a sumar un valioso aporte a la lucha por nuestros pueblos de la América Latina. La revista es un destello significativo que se opone a ese inmenso "apagón cultural" que ensombrece al Chile actual.»

Luis Vélez Serrano
(Ginebra, Suiza)

«Quisiera decirles que la revista me ha interesado mucho. Hacía mucho tiempo que yo buscaba una publicación de ese estilo. Va a ayudarme mucho en mis investigaciones.»

Christophe PERICAUD
(Oxford, Inglaterra)

«Hace pocas semanas hemos realizado aquí en Panamá un significativo acto con motivo de la aparición de **ARAUCHARIA**, el cual tuvo la resonancia esperada. A pesar del tiempo transcurrido, todavía se habla en este pequeño gran país de aquel evento.»

F. O.
(Panamá, República de Panamá)

«Recibí el segundo número de **ARAUCHARIA** y me alegró el sólo hecho de que apareciera el número 2. Obviamente es una revista que necesitamos mucho. Creo que aún peca de cierto sectarismo y de cierta incapacidad para abrirse a todas las corrientes antifascistas de Chile, del interior y del exterior. Pero su nivel es bueno y su presentación óptima.»

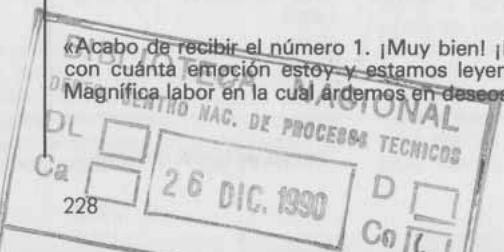
Nelson Muñoz
(Frankfurt, R.F.A.)

«Felicitaciones por el número 2 de la revista.»

Gerardo ALVAREZ
(Quebec, Canadá)

«Acabo de recibir el número 1. ¡Muy bien! ¡Fervientes felicitaciones! No saben con cuánta emoción estoy y estamos leyendo y releendo acá su material... Magnífica labor en la cual ardemos en deseos de cooperar en lo que se pueda.»

H. C.
(Valparaíso, Chile)



LOS AUTORES DE ESTE NUMERO:

* Guillermo ATIAS: novelista, autor de *A la sombra de los días*, *Y corría el billete* y otros títulos. * Felipe CANALES: músico, ex-integrante del «Aparcoa». * Marcelo CODDOU: profesor de Literatura. * Jacques CHONCHOL: Ingeniero Agrónomo, ex-ministro de agricultura del Gobierno de la U. P., autor de obras de su especialidad, ensayos políticos, etc. * Guío DARECY: periodista chileno. * Ariel DORFMAN: ensayista, poeta, novelista, autor de más de una docena de títulos. * Edgardo ENRIQUEZ FRODDEN: médico, ex-Rector de la Universidad de Concepción, ex-ministro de Educación del gobierno de Salvador Allende. * Osvaldo FERNANDEZ: profesor de Filosofía en la Universidad de Chile de Valparaíso, hasta el momento del Golpe. * Eduardo GALEANO: escritor uruguayo, premiado dos veces por Casa de las Américas; ex-director de la conocida revista «Marcha». * Claudio ITURRA: profesor de Historia. * Enrique KIRBERG: Ingeniero, ex-Rector de la Universidad Técnica del Estado. * Isabel LETELIER: pintora y profesora de Literatura; viuda del ministro Osvaldo Letelier. * Rosario MADARIAGA: profesora de Historia. * Luis Alberto MANCILLA: periodista. * Germán MARIN: ensayista y poeta. * F. MORENO: profesor de Literatura. * Diego MUÑOZ: escritor chileno, autor de «La Avalancha», «Pequeñas cosas», «Carbón» y numerosas otras obras. * Sergio MUÑOZ RIVEROS: profesor de Literatura. * Sergio POLITOFF: Abogado, especialista en Derecho Penal. * José RAMIREZ: poeta y periodista. * Eduardo RUIZ CONTARDO: Sociólogo, ex-Vicerrector de la Sede Oriente de la Universidad de Chile. * Carlos SALAZAR RAMIREZ: seudónimo de cuentista chileno. * María SANDBLAD: periodista sueca. * Sergio SPOERER: Sociólogo, ex-vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso. * Armando URIBE ARCE: ex-diplomático, internacionalista, escritor, autor de «El libro negro de la intervención norteamericana en Chile», entre otros títulos.



